

Memorias



Autobiografía de un viejo comunista chileno

Una historia “no oficial” pero verdadera

Humberto Arcos Vera



Memorias



Autobiografía de un viejo comunista chileno

Una historia “no oficial” pero verdadera

Humberto Arcos Vera



Humberto Arcos Vera

Autobiografía de un viejo
comunista chileno

(Una historia “no oficial” pero verdadera)



© **LOM ediciones**

Primera edición, 2013

ISBN impreso: 9789560004390

ISBN digital: 9789560013293

RPI: 229.309

Diseño, Edición y Composición

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Teléfono: (56-2) 688 52 73 | Fax: (56-2) 696 63 88

lom@lom.cl | www.lom.cl

Tipografía: Karmina

Impreso en los talleres de LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile

Dedicado

a mi familia, a quien quise y quiero mucho,

sin embargo postergué tanto en aras de mi causa.

A Camila Vallejos, Laura Palma, Giorgio Jackson, Camilo Ballesteros, Danae Díaz, Laura Ortiz, Rodrigo Rivera, Iván Fuentes y a todos los dirigentes y estudiantes, universitarios, secundarios y técnicos, que con sus movilizaciones el año 2011 hicieron renacer nuestras esperanzas en que la lucha por un Chile para todos finalmente triunfará.

Y muy especialmente a Genaro Vidaurre,

sin quien este libro no hubiera sido posible

Índice

[Palabras preliminares](#)

[Primera parte De Humberto a Santiago](#)

[Capítulo I 1941-1957: mis primeros años \(Valdivia, Mantilhue y Concepción\)](#)

[Capítulo II 1957- 1960: embates de la naturaleza \(Valdivia y Santiago\)](#)

[Capítulo III 1961-1965: de obrero a dirigente \(Valdivia, Nacimiento, Laja y Concepción\)](#)

[Capítulo IV 1965 -1970: aunando fuerzas \(Concepción, República Democrática Alemana, Concepción y Valdivia\)](#)

[Capítulo V 1971-1972: el Gobierno del pueblo \(Valdivia y Chillán\)](#)

[Capítulo VI 1973: el golpe de Estado y el dolor \(Chillán\)](#)

[Capítulo VII 1974-1975: los campos de concentración \(Chacabuco, Puchuncaví y Tres Álamos\)](#)

[Capítulo VIII 1975-1976: de Humberto el comerciante a Santiago en la clandestinidad](#)

[Segunda parte De Santiago a Humberto](#)

[Capítulo IX 1976-1978: reorganización de equipos clandestinos. El primer emisario al exterior](#)

[Capítulo X 1979-1980: segundo emisario y viaje de Santiago](#)

[Capítulo XI Las reuniones en el exterior con la dirección del Partido](#)

[Capítulo XII 1980: regreso a Chile](#)

[Tercera parte De vuelta en el sindicalismo \(1980 – 1990\)](#)

[Capítulo XIII 1981-1982: la “legalización” del movimiento sindical bajo el “Plan laboral”](#)

[Capítulo XIV 1983- 1984: cohesionando al movimiento social contra la dictadura](#)

[Capítulo XV 1985: los asesinatos del dictador no frenan las protestas](#)

[Capítulo XVI 1986: el “año decisivo” no decisivo](#)

[Capítulo XVII 1988-1990: la constitución de la Central Unitaria de Trabajadores y el triunfo del NO](#)

[Cuarta parte La vuelta a la “democracia” y el renacimiento de la esperanza \(1990-2010\)](#)

[Capítulo XVIII 1992-2010: la vuelta a la “democracia” y el trabajo de capacitación 203](#)

[Capítulo XIX 2011-....: renace la esperanza](#)

Palabras preliminares

Cuando empecé a pensar qué escribiría en estos episodios autobiográficos me di cuenta de dos cosas. La primera, que no podía escribir todos mis recuerdos porque eran demasiados. Forzosamente tenía que prescindir de muchos, y a veces muy queridos para mí, pues, de otro modo, iban a terminar aburriendo a sus eventuales lectores. Esto me planteó la necesidad de hacer una selección y, por lo tanto, lo que les cuento es todo verdad, aunque no es toda la verdad.

La segunda cosa de la que me di cuenta es que la memoria falla y, a veces, se le escapan nombres, fechas, episodios. Cuesta recordar algunos, y otros, por más esfuerzos que uno hace, no consigue recuperarlos. Hay como una imagen difusa que se hace más difusa cuando uno intenta encerrarla en palabras hasta que, muchas veces, finalmente se escapa. A veces regresa alguna imagen de improviso, pero si uno no está atento a anotarla cuando llega, vuelve a escaparse. Esta es la segunda razón para decirles que, si bien todo lo que les narro es verdad, no pretende ser toda la verdad.

Por otra parte, lo más probable es que el inconsciente también juegue su rol en el olvido de ciertos recuerdos que nos dañan, embellezca otros y los resalte, dándoles mayor importancia. Entonces nuestros recuerdos también son deformados y, siendo verdaderos, no equivalen a toda la verdad.

Con plena conciencia de esas limitaciones, defino estos episodios autobiográficos como una “historia no oficial” pero verdadera. No tiene la pretensión de ser la historia oficial, sino de ser –porque lo es– una historia que es verdad.

Primera parte

De Humberto a Santiago

Capítulo I

1941-1957: mis primeros años (Valdivia, Mantilhue y Concepción)

Aunque algunas veces usé otros, mi nombre legal es Humberto Arcos Vera. Nací el 22 de diciembre de 1941 en Valdivia. Mala fecha para nacer. Nunca recibí regalos de cumpleaños, solo recibía los de Navidad.

Mi padre se llamaba Juan Nepomuceno Arcos Rivera, y mi madre, Tránsito Vera Arévalo. Tuve muchos hermanos. Euduvigis fue la mayor. La seguía René, después Hilda, Benita, Ester, Pancho, Grene, Delfín y yo, el menor de todos. Según estas cuentas fuimos nueve, pero en mis recuerdos se hablaba de trece hermanos. Tal vez algunos murieron cuando niños y no los alcancé a conocer.

A mi padre lo recuerdo siempre como un pensionado activo. Nació en 1890, no sé dónde, pero supongo que venía de Santiago, porque allí hizo su servicio militar. Tenía una pensión porque antes había trabajado en las minas. Hablaba de haber estado en el carbón en “Pupunahue”, en lo que ahora es la comuna de Mafil; en “Catamutún”, próximo a La Unión; en “Huilma”, cerca de Osorno, y en el oro en “Madre de Dios”, cerca de San José de la Mariquina. En todas esas minas ayudó a formar sindicatos y fue presidente del de Pupunahue cuando era una empresa minera relativamente grande, con cerca de cuatrocientos trabajadores. No sé cuándo se vinculó al Partido Comunista, pero toda la vida lo conocí como militante.

Decía que recuerda a mi padre como pensionado activo porque, como la pensión no era muy grande, siempre siguió trabajando. En algo parecido a las empresas contratistas de hoy, organizaba cuadrillas y trabajaba en la construcción de caminos y canales. La diferencia era que no había capitales de por medio ni maquinarias, sino solo las herramientas que tenían los trabajadores. Los que organizaban las cuadrillas y conseguían la pega también trabajaban, pero no en oficinas. La supervisión y el control se realizaban en terreno, trabajando hombro a hombro con los demás.

Lo otro que recuerdo de mi padre y que me impresionaba era su caligrafía. Escribía con una letra muy hermosa, como dibujada más que escrita. Yo pensaba que tal vez, antes de entrar a las minas, había sido un calígrafo profesional, empleado en alguna notaría o algo así, cuando todavía no se generalizaban las máquinas de escribir.

Mi madre, como se usaba en aquellos tiempos, era solo “dueña de casa”. Ese trabajo sí que era duro en una casa con nueve hijos y poca plata. Ella era hija de Emilia Arévalo, una viuda (cuando yo la conocí) que tenía un campo bastante grande, alrededor de 1.000 has., en Pufudi, cerca de Valdivia. Con las tías, algunos fines de semana íbamos a visitarla al fundo y lo pasábamos muy bien. Yo era el regalón de la abuela, y ella me convidaba a dormir en su cama, la mejor cama que conocí por muchos años. Las tías también lo pasaban bien, estaban siempre muy alegres y muertas de la risa (y no se tomaban ni un trago). Muchos años más tarde me enteré de que en el campo había amapolas y que las tías – y supongo que también la abuela o al menos con su visto bueno– sacaban amapolas, las molían y las mezclaban con la yerba mate. Pienso que esos mates dulces, con yerba y amapolas, ayudaban a que se manifestara esa tremenda alegría que a floraba cada vez que nos reuníamos en el campo de Pufudi.

Estudí en la Escuela N° 3 de Valdivia. Entre 1947 y el 1952 hice mis seis años de preparatoria (como se llamaba entonces la enseñanza básica de ahora). No fui un alumno destacado, pero tampoco uno muy malo. El segundo año me hice amigo de Nelson Carrasco, un compañero que había repetido dos veces y empecé a estudiar con él. Desde entonces, y hasta que llegamos a sexto, pasó todos los cursos sin repetir nunca más. Así que supongo que debo haber sido algo bueno para el estudio.

Este amigo, Nelson Carrasco, practicaba boxeo desde pequeño y fue campeón de Chile en peso mosca. Tal vez para devolverme la mano, me entusiasmó, a mí y a otros compañeros, para que nos metiéramos en ese deporte. Íbamos a entrenar al Regimiento Caupolicán, que en ese entonces estaba en Valdivia. El padre de Nelson era suboficial y el guaripola del regimiento, así que nos conseguía todas las facilidades y también nos entregaba consejos para mejorar nuestra práctica deportiva.

Desde que entramos a la escuela, las vacaciones eran para trabajar. Mi padre era respetado y conocía a mucha gente, por lo que siempre nos encontraba pega. Mi primer trabajo fue en un taller que fabricaba bolsas de papel. Éramos solo tres

personas. Recuerdo que había un olor a engrudo que de algún modo me perseguía todo el día, en el camino de regreso y en la casa. Allí, más que el agua y el jabón, eran los aromas de las comidas que preparaba mi madre los que me liberaban de esa tortura (aunque después conocí peores, en aquel tiempo oler permanentemente a engrudo me parecía la más horrenda tortura imaginable).

Después mi padre, accediendo a mi petición, me buscó otro trabajo, esta vez en un taller mecánico. Allí aprendí, después de una gran metida de pata, que el agua que necesitaban las baterías era agua destilada: yo las había llenado con agua de la llave. En mis terceras vacaciones, gracias a mis experiencias anteriores, me consiguieron trabajo en un taller de la Ford (en ese entonces, qué distinta era la situación para encontrar trabajo comparada con la que hoy enfrentan los jóvenes, incluso con estudios técnicos o profesionales. Claro que lo nuestro era verdaderamente trabajo infantil y seguramente los salarios eran ínfimos).

Recién cumplidos los nueve años, en el verano del 51, entré a trabajar en la Industria Metalúrgica Marina y Astilleros “Immar” de Valdivia. Allí me encontré con un “hado madrino”. Era un gringo, socio de la empresa que se encargaba especialmente de la parte técnica (quizás cuál sería su apellido: nosotros lo llamábamos el gringo Ale). Parece que le cayó bien que fuera tan niño a trabajar y le ordenó a un maestro que me enseñara a soldar. Y ahí empecé la profesión que me ha permitido vivir toda la vida.

Debo decir que fuimos muchos los niños que le debemos nuestra profesión a ese gringo. Tal como a mí me mandó a aprender a soldar, a otros los guió para que se formaran como remachadores y a otros como caldereros. Aprovechaba la empresa como una escuela de formación técnica. Desde ese año, Immar se transformó en el lugar de aprendizaje y trabajo de mis vacaciones. Y vaya que aprendí a soldar. Trabajábamos soldando estanques enormes, vagones de ferrocarriles, barcos de harto calado, no lanchitas, barcos de verdad. Cuando terminé sexto de preparatoria, seguí trabajando permanentemente en Immar.

Aquí me inicié en la vida sindical. En la empresa trabajaban alrededor de quinientas personas, de manera que las asambleas sindicales eran “cototudas”, enormes, y todos éramos convocados. Escuchábamos atentos a los dirigentes y a los otros pocos que se atrevían a pedir la palabra; todos eran muy buenos oradores. Seguíamos sus argumentos, tratábamos de aprender la manera como se dirigían a la asamblea y solo interrumpíamos para aplaudir cuando queríamos manifestar nuestro respaldo a algo que nos llegaba muy adentro. El sindicato y

sus reuniones eran también otra forma de escuela para nosotros.

Una vez al año, el sindicato organizaba una fiesta para todos los trabajadores y sus familias. Arrendaban lanchones –en los que nos subíamos todos, grandes y niños, hombres y mujeres– arrastrados por vapores y nos llevaban a Niebla o a Corral. Era una fiesta muy linda, donde comíamos en grupos familiares, compartíamos con las otras familias y paseábamos por los parajes cercanos. A veces, hasta se armaban pololeos entre los jóvenes. También en algunas ocasiones, entre los más viejos, hubo crisis matrimoniales por excesos de celos, bien o mal fundados.

Recuerdo que, en esos años, había cinco dirigentes. El presidente era un dirigente social cristiano, de la falange. Había también dos comunistas, otro de la falange y uno, el “vendido”, que siempre estaba de acuerdo con los patrones en todo, al que apodábamos “Cuchirilo”. Años más tarde, cuando hubo un paro nacional llamado por la Central Única de Trabajadores, en el 55, el sindicato en asamblea aprobó paralizar la empresa, a pesar de sus argumentos.

El paro en Valdivia fue grande, hubo una manifestación callejera como nunca se había visto antes. Pararon y marcharon los ferroviarios, la industria local de calzado, los altos hornos de Corral, la fábrica Kuntzman (que no era de cerveza sino de harina y levadura) y otras varias, entre las que, por supuesto, estaban los trabajadores de Immar. Al otro día todos los dirigentes fueron detenidos (por “los guatones de la pp” –policía política– como decíamos entonces) y relegados a distintos lugares, incluyendo al mentado Cuchirilo. En esos casos, aunque no le gustara, la solidaridad de clase también lo alcanzaba a él.

Siendo niño, me vinculé al Partido Comunista. Mi padre era dirigente local y nos llevaba a todas las concentraciones. Y los dirigentes que llegaban desde “el norte” (que para nosotros se extendía de Concepción hasta Arica) alojaban en las casas de los camaradas. Elías Lafertte¹, recuerdo, lo hacía en la nuestra cuando iba a Valdivia, lo que constituía un gran acontecimiento para toda la familia. Y así se fueron estableciendo lazos que nos llevaron a sentirnos comunistas, aun antes de serlo formalmente.

Delfín y yo, los dos menores, los únicos de la familia que aún no ingresábamos al Partido, entramos a la Juventud Comunista el año 1951, al calor de las actividades que se hacían para la primera candidatura a la presidencia de Salvador Allende. En una ceremonia nos entregaron el carnet de “la Jota” (como

llamábamos a la Juventud Comunista) a quince jóvenes. Recuerdo que estábamos muy contentos, nos sentíamos muy considerados, porque quien presidió la ceremonia e hizo la entrega fue Santos Leoncio Medel, en ese tiempo dirigente del Comité Central. También recuerdo entre los presentes a Ani Leal, que parece no envejecer, todavía viva y en la pelea; a Manuel Garay, y a Herminio Rodríguez. Mis hermanos mayores, aunque también eran comunistas, no pudieron asistir porque ya habían salido a trabajar al norte.

En esos años funcionaba la “ley de defensa de la democracia”, conocida como “ley maldita”, que perseguía a los comunistas. Pero era una “persecución” entre comillas no más, comparada con lo que nos tocó más tarde. Cuando recién se dictó esa ley tomaron a muchos presos y los relegaron. Entre ellos, a mi padre, que fue detenido el 47 y le dieron tantos golpes que lo dejaron jodido de los pulmones (seguramente no era lo más fuerte que tenía después de los años de trabajo en las minas). Un cuñado mío, conocido como el “chancho Pérez”, y que trabajaba en ferrocarriles, se hizo famoso en esos días, porque cuando llegó la policía política a detenerlo, él se arrancó y, sin otro camino de escape, se lanzó al río Calle-Calle y lo cruzó nadando, en un recodo bien ancho y en plena noche. Se les arrancó a los de la pp y todos los vecinos alabaron su valentía.

Después, a mi padre lo dejaron libre y siguió siendo dirigente del Partido en Valdivia, participando y organizando reuniones y actividades. Para los efectos legales no existía el Partido y, por tanto, si se quería llevar un candidato a algún cargo, se llevaba como candidato del Partido Demócrata. Por ejemplo, en Corral, en aquellos años un poblado muy industrial, teníamos una regidora muy chora y gran oradora, Hilda Barrientos. En Valdivia seguía funcionando el Partido Comunista en un segundo piso de una casona que estaba cerca de la plaza, en esquinas cruzadas con el teatro de la ciudad. Había un periódico local y varios de los miembros del Comité Central eran valdivianos.

En las reuniones formales del Partido se nombraba un presídium al inicio. En esos presídium se nominaba a Lenin, Stalin, Recabarren², Ricardo Fonseca, Carlos Contreras Labarca³. Así, nosotros, los “materialistas dialécticos” (en ese tiempo no conocía la palabra ‘dialéctico’) designábamos a estos “guías espirituales”, algunos ya muertos, otros ausentes, para que nos ayudaran a llevar a buen puerto nuestras reuniones (y a propósito de Ricardo Fonseca, exsecretario general del Partido, nos enorgullecíamos muchísimo porque había sido un profesor destacado de la Escuela N° 3 de Valdivia).

En “la Jota” nos dedicábamos a formar centros culturales y clubes deportivos para interesar y reunir a los jóvenes. En estos centros hacíamos obras de teatro, organizábamos coros (sin instrumentos porque no teníamos recursos para comprarlos y no sabíamos hacerlos) y también cortábamos el pelo. Conseguimos una máquina y a nuestros “clientes” les poníamos una boina o una olla o una fuente en la cabeza y marcábamos el borde con tiza. Después, les pasábamos la máquina desde abajo hasta la marca con tiza, dejándolos bien pelados en esa parte. Y para que la champa de arriba no fuera tan grande, le metíamos un poco de tijera. No me atrevería a decir que quedaban muy bien, pero como dice el dicho, “la necesidad tiene cara de hereje” y llegaban hartos cabros a atenderse.

En los clubes deportivos organizábamos carreras y pichangas, muchas veces con pelotas hechizas que hacíamos nosotros mismos. En general, eran actividades que podíamos hacer al descampado sin la necesidad de grandes recursos. Por ejemplo, el remo, en el que Valdivia siempre se ha destacado, era un deporte ajeno a nosotros. Si bien yo seguía practicando boxeo, esto no era para todos los que participaban en nuestros clubes deportivos, sino solo para los que podíamos entrar al regimiento, para los amigos de Nelson Carrasco, el campeón chileno de boxeo hijo del guaripola.

Otra tarea de “la Jota” era la propaganda. En las noches salíamos a rayar muros con consignas del Partido o llamando a votar por tales y cuales candidatos. Había una gran entrega, pero también hacíamos leseras (que hoy criticamos pero que en ese tiempo nos enorgullecían). Por ejemplo, rayábamos consignas con alquitrán en los torreones de Valdivia que están en las calles Picarte y General Lagos, construidos por los españoles en los años de la conquista y evidentemente monumentos históricos. Lo que nos enorgullecía era que, después de que el municipio o la intendencia los hubieran pintado nuevamente de blanco, cuando venían días de sol y calor, el alquitrán, de algún modo, traspasaba la pintura y volvía a mostrar nuestras consignas.

En 1953 yo trabajaba permanentemente en Immar. Parece que aprendí bien a soldar pues me dieron un trabajo de maestro soldador con apenas 12 años, y hasta tenía un ayudante. Había que tener mucho cuidado, porque hacíamos soldadura al arco y trabajando con puro metal. Si metíamos la pata con el manejo de los aparatos eléctricos podíamos electrocutarnos. Me sentía muy orgulloso, pero también con mucha responsabilidad por mi ayudante.

Ese mismo año, en una reunión regional de la Juventud, me eligieron secretario

de organización. Aprovechábamos los fines de semana para salir a tratar de organizar “la Jota” en distintas localidades. Coordinábamos con los viejos militantes para que les contaran a sus hijos que iríamos a conversar en tal fecha. Así reunimos a jóvenes y formamos las bases de la Juventud Comunista en Lago Ranco, La Unión, Paillaco, Lanco y Panguipulli. En ellas había hijos de colonos y también mapuches.

Una de las peleas que recuerdo de esos tiempos, en Lago Ranco, fue por la tierra. Las tierras “legalmente” eran fiscales, pero estaban ocupadas desde hace años por colonos y mapuches que las compartían sin mayores problemas. Pero el gobierno planificó hacer caminos –tanto para facilitar la llegada de gente nueva como para sacar la producción local– sin considerar la realidad de la ocupación de esas tierras. El trazado, diseñado solamente mirando los mapas, pasaba por el medio de todos los terrenos que ellos usaban para la producción. Y esto, lógicamente, molestó a la gente, que empezó a pedir que el camino no cortara los campos, sino que fuera bordeando el lago.

Otra experiencia, maravillosa para mí, fue la de Mantilhue, una localidad cercana a Río Bueno, con un paisaje muy hermoso y con un orden y una organización que parecía de otro planeta. Eran terrenos fiscales que habían sido tomados por los campesinos y los mapuches. Los viejos nos contaban que ganaron por cansancio. Llegaban los carabineros a desalojarlos y ellos arrancaban para las montañas. Se iban los carabineros y ellos volvían, y así hasta que se cansaron. Y como el interés del Estado por esos terrenos no era tan grande como para dejar una guarnición permanente, al final los mapuches y los campesinos se quedaron y se organizaron para repartirse la tierra y trabajarla.

Había un sentido tan evidente de amistad, de hermandad entre los campesinos chilenos y los mapuches de Mantilhue, que era tanto o más hermoso que su maravilloso paisaje. Allí me hicieron pleno sentido los versos del himno de la Internacional que cantábamos:

El día que el triunfo alcancemos

ni esclavos ni hambrientos habrá

la tierra será el paraíso

de toda la humanidad.

Que la tierra dé todos sus frutos

y la dicha en nuestro hogar.

El trabajo es el sostén que a todos

de la abundancia hará gozar.

Para mí, esos versos dejaron de ser las palabras que expresaban un sueño bonito y pasaron a graficar una realidad que yo había visto. Como dirían hoy, Mantilhue me mostró que otro mundo era posible.

En 1955, en un congreso de la Juventud, me eligieron secretario regional de la Jota. Los temas que impulsábamos para discutir en el movimiento social eran las reivindicaciones económicas entre los trabajadores industriales y los mineros, y “la tierra para el que la trabaja” entre los campesinos y los mapuches. Durante esos años, al menos en Valdivia, no era un tema la demanda de viviendas. Tampoco había demandas propias de los estudiantes.

Por ese tiempo empezaron mis lecturas “políticas”. Aproveché que mi padre tenía una gran biblioteca, naturalmente, sobre temas mayoritariamente vinculados a su gran interés: la lucha por una sociedad mejor. Obviamente, me interesó el Manifiesto Comunista de Marx y Engels, y lo leí, más bien lo estudié, con mucha dedicación. Después, seguí con El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre y, de verdad, “me quedó como poncho”. Para mí fueron mucho más interesantes los escritos de Dimitrov cuando impulsaban el frente antifascista en la Tercera Internacional y algunos escritos de Recabarren. Recuerdo que leí los Poemas pedagógicos de Makarenko. Sin embargo, lo que más me atraían eran las novelas con trasfondo político pero novelas al fin y al cabo: Así se templó el acero, La madre, Acero y escoria y las del escritor brasileño Jorge Amado.

A nuestras reuniones de la Jota, en Valdivia, llegaban, a veces, Manuel Cantero, en ese entonces secretario general de las JJCC, y Mario Zamorano, secretario de organización de la Juventud (el que muchas veces se alojaba en nuestra casa). Casi siempre nos acompañaba Braulio León Peña, que había sido miembro del

Comité Central del Partido, encargado de trabajar en Valdivia y cubrir toda la zona sur como funcionario del PC.

A fines del 55 tuve un encontrón familiar que me llevó a mudarme a Concepción.

Resulta que en nuestra casa vivíamos mis padres; una sobrina, Blanca; mi hermano Delfín, y yo. No nos sobraba la plata pero nos arreglábamos bastante bien. Mi padre hacía su aporte con las pegas de canales y caminos, además de la pensión. La sobrina trabajaba en una farmacia y Delfín tenía empleo en una joyería, así que ambos cooperaban con parte de sus sueldos. Y yo, maestro soldador en Immar, entregaba todo el sobre de mi paga sin abrir. Esto no era por pura generosidad, también me daba cuenta de que todo lo que necesitaba, incluyendo plata para ir a alguna fiesta, mi madre me lo proporcionaba. Entonces, no era un mal negocio.

Pero a fines de ese año llegó mi hermano Pancho del norte. Había estado trabajando con los gringos en tareas para habilitar la mina de Chuquicamata. allí tenían almacenes con productos de EE.UU. y les pagaban bastante bien. Así que llegó con cajones de ropa y zapatos y harta plata. Empezó a sentirse la autoridad de la casa y a mangonearnos a todos. Hasta que una vez lo vi manduqueando a mi mamá, y exploté.

Yo, además de la práctica de boxeo en el regimiento con mi amigo campeón, hacía ejercicios en una barra que, con Delfín, teníamos en el patio de la casa. Así que era más o menos fortacho, sentía que sabía pelear y no le tenía miedo a nadie a pesar de tener apenas 14 años (o tal vez precisamente porque tenía 14 años). La cosa es que agarré del cuello a mi hermano Pancho, de unos 25 años, y lo empujé aplastándolo contra una pared. Y le dije: “Venís llegando y te creís el perro más lanudo. Mira, huevón, aquí tenís que respetar o si no te voy a sacar la cresta”.

Pancho quedó tan sorprendido que no supo cómo reaccionar. Podría decir que eso me dejó ganador de ese round. Pero el ambiente en la casa se puso tenso. Entonces decidí hablar con mi padre. “Papá”, le dije, “como están las cosas voy a terminar agarrándome con el Pancho y eso va a ser muy triste para ustedes. Así que prefiero irme a Concepción. Al principio, puedo llegar donde mi hermana Ester y con todas las obras que están haciendo allá, siendo soldador, no me va a faltar donde encontrar trabajo”.

Mi padre me respondió: “Humberto, nuestra casa está abierta para todos nuestros hijos. Nunca voy a echar de ella a ninguno de ustedes ni tampoco nunca los voy a retener contra su voluntad. Así que si tú lo quieres, ándate, pero ten en claro que esta es también tu casa y que estará siempre abierta para ti”.

Así que me las eché para Conce.

Al llegar, resultó que mi cuñado, el marido de Ester, estaba trabajando en las obras de construcción de la planta de la CAP –Compañía de Aceros del Pacífico– en Huachipato (ya había, y de mucho antes, una planta de la CAP en Corral). Me llevó con él y me probaron como soldador en uno de los talleres. Quedé al tiro. Esa era la manera que se usaba en ese entonces. Nadie, o muy pocos, tenían títulos. Así que en vez de certificados estaban las pruebas prácticas. Te miraban cómo trabajabas: si les parecía que sabías lo que estabas haciendo te enrolaban, y si no ... a buscar pega en otro lado.

Establecido como “allegado” donde mi hermana Ester, asegurado un trabajo y un ingreso para aportar a la casa, me fui a presentar al Comité Regional de Concepción de las JJCC. Allí, después de conversar un rato sobre mis actividades y responsabilidades en Valdivia, decidieron incorporarme como integrante.

El trabajo era también fundamentalmente con los obreros y los mineros. La novedad, para mí, fue el trabajo con los estudiantes universitarios. A diferencia de Valdivia, en Concepción no desarrollaban ningún trabajo hacia los campesinos ni había un periódico local, pero les llegaba regularmente el periódico nacional, El Siglo. Algunos días en la semana, después del trabajo, asistía –con otro(s) compañero(s)– a reuniones de bases de la Jota en Concepción. Y los fines de semana casi siempre los reservaba para visitar las organizaciones de los jóvenes comunistas en otras ciudades, como Lota, Coronel y Lirquén.

A la empresa que me había empleado se le terminó el trabajo de construcción en la CAP, pero entonces surgieron obras de ampliación en la Universidad de Concepción, así que, durante esos dos años 56 y 57, no me faltó trabajo. Y tampoco el trabajo político.

Primero, fue la lucha contra la misión Klein-Saks: el gobierno de Ibáñez contrató a unos asesores yanquis para decirnos cómo debíamos ordenar nuestra

economía. Sus recetas –¡que casualidad!– se parecían enormemente a lo que después, en la dictadura, hicieron los Chicago boys: congelar los sueldos de los trabajadores, favorecer la entrada de capitales extranjeros, desproteger la industria nacional, terminar con el control de precios, en fin. Aprovechábamos el descontento que todo esto generaba para pedirles a los trabajadores que analizaran a quiénes se beneficiaba y a quiénes se perjudicaba con estas medidas. (La respuesta era bastante obvia y evidente: los beneficiados eran las empresas extranjeras y los más perjudicados eran los trabajadores chilenos. Pero también se perjudicaba a los dueños de las industrias chilenas, fueran chilenos o alemanes –como los de Immar– o árabes –como la mayoría de los textiles– o españoles –como los de la Industria Metalúrgica Española).

El ambiente en contra de la misión era hartamente grande. La gota que rebasó el vaso fue que, mientras se mantenían congelados los salarios, subieron los precios de la locomoción que las personas usaban para ir a sus trabajos. La CUT, presidida por un sindicalista cristiano, don Clotario Blest, llamó a un paro nacional el 1 y 2 de abril de 1957. Fue muy exitoso y en Santiago llevó a que se declarara estado de sitio. Fue una pelea que nos causó muertos. (Recuerdo que por una de ellas, estudiante universitaria comunista de Santiago, coreábamos: “Compañera Alicia Ramírez”, y nos respondíamos: “¡Presente!”. Jamás la conocimos, pero para nosotros, jóvenes penquistas y valdivianos, era una inspiración para seguir en la lucha).

Pero junto a los muertos –algunos hablaban de hasta 40 personas–, hubo otra muerte, esta vez política: la de la misión Klein-Saks. Su desprestigio fue tan grande que nadie se atrevía a defender sus recetas. Recuerdo que ese desprestigio se plasmó en la revista Topaze, revista de caricaturas políticas que no tenía nada que ver con la izquierda: salía una caricatura de Pepo⁴ en que Verdejo (personaje que representaba al pueblo chileno) estaba en el suelo, aplastado por una enorme roca que llevaba inscrito misión Klein-Saks, reclamándole a alguien del gobierno con algo así como: “¿Y ahora se dan cuenta de que nosotros somos los perjudicados?”. Tal vez ese fue el mejor reflejo de la derrota de esa misión.

Todavía no se terminaba esta lucha cuando estábamos en otra: la formación del FRAP (Frente de Acción Popular) con la alianza de comunistas, socialistas (populares y de Chile) y otras fuerzas democráticas. Empezamos a trabajar en la segunda campaña presidencial de Salvador Allende.

En el Partido se había conversado sobre el XX Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) donde se denunció el culto a la personalidad en el periodo de Stalin. Hubo desconcierto entre algunos militantes que no creían lo que se decía de Stalin. Incluso unos pocos se fueron del Partido. Sin embargo, la mayoría de los militantes y la Juventud estábamos en otra: en los problemas nuestros, en la pelea contra la misión Klein-Saks, en la formación del FRAP y en el trabajo por la candidatura de Salvador Allende. En eso estábamos cuando me llegó la noticia de la muerte de mi padre y decidí regresar a Valdivia.

Mi padre murió no por una afección a los pulmones, como todos esperábamos, sino por una falla en su sistema intestinal. No pude dejar de recordar (y de culpar) a ese remedio que le recetó una señora en el puente del río Calle-Calle.

Fue poco después de que lo liberaran de prisión y cuando estaba con sus pulmones muy dañados. Salimos a pasear con la mamá y él, y justo en el puente nos pidió que paráramos un poco para descansar. Pasó una señora a la que le llamó la atención la dificultad con que respiraba mi padre. Se nos acercó y nos preguntó si sufría de los pulmones. Al responderle que sí, nos dijo que nos iba a dar una receta que era casi mágica y le había servido para recuperar a su marido que también había estado enfermo de los pulmones. La receta consistía en una mezcla de parafina, ajo, aceite y limón (no recuerdo en que proporciones, pero sí los ingredientes).

Mi padre fue de la idea de que nada se perdía con probar y empezó a tomarla. Como se fue sintiendo mejor, terminó bebiendo esa mezcla casi religiosamente. No entiendo nada de medicina ni pedimos en ese entonces informes médicos especiales, pero nada me quita de la cabeza que la receta de la señora –bien intencionada, sin duda– pudo haberle mejorado los pulmones, pero terminó cagándole el estómago.

¹ [En ese entonces presidente del Partido Comunista. Antes había sido secretario general de la Federación Obrera de Chile.](#)

² [Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Obrero Socialista en 1912, que en 1922 se transformó en el Partido Comunista afiliándose a la III Internacional.](#)

³ [Carlos Contreras Labarca, secretario general del Partido Comunista entre 1931 y 1946, diputado y senador durante varios periodos.](#)

⁴ René Ríos Boettiger (Concepción, 15 de diciembre de 1911 - 14 de julio de 2000), también conocido por su seudónimo Pepo, fue un historietista chileno colaborador de numerosas revistas y creador del personaje Condorito.

Capítulo II

1957- 1960: embates de la naturaleza (Valdivia y Santiago)

La muerte de mi padre se dio justo un día antes de que se realizara el acto que había organizado el Partido en Valdivia para celebrar la derogación de la mal llamada “ley de defensa de la democracia”, “ley maldita” para nosotros. Nos invitaron al acto de forma especial porque decidieron rendir un homenaje a Juan Arcos. Allí nos presentaron, a Delfín y a mí, como hijos de ese destacado viejo camarada recién fallecido, militantes de las JJCC y continuadores de las luchas de su padre. Esto nos emocionó profundamente y nos comprometió aún más de lo que estábamos.

Al día siguiente, fue mucha la gente que nos acompañó en su funeral. Mi padre, en sus últimos años, había sido dirigente de los pensionados de la Ley 10.383. Como era activo y muy movido, ayudó a muchas personas a sacar pensiones y por ello le tenían un cariño y respeto enormes. Los que nos acompañaron al cementerio no eran solo camaradas o viejos compañeros de sus luchas sindicales, sino personas de toda clase de creencias. Me golpeó mucho ver a unos viejos y viejas que estaban en la última cuadra, antes de llegar al cementerio, caminando de rodillas (mucho más tarde supe que lo hacían para cumplir mandas a la Virgen de Lo Vásquez). Me explicaron que sentían tanta gratitud por lo que había hecho mi padre que se habían puesto de acuerdo para caminar esa cuadra de rodillas, pidiéndole al Señor que lo cuidara y le diera felicidad en la otra vida. Yo no era ni soy religioso, pero esos gestos me conmovieron mucho.

Otra expresión de cariño ocurrió en la población El Pantano, donde vivió mi padre. En la calle donde quedaba nuestra casa hicieron una ceremonia y la bautizaron con su nombre: calle Juan Arcos. Durante dos décadas mantuvo ese nombre, pero en los años de la dictadura, el alcalde de turno decidió cambiárselo por Juana de Arco.

Mi hermano Pancho, el de la pelea, había comprado su casa propia y trabajaba en los equipos de mantención de Ferrocarriles del Estado, casi no pasaba en

Valdivia. Por ello, decidí quedarme en la ciudad y vivir con mi madre, Delfín y la sobrina. Fui a buscar trabajo a Immar, me aceptaron de inmediato como maestro soldador y pude colaborar en la mantención de nuestra casa.

Y, por cierto, me presenté al Comité Regional de la JJCC, donde me reincorporaron como secretario regional. Teníamos las tareas de hacer propaganda para la campaña presidencial de Salvador Allende como abanderado del Frente de Acción Popular y seguir promoviendo las actividades deportivas para incorporar a los jóvenes. Por ser dirigente, era más conocido que antes y, por ser maestro soldador, tenía más peso. Pero tenía 17 años y no quería desvincularme del contacto directo con los jóvenes, así que me metí al equipo de fútbol de la población y del sindicato. La verdad es que era muy malo para el fútbol, no tenía condición ninguna y solo me dejaban jugar cuando les faltaban jugadores.

Mi salvación fue un amigo, compañero en Immar y en la población, además simpatizante de la Juventud. Lo llamábamos “Trompín”. Este Trompín era un arquero buenísimo, elemento clave para los dos equipos (más tarde llegó a ser el arquero de la selección de Valdivia). Una vez, en el equipo del Pantano estábamos discutiendo si yo podía jugar o no, y él se metió y les dijo: “Si dejan jugar a Humberto quince minutos, yo juego. Si no lo dejan, me voy con él a mirar el partido desde afuera”. Eso –que después repitió en el equipo de Immar– fue lo que me permitió jugar y relacionarme con los cabros de mi edad. Pienso que el ser malo para el fútbol me sirvió para que me miraran más de igual a igual: yo era alguien que en algunas cosas era mejor (soldando), pero en otras era peor (jugando a la pelota).

Ese año, 1958, caí preso por primera vez. Fue porque estábamos rayando muros a favor de Allende. Los carabineros nos tomaron y nos tuvieron en el retén toda la noche, verificaron domicilios y al otro día nos dejaron libres. Seguí trabajando en Immar como si nada. En ese tiempo, muchas empresas, al menos en Valdivia, parecían no tener listas negras ni persecuciones políticas de ningún tipo. Lo que uno hacía fuera del trabajo no les importaba, lo que valía era cómo cumplía dentro. Y, en general, yo cumplía harto bien, aunque debo confesar que, más de una vez, hice trampa.

Recuerdo una noche en que estuvimos en tareas de propaganda hasta alrededor de las seis de la mañana. Llegué a la casa para lavarme, desayunar y partir al trabajo. Al poco rato estaba muerto de cansado y, por suerte, como estaba

trabajando en soldaduras en un barco grande, pude ir con mi ayudante a un lugar alejado. Allí le pedí que siguiera soldando solo, pero que si sentía que venía el gringo (Ale Hahn, me parece recordar) se pusiera a quemar fierro en la entrada del compartimento donde estábamos. Las gotas de fierro que caen se funden en el suelo, como chispas, e impiden que alguien pase. Entonces, cuando el gringo llegó, tuvo que gritar, me desperté y me puse el gorro de soldar con la visera arriba, me asomé como si nada, como si estuviera trabajando más adentro y todo pasó piola, como se dice ahora.

En ese tiempo empezaron mis experiencias amorosas. En la población éramos hartos jóvenes de ambos sexos. Surgieron pololeos que empezaban con bromas y piropos y seguían con cariños y besos. Algunas veces terminaban con relaciones sexuales de pie abrazados, recostados en un árbol o una reja donde no llegara mucha luz (a la “paraguaya” como se decía). No teníamos nada de educación sexual. En la casa –al menos para los hombres– fue un tema que mi padre nunca tocó (menos mi madre). En la escuela tampoco era tema. La única información al respecto era el intercambio de experiencias –reales o inventadas– que teníamos entre los amigos. Estos hechos eran antes de la “revolución de la píldora” y nosotros no sabíamos de anticonceptivos de ningún tipo. No deja de sorprenderme que la tasa de fecundidad (aunque era superior a la de ahora) no haya sido muchísimo más grande. Las únicas explicaciones que se me ocurren, probablemente complementarias, son: 1) los hombres, producto de nuestro desconocimiento del tema y del sentido de urgencia en terminar, por las circunstancias donde nos relacionábamos, hacíamos harto mal el amor; y 2) las mujeres, madres e hijas, sabían muchísimo más que nosotros y tomaban algunas precauciones muy efectivas.

También en ese tiempo conocí los prostíbulos. Para ir de la población a Immar teníamos que caminar seis cuadras por la calle Baquedano, que en ese entonces era la calle de los prostíbulos de Valdivia. En la mañana, entrábamos a las ocho, no pasaba nada, todo cerrado. Volvíamos a almorzar (entre doce y dos de la tarde) y entonces encontrábamos a las “niñas” descansando, asomadas en las ventanas, relajadas. Empezaron los piropos, las conversas, siempre breves, pues debíamos llegar al trabajo. Y al regreso, a las seis de la tarde, unas conversas algo más largas, pero no mucho, pues ellas tenían que prepararse para estar listas y recibir a los clientes a partir de las nueve. Y ahí, entre conversas y conversas, se fue estableciendo una amistad entre los cabros de El Pantano que trabajábamos en Immar y algunas de las niñas de la calle Baquedano. Un viernes cualquiera nos pusimos de acuerdo para pasar a tomar unas cervezas y se fue

estableciendo casi como una actividad fija de semana por medio. Al final terminamos acostándonos. Por amistad, nunca nos cobraron. Y a pesar de ese dicho “lo hacían por amor”, creo que es más verídico hablar de amistad. Siento que les gustaba tener una relación entre personas, dialogar, compartir algo de nuestras vidas, aunque fueran puras leseras, y no solo la clásica pregunta de cuánto cobraban, si por el rato o por la noche. Claro que la amistad tenía sus límites. Uno era que debíamos retirarnos antes de que empezara su horario de trabajo. En uno de estos prostíbulos de Baquedano tuve mi primera experiencia de relaciones sexuales en una cama, “encatrado” como se decía.

Sin embargo, esa amistad tenía otro límite que descubrí más adelante. Resulta que los viejos dirigentes del sindicato, después de alguna asamblea muy importante o de logros especiales, acostumbraban a celebrar en un prostíbulo. Tomaban, bailaban, algunos se quedaban ahí y los más se retiraban a sus casas. En una de las asambleas se me ocurrió hablar y parece que no lo hice tan mal porque saqué algunos aplausos. A la salida me agarraron y me dijeron, “te ganaste el bautizo, cabro, así que te vienes con nosotros”. Fuimos a comer a un restaurante y terminé con ellos en un prostíbulo, precisamente, el de nuestras amigas. Por supuesto, ya eran más de las nueve de la noche. Y ahí sí que había harta integración social. Estábamos nosotros, sindicalistas, junto a médicos, profesores, comerciantes, empleados bancarios, agricultores y de cuanto hay. Los únicos que no estaban representados eran los mapuches y los campesinos (aunque probablemente algunas de las “niñas” de la casa los representaban). Cuando me acerqué, botándome a “canchero”, a una de nuestras amigas con el ánimo de presentársela a los viejos y mostrar que era más “corrido” de lo que pensaban, ella me fijó las reglas al tiro. “Humberto”, me dijo, “estamos en horario de trabajo, olvídate que nos conocemos, ahora solo eres un cliente más”. Así que un límite de nuestra amistad era que, como amigos, teníamos que irnos antes de las nueve. Y el otro, que si llegábamos después de las nueve ya no llegábamos como amigos, sino solo como clientes.

Ese año también conocí a mi primera compañera, la madre de mi primer hijo. Un sábado en la noche, unos cabros de la Jota me invitaron a una fiesta en El embrujo de la montaña. Era un local que quedaba en el medio de un parque, que casi parecía un bosque. Allí “pinché” con la niña más linda de la fiesta y fui la envidia de todos mis amigos. Isolina Vera se llamaba. Era una mujer estupenda, con mucha personalidad, militante de la jota, 23 años, jefa de un taller de modas, lugar donde vivía junto a otras compañeras de trabajo. Nos pusimos a pololear, tuvimos relaciones y ella quedó embarazada. Nació el hijo, Juan Carlos Arcos

Vera. Yo les visitaba, a veces salíamos juntos y aportaba algo para sus gastos. Pero nunca me planteó la posibilidad de casarnos, ni siquiera la de vivir juntos. Parece que le gustaba sentirse autosuficiente y creo que ella me consideraba demasiado joven. Aunque tampoco nunca se lo pregunté.

Mirando hacia atrás, con los ojos de ahora, creo que Isolina fue la primera mujer no machista que conocí. Vivíamos en una sociedad con una cultura muy machista, mucho más que en la actualidad. Los hombres éramos machistas pero también lo eran las mujeres. Ellas eran las que nos formaban desde chicos y determinaban las tareas que eran propias de las mujeres y las que eran para los hombres. Isolina, cuidando su autosuficiencia económica y su independencia, era muy especial. Para mí esta relación sin ataduras, sin poner ninguna traba a mis actividades en la Juventud, que eran el centro de mi vida, me parecía perfecta.

En septiembre fueron las elecciones presidenciales. Iban cinco candidatos. Nosotros, como Frente de Acción Popular, FRAP, respaldábamos a Salvador Allende. La derecha, conservadores y liberales, postulaban a Jorge Alessandri. El Partido Radical llevaba a Luis Bossay, un senador radical por Valparaíso. La Falange, poco después transformada en Democracia Cristiana, llevaba a Eduardo Frei Montalva, recién elegido senador por Santiago con una gran votación. Todos representaban fuerzas políticas conocidas y con trayectoria. Pero hubo un quinto candidato extraño, Antonio Zamorano, más conocido como el cura de Catapilco.

Antonio Zamorano fue, efectivamente, cura en el pueblo de Catapilco, una zona de lo que hoy es la región de Valparaíso. Tenía cierta sensibilidad por los problemas de los más pobres –algo que le significó conflictos con los sectores más conservadores de la Iglesia– y una oratoria que lo hizo famoso. Por el año 1956 colgó sus hábitos religiosos, se presentó a diputado como candidato independiente por Quillota y salió elegido. Tenía un discurso cercano a los planteamientos de la izquierda y arrastró buena votación en sectores populares que lo conocían como sacerdote local. Pero de ahí a candidatearse en las presidenciales... era, por decir lo menos, extraño. La verdad es que nunca me sacaron de la cabeza la idea de que fue una candidatura ideada y financiada por la derecha para quitarle votos a Allende. Y, en verdad, calcularon bien. El cura de Catapilco sacó alrededor de 40.000 votos, más votos que la diferencia entre la votación de Alessandri, el primero, y Allende, el segundo, que fue apenas de 35.000 votos.

Después de la elección, en especial los jóvenes, sentimos una gran frustración por la derrota tan estrecha de nuestro candidato. Más tarde, analizando con más calma y escuchando a los viejos comunistas, valoramos que durante todo el proceso de las elecciones habíamos logrado grandes avances. No solo en la cantidad de votos, sino también en las ideas y en el mejoramiento de nuestra democracia. Nuestras ideas de la reforma agraria, de la nacionalización de las riquezas básicas, de la necesidad de políticas que corrigieran la desigualdad, estaban siendo asimiladas por nuestro pueblo. Y nuestra democracia estaba mejor, no solo porque ya no existía la ley maldita, sino también porque ahora las votaciones eran con cédula única y eso hacía mucho más difícil la práctica del cohecho y las encerronas para la compra de votos a las que la derecha estaba acostumbrada. Y así, aunque ganó el candidato derechista, fue solo con un tercio de los votos. La conclusión era clara: no echarse a llorar sino seguir luchando y trabajando junto al pueblo.

El año 59 me cambié de trabajo. Dejé Immar y me fui como maestro soldador a la Metalúrgica Española, de los hermanos Diez. No había ningún problema con Immar, sencillamente necesitaban un maestro soldador, me ofrecieron el trabajo y me pagaban hartos más. El gringo Ale fue de lo más comprensivo, ni la menor recriminación, todo lo contrario, me expresó sus deseos de que me fuera bien.

Y me fue bien durante un tiempo... hasta que formé un sindicato. Era una empresa relativamente pequeña, con unos sesenta trabajadores. Legalmente, para formar el sindicato necesitaba juntar a veinticinco trabajadores que estuvieran dispuestos a participar en una asamblea frente a un inspector del trabajo o un notario, aprobar los estatutos y elegir su directiva. A mí me pagaban mejor que en Immar, pero la situación del resto era mucho peor, así que no me costó reunir a los compañeros, formar el sindicato y liderarlo, aunque no podía ser dirigente porque todavía tenía 17 años.

Cuando se informaron de la constitución del sindicato, uno de los hermanos Diez, español y cascarrabias, me ubicó y empezó a gritonearme que estaba despedido y tenía que irme de inmediato de la empresa o me echaba con la ayuda de carabineros, porque estaba en su propiedad y no podía permanecer allí si él no quería. A mí también me entró la rabia y le dije: “Que te creís, coño chucha de tu madre, que me podís echar así no más” y agarré una barra de acero y me le fui encima. El coño salió arrancando, llamando a su hermano y a otra gente para que me sujetara, y yo detrás de él blandiendo mi barra. Afortunadamente, la sangre no llegó al río. Me calmé y negociamos mi salida. El

sindicato estaba constituido legalmente y por lo tanto permanecería. A mí me cancelaron el sueldo y una indemnización por el despido. Y... volví a Immar, donde de nuevo me recibieron con los brazos abiertos.

¡Lo que son las cosas de la vida! Muchos años más tarde, cuando, en Santiago, estaba clandestino durante la dictadura de Pinochet, me volví a topar con los hermanos Diez. Resulta que un vecino con el que había establecido buenas migas me contó que trabajaba como contador en una empresa metalúrgica en San Miguel y me preguntó qué hacía yo. Maestro soldador, le respondí. Entonces me ofreció ir a su empresa a dar un examen, pues, según él, si sabía soldar bien, iba a quedar porque necesitaban maestros. Después me dijo que los dueños eran los hermanos Diez. Me preocupé pero aposté a que era difícil que yo les recordara a ese muchacho furibundo que los perseguía con una barra de acero, después de los años pasados y los cambios físicos que traen consigo. Tuve suerte. Me vieron en el examen y no me reconocieron, les pareció bien mi técnica de soldar y quedé con la pega. El problema era que no podía darles mi nombre, porque ahí, sí relacionaban mis datos, lo más probable es que la cosa pasara mucho más allá de un simple despido; incluso, podía llegar a las manos de la CNI (Central Nacional de Informaciones). A mi amigo contador le dije que había perdido la libreta del SSS (Servicio de Seguro Social), que me pagara sin contrato, sin cotización previsional y así sacaba un poco más de sueldo. Él lo hizo por cuatro meses y siempre insistiendo en la regularización del contrato. Al final le agradecí e inventé que me había salido algo mejor y ya no era necesario firmar el contrato. Aunque a ellos probablemente no les guste mucho, la verdad es que el buen sueldo que recibí de los hermanos Diez durante cuatro meses me sirvió durante el tiempo de la clandestinidad y, precisamente, en un periodo en que enfrentábamos una situación de crisis en las finanzas partidarias.

El 21 y 22 de mayo de 1960 hubo una conferencia regional del Partido a la que fui invitado en mi calidad de secretario regional de la Juventud. Se hacía en la casa de una camarada, en una población llamada Las Ánimas, en el sector norte de Valdivia. Del Comité Central, participaba Víctor Galleguillos, que al año siguiente sería elegido diputado comunista por Antofagasta. Discutimos distintos temas del trabajo partidario y una de las tareas centrales, en esos días, era la solidaridad con los obreros del carbón de Lota y Coronel que estaban en huelga. El 21, poco después de las seis de la mañana, hubo un terremoto en las cercanías de Concepción que causó mucho daño. No sabíamos si la huelga iba a seguir o iba a ser suspendida, pero acordamos mantener las tareas de solidaridad, que servirían, de todos modos, para los obreros en huelga o para los damnificados

del terremoto. Habíamos terminado nuestra reunión como a las dos de la tarde y mientras una comisión designada para redactar los acuerdos trabajaba en una pieza en el segundo piso, el resto esperábamos el almuerzo que estaban preparando allí mismo, para ir después a nuestra última plenaria. Y en eso estábamos, cuando empezó a temblar.

Nos mirábamos, asustados, sin atinar a reaccionar todavía (uno siempre espera que sea un temblor no más y se resiste a ser el primero en arrancar), cuando los de la comisión redactora llegaron corriendo desde el segundo piso. La casa, de madera, se movía entera; sonaba, más bien, crujía, por todas partes. Recuerdo que Víctor Galleguillos, mirando la chimenea de ladrillos y concreto, agarró de un brazo a la dueña de casa tirándola para un lado y la libró, casi milagrosamente, de ser aplastada por la chimenea. Ahí nadie más se las dio de valiente y salimos rápidamente para afuera.

No era solo un temblor, era terremoto y tan grande que no podíamos sostenernos en pie, teníamos que hincarnos. Y veíamos cómo se movían y crujían las casas frente a nosotros. De madera, la mayoría de ellas resistía, pero las rejas, también de madera, se ondulaban y después saltaban palos para todos lados. Y se movía y se movía, como si nunca fuera a terminar. Apenas se calmó un poco, se suspendió la conferencia y nos dijeron que fuéramos a ver la situación de nuestras casas y familias, y al día siguiente tratáramos de contactarnos, porque parecía que era necesario reorientar las tareas de la solidaridad, ya no hacia los mineros y los damnificados de Concepción, sino hacia los sectores más afectados de nuestra propia ciudad.

Volvimos a Valdivia. Teníamos que atravesar el puente del Calle-Calle, pero lo encontramos caído como un metro o metro y medio. Los vehículos no podían utilizarlo, pero, por suerte, todos andábamos a pie, así que era cosa de bajar, cruzar y subir al otro lado. Se veía una inmensa destrucción en todas partes: grietas enormes en muchas calles, parte del hospital regional en el suelo, un desastre con mayúsculas. Cuando llegué a mi casa, pude ver que sus dos pisos seguían en pie, pero más inclinados que la Torre de Pisa. Con Delfín y algunos amigos de la población le pusimos unas vigas para apuntalarla y evitar que se nos cayera. Seguía temblando de cuando en cuando. Los de mi casa, y todos en la población, sacamos las camas y ropas para dormir afuera. Nadie se sentía seguro al interior de su vivienda.

Esa noche salimos, con los cabros de la Jota de la población, a recorrer la ciudad

para tener una idea de los daños. Eran tremendos. Tal vez lo único bueno del terremoto fue que, por un tiempo al menos, se borraron las diferencias de clases. En la plaza estaban juntos ricos y pobres, todos con sus camas, toldos y fuegos para calentar las comidas. También todos juntos viviendo con los miedos que nos causaba esa enorme fuerza incontrolable de la naturaleza. Al día siguiente, los jóvenes comunistas de Valdivia nos pusimos a las órdenes de los militares en la escuela N° 1, para ayudar en las tareas de repartir comida en los albergues donde estaban los más damnificados.

En el aspecto productivo, el desastre en Valdivia fue terrible y peor en Corral, que sufrió lo central del maremoto. Nuestra empresa, Immar, quedó en pie pero con enormes daños en su interior. Lo mismo pasó con toda la industria valdiviana. No había trabajo, salvo de reparación, y lo más malo era que no se veían proyectos ni perspectivas de futuro. Cundía la desazón y el desaliento.

En un avión llegaron (porque los caminos y vías férreas estaban muy dañados) periodistas del norte a reportear lo ocurrido. Entre ellos venía un comentarista radial de temas políticos muy conocido, Luis Hernández Parker. Recuerdo que participó en una asamblea con jóvenes y nos levantó el ánimo. De nuevo nos abrió a la esperanza. Nos contó que en Santiago había un movimiento solidario muy fuerte con todos los terremoteados. Si no había trabajo acá, podíamos ir allá; seguro que encontraríamos trabajo, y más todavía si teníamos alguna calificación laboral.

La situación en la casa no era buena: mi madre con un montepío mínimo; Delfín con un trabajo, la joyería, que no tenía demanda; Immar con sus labores suspendidas, y el aporte de la sobrina que no era muy grande. Con este panorama me fui a Santiago para conseguir algún trabajo y poder enviarle algo de dinero a mi familia.

Me instalé como allegado con un primo que arrendaba una casita en La Cisterna y pronto conseguí trabajo como soldador en la construcción de unos galpones para la Fuerza Aérea. Cuando terminó esa pega me contrataron en la Maestranza Lo Espejo. Y apenas solucionado el tema de casa y trabajo, me vinculé al Partido.

En el trabajo partidario llegué a ser encargado de organización del comunal La Granja-La Cisterna. Trabajaba con los camaradas Guillermo Labaste y Atilio Gaete. Recuerdo que el secretario en La Granja era Pascual Barraza, quien

después llegaría a ser alcalde de la comuna y más tarde ministro de Obras Públicas de Salvador Allende. Aquí, por primera vez, tuve la experiencia del trabajo con los pobladores. Se habían constituido como un frente muy activo a partir de las tomas de terreno, como la de la población La Victoria, y recuerdo que nos tocó colaborar con la toma en la población San Rafael.

En eso estaba, entre el trabajo y el Partido, cuando me enamoré de la que sería mi esposa, Estela Canales.

Capítulo III

1961-1965: de obrero a dirigente (Valdivia, Nacimiento, Laja y Concepción)

Estela Canales no se llamaba Estela. Se llamaba Ester pero yo la he llamado siempre Estela. No tenía nada que ver con la Juventud o el Partido. Esta vecina de la casa del primo donde yo vivía de allegado me deslumbró. Vivía con su madre, separada, y con otras cuatro hermanas. Trabajaba en una peletería cercana. Era muy simpática y tan hermosa que incluso había sido candidata a reina de La Cisterna, la comuna donde vivíamos. Empezaron las conversas, las invitaciones, los besitos y parece que enganchamos los dos, no solo yo, porque cuando le propuse que nos fuéramos a vivir juntos, aceptó. Así que arrendé una casita, ahí mismo en La Cisterna. No le propuse matrimonio, vivimos juntos no más, “arrejuntados” como se decía. Pero que yo viviera “arrejuntado” no significaba que iba a dejar mis actividades políticas y sindicales.

Recuerdo que participé en varias actividades apoyando la Revolución cubana, seguramente relacionadas con la invasión de Bahía Cochinos, dirigida, organizada y financiada por EE.UU., como después fue de público conocimiento. En los inicios trataron de presentarlo como una rebelión de los propios cubanos, incluso como una supuesta rebelión de su Fuerza Aérea, sin embargo, los aviones pintados con los colores cubanos partieron de una base yanqui en Centroamérica a bombardear el aeropuerto de La Habana.

Estábamos en una de esas manifestaciones en apoyo a Cuba, en la Plaza Italia, con un grupo de puros jóvenes comunistas, cuando un tipo empezó a gritar lemas provocativos y a tirarles piedras a los pacos. Nos pareció raro porque no era nuestra política. Lo tomamos entre varios y le empezamos a preguntar qué estaba haciendo y por qué lo hacía. Nuestro interrogatorio no era muy suave, más bien amenazante, y al final nos mostró su “tifa” (tarjeta de identificación como funcionario policial) y reconoció que cumplía una tarea encargada por sus propios mandos. Me acuerdo de esto porque ahora, en el 2011, cuando veo a los encapuchados tirando piedras, haciendo barricadas, ensuciando el extraordinario movimiento que han logrado desarrollar los estudiantes, no me cabe la menor

duda de que entre ellos está la acción provocadora y premeditada de los aparatos de inteligencia del sistema actual.

Esta convicción no es solo por esas experiencias antiguas, o las peores de la dictadura; me consta que disfrazar a los carabineros de civiles sigue siendo una política actual. No hace mucho, el sobrino de un vecino que es carabinero vino a hacer un curso de inteligencia por unos meses y se alojó en su casa. Aunque el vecino me contó nada, pude ver que el sobrino y sus amigos andaban siempre de civil; jamás los vi de uniforme. Claro, se puede justificar esta práctica para infiltrarse en las bandas de traficantes de drogas, pero no me cabe duda de que también la utilizan con otros objetivos.

Pero volviendo al 61 y a mis actividades, como les contaba, seguía trabajando en la producción, en lo político y en lo sindical. En esto último también tuve éxito. Logré formar el sindicato de la Maestranza Lo Espejo, donde trabajaba como soldador. Aunque me lo propusieron, no podía ser dirigente porque en ese tiempo se necesitaba tener 21 años, la mayoría de edad, y yo no los tenía. Y pasó lo que suponía que podía pasar: me despidieron del trabajo (por los aprendizajes que me dio la vida, después de cumplir los 21 años, siempre fui dirigente, tuve el fuero sindical y no me pudieron echar de las pegas).

Yo ganaba bien, algo había ahorrado, pero necesitaba encontrar trabajo luego, porque la Estela estaba esperando guagua. Y lo conseguí, me tocó trabajar en la ampliación del Hospital Barros Luco. Allí estaba cuando, el 7 de diciembre, nació mi primera hija. La inscribimos como Tránsito Jacqueline Arcos Canales, pero para la familia siempre fue, y sigue siendo, la “Tato”. No cuesta mucho adivinar que lo de Tránsito es por mi madre y lo de Jacqueline es por..., sí, por la Jacqueline Kennedy. No fue idea mía, pero en esas materias me considero un comunista flexible, y acepté la proposición de Estela. Reconozco que fui un papá chocho.

Pero venía echando mucho de menos Valdivia, así que después de que nació mi niña fui preparando las condiciones y el año 62 volvimos a mi ciudad. Eso sí, después del mundial de fútbol. Yo no era muy fanático del fútbol, pero aprovechando la estadía en Santiago fui a ver un par de partidos en los cuadrangulares o hexagonales que organizaban por esos años en el verano. Eran tan distintos de los actuales. Jugaban equipos nacionales, el Colo-Colo, la U, la Universidad Católica e invitaban a algunos extranjeros, el Santos de Pelé, y también selecciones como las de Checoslovaquia o Alemania Oriental (que

aprovechaban de entrenarse contra los jugadores latinoamericanos en el invierno de ellos). No había barras bravas. Se llenaba el Estadio Nacional con hinchas de los tres equipos nacionales y a nadie se le ocurría agredir al otro. A lo más algunas tallas y las risas que estas causaban. Y en uno de esos partidos tuve la suerte de ver al Rey Pelé, que me deslumbró.

Por eso postergué un poco mi regreso a Valdivia hasta después del campeonato mundial. No porque pensara ir al Estadio a ver los partidos (era demasiada plata para el presupuesto familiar), sino porque se iban a transmitir por televisión, que recién había llegado a Chile, y solo se podrían ver en Santiago. El Mundial del 62 tal vez no alcanzó a ser “una fiesta universal” como decía la canción, pero sí lo fue para todos los chilenos. Y éramos muchos los que nos juntábamos en las casas de los afortunados que tenían tele a disfrutar de los partidos. Dudo que haya algún chileno de aquellos años que no recuerde el combo que le pegó Leonel a un italiano o el gol de Eladio Rojas a Yashin, el arquero del seleccionado soviético, considerado el mejor del mundo. Y recuerdo que ese partido, Chile contra la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), me encontró en el mejor de los mundos. Francamente tenía mi corazón dividido. Pero si ganaba Chile, mi patria, estaría feliz. Y si ganaba la URSS, la primera república con la clase obrera en el poder (eso creíamos), también sería motivo para celebrar. Ganara quien ganara, yo no tenía por dónde estar triste.

En Valdivia estuve como un año, un poco más o un poco menos. Nos instalamos en la casa de mi madre. Otra vez me dieron trabajo como soldador en Immar y, en la Jota, volví a ser nombrado secretario regional. Ahí “encargamos” a nuestra segunda hija, Liliana Jeannette Arcos Canales, la Nany, que llegó el 27 de mayo del 63. Un poco antes, el 18 de marzo, Estela y yo nos habíamos casado por el civil. Sin embargo, los sueldos en Valdivia, tal vez debido a la debilidad de la industria local después del terremoto, estaban muy bajos. Y con mis experiencias en Concepción y Santiago sabía que podía ganar más. Por eso dejé a mi familia en Valdivia, me fui a Nacimiento, donde estaban construyendo la planta de “la papelera” (Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones), y después de dar unos exámenes prácticos me contrataron como soldador.

En Valdivia, la Tato me echaba tanto de menos que le dio eso que llamaban “pensión”, se enronchó entera. Como ya estaba ganando buen dinero, pude arrendar una casa en Nacimiento y llevar a la familia. A la Tato se le pasó de inmediato, en un día. Era mi regalona y lo sigue siendo, porque colaboró conmigo y por lo que tuvo que pasar por mí.

Cuando detuvieron a los máximos dirigentes de la Coordinadora, en el 81, se nombró un comité ejecutivo subrogante encabezado por Miguel Vega, reemplazando a Manuel Bustos en la presidencia, y por mí en lugar de Alamiro Guzmán en la secretaría general. Le pedí a la Tato que me ayudara en las tareas de secretaría, y allí estuvo conmigo, sin importarle los difíciles momentos que vivíamos. Después, en el 85, cuando yo estaba en Alemania (en la RDA) por motivos de salud, y ella ya tenía un hijo, dos agentes de la CNI la secuestraron a la salida de su trabajo. Tato era secretaria en Microsystems, una empresa que se dedicaba a los microfilmes (alguna vez me contó que todas las fichas que estaban en la enorme bodega de los archivos del Servicio de Seguro Social, al ser microfilmadas cupieron en 8 cajas del tamaño de las cajas de zapatos, lo que nos parecía inconcebible en esos tiempos). Iba saliendo por la calle José Miguel de la Barra cuando dos fulanos la agarraron, la metieron, a la fuerza en un taxi y se la llevaron tendida contra el suelo. Antes de sacarla la encapucharon y luego la metieron en una casona grande y, en una de sus piezas, la desnudaron, la amenazaron, la manosearon –me indigna solo recordarlo- y le hicieron de todo para averiguar dónde estaba yo (cosa que ella no sabía). Eso que tuvo que pasar, de lo cual uno se siente en alguna forma responsable (aunque los responsables reales son los de la CNI), fortalece aún más el lazo de afecto que naturalmente se da entre padres e hijos.

Pero volvamos a Nacimiento. Yo trabajaba en la construcción de la papelera y junto con trabajar, aprendía. Había técnicos canadienses que se desempeñaban en la construcción y tenían conocimientos mucho más avanzados que los nuestros, y también herramientas que no conocíamos. Sin embargo, eran muy generosos en compartir ambas cosas con los que mostrábamos interés (lamentablemente no fuimos muchos). Aprendí mucho. Si comparo mis conocimientos de soldador con una profesión universitaria, el trabajo en la papelera, en Nacimiento, me significó el equivalente a un master o hasta un doctorado. Tanto fue así, que después de eso quedé a cargo del taller de reparaciones y construcción.

En la actividad política, como en Nacimiento no había organización de la Jota, me integré al Partido, donde llegué a ser miembro del Comité Local y también del Comité Regional de Los Ángeles. Pero no me desvinculé de las Juventudes Comunistas. En un congreso de la Jota me eligieron miembro de su Comité Central y me integraron como miembro de su comisión ejecutiva. Mal que mal, los comunistas se identificaban con los intereses de la clase obrera y yo era el obrero más famoso de la Jota (probablemente porque era el menos tímido o, para decirlo derechamente, el más “patudo” de los obreros dirigentes de la Jota) y era

un orador más o menos bueno, o por lo menos hacía buenas intervenciones, planteando visiones diferentes a las habituales. Con todos esos cargos, me llevé viajando todos los fines de semana. Uno a Los Ángeles, otro a Santiago, cuando no me tocaba ir a Concepción o a Valdivia para cumplir las tareas de la Comisión Ejecutiva.

Y aquí, otra digresión. Mis buenas intervenciones no eran porque yo fuera un gran teórico. Me interesaba la teoría, leía los materiales que circulaban en el Partido, pero estaba lejos de entenderlos bien, con todas sus implicancias. Discutía, pero con oídos abiertos, escuchando y tratando de analizar, tomando en cuenta lo que otros opinaban, lo que no me impedía decir lo que pensaba con toda claridad y sin medias tintas.

Por ejemplo, en la dirección regional de la Juventud en Valdivia nos atrajeron los planteamientos de Mao Tse Tung (como se escribía en esos tiempos), nos impresionó bastante eso de que “una chispa puede incendiar una pradera” y trasmitíamos mucho con él. Tanto, que en el Partido y en la dirección de la Jota se plantearon reuniones de conversación sobre nuestra identificación con Mao. Recuerdo que viajó a Valdivia Mario Zamorano, en ese entonces secretario general de la Juventud, a discutir con nosotros. También lo hizo Bernardo Araya, miembro del CC del Partido, aprovechando un viaje. Tuvimos varias conversas, y seguimos manteniendo nuestras ideas, pero lo que me convenció, y después me ayudó a convencer a los otros dirigentes de la Jota, fue un comentario para nada teórico de Bernardo Araya. Más importante que los escritos de Mao, nos dijo, eran los problemas que había en Chile, que teníamos que dedicarnos a estudiar y pensar cómo los arreglábamos. Eso me hizo sentido porque como Juventud en Valdivia salíamos mucho a terreno, vendíamos incluso más ejemplares de El Siglo que el Partido, teníamos una enorme vinculación con la población y, gracias a ello, un gran conocimiento de sus problemas. Por eso mismo, para nosotros era fácil comprender que, si no éramos capaces de ayudarla a organizarse y a pelear por la solución de sus problemas, nuestras discusiones “teóricas” no servían para nada. Eso era un elemento clave de mi “análisis político” y guiaba todas mis intervenciones.

Pero había otro elemento. Yo tenía una idea, una convicción, que no había sacado de ningún libro marxista, sino que era una creencia mía muy de fondo: la idea de que los mineros y los metalúrgicos eran la base de la clase obrera. Y en consecuencia me nutría de las visiones que ellos tenían de los problemas y sus posibles soluciones. Para mí, la opinión de los mineros era muy importante,

porque sabía que eran hombres que arriesgaban su vida cada vez que entraban a la mina y por eso, creía yo, no iban a andar mintiendo. Yo aprovechaba cada vez que podía de visitar a un cuñado minero que vivía en Coronel. Él no militaba pero decía que era comunista, socialista y evangélico. En la mina, muy querido y muy sociable, conversaba con todos, sintetizaba sus visiones y me las contaba. La visión de los metalúrgicos la recogía yo mismo en el trabajo y en mis actividades sindicales. Entonces estas visiones de los mineros y de los metalúrgicos eran el segundo elemento que consideraba en todas mis intervenciones.

Esta creencia en la fuerza y sapiencia de los mineros y metalúrgicos era tan grande que cuando supe que Nikita Kruschev había sido obrero metalúrgico y había trabajado en las minas, se transformó en mi ídolo. Además, durante esos años los éxitos de la URSS en la carrera espacial (el Sputnik y Gagarin), su confianza en superar económicamente a los EE.UU., su apertura a debatir públicamente con Nixon, su combinación de la coexistencia pacífica con el derribamiento del avión espía U2, y hasta su golpeteo de zapatos en la ONU me daban la idea de que llegaba un aire fresco, una fuerza nueva al comunismo en el mundo. Si me analizan bien, de casi maoísta a admirador de Nikita, está claro que lo teórico no era mi fuerte, mi único fuerte era el compromiso con mi pueblo.

En Nacimiento, en el 64, yo seguía trabajando a cargo del taller durante la semana y en mi calidad de soldador recorría toda la planta conversando con quien quería. Me fue relativamente fácil ir convocando a los compañeros para constituir un sindicato. Aunque de nuevo me podían echar del trabajo, esto no me preocupaba porque, la verdad, me estaba aburriendo de la pega en el taller: todo era un poco monótono y las mismas cosas se repetían semana tras semana. Echaba de menos el tiempo de la construcción de la planta y el aprendizaje con los canadienses. Así que cuando supe que estaban por hacer una ampliación de la planta de celulosa en Laja, me preparé para dejar Nacimiento e irme para allá. Pero antes de irme, aprovechando que ya estaban los contactos y las conversas con los compañeros, constituimos el sindicato de la papelera en Nacimiento. Me eligieron presidente y esa fue la primera vez que tuve un cargo de dirigente sindical.

Me sentí sumamente orgulloso, pero ya estaba en mi cabeza la planta de Laja. Así que, una vez establecido el sindicato y logrado su reconocimiento por la empresa (la CMPC tenía experiencia con sindicatos y prefirió la conversación

antes que la guerra), y tranquilizados y fortalecidos los otros dirigentes y socios, conversé con la directiva para ver cómo me remplazaban porque yo me tenía que ir. Después de algunos dimes y diretes, todo se resolvió bien y pude avisar que tenían que buscar a un reemplazante para el cargo de jefe de taller. Esa fue una de las pocas veces –si no la única – que me fui de una empresa, habiendo formado un sindicato, dejando a los trabajadores “empoderados”, como dicen ahora, y sin haber sido despedido por la Dirección.

Estela no estaba muy feliz con la vida que le daba y era muy comprensible. Dejó su casa para llegar a un pueblo chico, Nacimiento, donde no conocía a nadie. Yo pasaba todo el día trabajando, algunas tardes en reuniones del Partido y los fines de semana viajando para acá y para allá por tareas de la Jota. La dejaba sola, así que era como para no estar muy contenta. Además, no le gustaba que gastara tanto de mi salario en los viajes del Partido y la Jota. Me lo planteó antes del viaje a Laja y poco después del nacimiento de nuestro primer hijo varón, Humberto Salvador, el “Chicho”. Pero la actividad política y sindical siempre había sido lo central en mi vida y nunca se lo había ocultado, jamás le había prometido dejar esas actividades para dedicarme a la familia. Y en la casa nunca faltaba nada, teníamos más de lo que nunca habíamos tenido con mis padres, con quienes, a pesar de todo, habíamos sido capaces de ser felices. Así que le planteé separarnos (en la buena, sin odios ni rencores). Yo siempre seguiría manteniendo económicamente y visitando a la familia. Hizo un escándalo. Después vino la reconciliación, pero a partir de entonces nos fuimos distanciando afectivamente (a pesar de que legalmente seguimos casados hasta el día de hoy y de que tuvimos tres hijos varones más). Yo no fui capaz de darle lo que ella esperaba ni ella de comprender lo que esperaba yo.

Partí a Laja, hice las pruebas prácticas como era habitual y me contrataron como soldador. Justo al término de mi primer día de trabajo se había convocado a una asamblea para constituir el sindicato. Era una asamblea inmensa, con alrededor de 3.500 trabajadores, en una cancha deportiva. Con la experiencia de haber formado otros sindicatos me di cuenta de que si no estaba presente un inspector del trabajo o un notario, el sindicato no iba a ser legal, iba a quedar en nada, y los que habían convocado serían despedidos.

Yo estaba en las últimas filas de los asambleístas. Levanté la mano y saqué el vozarrón más fuerte que pude: “Compañeros, están formando mal el sindicato...” y expliqué las exigencias legales y la importancia de cumplirlas. Los que dirigían la reunión me preguntaron: “¿Y usted, quién es, compañero?”.

Les respondí: “Soy Humberto Arcos Vera, soldador, también conocido como el zurdo en Immar, la CAP, la Maestranza Lo Espejo y varias otras empresas en las que he trabajado”.

De la asamblea salieron unas voces pidiendo que pasara adelante. Yo les dije: “Pero es mi primer día de trabajo en la empresa”, y alguno de los que dirigían la asamblea me preguntó, un poco desafiante: “¿Eso es problema para usted, compañero?”. Respondí con el mismo vozarrón: “No, compañeros, para mí no es ningún problema. He ayudado a formar otros sindicatos e incluso fui presidente en la planta de Nacimiento”. Me paré y caminé hacia el estrado donde estaban los que dirigían. La asamblea me aplaudió y salieron voces para que yo fuera el presidente, lo que fue recibido con más aplausos. Así que apenas llegué arriba tomé la dirección de la asamblea, pedí que fueran a buscar al inspector del trabajo y, mientras tanto, propusieron nombres para los otros miembros de la directiva. Y así, a mano alzada, eligieron a otros cuatro dirigentes, y todo se oficializó cuando llegó el funcionario de la Dirección del Trabajo.

Los otros dirigentes elegidos resultaron ser de la DC, el secretario; simpatizante del PC, el tesorero; un independiente, y un trotskista. Este último era el que más había trabajado para convocar a la asamblea y quedó un poco resentido, porque esperaba ser el presidente. Igual pudimos trabajar bien y, consultando a la gente, a los tres meses pudimos presentar nuestro pliego de peticiones (como se llamaban entonces). Pedíamos un reajuste de salarios y lo novedoso para esos tiempos –hoy una cuestión generalizada en casi todas las empresas contratistas– era que solicitábamos el pago de los pasajes y de un bono para los días que visitábamos a nuestras familias (ya que éramos trabajadores de distintas partes del país y juntábamos los días de permiso para poder viajar). La empresa no aceptó e hicimos la primera huelga que tuvo la CMPC en Laja.

La huelga se alargó y algunos en el sindicato empezaron a flaquear. Entonces se me ocurrió hacer otro sindicato con los puros soldadores, que éramos como quinientos, los más indispensables en la ampliación de la planta y los mejor pagados. Se formó el sindicato y presentamos el mismo pliego. Con los demás tomamos un acuerdo: ellos podían reintegrarse al trabajo y, por tanto, recibir sus salarios; nosotros, con su apoyo, mantendríamos la huelga. Como seguramente la empresa iba a tratar de reemplazarnos trayendo otros soldadores, su tarea era impedir que esos soldadores pudieran trabajar. Y así lo hicieron. Los soldadores que llegaron no duraban más de un día porque el resto de los trabajadores los insultaba, los amenazaba, les tiraba piedras. Al final ganamos el pliego.

Pero la empresa no se quedó de brazos cruzados y buscó deshacerse de la directiva del sindicato. Por una parte, nos negaba el acceso a la planta y, por otra, utilizó la estrategia de lo que llamaban “comprar el fuero”, que consistía en pagar a los dirigentes una gran cantidad de dinero para que se fueran de la empresa. Eso les permitía desarmar el sindicato y desprestigiar a los dirigentes diciendo que organizaban todas esas luchas solo para llenarse los bolsillos. Mis compañeros se aburrían y vendieron sus fueros. Yo me quedé. Me pagaban el sueldo, todas las conquistas ganadas en la huelga, más cuatro horas semanales adicionales por sobretiempo, pero no me permitían entrar a la empresa.

Afuera organizaba algunas reuniones y pudimos reestructurar el sindicato para que siguiera funcionando cuando yo me fuera (aunque nunca tuvimos una asamblea tan grande como esa primera) y, a la vez, formé el sindicato interprovincial de soldadores de Biobío y Concepción, en el cual fui elegido presidente. Después de eso, me marché de la empresa sin vender mi fuero.

Había que “parar la olla” así que dejé a Estela y a mis hijos en Laja para buscar un lugar donde pudiéramos radicarnos. Me fui a Santiago a dar examen de soldador en la empresa Foran Chilena. Salí aprobado y me mandaron a trabajar en la planta de ENAP en Concepción. Pero allí ya conocían mis antecedentes políticos por mi paso anterior y trataron de despedirme de inmediato. Al ser dirigente del sindicato interprovincial de soldadores, fui a la Inspección del Trabajo y conseguí que dieran la orden de reincorporarme. Me echaron varias veces, pero todas me tuvieron que reintegrar. El problema del trabajo estaba solucionado.

En el plano político, me reintegraron al Comité Regional de la Juventud Comunista, que tenía muchas actividades. En el plano sindical, trabajaba en dos frentes. Por un lado, mi sindicato, el interprovincial de soldadores, estaba afiliado a la Asociación de Sindicatos Cristianos (la Asich) y funcionábamos en su sede, cerca de la estación de ferrocarriles en Conce. Y, por otro, fui elegido secretario de organización de la CUT en Concepción. Para mí esto no era problema. En la Asich habían unos cabros cristianos súper buenos, vinculados a la Iglesia y muy consecuentes con los trabajadores. Siempre he pensado que los trabajadores somos trabajadores y tenemos que unirnos en función de nuestros problemas y no preocuparnos por lo que cada uno piensa o cree. Yo entendía que la CUT no se afiliaba a ninguna de las tres grandes centrales internacionales precisamente para no abanderizarse con una central y su ideología y dar cabida a todos los pensamientos en función de los intereses comunes.

En el plano familiar, traje a la familia desde Laja a Concepción. Yo era ordenado con las platas, ganaba bien y ahora tenía menos viajes. Eso me permitió ahorrar. Al poco tiempo compramos un terreno y unos meses más tarde adquirimos una casa prefabricada. La primera casa propia de mi familia fue la de Concepción.

Capítulo IV

1965 -1970: aunando fuerzas (Concepción, República Democrática Alemana, Concepción y Valdivia)

El año 1965 trajo la alegría de la casa propia para mi familia, pero todavía teníamos la pena de la derrota de Salvador Allende en las elecciones presidenciales del año anterior. Aunque más o menos la esperaba, porque la derecha había abandonado a su candidato, Julio Durán, para apoyar al candidato demócrata cristiano, Eduardo Frei Montalva, igual dolió. Más que nada dolió por ver la tristeza de tantas compañeras y compañeros que se habían hecho ilusiones y soñaban que pronto empezaríamos a construir una patria distinta, más justa, más de todos.

Pero analizando las cosas en nuestras reuniones, políticas y sindicales, fuimos levantándonos el ánimo de nuevo. La derecha tuvo que abandonar sus banderas, respaldar a un candidato que ofrecía la “Revolución en libertad”, planteaba la “reforma agraria” y la “chilenización del cobre”: eso nos mostraba que seguíamos avanzando y que nuestras ideas eran recogidas, cada vez, por más gente. Como creíamos y decíamos en esos años, a pesar de lo ridículo que hoy pueda parecer, “los vientos de la historia soplaban a nuestro favor”. Y seguimos trabajando en los dos frentes, el político y el sindical, con tanto ánimo y tanto empeño como siempre.

En lo laboral, me aburrió la seguidilla de despidos y reintegros en la ENAP y terminé cambiándome, para seguir como soldador. En lo familiar, en esta lucha permanente entre el distanciamiento afectivo con Estela y las ganas utópicas de que todo pudiera volver a ser como al principio, se gestaron nuevos miembros en la familia. El 4 de abril del 66 llegó Santiago Vladimir, el “Chago”. Lo de Vladimir lo pueden adivinar, era mi modesto homenaje a Vladimir Ilich Lenin. Pero lo de Santiago seguro que no sospechan. Entre todas las cosas que leía, también estudiaba las luchas en mi patria. Y descubrí que a mitad del siglo XIX había existido una Sociedad de la Igualdad donde, además de Francisco Bilbao, había estado Santiago Arcos. Se me metió en la cabeza que tal vez de ese apellido venía la fuerza que nos impulsó a luchar por la igualdad, a mi padre y a

toda mi familia. Así que “Chago” era también un homenaje a ese prócer del siglo XIX.

Pero cuando estaba por nacer, me vi enfrentado a tomar una decisión bien difícil. Me pidieron que dejara de trabajar en la producción y pasara a ser funcionario de la Juventud a tiempo completo. Esto me significaba una gran merma económica. Como soldador estaba sacando 3.200 escudos mensuales y en la Juventud, después de un duro regateo, solo podían ofrecirme 720, 20 escudos más de lo que sacaba el secretario general. Como que no calzaba bien una familia creciendo y sus ingresos disminuyendo. Vacilé, pero acepté. Para mí lo más importante era la organización y la lucha de los trabajadores para cambiar Chile, y este ofrecimiento me permitía dedicarme por completo a ello. Por otra parte, pensé que esos 720 escudos eran más de lo que recibían muchos trabajadores, así que teníamos el deber de ajustarnos. También confiaba en que yo era ordenado con las platas, lo que me había permitido ahorrar incluso después de la compra del sitio y la casa. Así que empecé a ser funcionario y secretario regional de la Juventud Comunista en Concepción.

Poco después me dijeron que había sido seleccionado para ir, junto con otros seis camaradas, a la Escuela Internacional de la Juventud Wilhelm Pieck, en la República Democrática Alemana. El curso me serviría para aprender sobre marxismo, la organización, las experiencias del movimiento obrero en otros países, en fin, sobre todo lo que a mí me parecía interesante aprender. El único problema era que el curso duraba un año y yo ya tenía mi familia, Estela y los cuatro niños. La Juventud le pasaría la mitad de mi sueldo a Estela y con eso pensaban que se solucionaba el problema. Sabía que ese dinero sería insuficiente, pero me entusiasmaba tanto el curso que acepté. Y para cubrir la insuficiencia recurrí a mis ahorros. La verdad, Estela no era ordenada con sus gastos, así que en vez de dejarle la plata –porque temía que la gastara muy al lote y hasta, tal vez, de un sopetón– se la entregué a un amigo ingeniero, con el compromiso de que él le daría mensualmente a Estela (en quincena cambiada con el pago de la Juventud) una cantidad que resultó casi equivalente a lo que la Jota le daba. A Estela no le gustó la idea de que me fuera por más de un año a otro país, me hizo un escándalo, pero frente a mi determinación, al final aceptó.

Cuando se acercaba el invierno nuestro, no recuerdo bien el mes, partí a la RDA junto a cuatro camaradas hombres y dos mujeres. Como era del Comité Central de la Jota, iba como jefe del grupo. Llegamos a la escuela y nos encontramos con una serie de cursos paralelos donde había 1.500 jóvenes de todo el mundo.

Si sacábamos la cuenta por cada país, la mayoría eran de la RDA, pero si sumábamos a los otros europeos, los latinoamericanos, los africanos, los árabes y los asiáticos, creo que éramos más los extranjeros.

Al inicio nos recibió alguien de la dirección de la escuela que, con un traductor, nos explicó las reglas, horarios, etc. Dentro de las normas de la escuela estaba la elección de un “presidente” por parte de los alumnos, para cumplir funciones mayoritariamente protocolares. Además de transmitir a la Dirección los problemas que pudieran plantear los alumnos de cualquier país, la función principal era asistir a las celebraciones de las fiestas patrias de cada uno, junto a alguien que representara a la dirección de la escuela y al PSUA y a alguien que representaba al PCUS. Esto le serviría para conocer a todos los jóvenes y poder establecer vínculos a fin de recoger los problemas si estos surgían. El mecanismo de selección era por bloques territoriales. Se juntaban los latinoamericanos y designaban su candidato. Los europeos, sin los de la RDA, que se excluían del proceso, el suyo. Los africanos, los árabes, los asiáticos, lo mismo. Después se haría una asamblea general donde votaban los jefes de los grupos de cada país para elegir cuál de esos cinco candidatos sería el presidente de los estudiantes ese año.

En el grupo de los latinoamericanos, había argentinos, peruanos, colombianos, mexicanos, guatemaltecos, algunos centroamericanos más y nosotros. Cada jefe de delegación tenía que hacer una presentación de sus integrantes y contar algo de la situación que vivía su país. Después, todos votaban por alguno de ellos y el que obtenía la mayoría iba como candidato del bloque latinoamericano a la elección general. Todos hicieron presentaciones muy interesantes, tal vez algunas un poco largas, algunas con palabras un poco difíciles, pero nos sirvieron para abrir la mente, aprender cosas nuevas e interesarnos por los problemas de nuestros vecinos y romper esa tendencia a quedarnos encerrados solo en los nuestros. Después vino la elección y me llevé la sorpresa de que me eligieron como candidato del bloque latinoamericano. Analizando el asunto en la noche, los camaradas me dijeron que probablemente lo que había volcado la elección a mi favor fue mi intervención, que había sido la más breve (habría esperado que me dijeran que fue la intervención más brillante, pero no, solo dijeron que fue la más breve. Después, pensando, me conformé: “Lo bueno, si es breve, dos veces bueno”). Pero en realidad, el factor clave para que me eligieran candidato del bloque latinoamericano no fue ni lo bueno ni lo breve de mi intervención, sino el prestigio que tenía el Partido Comunista de Chile y su Juventud, por su trayectoria y arraigo en nuestro pueblo.

Para la elección del presidente, todos nos pusimos en campaña de alianzas. No solo nosotros, sino todas las delegaciones latinoamericanas intentaban contactar a los africanos, los europeos y los de la RDA, que si bien no presentaban candidatos, igual votaban.

Ganamos los latinoamericanos. Y yo, como “presidente de los jóvenes del mundo” en esa escuela, me sentía “el descueve”, como decíamos entonces, “la raja” como dicen ahora. En todo caso, la verdad es que solo me correspondió cumplir tareas protocolares en esa función. Y atendiendo al análisis de mis camaradas respecto a las razones que estaban detrás de mi elección, siempre intentaba hacer las intervenciones más breves posibles. Pero cuando me pasé de la raya fue para el 18 de septiembre. La intervención del representante del PCUS fue larga, con análisis político del mundo y de Chile en un español lleno de acento; la del representante de la dirección de la escuela, con traductor –lo que alarga más el asunto–, y , al final, yo: “En Chile en esta fecha nos dedicamos a comer y a tomar. Así que ¡salud!” , dije mientras agarraba un vaso. Junto con entusiastas aplausos, conseguí que todos nos pusiéramos manos a la obra.

La escuela fue una experiencia muy valiosa para mí, tanto por las materias que estudiamos como por la convivencia con personas de otras nacionalidades. Me impresionaron los mexicanos, muy choros; los argentinos, muy cultos, y los africanos, inteligentes y muy dotados para aprender idiomas. Había personas de Mozambique, Nueva Guinea, Angola, Etiopía, Somalia y todos, al poco tiempo, conversaban con nosotros en español y con los dueños de casa en alemán, no perfecto, bien chapurreado, pero que les permitía comunicarse y hacerse entender. Este tiempo también me abrió relaciones con gente de la RDA que después, en dictadura, me fueron muy útiles. El año de la escuela se me pasó volando.

Pero ahí, en la RDA, tuve otra experiencia que me impactó mucho. Yo tenía hemorroides (que atribuía a los efectos de mi trabajo en soldaduras) y estando en la escuela empecé a defecar con sangre. Me llevaron a un hospital y decidieron operarme. Tenían que colocarme una anestesia general y me pusieron una máscara para que respirara. De pronto me vi en un túnel, de esos que hay en las minas, avanzando sobre una especie de correa transportadora. Y empecé a visualizar a toda mi familia –abuela, madre, padre, hermanos, Estela, hijos–, a camaradas de la Juventud y el Partido, de Concepción y Valdivia, y a compañeros de los sindicatos. Lo único que quería era tirarme de la correa transportadora, salir de ella como fuera y, de repente, desperté. Estaba rodeado

por los médicos, que me miraban un poco sorprendidos. El traductor me explicó que me habían dado por muerto, pues yo no tenía ningún signo vital. Cuando conversaban sobre qué podía haber causado mi muerte, yo abrí los ojos y volví a la vida. Después de un tiempo me operaron, pero esta vez me anestesiaron poniéndome una inyección en la vena y no sufrí ningún problema. Esa experiencia me dejó traumatado: incluso años después en Chile, cuando me acordaba, me preguntaba si estaría realmente en mi patria y me pellizcaba para cerciorarme de que era real lo que vivía.

Regresé a Chile a mediados del 67 y me correspondió hacerme cargo de la secretaría regional de la Juventud en Concepción. Me encontré con que, por una parte, empezaban a reactivarse los trabajadores (habían quedado un poco desarmados después de la derrota electoral del 64) y, por otra, el movimiento estudiantil daba peleas importantes en la Universidad de Concepción. En ellas se fue destacando una notable generación de dirigentes, todos ellos estudiantes de Medicina y militantes del MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria: Miguel Enríquez, Bautista van Schouwen, ambos provenientes de la Juventud Socialista, y un líder tremendamente carismático, exmilitante de la Jota, Luciano Cruz. Ellos llevaban la voz cantante en las movilizaciones universitarias y, en el II Congreso del MIR, en 1967, fueron elegidos como los principales dirigentes de su organización. Se planteaban contra las elecciones y creían que había que preparar las condiciones para la lucha armada a fin de tomar el poder para los trabajadores. Esas ideas, que al calor de la Revolución cubana y de la heroica gesta de Ernesto Che Guevara en Bolivia encontraban muchos oídos receptivos en la juventud estudiantil, eran contrarias al camino que impulsaba nuestro Partido y teníamos una discusión permanente contra ellas.

Nuestro centro seguía estando en la organización de los trabajadores y los pobladores para luchar por la solución de sus problemas pero, a la vez, aprovechábamos las instancias electorales. En ese año 67 se celebró la elección municipal y nuestro Partido, a nivel nacional, representó casi un 15% del electorado, algo más que nuestros socios, los socialistas, pero bastante menos que la Democracia Cristiana, partido que recibió la mayor votación, por sobre el 35%. En Concepción nos fue bastante bien, sacamos regidores en todas las comunas y en Lota ganamos la alcaldía. Recuerdo que en la Jota estábamos muy orgullosos porque una candidata, mujer y de la juventud, Norma Hidalgo, fue elegida regidora en Coronel.

Y en el año 68, poco después de que naciera nuestro tercer hijo varón, José

Greene, el “Pepe”, me plantearon una nueva tarea partidaria: hacerme cargo de la secretaría regional del Partido en Valdivia. Dejaba la Juventud para asumir una responsabilidad mayor, esto me pesaba un poco, pero volvía a mi ciudad natal, donde todavía estaba mi madre, lo que era una gran alegría. Así que hicimos las maletas y con toda la familia nos instalamos en la vieja casa de mis padres. Después de un tiempo, sin querer queriendo, Estela nuevamente quedó embarazada, esta vez de nuestro último hijo varón, Delfín Volodia, que arribó en Valdivia el 1 de noviembre del 69.

Al llegar a Valdivia me encontré con el Partido en una situación complicada. Bernardo Araya, un respetado dirigente del Comité Central, secretario regional anterior, tuvo que trasladarse a Santiago y, en su lugar, quedó otro compañero que no estuvo a la altura. Primero, manejó las platas del Partido de una manera muy poco clara, por no decir derechamente, de manera corrupta. En el Partido de Valdivia había seis funcionarios, él viajaba mensualmente a Santiago para retirar los dineros de sus sueldos. Pero en Santiago usaba esa plata para comprar mercaderías que después vendía en Valdivia, por lo que, al llegar al sur, no pagaba los sueldos en una fecha determinada, sino en la medida en que iba haciendo sus negocios. Huelga decir que, además de complicarles mucho la vida a los camaradas funcionarios, el secretario regional subrogante no destinaba la ganancia que obtenía a financiar actividades del Partido ni tampoco la repartía entre todos los funcionarios, sino que se la echaba directamente al bolsillo.

Pero además había otro problema. En la dirección regional este sujeto les había dado un peso grande a compañeros vinculados a la masonería, que se coordinaban entre sí y prácticamente orientaban, casi como fracción, todo el trabajo partidario. Había una gran preocupación por los pequeños empresarios, por los artesanos, por los sectores medios, lo que estaba bien, pero lo que no era aceptable es que se descuidara totalmente el trabajo con los obreros, con los pobladores y con los campesinos chilenos y mapuches.

Les planteé estos problemas a los compañeros del Comité Central y me enviaron a uno de sus integrantes del carbón, muy bueno. Él me hizo algunas sugerencias y recomendaciones, y me respaldó plenamente para que adoptara algunas medidas de reorganización, la primera, echar del Partido al compañero que había caído en prácticas corruptas. Y entonces, aprovechando mis experiencias anteriores, recurrí a los jóvenes (de esos tiempos): Teillier, el actual diputado y presidente del PC, era un estudiante de Castellano en la Universidad Austral, con hartos prestigio. Conversé largamente con él y lo convencí para que dejara sus

estudios y trabajara como funcionario, como encargado de las finanzas del regional. A Nelson González, el “Pata de lancha”, otro estudiante, lo convencí de que aceptara ser encargado del Comité Local. Al secretario de la Juventud lo entusiasmé para que tomara el frente campesino y, en la Jota, quedó reemplazándolo otro cabro muy bueno, Abernego Mardones.

Hubo un vuelco en el trabajo: salíamos a todas las localidades de la provincia, armábamos organizaciones del Partido o sindicales en todas partes. Se notó el influjo de la sangre joven, pero todo fue posible gracias a las enseñanzas que nos dieron viejos muy nobles. Y quiero contarles sobre uno de ellos.

El Partido designó como candidato a diputado por la zona a Juan Campos. Era un viejo sindicalista, incluso había reemplazado a Clotario Blest en la presidencia de la Central Única de Trabajadores, pero iba de candidato sin la menor esperanza de salir, solo como saludo a la bandera, más bien para ayudar a marcar presencia y aprovechar la campaña a fin de dar a conocer los planteamientos del Partido. Con Juan Campos, cualquier día, íbamos caminando por las calles de Valdivia (o de otras localidades de la provincia) y de repente nos decía: “En esta esquina, camaradas”. Se detenía y empezaba a hablar en la esquina sobre las elecciones y lo que queríamos los comunistas. Tal como lo hacen los evangélicos hoy en día, sobre todo en los pueblos, así lo hacía Juan Campos. Y lograba que algunos curiosos se detuvieran y escucharan nuestros argumentos. Después nos empujó, a los jóvenes que lo acompañábamos, a que también hiciéramos uso de la palabra. Yo tenía alguna experiencia como orador por mis tareas en el frente sindical, pero a otros les costaba mucho, les daba una vergüenza tremenda (entre ellos a Teillier). Entonces Juan Campos estableció una norma: cada vez que se incorporaba un integrante nuevo al grupo de los “oradores” de las esquinas, invitaba a celebrarlo a un restaurante con un sándwich, una cerveza o un potrillo de tinto. Y ahí hacía la evaluación de los discursos, sugiriendo temas que podíamos usar en las próximas oportunidades y, a la vez, haciéndonos recomendaciones respecto a la forma que debían adoptar nuestras intervenciones. Fue un maestro que nos ayudó, en la práctica, en nuestro desarrollo como dirigentes políticos, capaces de hablar de cara al pueblo.

También tomábamos decisiones poco tradicionales, buscando mejorar el trabajo. Por ejemplo, el Partido a nivel central nos proporcionaba una cantidad de dinero mensual para arrendar vehículos y poder salir a trabajar en la campaña presidencial del 70. Discutimos el asunto, nos asociamos con una camarada y le propusimos armar una compraventa de autos. En vez de arrendar vehículos,

juntamos un poco de plata y los compramos, usados, claro. En el día estaban los autos y camionetas en el negocio, pero al cerrar el local en la tarde, justo en las horas en que se podían hacer las reuniones, disponíamos de todos los vehículos de la compraventa para poder repartirnos y trasladar a los dirigentes. Total que la camarada ganó sus pesos, y el Comité Regional, muchos más vehículos para el trabajo partidario de los que habría dispuesto si nos hubiéramos limitado a arrendarlos.

En la Unidad Popular se barajaban cuatro candidaturas para la Presidencia de la República. Estaban el independiente Rafael Tarud, senador por Talca; el exministro y también senador Alberto Baltra por el Partido Radical; el representante del MAPU⁵, el ingeniero agrónomo Jacques Chonchol; Salvador Allende por los socialistas, y por el Partido Comunista, nuestro gran poeta Pablo Neruda. Como dirigentes del Comité Regional del Partido nos reunimos con todos ellos y conversamos sobre los problemas de nuestra región, pero siendo comunistas, por supuesto que organizamos una marcha y un acto en la plaza a favor de la candidatura de Pablo Neruda. Y en eso estábamos, cuando el coronel de Carabineros a cargo de las fuerzas policiales me señaló con el dedo y ordenó que me detuvieran. Así que fui a parar a la comisaría, siendo el único detenido del acto, y estuve allí hasta la medianoche. Lo insólito del caso, además de no existir ninguna razón valedera para la detención, es que ese coronel era Aldo Rojas Morales, hermano de nuestro camarada Rodrigo Rojas, miembro de la Comisión Política y director del diario del Partido, El Siglo. Tal vez, para este coronel la detención del secretario regional del PC demostraba ante sus superiores que él no tenía nada que ver con las ideas políticas de su hermano.

Pero volviendo a las elecciones, la Unidad Popular finalmente resolvió que su candidato sería Salvador Allende. Y todos nos pusimos en campaña. Y al calor de la campaña también se recompuso el vínculo con mi hermano Pancho. Llegó un día a la sede del regional del Partido con siete trabajadores de Ferrocarriles, pidiendo ser incorporados como militantes comunistas. Por supuesto, los aceptamos y organizamos una ceremonia para entregarles sus carnés. El episodio me sirvió para recapacitar: compartiendo la misma causa con mi hermano, con los tremendos desafíos que se venían por delante, ¿qué sentido tenía mantener resentimiento por una vieja rencilla familiar? Y el modo que habíamos tenido de relacionarnos cambió para bien.

Rememorando las actividades de la campaña, ¿cómo no recordar al locutor de tantos actos, de esta y de las anteriores, a ese querido actor, Roberto Parada? No

solo abría los actos y presentaba a los artistas y oradores que correspondía, sino que además nos regalaba, con su vozarrón inolvidable, algunos poemas de Fernando Alegría. Entre ellos nos resulta inolvidable, a todos los que fuimos sus oyentes, esa extraordinaria versión del “Viva Chile Mierda”. Nos identificábamos con el poema, que nos llenaba de amor y orgullo por nuestra patria, nuestro pueblo, nuestra historia, nuestras catástrofes. Pero era la expresión, las tonalidades y la fuerza con que lo recitaba Parada las que hicieron que este recuerdo sea uno de los que no se borran⁶.

Las tareas electorales las asumimos trabajando a mil por hora, con entusiasmo, con creatividad, muy vinculados a los problemas de los trabajadores y luchando por su solución. Llamábamos a votar por Allende. Nuestra fuerza crecía. Por ejemplo, logramos que un camarada comunista fuera el presidente del sindicato de Immar, mi vieja y querida empresa, donde aprendí a soldar.

En el frente campesino, cuando llegó el 4 de septiembre de 1970 teníamos tomados 59 fundos. No eran tomas para exigir tierras, eran para exigir que se cumplieran las leyes laborales con los trabajadores del campo, que se les pagara la previsión social, los días festivos y los reajustes legales. Y ese 4 de septiembre por fin ganamos.

Fue una alegría inmensa para nosotros. Sabíamos que en el círculo de los empresarios había preocupación y hasta susto, pero nosotros estábamos alegres. No éramos solo nosotros los que mirábamos con optimismo el futuro de nuestra patria. Creo que la inmensa mayoría de nuestro pueblo, sobre todo después de que Radomiro Tomic y la Juventud Demócratacristiana reconocieron el triunfo de Allende, miraba con esperanzas lo que venía.

Espontáneamente se armó una manifestación multitudinaria en la plaza principal de Valdivia, ordenada, tranquila y alegre. Allí escuchamos, por un sistema de parlantes, las palabras que Salvador Allende le dirigía al pueblo en Santiago y a todo Chile, desde un balcón del local de la FECH, la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, en la Alameda, casi al frente del cerro Santa Lucía. Todos escuchábamos en silencio, con una atención profunda y compartida, cada una de sus palabras. Nos llegaba al corazón cuando decía que “la juventud de la patria fue vanguardia en esta gran batalla, que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha de un pueblo”.

Y cómo no emocionarse al recordar lo consecuente que fue con lo que dijo esa

noche de victoria:

Desde aquí declaro, solemnemente, que respetaré los derechos de todos los chilenos. Pero también declaro, y quiero que lo sepan definitivamente, que al llegar a La Moneda, y siendo el pueblo gobierno, cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído de convertir en realidad el programa de la Unidad Popular.

Y cuando nos advertía sobre lo que se venía:

Si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad, la nueva convivencia social, la nueva moral y la nueva patria. Pero yo sé que ustedes, que hicieron posible que el pueblo sea mañana gobierno, tendrán la responsabilidad histórica de realizar lo que Chile anhela para convertir a nuestra patria en un país señero en el progreso, en la justicia social, en los derechos de cada hombre, de cada mujer, de cada joven de nuestra tierra.

Nos llamó a comportarnos esa noche y en el futuro cercano:

Yo les pido que esta manifestación sin precedentes se convierta en la demostración de la conciencia de un pueblo. Ustedes se retirarán a sus casas sin que haya el menor asomo de una provocación y sin dejarse provocar. El pueblo sabe que sus problemas no se solucionan rompiendo vidrios o golpeando un automóvil. Y aquellos que dijeron que el día de mañana los disturbios iban a caracterizar nuestra victoria, se encontrarán con la conciencia y la responsabilidad de ustedes. Irán a su trabajo mañana o el lunes, alegres y cantando, cantando la victoria tan legítimamente alcanzada y cantando al futuro.

Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada y que esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile y cada vez más justa la vida en nuestra patria.

A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero presidente.

Y no hubo el menor desmán, ni en Valdivia ni en todo Chile. Siguiendo sus recomendaciones, nos retiramos a celebrar en nuestras casas, con tremenda alegría y con mucha conciencia de la responsabilidad con que tendríamos que afrontar las tareas que se venían por delante. Era un sentimiento de felicidad tan profunda que sumíamos con tanta seriedad, que es difícil describirlo. Mi madre, la dueña de la casa donde celebramos la victoria, estaba dichosa.

Y cuando recuerdo su dicha no puedo dejar de decir que uno de mis motivos de satisfacción más grande son las circunstancias que vivíamos cuando murieron mis padres, las que hicieron que ambos se fueran felices. Mi padre se marchó después de conocer la derogación de la ley maldita, mientras se preparaba para celebrar. Mi madre lo hizo después de haber vivido la victoria electoral de esa causa por la que lucharon juntos y a la que sumaron a todos sus hijos.

Anexo

Viva Chile Mierda

Fernando Alegría

Cuando al alba sale el huaso a destapar estrellas
y, mojado de rocío, enciende el fuego en sus espuelas
cuando el caballo colorado salta la barra del mar
y se estremece el lago con una lenta bruma de patos,
cuando cae el recio alerce y en sus ramas cae el cielo:
digo con nostalgia ¡VIVA CHILE MIERDA!

Cuando el buzo ilumina su escafandra
y las ballenas se acercan a mamar en el vientre de las lanchas
cuando cae al fondo del océano la osamenta de la patria
y como vaca muerta la arrastra la ola milenaria
cuando explota el carbón y se enciende la Antártida:
digo, pensativo, ¡VIVA CHILE MIERDA!

Cuando se viene el invierno flotando en el Mapocho
como un muerto atado con alambres, con flores y con tarros
y lo lamen los perros y se aleja embalsamado de gatos
cuando se lleva un niño y otro niño dormidos en su escarcha
y se va revolviendo sus grises ataúdes de saco:
digo enfurecido ¡VIVA CHILE MIERDA!

Cuando en noche de luna crece una población callampa
cuando se cae una escuela y se apaga una fábrica
cuando fallece un puerto en el Norte y con arena lo tapan
cuando Santiago se apesta y se oxidan sus blancas plazas
cuando se jubila el vino y las viudas empeñan sus casas:
digo cabizbajo ¡VIVA CHILE MIERDA!

Me pregunto de repente y asombrado, ¿por qué
diré Viva Chile Mierda y no Mier... mosa Patria?
quizás en mi ignorancia repito el eco de otro eco:
¡Viva! dice el roto con la pepa de oro entre los dedos
¡Chile! dice el viento al verde cielo de los ebrios valles
¡Mierda! responde el sapo a la vieja bruja de Talagante

¿Qué problema tan profundo se esconde en las líneas de mi mano?

¿Es mi país una ilusión que me sigue como la sombra al perro?

¿No hay un Viva entre nosotros sin su Mierda, compañeros?

la una para el esclavo, la otra para el encomendero

la una para el que explota salitre, cobre, carbón, ganado

la otra para el que vive su muerte subterránea de minero.

Y como penamos y vivimos en pequeña faja de abismo

frente al vacío alguien gritó la maldición primero.

¿Fue un soldado herido en la batalla de Rancagua?

¿Fue un marino en Angamos? ¿Un cabo en Cancha Rayada?

¿Fue un huelguista en La Coruña? ¿Un puño cerrado en San Gregorio?

¿O un pascuense desangrándose en la noche de sus playas?

¿No cantó el payador su soledad a lo divino

y a lo humano se ahorcó con cuerdas de guitarra?

¿No siguió al Santísimo a caballo y a cuchillás mantuvo al diablo a raya?

¡Ah!, qué empresa tan gigante para destino tan menguado.

Entre nieve y mar, con toda el alma, nos damos contra un rumbo ya

[tapiado,

por consecuencia, en la mañana cuando Dios nos desconoce,

cuando alzado a medianoche nos sacude un terremoto,
cuando el mar saquea nuestras casas y se esconde entre los bosques,
[cuando Chile ya no puede estar seguro de sus mapas]
y cantamos, como un gallo que ha de picar el sol en pedazos,
digo, con firmeza, ¡VIVA CHILE MIERDA!

Y lo que digo es un grito de combate
oración sin fin, voz de partida, fiero acicate
espuelazo sangriento con las riendas al aire
galopón del potro chileno a través de las edades
es crujido de capas terrestres, anillo de fuego,
vieja ola azul de claros témpanos pujantes.
País-pájaro, raíz vegetal, rincón donde el mundo se cierra,
quien lo grite no tendrá paz, caerá para seguir adelante.
Y porque de isla en isla, del mar a la cordillera,
de una soledad a otra, como de una estrella a otra estrella,
nos irá aullando en los oídos la sentencia de la tierra:
digo, finalmente, ¡VIVA CHILE MIERDA!

⁵ [Movimiento de Acción Popular Unitaria, formado a partir de una escisión del Partido Demócrata Cristiano.](#)

⁶ No resistí la tentación de transcribir el poema como un anexo al final de este capítulo, pero queda el desafío de conseguir una reproducción de la poesía recitada por Roberto Parada. Sé que se editaron discos.

Capítulo V

1971-1972: el Gobierno del pueblo (Valdivia y Chillán)

Habíamos ganado la elección y seguíamos trabajando llenos de entusiasmo. Empezaron los atentados explosivos del grupo fascista Patria y Libertad, la situación era tensa. Con mayor razón salíamos a visitar las localidades para mantener el ánimo en alto. Anduvimos en las tomas que había en Panguipulli, Riñihue, Lanco, Paillaco, en fin. Buscábamos conversar con los campesinos, pero también con los dueños de los fundos o sus administradores, para bajar la presión, tranquilizar los ánimos y esclarecer nuestros motivos: lo único que perseguíamos era que se cumplieran las leyes con los campesinos. Algunos cambios logramos, para bien, en todos los actores.

A propósito, recuerdo una trampita que por esos días le hicimos a un tío mío, el tío Julio, en Folilco, donde administraba un campo. Preparamos a uno de estos jóvenes del regional en algo de las leyes laborales y, en una visita, lo hicimos pasar por un inspector del Trabajo. Al llegar pidió revisar las libretas de seguro, las planillas de pagos y encontró algunos atrasos. Le dijo a mi tío que era necesario arreglar esos atrasos, colocarse al día o se arriesgaba a una multa que podría ser bastante grande. Mi tío Julio, rápidamente, regularizó todas las cosas atrasadas. Él se quedó con la conciencia tranquila de cumplir con las leyes y de evitarse una multa, y sus trabajadores, felices, porque les estaban cumpliendo cabalmente.

En uno de esos trabajos en terreno, en Panguipulli, durante el mes de septiembre, fuimos detenidos por carabineros. Como éramos nosotros los que recién habíamos ganado la elección presidencial, no sabían bien a qué atenerse. Por una parte, estaba la posibilidad de que llegáramos a ser sus nuevas autoridades civiles y, por otra, su tendencia tradicional a acatar los deseos de los dueños de fundo que, en general, habían sido respaldados por las autoridades de turno. Notando esa ambivalencia, me boté a choro, protesté por la detención y pedí que me comunicaran con el intendente (DC). A él le reclamé y exigí que informara al Comité Central de mi Partido de esta detención arbitraria, sin orden judicial ni delitos flagrantes, cuestión que no podía ser. Mi alegato resultó tan bien que nos

dejaron en libertad a las once de la noche. Nos habían detenido alrededor de las seis.

Pero algún carabinero, por propia iniciativa u orden superior, mientras estábamos en esa discusión, echó azúcar a la bencina del jeep en el que nos movilizábamos. Nos devolvíamos a Valdivia, felices, después de haber experimentado en la práctica este cambio en las relaciones de poder, cuando nuestro jeep dejó de funcionar. Llovía..., como acostumbra a llover en nuestra Valdivia. Nos pusimos a empujar el jeep, pero no fuimos capaces de hacerlo partir. Nos empapamos enteros y, muertos de frío, nos encerramos en el jeep tratando de dormir. Al otro día, regresamos en un microbús rural a Valdivia y, desde allí, enviamos una camioneta a buscarlo. En el garaje descubrieron la causa, el azúcar en la bencina, pero no teníamos la menor prueba para acusar a su autor, que no pudo ser otro que uno (o más) de los carabineros del retén.

En los primeros días de octubre tuvimos un pleno del Comité Central del Partido en Santiago. Se inauguró un viernes en la noche, con la lectura de un informe político que planteaba, entre otras cosas pero con bastante énfasis, el “No a las tomas de fundos”. Me dolió. Era la negación de todo lo que hacíamos en el Partido en Valdivia, todo lo que nos parecía justo y que tan buenos frutos nos estaba dando. Pasé buena parte de la noche preparando mi intervención y el sábado fui el primero en pedir la palabra. Dije, con todas sus letras, que la consigna de “No a las tomas de fundo” era una traición al campesinado y no se correspondía con la realidad que se vivía en el campo. Los campesinos eran los más postergados de todos los explotados en Chile y había que acompañarlos en su lucha para que se respetaran sus derechos. Me extendí en esto e ilustré la situación con ejemplos concretos de nuestras tomas en la provincia de Valdivia, para terminar planteando que el pleno debía rechazar esa consigna e insistiendo en que aprobarlo sería una traición. Recuerdo que estaba sentado entre Luis Guastavino⁷ y Julieta Campusano⁸. Apenas terminé, Guastavino me dijo: “La cagó, compañero”. Y Julieta, al otro lado: “Muy bien, camarada”. Esa diferencia en las opiniones de mis vecinos se reflejó entre los participantes del pleno.

El tema se discutió largamente y se formaron dos bloques. Unos respaldaban lo que yo había planteado y otros, liderados por los encargados del Departamento Campesino, defendían el “No a las tomas”. Eran buenos compañeros que venían en su mayoría del norte, de Coquimbo. La situación de los campesinos allí, con mineros cerca, solidaridad de clase y la posibilidad de irse ellos mismos a trabajar en las minas, era totalmente diferente a la que vivían los campesinos

desde Colchagua a Llanquihue, donde los latifundistas históricamente habían hecho y deshecho a su gusto y la lucha era incipiente. Y como los camaradas del Departamento Campesino del Partido, en su pelea con los socialistas y el MIR, habían levantado esa consigna de “No a las tomas”, se sentían en el deber de defenderla sin abrir sus oídos a nuestros argumentos. Bueno, se discutió hartó y, al final, en las conclusiones del pleno se buscó una “solución salomónica”: se cambió el “No a las tomas” por el “No a las tomas indiscriminadas”, que, en el fondo era solo volver a la vieja recomendación leninista: nada de consignas generales sino “análisis concreto de la situación concreta”.

Una o dos semanas después vino ese supuesto intento de rapto del comandante en jefe del Ejército, que hizo una organización de derecha esperando culpar al MIR y generar una situación que impidiera que Allende asumiera la presidencia. Como se sabe, o les falló el intento o alcanzaron derechamente su verdadero objetivo; lo concreto es que el asunto terminó con el general Schneider asesinado. En las investigaciones posteriores se logró identificar a la mayoría de los que participaron: jóvenes de familias pijes⁹, liderados por dos chilenos que, para vergüenza del Ejército, resultaron ser generales, Roberto Viaux y Camilo Valenzuela (y hablo de jefes chilenos porque nadie me quita de la cabeza que había otros jefes, de EE.UU., hipótesis nunca demostrada pero tremendamente sugerida por las conversaciones que Nixon y Kissinger sostuvieron inmediatamente después del triunfo de Allende y que trascendieron años más tarde).

En el Partido empezamos a tomar medidas de autodefensa, como que nuestros dirigentes no anduvieran solos y estableciendo “casas de seguridad”, viviendas de camaradas no muy conocidos donde se pudieran trasladar los dirigentes en caso de que se rompiera el funcionamiento democrático del país. Pero a los sectores golpistas de la derecha, con el asesinato de Schneider, les salió el tiro por la culata: el Congreso ratificó a Allende y el 4 de noviembre se hizo el cambio de mando en forma totalmente pacífica. Lo único malo fue que, entre el 4 de septiembre y el 4 de noviembre, la gente más rica se dedicó a sacar su plata de Chile y a llevarla a EE.UU., España y a la serie de “paraísos fiscales” donde tantos esconden sus fortunas para evadir impuestos.

En Valdivia seguimos con el trabajo político. Ahora, a las tareas sindicales y de organización del Partido se sumaba la de colaborar con la conformación de los nuevos equipos en las diferentes instancias de gobierno. Pero nosotros pusimos como centro de nuestra actividad el trabajo con la gente y, vinculado a ello, nos

lanzamos en las tareas de la elección de las autoridades municipales, alcaldes y regidores, que se venían en marzo de 1971. Nos fue “súper bien”, como dicen ahora. En la elección para diputados con el compañero Juan Campos, dos años atrás, logramos sacar 1.200 votos. En la elección del 71 subimos la votación comunista, en Valdivia, a 12.000 votos. En la provincia elegimos seis regidores en distintas comunas y perdimos el séptimo por veinte votos (veinte votos que me hicieron perder la apuesta que había hecho con el camarada Uldaricio Donaire, miembro del Comité Central en ese entonces y detenido desaparecido desde mayo del 76). Sin embargo, desde antes de la elección yo ya tenía asignada una nueva tarea que me alejaría de Valdivia otra vez.

Poco después de las elecciones, en el 71, fui nominado delegado regional por Chillán de la Corporación de Servicios Habitacionales (Corhabit). A nivel partidario me incorporaron como un miembro más del Comité Regional de esa provincia. Apenas logré arrendar una casa, fui a buscar a Estela y a nuestros seis críos y dejamos, siempre con algo de pena por mi parte, Valdivia.

Recién llegado a Chillán, me pidieron una entrevista para el diario La Discusión de Chillán (cuento esa entrevista a partir de lo que recuerdo, pues aunque intenté conseguir una copia del número que la publicó con titulares en la primera página, han pasado demasiados años y no me fue posible). Los periodistas partieron por preguntarme quién era yo. “Soy un obrero, soldador metalúrgico, con experiencia como dirigente sindical”, respondí. “¿Y qué sabe de viviendas?”, quisieron saber a continuación. “Nada”, les contesté. “Apenas sé que sirven para vivir”. “¿Y cómo entonces va a resolver los problemas de vivienda de la provincia?”, fue la siguiente pregunta. Y les respondí: “Para eso existe el equipo. En Corhabit hay arquitectos, constructores civiles, asistentes sociales, abogados, contadores, en fin. Yo vengo a dirigir el equipo, no a construir las casas. Mi deber es buscar que nuestro trabajo ayude a solucionar los problemas de vivienda de los trabajadores de la provincia”. El diario tituló algo así como “Obrero pasa a ser jefe de Vivienda” y subtuló: “Reconoce que no sabe nada de vivienda”.

Al llegar a Corhabit tuve una reunión con todos sus funcionarios y les planteé casi lo mismo. Me presenté, siempre orgulloso de mi condición de obrero y soldador, y les aclaré que no venía a cambiar a nadie, que ellos eran los especialistas, los que tenían la experiencia, se conocían y eran, por tanto, los indicados para elegir al equipo de dirección. Les pedí también que me propusieran una buena secretaria, con experiencia. Nombraron el equipo con el

que trabajé y me pusieron una secretaria más buena que el diablo, Raquelita, que sabía todo el teje y maneje del Ministerio y sus organismos.

Se armó un equipo que funcionó muy bien. En un año, el 72, llegamos a construir 6.000 viviendas en Ñuble, lo que proporcionalmente fue un record nacional. Pero eso gracias al equipo, que con toda su experiencia me aconsejó que no nos preocupáramos de repartir los recursos para que duraran todo el año, sino que tratáramos de construir lo más posible en los primeros meses. Después, si nos quedábamos sin plata, siempre estaba la posibilidad de aprovechar la reasignación de fondos presupuestarios y ser beneficiados con recursos de otros servicios que estuvieran atrasados en sus planes (y la verdad es que nos trasladaron recursos desde Corhabit de Talca, que no funcionaba muy bien y estaba lejos de cumplir sus metas).

Pero antes de llegar a eso, además de la experiencia y lealtad del equipo que se conformó, hubo dos hitos muy importantes. El primero fue una pelea que tuve con los dirigentes sindicales de Corvi, Cormu y Corhabit, los tres servicios relacionados con la vivienda. Ellos, de distintos partidos, demócratacristianos, socialistas y comunistas, tenían sus oficinas en nuestra sede de Corhabit. Yo los veía siempre ahí y nunca trabajando. De repente, sin pedir autorización, viajaron a Santiago y “se arreglaron los bigotes”: llevaron, sin haber consultado a nadie, propuestas de subidas en sus grados en la planta –lo que implicaba mejorías en sus sueldos– y se las presentaron a los jefes de servicios, que se las aceptaron. A esto se sumaba, lo que es peor, que estaban relacionados con los robos de materiales de construcción que estábamos sufriendo.

Las construcciones se hacían en los mismos terrenos de las tomas, de donde, de repente, desaparecían ladrillos, sacos de cemento, herramientas y hasta carretillas. Averiguando por aquí y por allá, resultó que había una mafia que robaba los materiales y los vendía. En esa mafia se metían algunos pobladores de los terrenos tomados, pero los organizadores y los que más plata sacaban con esto eran ni más ni menos que estos “dirigentes sindicales” de la vivienda. Cuando me enteré sentí un asco tremendo y me dediqué a hacerles notar el profundo desprecio que me provocaban. Decidí “declararles la guerra”. No les hablaba ni los saludaba. Si me dirigían la palabra no los escuchaba y hasta escupía en el suelo cuando pasaban cerca de mí. Quería provocar una situación de crisis, ya que, no solo por el fuero sindical, sino también por la inamovilidad funcionaria que regía para los servidores públicos, no podía echarlos directamente.

Ellos resintieron ese trato y enviaron una carta al Ministro de la Vivienda y a los jefes nacionales de los tres servicios pidiendo mi remoción. Me llamaron de Santiago para plantearme la situación y les dije que no tendría ningún problema si me cambiaban, pero que si tomaban esa decisión lo hicieran frente a los trabajadores de los servicios y escuchando a ambas partes. Estuvieron de acuerdo y me dispuse a utilizar en esa discusión todo lo que había aprendido en las numerosas asambleas sindicales en que me había tocado participar.

Así que programamos la asamblea, arrendamos un teatro para que cupieran todos y nos dispusimos a tratar un único tema: la acusación que hacían los dirigentes sindicales y su intención de remover al encargado regional de Corhabit, o sea, a mí. Y con la presencia del ministro de Vivienda, el viejo Cortés, que era socialista; Alejandro Rodríguez, arquitecto comunista, vicepresidente de Corhabit en ese entonces y detenido desaparecido desde julio de 1976, y alguna otra autoridad nacional que no recuerdo, tuvimos la asamblea con la presencia de todos los funcionarios.

Se partió con la lectura de la carta por parte de uno de los dirigentes sindicales ante un micrófono que había en el estrado. En ella, quienes firmaban decían que yo era un prepotente, que los despreciaba y no los tomaba en cuenta, a pesar de que ellos eran los dirigentes sindicales de los trabajadores de los servicios, en fin. Y la conclusión era que en el Gobierno de la Unidad Popular, el gobierno de los trabajadores que dirigía el compañero presidente Salvador Allende, una persona que trataba así a los dirigentes sindicales no podía ser jefe de servicio. Y la lectura de la carta tuvo una ovación tremenda de apoyo de la gran mayoría de los funcionarios que estaban en la asamblea.

Después, yo salí adelante, me paré ante el micrófono y les pedí la carta. Me la pasaron, la tomé y la rompí en pedazos que boté al suelo. Las pifias fueron ensordecedoras mientras las autoridades nacionales miraban totalmente desconcertadas, probablemente pensando que me había vuelto loco. Yo levanté las manos para calmar a la asamblea: “Momento. Momento”, y en cuando disminuyó un poco el barullo, dije: “Todo lo que dice esa carta sobre cómo he tratado a los dirigentes sindicales es cierto. Todo es absolutamente cierto”. Se produjo un silencio absoluto y las miradas de desconcierto empezaron a venir de todas partes.

Y entonces seguí: “Los trato así porque para mí no son realmente dirigentes sindicales, sino que son unos sinvergüenzas y unos ladrones. ¿Sabían ustedes

que sin pedir autorización ni informar a nadie, viajaron a Santiago en tal fecha (la di entonces, hoy no la recuerdo) para pedir que les subieran sus grados en la planta? Y lo peor es que lo consiguieron, y en eso hay responsabilidad de nuestras autoridades nacionales. ¿Ustedes que, como yo, los ven día a día encerrados en su oficina del sindicato, sin trabajar nada, creen que se merecen una subida de grado? ¿Su aporte a la solución del problema de la vivienda de los trabajadores y de los pobladores de Ñuble es tan extraordinario que ellos, y solo ellos, merecen una subida de grado –y de sueldo– mientras todos los demás funcionarios siguen igual?”.

Empezaron a escucharse cuchicheos en toda la asamblea. Algunas voces se elevaron y dijeron: “Frescos”, “sinvergüenzas”. Y yo seguí: “Ustedes saben que hemos tenido pérdidas de materiales. En estos meses hemos perdido tantos ladrillos, tantas bolsas de cemento, tantas herramientas y hasta tantas carretillas. La pérdida de esos materiales lo único que hace es encarecer el costo de las viviendas. Los que van a pagar más por ellas son los trabajadores y los pobladores de Ñuble y, entre ustedes, los que estén postulando también van a tener que pagar. Pero la verdad es que no se han perdido materiales. No se ha perdido nada. Se lo han robado. Y los que han organizado esos robos, las ventas de los productos robados, los más beneficiados con la plata de esas ventas, los que han organizado pandillas para robar, corrompiendo a algunos pobladores de las tomas y hasta a algunos dirigentes de las juntas de vecinos, han sido estos, que se dicen dirigentes sindicales, pero que no son realmente dirigentes sindicales sino unos sinvergüenzas y unos ladrones”. Entregué, en detalle, los antecedentes que había reunido, algunos de los cuales eran conocidos aisladamente por unos funcionarios, otros por otros, y las voces comenzaron a hacerse más fuertes: “Eso es cierto”, “ahora entiendo”, en fin, hasta que empezaron a oírse exigencias, primero aisladas, pero que después se fueron generalizando: “¡Que renuncien! ¡Que renuncien!”.

Entonces yo, que seguía ante el micrófono, señalé: “Bueno, la mayoría de ustedes está planteando que estos ‘dirigentes’ deben renunciar. Esa es una decisión que tienen que tomar ustedes, como trabajadores, en asamblea de trabajadores. La presencia del ministro, de las autoridades nacionales y provinciales de los organismos de la Vivienda sería inconveniente. Por ello, propongo suspender esta sesión para que ustedes puedan tener su asamblea, resolver las peticiones de renuncia y, si las aprueban, elegir a los nuevos dirigentes. Lo único que les recomiendo es que si eligen nuevos dirigentes no elijan pensando en los partidos donde militan, sino que traten de elegir a gente

honesto, porque los verdaderos dirigentes se ponen al servicio de los trabajadores y no usan el sindicato para obtener beneficios personales para ellos mismos ni para sus amigos”. Terminé siendo aclamado y acordaron suspender la sesión para seguir en la asamblea de trabajadores, la que exigió la renuncia de mis acusadores y eligió a nuevos dirigentes.

Cuando salimos de esa sesión, el ministro y las demás autoridades nacionales me invitaron a almorzar al Círculo Español de Chillán, donde comentamos la asamblea. Pero ahí aproveché de insistirles, muy fraternalmente, que ellos también tenían que aprender y corregir sus decisiones porque habían tenido responsabilidades en las subidas de grado. Debo decir que ellos aceptaron de buen modo mi crítica.

Les decía que el récord en la construcción de viviendas lo conseguimos gracias a la calidad del equipo y a dos hitos. El primero es el que les acabo de relatar. El segundo, surgido del intercambio de ideas entre los miembros del equipo fue, en mi opinión, el más importante. Apenas tuvimos aprobado el presupuesto para el año 72, decidimos que la planificación de la construcción de viviendas y su localización no la haríamos nosotros, sino que la haríamos junto con las autoridades municipales y las organizaciones de los pobladores y de los trabajadores de la provincia.

Invitamos a todos los alcaldes de las distintas comunas (había de todos los partidos, incluyendo varios de la oposición, de derecha); a los representantes de las juntas de vecinos, también de las distintas comunas, no solo de las de Chillán; a los comités sin casas; a la CUT, en fin. Requirió un trabajo organizativo, de convocatoria y de convencimiento hartamente grande. Conseguimos el local de la Universidad de Chile, en la sede de Chillán, para un fin de semana y, al inicio de la reunión, ya sabíamos que teníamos un gran éxito: el de la asistencia. Además, teníamos otro factor que, yo creo, también influyó en el buen desarrollo de la reunión: hubo una gran cobertura de la prensa escrita y radial local, e incluso de algún canal de la televisión. Estaban garantizadas las condiciones para que hubiera una plena transparencia (como dicen ahora).

Les presenté el objetivo del trabajo: teníamos un presupuesto que nos permitiría construir un número determinado de viviendas y queríamos formar comisiones para que –con todo el apoyo de nuestros arquitectos, economistas, abogados, asistentes sociales, etc. y con toda la información económica, técnica y legal que teníamos– fueran ellos mismos, las autoridades comunales y los dirigentes de los

pobladores los que decidieran dónde localizarlas. Queríamos que las comunas chicas, que siempre habían quedado postergadas porque sus voces se escuchaban poco, también pudieran opinar y ser consideradas porque, a veces, tenían necesidades muy grandes que eran ignoradas. Confiábamos en que a través del diálogo entre todos los afectados y sus autoridades se podría llegar a un acuerdo que los satisficiera, de modo que nosotros pudiéramos concentrarnos en la construcción de las viviendas.

Formamos las comisiones, intercalando a gente de distintas comunas, autoridades y dirigentes vecinales; personas de diferentes simpatías políticas. Pusimos a disposición de cada una de estas comisiones un equipo de profesionales nuestros, además de toda la información que teníamos. Yo tenía mucha confianza en que este sistema de trabajo saldría bien, pero las dudas que expresaban algunos profesionales, algunos alcaldes, algunos dirigentes –incluso de mi Partido–, me hicieron llegar con cierta tensión ese fin de semana. Algo se alivió con la asistencia masiva. Y después, cuando fui viendo cómo estaban trabajando las comisiones, cómo se iban entendiendo y llegando a acuerdos personas tan diversas por sus orígenes, intereses, experiencias, simpatías y antipatías políticas, me convencí de que le habíamos “dado el palo al gato”. La gente se fue feliz, sabiendo cuántas viviendas y dónde se iban a construir (lo que les permitiría fiscalizar nuestro trabajo) y nosotros también porque podíamos concentrarnos en las tareas de construcción y rechazar las presiones políticas o sociales que surgieran, remitiéndolas a los acuerdos logrados en esa jornada.

Y así estábamos trabajando, hartos bien, en Corhabit Ñuble el año 72 cuando se fue complicando la situación política. Al boicot internacional que promovían las empresas yanquis nacionalizadas (con todo el respaldo del gobierno de Nixon), se sumaron los intentos desestabilizadores de los sectores empresariales y de la derecha política chilena. Vinieron el acaparamiento de productos, los paros de camioneros y de comerciantes, y nuestra respuesta: las Juntas de Abastecimiento y Precios, los trabajos voluntarios de los estudiantes, la movilización de los trabajadores. En medio de esta situación, y gracias a un cierto respeto o una cierta autoridad que me había granjeado mi trabajo en Corhabit, me cargaron con una pega adicional: hacerme cargo de la Dirinco en la provincia. No eran tiempos para restarse al trabajo y, menos aún, cuando la Dirinco (Dirección de Industria y Comercio) tenía facultades legales que le permitían, además de supervisar que se respetaran los precios, ir a las industrias y comercios, y asegurar que vendieran los productos que tenían a su disposición.

Yo apliqué estas facultades “por las buenas” y me resultó. Tuve una reunión con los dueños de los grandes almacenes y supermercados de la provincia (que en esos tiempos eran propietarios locales, no grandes cadenas como las de Cencosud o Walmart) que estaban acatando el paro nacional de los gremios empresariales. Allí les planteé que tenía el mandato para forzarlos a abrir sus negocios y colocar las cosas a la venta para el público, que las necesitaba para su alimentación y para cubrir las necesidades de su vida diaria. Ellos sabían que con mi cargo tenía las facultades legales para hacerlo pero que en vez de llamar a los carabineros, descerrajar los locales y poner al personal de la Dirinco a vender, prefería que llegáramos a un acuerdo amistoso. Yo emitiría una orden de apertura, ellos abrirían y, trabajando con su personal, con sus cajeros, recaudarían el producto de las ventas y yo me limitaría a colocar a un funcionario de la Dirinco para que supervisara que todo marchaba bien. Nosotros ganaríamos al lograr que el pueblo adquiriera los productos que necesitaba y ellos se evitarían la requisición, además de que, con la orden de apertura podrían mostrarles a sus gremios que no habían abierto por su voluntad, sino porque habían sido forzados por la autoridad. Todos estuvieron de acuerdo y pudimos echar a andar los locales comerciales de primera necesidad, en una extraña combinación de trabajo conjunto entre los empresarios y la Dirinco.

Algo similar hice con los gremios de la madera (también en esos años había unos cuantos aserraderos de dueños locales, y no solamente de la Celulosa Arauco o la Papelera). Les pedí que fijaran las cantidades de madera que podían sacar a la venta. Sabíamos que necesitaban el dinero y que tanto el Estado como la población necesitaban las maderas para la construcción o la reparación de viviendas. También llegamos a acuerdo. A pesar de ser el encargado de la Dirinco, el organismo más odiado por los empresarios, establecimos buenas relaciones y colaboramos bien en esas difíciles circunstancias.

La derecha y el imperialismo esperaban que esa movilización empresarial, que sumó algunos gremios profesionales y sectores de los camioneros y del pequeño comercio, moviera a la intervención de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, la respuesta de la movilización popular los neutralizó y Allende salió del impasse con la formación del gabinete cívico-militar que encabezaba el general Prats, comandante en jefe del Ejército, y que integraban, además de otros altos oficiales de la Marina y la aviación, el presidente y el secretario general de la CUT, Luis Figueroa y Rolando Calderón, recientemente electos en votación universal de los trabajadores sindicalizados. La misión de este gabinete era garantizar la seguridad pública y la tranquilidad en el país hasta las elecciones

parlamentarias que debían realizarse en marzo de 1973. La derecha se vio obligada a renunciar, por el momento, a sus intenciones golpistas y apostó a que, junto a la DC, tendría una mayoría de dos tercios del Parlamento que les permitiría derrocar legalmente a Allende. Después de esto volvimos a una vida algo más normal, trabajando en todos nuestros quehaceres y, además, apuntando hacia esas elecciones.

Las relaciones de colaboración que, como Dirinco, establecimos con los empresarios fueron tan valoradas que, una vez vueltos a esta relativa normalidad, ellos me invitaron a una comida y me hicieron un homenaje. De esas relaciones surgió una relación de amistad con un empresario de apellido Asfura, que fue decisiva para que me detuvieran algunos días después del golpe (y me torturaran también) en vez de terminar asesinado, como tantos camaradas comunistas, socialistas y tantos dirigentes campesinos sin filiación política en la provincia de Ñuble.

[7 En ese tiempo diputado del PC por Valparaíso y miembro del CC Después se salió del Partido y fue Intendente de la V Región durante el gobierno de Ricardo Lagos.](#)

[8 Integrante del CC del Partido Comunista desde antes de la ley maldita, exdiputada y en ese tiempo senadora por Atacama y Coquimbo.](#)

[9 A la mayoría de sus integrantes, pero no a todos. Familias muy poderosas, como los Matte, movieron todas sus influencias para evitar que trascendieran algunos nombres y, como se ha sabido últimamente, hasta el ahora famoso sacerdote Karadima estuvo metido en la protección de algunos de ellos. Según información que llegó al Partido en tiempos de la clandestinidad, uno de los hermanos Matte, no recuerdo si Eleodoro o Bernardo, participó en esto, pero no nos dieron las pruebas como para poder denunciarlo.](#)

Capítulo VI

1973: el golpe de Estado y el dolor (Chillán)

Restablecido el funcionamiento más o menos normal del país, gracias al gabinete cívico-militar con que terminó el “paro de octubre” (antes, los paros siempre habían sido de los trabajadores: este fue el primer paro de los empresarios, tal vez el primer paro empresarial del mundo), la atención política se centró en las elecciones parlamentarias de marzo del 73. El objetivo de la derecha era, como ya he dicho, derrocar legalmente a Allende. Nuestro objetivo era seguir aumentando el respaldo popular al gobierno y con ello reafirmarlo.

Los comunistas en Ñuble teníamos un abogado que había sido regidor de Chillán durante dos periodos. Tenía prestigio, simpatía, “algo” de artista y era muy querido. Era nuestro candidato natural y, con el apoyo que nos ofreció el Partido Radical, estábamos ciento por ciento seguros de que sería elegido diputado por la provincia. Pero tenía un problema (a juicio de algunos camaradas del Comité Central): era de conocimiento público que tenía tres casas, con distintas mujeres, e hijos con dos de ellas. Esto, a juicio de esos camaradas, lo inhabilitaba para ser candidato.

En CC decidió que debía tomar una decisión: o se comprometía a regularizar su situación y a quedarse con una sola compañera o no sería candidato del Partido. A mí, que tenía funciones de encargado de cuadros en el Comité Regional, me correspondía plantearse. Para más remate, también habían decidido que, en caso de que no aceptara la condición, el candidato a diputado sería yo. Estimaban que gracias a mi trabajo en la Corporación de Servicios Habitacionales y en la Dirinco me había hecho bien conocido en Ñuble y podría reemplazarlo con éxito.

Yo no compartía esa decisión, pero ella emanaba de un órgano superior y yo debía acatarla. Y no la compartía por varias razones. Primero, porque veía que la gente de nuestro país, los ricos y los pobres, los comunistas y los derechistas, los laicos y los beatos, en el sur y en Santiago (el norte no lo conocía, aunque después supe que era igual que en el resto), tenían relaciones de parejas al

margen del matrimonio y, a veces, hasta complementarias con este.

Segundo, la relación que mantenía nuestro regidor con sus tres parejas era conocida y aceptada por ellas. Todos los que estaban metidos en el lío eras adultos, por ello no me parecía oportuno que el Partido tuviera que meterse a condicionar las relaciones entre ellos en función de una candidatura. Si le parecía mal, debería haberlo enfrentado desde un principio, en conversaciones con el militante y explicándole por qué le parecía mal. Pero el Partido no había hecho eso ni estaba en condiciones de hacerlo. Era una situación que pasaba con muchos militantes y dirigentes (incluso era sabido que un parlamentario de una provincia cercana estaba en una situación similar, aunque todos “miraban para el techo”).

Y tercero, en lo personal, luego de mi distanciamiento afectivo con Estela, yo había tenido varias relaciones fuera de mi matrimonio, y aunque no hacía ostentación de ellas, no me cabe duda de que muchos camaradas del Partido lo sabían. Incluso, en una ocasión me sentí profundamente enamorado de una camarada muy buena, muy noble y estuve a punto de romper definitivamente con Estela. Si hubiera estado ella sola, probablemente lo habría hecho. Pero pesó más la familia y mis hijos: pese a que casi ni los veía con todo mi trajinar político y sindical, igual los quería. Y también pesó un sentido de deuda con Estela, porque, aunque sin compartir mis sueños, me había acompañado en todas mis aventuras, dejado a su familia, cambiado de ciudad, quedado sola con los hijos cuando había sido necesario, y durante todos esos años. Entonces, lógicamente, yo no me sentía con autoridad moral para dárme las de campeón en fidelidad matrimonial y exigirle a otro que mantuviera una sola y única relación de pareja.

Entré en contradicción: por un lado, tenía la convicción de que era necesaria la disciplina partidaria y el funcionamiento del centralismo democrático para albergar esperanzas razonables de que pudiéramos sostener el triunfo del pueblo y, por el otro, estaba en desacuerdo con la instrucción que me había dado el Comité Central. Decidí optar por una mezcla y cumplir formalmente con lo que se me había ordenado pero sin pretender lograrlo.

Entonces hablé con nuestro regidor y le planteé la condición que tenía que cumplir para ser candidato a diputado. Su primera respuesta, que no aceptaba ser candidato en esas condiciones, me hizo valorarlo aún más (y ya tenía muy buena opinión de él) y me reafirmó en la decisión de intentar convencerlo para que

aceptara la candidatura (lo que no implicaba, necesariamente, que cumpliera cabalmente con la condición que había impuesto el Comité Central).

Tuve muchas conversaciones con él y él tuvo la valentía de conversar el problema con sus parejas; ninguna estuvo de acuerdo con que aceptara la exigencia que le estaban imponiendo. Y muy poco antes de que se cerrara el plazo para su inscripción, llegamos a un acuerdo sobre la base de mi propuesta. Para inscribirlo, el Partido pedía que él aceptara ante mí la condición. Si me decía que aceptaba, yo podía informarlo y lo iban a inscribir. Lo que pasara después ya no era cuestión mía ni del Partido, sino de él y sus mujeres. Además, si el Partido no lo había echado cuando era regidor y tenía tres parejas, ¿por qué lo iba a echar cuando fuera diputado si decidía seguir en la misma situación? Y bien cerca del final, un par de horas antes del plazo, me dijo que aceptaba. Yo le transmití la noticia al Comité Central y fue inscrito como candidato a diputado por Ñuble. Y ganó.

Y con su aceptación y posterior triunfo, resolví la cuarta razón por la que estaba en desacuerdo con la decisión del Partido: yo no quería ser candidato a diputado.

Entre mis tareas como integrante del Comité Regional del Partido Comunista en Ñuble, además de ser encargado de cuadros, tenía que cumplir con una misión clandestina: la preparación militar del Partido en la provincia. Nosotros teníamos una línea política: “No a la guerra civil”, y la acentuamos después de las elecciones parlamentarias. La Unidad Popular, que con Allende había logrado poco más del 34% de los votos, ahora alcanzaba un 44%. La derecha no había logrado su objetivo electoral y estuvo lejos de alcanzar esa mayoría de dos tercios en el Parlamento. Por ende, a ella (y al imperialismo) solo le quedaba provocar la guerra civil para derrocar a Allende.

Entonces, junto con intentar crear conciencia contra la guerra civil, necesitábamos movilizarnos para tratar de impedirla, y teníamos que prepararnos para el caso de que la derecha lograra desatarla. Esto implicaba preparar a algunos camaradas que estaban dispuestos a luchar y conseguir algunas herramientas para poder hacerlo (no solo armas, también explosivos, que era lo que nos quedaba más a mano, por las relaciones con los trabajadores de las minas).

Algunos camaradas se entrenaron para el manejo de las pocas armas que habíamos conseguido en uno de los galpones de Corhabit. Y viajábamos a la

zona del carbón a buscar explosivos que traíamos en el auto de nuestro camarada exregidor y ahora diputado, para evitar revisiones de los carabineros. Esos materiales los guardábamos en una parcela cercana a Chillán y, con la ayuda de un “cabro” que venía de la Marina, fabricábamos unas especies de minas que, en caso de necesidad, pensábamos colocar a la salida del regimiento, en la calle Pinto, para impedir que salieran. La necesidad de esta preparación se hizo más evidente después del “tanquetazo” de Santiago¹⁰.

Nuestro “análisis político militar” era bastante ingenuo. Creíamos que solo en la oficialidad de la Marina había una clara mayoría de la derecha, aunque esperábamos que algunos de los marinos rasos se resistieran a las órdenes golpistas. En el Ejército, pensábamos que las fuerzas estarían divididas, con una mayoría de la oficialidad y los soldados decididos a respetar la Constitución, siguiendo los lineamientos de sus últimos comandantes en jefe, los generales Schneider y Prats. También creíamos que en la Fuerza Aérea primaba la oficialidad democrática y que los carabineros seguirían respondiendo a las autoridades civiles.

Por eso, nuestra principal tarea militar en Chillán, para el caso de intentonas golpistas, era tratar de paralizar al regimiento, impidiendo que sus funcionarios salieran a las calles para amedrentar al pueblo. Todos nuestros planes se dirigían a detener el regimiento de Chillán para esperar que los oficiales constitucionalistas –del mismo regimiento o de otras guarniciones– impusieran el mando. Nunca pretendimos atacarlo. Estábamos muy advertidos de que debíamos esperar las instrucciones de la dirección militar del Partido para actuar, a fin de evitar que cualquier aventura, como la del tanquetazo, nos dejara en evidencia y nos impidiera actuar cuando fuera realmente necesario.

Y llegó el golpe. Al conocer las noticias y los discursos de Allende, nos movimos a nuestras casas de seguridad a la espera de las instrucciones. Pasó el día 11 y pasó también el 12 y nunca llegaron las esperadas instrucciones de la dirección del Partido. Y el regimiento pudo salir sin problemas, y los carabineros actuaron obedeciendo las instrucciones de su nuevo general director, “Mendozita”, integrante de la Junta Militar. Y se impuso el toque de queda desde el mismo 11 de septiembre.

Las casas de seguridad no resultaron ser tan seguras. Una cosa es ofrecer tu casa cuando existe el riesgo de que suceda algo que afecte la democracia –y creo que la gran mayoría lo hizo con honestidad–, y otra cosa es tener en tu casa, donde

vives con tu familia, a alguien que es buscado por el gobierno militar, un gobierno que, de hecho, no trepidó en bombardear La Moneda y que pasó por encima de la Constitución. Y más encima con las autoridades de ese gobierno amenazando con las peores penas para quienes protegieran a las personas que integraban las listas de “buscados”. Empieza a operar el miedo, a funcionar el terror del “terrorismo de Estado”. Y aunque al principio no afecta tanto al militante que ofrece la casa, sí afecta a su señora o a su madre o a sus hermanos. El ambiente se hace denso y la tensión entre las personas se hace extrema.

En mi casa de seguridad no me pidieron que me fuera, pero comprendí que era imposible que me quedara. Tenía que irme antes de que hubiera una explosión en esas relaciones tan tensas que, en definitiva, nos iban a dañar no solo a mí, sino a toda la familia. Por las noticias se sabía que estaban registrando (y deteniendo en) todas las casas de gente de izquierda. Y lo único que se me ocurrió para arrancar de los círculos de izquierda fue recurrir a esa amistad empresarial que nació en mi gestión en la Dirinco. Era arriesgado, pero confié en su sinceridad y me la jugué. Llamé por teléfono a Jorge Asfura, le pregunté si, en las condiciones que se estaban dando (además del golpe militar a nivel nacional, en lo local yo era el N° 1 en la lista de los que debían presentarse ante la autoridad militar o ser denunciados), estaría dispuesto a alojarme en su casa. Me respondió que sí.

Nos pusimos de acuerdo por teléfono y pasó a recogerme a mi casa de seguridad. Lo único malo fue que había tenido un choque con su auto y en el taller le habían sacado la puerta del acompañante del chofer para arreglarla y, mientras lo hacían, le entregaron el auto para que pudiera seguir disponiendo de él. Se había acostumbrado a andar con él sin la puerta. Y pasó a recogerme en esas condiciones, con una actitud de compromiso tan grande (aunque solo fundada en la lealtad con las relaciones personales que establecimos) que me hubiera gustado verla en muchos camaradas (basadas en nuestra lealtad por la causa que compartíamos). Pero después vino lo peor. Resulta que un cura nos vio pasar, yo lo miré, él me miró y me reconoció. Entre los curas, había curas y curas. Algunos compartían la preocupación por mejorar la vida de los más pobres, mientras otros estaban abiertamente, por derrocar al presidente Allende. El cura que me vio era de estos últimos, así que llamó al comandante del regimiento para advertirle lo sucedido.

Habían pasado dos horas desde que llegáramos a su casa, cuando Jorge Asfura recibió un llamado telefónico. Era el comandante del regimiento. Le dijo que

había sido informado de que yo estaba en su domicilio y que, por lo tanto, tenía la obligación de ordenar que lo allanaran. Jorge le pidió un minuto, me consultó, y se ofreció a entregarme personalmente, lo que haría innecesario el allanamiento. El comandante aceptó y partimos para allá. Cuando salimos nos dimos cuenta de que la casa estaba rodeada por los militares, pero alguien ya les había dado las instrucciones, porque nos dejaron salir sin ningún problema. Llegamos al regimiento, fuimos a la oficina del comandante, y Jorge, personalmente, me dejó frente a él. Con eso me salvó la vida.

Pero no me salvó de las torturas. El comandante del regimiento, al ser yo un detenido (reconocido como detenido, lo que no pasó con tantos otros, en Ñuble y en todo Chile) me mandó a la cárcel. Pero al otro día fueron a buscarme para ir al “interrogatorio”. De partida, me dejaron “incomunicado” por noventa días (que era el máximo permitido por la ley). Los interrogatorios se hacían en el regimiento, pero estaban a cargo de dos pacos, que deben de haber tenido algún entrenamiento especial para ello.

Cuando uno llegaba, lo echaban en un hoyo lleno de montículos. Ahí algunos “pelados” del regimiento nos agarraban a palos hasta que salíamos. Para salir, chocábamos con los montículos, nos rasmillábamos, nos caíamos, y a palos nos hacían levantarnos y seguir, hasta que llegábamos afuera. Ese era el “ablandamiento”, nos decían. Después pasábamos a una sala donde estaban los “interrogadores”.

Los dos pacos me preguntaron qué hacía. Yo les respondí que era el delegado regional de Corhabit. “Delegado de Corhabit, concha de tu madre, ¿creís que somos huevones? Anda cantando, huevón culiado o lo vai a pasar mal, rechucha de tu madre”. Yo solo repetía que era el delegado regional de Corhabit. Me colgaron de las muñecas y me pegaron puñetazos como si fuera una de esas bolsas en las que se entrenan los boxeadores. Y seguían con las preguntas, los garabatos y yo seguía repitiendo lo de mi trabajo en Corhabit. De repente me dejaban por un rato e iban a “interrogar” a otros detenidos y después volvían otra vez. Se repetían los golpes, las preguntas, los improperios y también se repetía mi respuesta. Esto debe haber durado unas seis horas, pero a mí me pareció una eternidad. Por suerte, cerca de las siete de la tarde aparecieron dos gendarmes a buscarme para llevarme a la cárcel. De acuerdo con su horario, tenían que pasar lista y encerrar a todos los presos, explicaron, y un oficial del regimiento les dijo a los “interrogadores” que deberían seguir al día siguiente. Los gendarmes me tomaron de los brazos y prácticamente me sacaron a la rastra, porque yo era

incapaz de mover un pie.

Los gendarmes se portaron muy bien conmigo. Y había razones. Cuando estábamos en el trabajo militar del Partido, me correspondió tomar contacto con algunos de ellos y me dijeron que estaban dispuestos a facilitarnos algunas armas y a sumarse a las tareas de la defensa del gobierno de Allende. Pienso que el hecho de que no le pasara nada a nadie de Gendarmería les daba la certeza de que yo no había hablado y, por eso, trataban de aliviarme un poco la vida.

Al otro día se repitió el ablandamiento, las preguntas, los garabatos, los golpes y mi respuesta. De nuevo salí hecho mierda y los gendarmes me arrastraron hasta la cárcel. Al tercer día la cosa se puso peor. “¿Así que eras el encargado del aparato militar, rechucha de tu madre? ¿Seguís creyendo que somos huevones, culiado de mierda? Ya hablaron otros y ahora te toca a ti”. Les dije que no sabía de qué hablaban y que yo era el delegado regional de Corhabit. Entonces el “tratamiento” cambió. No solo me colgaron de los brazos y me golpearon a puñetazos, también me colgaron de los tobillos, boca abajo, y me sumergieron, de tanto en tanto, en un barril lleno de agua. Asimismo, me aplicaron corriente eléctrica. Me la ponían en el pene y en ambos lados de la sien. Era terrible, uno lo único que quería era morir. Pero yo insistía en mi respuesta de delegado regional de Corhabit. Sabía que si decía algo las torturas no iban a parar, sino que se iban a poner peores para que les diera algún nombre, contactos, en fin. Eso sería una traición a mi compromiso de clase, a la lucha de mi padre, de toda mi familia, así que resistí... y volví a decir “encargado de Corhabit”. Por las tardes aparecían los gendarmes y me llevaban a la rastra. Me dejaban en un calabozo con el colchón más blando que tenían, me daban alimentos especiales para ver si podía tragarlos y jugos. Pero me dolía todo y era casi incapaz de comer. Me pesaban de vez en cuando, me decían que iba perdiendo peso, que tenía que comer. Pero yo no podía. Cuando me detuvieron pesaba 94 kilos, después de mi incomunicación llegué a los 46.

Y así pasaron los noventa días, la misma rutina desde las 9 hasta las 19. Diez horas con algunos pequeños intermedios, que seguramente a mí me parecían aún más pequeños de lo que realmente eran. Pero de repente pasaban cosas que ayudaban a levantar la moral. Recuerdo cuando un pelado, aprovechando que estaba solo conmigo, me dijo medio lloroso: “Lo siento tanto, lo siento tanto. Usted le entregó la casa a mis viejos”. Solo pude responderle con un gesto, pero me llenó de alegría y me dio más fuerza para seguir aguantando.

Cuando llevaba algo más de un mes con ese “tratamiento”, el obispo de Chillán fue a la cárcel a ver a los incomunicados y los gendarmes me avisaron. Les pedí que me ayudaran a desvestirme y cuando entró el obispo estaba de espaldas absolutamente en pelotas. Debe haberse sorprendido al verme así, pero eran evidentes las heridas y moretones que tenía por todas partes y también por el frente, cuando me di vuelta. “Obispo”, le dije, “no le pido que denuncie cómo estoy o cómo me han tratado. Lo único que le pido es que informe que me vio y que estoy vivo”. Y él, cuando informó a la prensa de la visita, incluyó mi nombre entre los que había visitado.

El último día, los pacos “interrogadores” –que realmente eran sádicos, pues gozaban con el sufrimiento que causaban–, me dijeron: “Sabís, reconcha de tu madre. Te sacamos la cresta y no nos largaste nada, así que ahora no te vamos a pegar para que nos digas algo. Te vamos a sacar la chucha por huevón. Encargado de Corhabit y ni siquiera tenís casa propia. Ahí está tu familia viviendo en una mediagua”. Ese día me golpearon como los primeros días, colgado de las muñecas y sirviendo de saco de entrenamiento para sus impulsos boxeriles.

La verdad es que yo sí tenía casa propia, la que habíamos comprado en Concepción años atrás y que estaba arrendada, pero no tenía ningún interés en conversar de ese o de ningún otro tema con este par de enfermos. Mi familia estaba viviendo en una mediagua porque cuando me destituyeron del cargo de delegado regional de Chillán en la Corporación de Servicios Habitacionales (a partir del 12 de septiembre) hicieron salir a mi familia de la casa que arrendábamos a la propia Corporación, la trasladaron a una población y la instalaron en un sitio con una mediagua sin luz ni agua. Allí estaba mi familia, aguantando el chaparrón, gracias a la actitud solidaria de mucha gente.

De nuevo llegaron los gendarmes para arrastrarme a la cárcel. Pero me comentaron felices que ya se acababa la incomunicación así que podría conversar con otros presos y hasta recibir visitas. La verdad es que yo estaba tan hecho mierda que nada de eso me interesaba, solo quería tenderme y descansar. Pasé un par de días tendido en mi colchón y, en los ratos en que había salida al patio, me quedaba tendido al sol, sobre una frazada que me facilitaron, tratando de reponerme.

A los dos días me avisaron que tenía visita: mi señora y mis hijos. Parece que Estela les había advertido a los seis que podría estar en mal estado, que debían

disimular la impresión y abrazarme como si no pasara nada. Y así lo hicieron. Me vieron y corrieron hacia mí para abrazarme. No pude ni sentir la emoción de tenerlos junto a mí, solo sentí dolor. Estaba tan destrozado por dentro que sus abrazos me dolieron tanto como las golpizas de los dos pacos sádicos. Pero igual el reencuentro familiar es algo que te tira para arriba.

En el patio éramos dos los presos que permanecíamos algo aislados de los demás, que tenían temor de juntarse con nosotros. Esos momentos los aprovechábamos para conversar en confianza. Uno era un abogado de apellido Hermosilla, condenado a muerte, dueño de la parcela donde guardábamos los explosivos y fabricábamos las minas. El otro era yo, al que –según había trascendido– acusaban de ser el jefe del aparato militar del PC.

Cuando fueron a detener a Hermosilla revisaron la parcela y encontraron los explosivos. Él adoptó la línea que después usó en su defensa: reconoció que tenía los explosivos y dijo que estaba actuando de acuerdo a derecho, pues eran para usarlos en la defensa del gobierno legítimamente constituido, el gobierno del presidente Salvador Allende, que había sido elegido democráticamente. Los que actuaban ilegalmente eran ellos, que estaban obedeciendo las instrucciones de usurpadores del poder, de los que habían violado la Constitución. Esto no lo libró de la cárcel ni de las golpizas, pero optaron por someterlo a juicio, porque había reconocido que tenía los explosivos.

Él pidió defenderse a sí mismo, dada su calidad de abogado, e insistió en esa línea de argumentos: los violadores de la Constitución y las leyes eran los que lo estaban sometiendo a juicio. A pesar de la mucha razón que tenía y de lo brillante que era para argumentar, fue condenado a muerte. Pero su ejecución iba a ser un lío para el gobierno militar en la provincia (ya harto desprestigiado por las masacres cometidas durante los primeros días) y se fue postergando y postergando hasta que, finalmente, fue cambiada por una pena de relegación de por vida en la comuna de La Ligua.

Estuve como dos semanas en la cárcel, en libre plática. Jorge Asfura me visitó y, al enterarse de la situación en que vivía mi familia, volvió a ser tremendamente solidario. Nos donó otra mediagua y una pieza adicional para agrandar las dependencias. Y de pronto nos tomaron a varios de los detenidos y nos trasladaron a Concepción. Allí nos reunimos con otros detenidos provenientes de distintas ciudades y poblados. Estaban juntando un número suficiente de presos que justificara el vuelo de un avión grande de la FACH. Al cabo de unos días

llegó un Hércules que nos trasladó a Antofagasta, desde donde seríamos enviados a nuestro destino: el campo de detenidos de Chacabuco.

¹⁰ El Tanquetazo fue un fallido golpe de Estado en contra del gobierno del presidente Salvador Allende, el 29 de junio de 1973, liderado por el teniente coronel Roberto Souper, del Regimiento Blindado N°2, e instigado por los dirigentes de Patria y Libertad, encabezados por Pablo Rodríguez, actual decano de la Facultad de Derecho de la Universidad del Desarrollo, que al día siguiente se asilaron en la Embajada de Ecuador. La sublevación fue sofocada por los soldados leales al comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats.

Capítulo VII

1974-1975: los campos de concentración (Chacabuco, Puchuncaví y Tres Álamos)

La estadía en el campo de prisioneros de Chacabuco fue larga: no recuerdo bien, pero estuve algo más de un año, hasta los primeros meses del 75.

El campo impresionaba al recién llegado. En el medio del desierto más árido del mundo estaba la antigua oficina salitrera, una extensión bastante amplia, rodeada por un enorme cerco de alambres de púas y torres de vigilancia cada cierto espacio. Y para rematarla, entre las primeras advertencias, nos decían que más allá del cerco todo el perímetro estaba rodeado por minas antipersonales, capaces de terminar con la vida de cualquiera que intentara escapar. Era cierto, lo comprobábamos cuando, algunas noches, sentíamos una explosión en las afueras y al otro día veíamos los restos de un perro, de esos que hay en el desierto (aunque parezca increíble), que tal vez llegaban atraídos por los olores de la comida del campamento.

Pero, en general y a la larga, no nos dejábamos abatir. Cuando llegamos los que veníamos de Concepción, los prisioneros ya estaban organizados. El núcleo más numeroso era el que había llegado desde el Estadio Nacional de Santiago, más de setecientos. Fue clave. La dirección de los detenidos y su representación ante los mandos militares estaba en el “Consejo de Ancianos”, que funcionaba muy bien. Como los prisioneros no tenían otra cosa que hacer que estar detenidos, el Consejo de Ancianos solicitó la autorización para organizar toda una serie de talleres, que estaban en pleno funcionamiento cuando nosotros llegamos.

Los profesores hacían talleres de educación, gracias a los cuales algunos de los presos aprendieron a leer, mientras otros avanzábamos algo en nuestros estudios incompletos y otros hasta terminaban sus estudios secundarios. Los médicos organizaron un policlínico, que fue de gran ayuda para la recuperación de nuestra salud. Recuerdo siempre al doctor Ipinza, que también participaba con los artistas.

Estos últimos armaban talleres de teatro y organizaban shows dominicales (hasta el día de hoy recuerdo una extraordinaria presentación –al menos para mí, que nunca tuve oportunidad de disfrutar del teatro– de “El Principito” de Saint-Exupéry). Los técnicos entregaban también sus conocimientos y hasta los periodistas se las ingeniaban –aceptando y sobrepasando la censura– para hacer un informativo oral primero y después un diario mural semanal. E incluso tuvimos charlas de astronomía por las noches. En ese límpido cielo nocturno del desierto donde las estrellas brillaban como nunca antes las había visto, nuestro “profe” (no recuerdo ahora su apellido) nos enseñaba los nombres de las constelaciones, cómo se movían según las horas, cómo se relacionaban con los puntos cardinales y nos explicaba que habían servido para que los antiguos navegantes se orientaran en los océanos.

Entre los detenidos de Chacabuco había de todo, profesionales de todas las especialidades, artistas y obreros, campesinos y empleados. Pero no solo en los talleres, sino en las cosas más cotidianas la convivencia con los otros detenidos me sirvió como una gran escuela. La verdad es que Allende se había sabido rodear de gente muy buena y consecuente con la causa del pueblo.

Repito: en general y a la larga no nos dejamos abatir. Uno de los factores que influyeron fue precisamente la calidad humana de la gente, su sentido solidario y el hecho de ocupar el tiempo en actividades que nos motivaban. A veces, cuando uno u otro amanecía “bajoneado”, generalmente por el tiempo que llevaba sin ver a la familia y la incertidumbre acerca de lo que iba a pasar con nuestras vidas, no faltaba el compañero que se daba cuenta y lanzaba una especie de grito de combate y esperanza, al que me aferro hasta hoy: “Arriba los corazones, que en Chile siempre amanece”.

Los meses en Chacabuco fueron para mí como unas vacaciones. Llegué como la mona, muy maltratado, orinando y defecando sangre. Pero me fui recuperando y al final salí bastante bien. De las torturas recibidas en los interrogatorios de Chillán quedé con secuelas que siguen hasta hoy, pero comparado con cómo había llegado al campo, la verdad es que me sentía muy bien. El daño al nervio central, la trizadura del cráneo en tres partes y las hernias al hiato y al cartílago seguían y siguen, pero al menos había dejado de defecar y orinar sangre y ya me desplazaba, creía yo, casi como en los viejos tiempos.

Por ser miembro del CC de “la Jota” y por haberme relacionado con el Partido en varias regiones me integraron al organismo de dirección que el Partido había

formado allí, pero la verdad es que no había mayores tareas que hacer. Los camaradas detenidos, muchos incluso antes de llegar a Chacabuco, ya habían informado sobre las circunstancias de su detención y sobre lo que habían soltado en las torturas, por tanto la recopilación de información, la principal actividad que teníamos en los centros de prisioneros, ya estaba hecha. Y a diferencia de otros centros, acá no llegaban nuevos detenidos recién salidos de “interrogatorios”, así que no teníamos información nueva con que trabajar.

Uno de mis placeres grandes fue disfrutar de la “piscina” que había. Era un gran estanque metálico, de unos 20 a 25 metros de largo, por unos 5 a 7 de ancho y como 2 metros de hondura. El borde superior, al que llegábamos subiendo una escalera, quedaba como a cuatro metros del suelo y estaba rodeado por una instalación de tablas, que usábamos para el acceso y también para tendernos “guatita al sol”. Fue una instalación de la vieja salitrera, que los milicos acondicionaron para ellos y que después nos permitieron utilizar. La llenaban con agua potable, de la fuente que llegaba hasta Antofagasta, y nosotros la usábamos como piscina. Cada cierto tiempo la vaciaban y volvían a llenar. Pero como era honda, solo podíamos disfrutar de ella los pocos que sabíamos nadar.

Y ahí, en el agua, liberándome un poco de ese calor agobiador del desierto, recordé cuando aprendí a nadar. En Valdivia, nuestra población estaba al lado del río Calle-Calle. Entonces los niños nos íbamos en patota al río, los más grandes amarraban una cuerda a la cintura de los menores y los echaban al agua. Así le perdíamos el miedo al río, empezábamos por chapotear como perritos y terminábamos nadando. Seguramente nuestros estilos de natación dejaban mucho que desear, pero no solo flotábamos, sino que avanzábamos en la dirección que queríamos y algunos hasta lográbamos cierta velocidad y resistencia. Claro que en nuestra “piscina” de Chacabuco prácticamente no nadábamos, solo permanecíamos flotando, relajados en el agua. Creo que esos días de piscina me ayudaron casi tanto como los médicos del policlínico a irme recuperando físicamente. Tanto me recuperé que hacia el final me incorporé a un grupo que hacía gimnasia encerrado en una de las casas del poblado porque temíamos que un taller de preparación física no sería permitido.

Lo otro que me dio por hacer, en esos largos días sin mucha actividad, fue intentar escribir poesías. Recuerdo la primera de memoria: Chacabuco, arenas saladas / te estoy conociendo recién / y ya te empiezo a querer. / Tú no eres culpable / de lo que está sucediendo / en otras condiciones te volvería a ver. / Es otra belleza/ que no estaba en mi vida. / Desde aquí de estas tierras/ salieron

muchos hombres/ que dijeron que el mundo se hizo / para seres iguales.

También escribí sobre mis sentimientos por Estela y sus dudas: Estela, nombre que recuerdo/ a cada momento / es como un grito / dentro de mi alma / que va creciendo y / siendo más intenso. / ¿Por qué ahora y no / en otros tiempos / crece tan fuerte este sentimiento?/ En la soledad tiene su origen. / Y en no poder decir / lo que siento. / ¿Cuánto tenemos / de nuestras vidas? / Seis estrellitas y / un largo cuento.

Yo sé que no son poesías para entusiasmar a los críticos literarios, pero entusiasmaron a algunos de los compañeros de Chacabuco. Un par de ellos, de los que no sabían escribir, al verme me preguntaron por lo que hacía (seguramente para pedirme que después los ayudara a comunicarse con sus familias). “Escribo poesías”, les dije y les leí, recitando lo que llevaba. La cosa es que se “corrió la bola” de que yo escribía poesías que se podían entender. Entonces se me fueron acercando, un día uno, otro día otro, con la petición de que les escribiera poesías para enviar a sus familias (por supuesto no se trataba de los compañeros profesionales). Primero conversaba largo con el solicitante, le preguntaba quién era el destinatario, de qué quería hablarle, qué sentía, en fin. Y después me ponía a trabajar y le presentaba el poema. Algunos quedaban conformes y lo aceptaban tal cual, otros sugerían cambios y arreglos, pero lo cierto es que cundió mi fama de poeta popular y también la demanda por mis obras. Escribí hartas poesías en Chacabuco: entre las que hice para expresar los sentimientos que quería sacar afuera y las que me pidieron otros para sacar los suyos, debo haber escrito alrededor de mil.

Porque si bien para mí Chacabuco fue una maravilla en relación con Chillán, para otros resultó terrible. Especialmente para los compañeros campesinos, que se deprimían profundamente con el paisaje desértico. La falta de verde y la imposibilidad de plantar y cosechar algo, por mínimo que fuera, los ponía muy tristes. Esa sensación de opresión y desarraigo también afectaba a muchos compañeros de las ciudades y los pueblos. Y un día, en que el “Arriba los corazones que en Chile siempre amanece” no llegó a tiempo, hubo alguno que optó por terminar con su vida.

Afortunadamente, los dos compañeros que venían conmigo de la cárcel de Chillán, y habían pasado por Concepción, no se dejaron aplastar por el desierto y se metieron en talleres de artesanía. La mayoría de los participantes aprendía técnicas para hacer pequeñas joyas, usando como materiales los alambres del

cableado eléctrico y las piedras de ónix que había en las casas del poblado (que, como nos explicó alguno de los profesionales, son un óxido de silicio de origen volcánico, y su presencia suponía que debía haber algún yacimiento en las cercanías). Sin embargo, mis compañeros eran campesinos y querían hacer cosas más acordes con sus experiencias de vida. Así que les pidieron a los profesores técnicos que les enseñaran a hacer rastrillos, hachas, palas y azadones, para los cuales ellos mismos fueron a buscar fierros en la exoficina salitrera. La petición fue tan original que causó simpatía en todas partes. Los profesores consiguieron las autorizaciones de los militares y los elementos que necesitaban, y los campesinos fabricaron sus herramientas. Claro que no podían andar con ellas, sino que tenían que dejarlas en custodia. Después, cuando nos trasladaron a los campos de detención de Puchuncaví y Tres Álamos, las herramientas, metidas en un gran saco, los acompañaron y se escondieron en diversas bodegas. Y cuando fuimos enviados de vuelta a Chillán también viajaron con nosotros y, finalmente, pudieron cumplir “su razón de existir” en las tierras chillanejas.

Pero tampoco quiero que estas anécdotas den la impresión de que todo era tan tranquilo en Chacabuco. A veces sufríamos castigos. En una oportunidad, los militares organizaron un acto “cívico-militar” para conmemorar la batalla de La Concepción. Y, además de los habituales desfiles del caso y las palabras del comandante, se les ocurrió que hablara alguno de los presos. El Consejo de Ancianos pidió un voluntario y Luis Vitale se ofreció. A las autoridades militares les pareció muy apropiado que el elegido fuera un profesor de historia y así se programó.

Lo que no estaba en sus cálculos era la osadía y el valor de Luis, que hizo un discurso más bueno que la cresta. Más o menos dijo que la batalla en la que murieron todos los soldados chilenos sin aceptar la rendición era una batalla de una guerra donde murieron millares de chilenos, de peruanos y de bolivianos. Y que, infelizmente, ni siquiera habían muerto por una causa justa, porque esa había sido una guerra impulsada por el imperialismo inglés para que Chile usurpara territorios de Perú y Bolivia a fin de quedarse con las salitreras. Para colmo remató explicando que igual que ahora, en ese entonces los intereses económicos del imperialismo primaban por sobre el bienestar del pueblo y eso, precisamente, era lo que estaba causando la muerte y prisión de tantos chilenos hoy.

Tanto los milicos como nosotros nos mirábamos sorprendidos. Pero mientras de nosotros brotaron aplausos por todas partes que se transformaron en una

tremenda aclamación, de los milicos salieron órdenes de suspender el acto y de detener a Vitale. Como castigo lo encerraron varios días con sus noches en un container que estaba en plena pampa. Durante el día tenía que soportar calores horribles y, por las noches, tremendos fríos magnificados por el encierro en metal. Como los milicos estaban conscientes de lo terrible del castigo, cada cierto tiempo iban a verlo para evitar que se “les fuera cortado”. El resto de los detenidos teníamos que acompañarlo, pero solo desde afuera y a ratos. En el día, en las horas de mayor calor y, en la noche, como a las dos o tres de la mañana, nos sacaban a formar. Algunos compañeros no resistían el calor y caían desmayados. “Por aquí cayó uno, mi sargento”, “por aquí otro”, gritaban los soldados. Y el sargento ordenaba que los arrastraran fuera de la formación. Pero la gran mayoría aguantábamos pensando cuán duro tenía que estar siendo para el profesor de historia. En todo caso Vitale, por más diferencias políticas que hubiéramos tenido antes o que hayamos tenido después de Chacabuco, se ganó muy merecidamente y para siempre mi respeto. Y seguramente el de todos.

Otra situación que nos significó castigos fue la que protagonizó “Feliz Toque”. Así todos llamábamos a un dirigente sindical del gas de Valparaíso, socialista, cuyo nombre real debió de haber sido Félix Stokes. En Valparaíso en particular, aunque también en muchas ciudades de Chile, son tradicionales las “bandas de guerra” que se forman en las escuelas y encabezan los desfiles que se hacen en homenaje al 21 de mayo o al 18 de septiembre. “Feliz Toque” había participado en la de su escuela y se le ocurrió proponer a las autoridades militares organizar una “banda de guerra” de los detenidos para participar en las ceremonias “cívico-militares” que, para mi gusto, hacían bastante a menudo. Ellos, felices por la colaboración, aceptaron de inmediato y los proveyeron de los instrumentos necesarios para la banda.

Feliz Toque pidió voluntarios (no faltaron quienes también habían estado en bandas de guerra en su niñez o juventud y otros que querían matar el tiempo) y empezó a trabajar. Durante algunos días salieron sonidos de tambores y trompetas de la casa en la que ensayaban y al poco tiempo pudimos ver a la banda de guerra encabezada por el guaripola Feliz Toque, marchando por las calles del campamento a los sones, no siempre muy afinados, de sus instrumentos y marcando el paso al ritmo de sus tambores y bombo.

Hasta que un día vimos con sorpresa que Feliz Toque y la banda de guerra se dirigían hacia la puerta de entrada del campo de concentración y la guardia se la abría. Apenas salieron marchando por el camino, volvieron a cerrarla y

escuchamos cómo iba decreciendo el sonido de la banda en la medida en que se alejaba. Hasta que no se escuchó más. Al rato, el oficial a cargo puso en alerta a todo el campamento, nos hicieron formar y nos pusieron guardias. Salió agitado a buscar un camión en el que se subió una escuadra de milicos armados y partieron veloces por el mismo (y único) camino por el que se había ido la “banda de guerra”. Un buen tiempo después regresaron los militares con Feliz Toque y su banda.

(A lo largo de los años, he escuchado distintas versiones de ese regreso. En una, primero volvió el camión sin los milicos pero con todos los instrumentos de la banda y, mucho más tarde, sus integrantes marchando con las manos detrás de la cabeza, delante de la escuadra que los apuntaba con sus armas. En otra, la banda regresó con el guaripola, tocando sus marchas y con los milicos atrás apuntándoles. Y en una tercera, los milicos venían en el camión y traían a los integrantes de la banda de guerra trotando por el desierto. Ustedes pueden elegir la versión que más les guste, lo cierto es que los trajeron de vuelta).

Posteriormente nos enteramos de que los habían alcanzado cuando ya estaban cerca de la carretera. Feliz Toque negó siempre ante las autoridades militares que eso hubiera sido un intento de fuga. “¿Quién podría fugarse en el desierto?”, preguntaba. Pero igual él y toda su banda fueron sancionados con horas a pleno sol y horas a pleno frío. Según los “viejos de la cocina” que compartían espacios, trabajos y tenían relaciones ya casi de amistad con los cocineros de los milicos, las reprimendas y el castigo mayor fueron para el oficial que aceptó la idea: rápidamente fue devuelto a Antofagasta con informes cuyas calificaciones no son muy difíciles de adivinar.

En agosto o septiembre recibimos una visita programada de nuestros familiares. No recuerdo qué organismo hizo las gestiones, pero consiguieron el visto bueno de la dictadura (que también quería mejorar su imagen ante la opinión pública internacional con gestos de este tipo). Llegaron en buses repletos de gente y en uno de ellos venía Estela. Me contó que seguían viviendo en la mediagua sin luz ni agua. Los niños estaban bien y estudiando. Ella estaba trabajando, a tiempo parcial, en una institución de educación parvularia de la iglesia, acogida por sacerdotes que se preocupaban de apoyar a las familias de los detenidos. La paga no era mucha pero podían sobrevivir sin mayores problemas porque el Partido se las ingeniaba para hacerle llegar recursos regularmente y gracias a que no faltaban manifestaciones de solidaridad de muchas personas. Llegaban a visitar, saludaban, conversaban un poco y siempre traían “alguna cosita para engañar el

estómago” o ropas que ya les habían quedado chicas a sus hijos o nietos y que podrían servirles a los nuestros. Ella, que nunca fue militante, había inventado una manera de manifestar su rechazo a la dictadura: se consiguió un delantal rojo y se lo colocaba cada vez que los niños de su centro parvulario tenían que desfilan en las frecuentes “ceremonias cívico-militares”.

Fuera de la alegría de saber de los nuestros, la noticia de que el Partido seguía funcionando y ayudando económicamente a nuestra gente nos alegró tremendamente. A pesar de los muchos asesinados, torturados, detenidos, exiliados y relegados, el Partido seguía vivo. No nos habían podido destruir. Esto me daba una tremenda fuerza para seguir esperando el momento de reintegrarme a la lucha.

A partir de esa fecha, y tal vez desde un poco antes, cada cierto tiempo llegaban personas de la Cruz Roja para ofrecernos la posibilidad de ser exiliados. Firmando un papel para solicitarlo, ellos se encargaban de conseguir la autorización del gobierno y de encontrar un país que nos acogiera. Muchos compañeros salieron. Una buena parte por instrucciones de sus partidos, que no veían cómo reinsertarlos en un trabajo clandestino, ya fuera porque se habían hecho demasiado conocidos o a causa del deterioro de su salud. Pero también hubo unos pocos afortunados que salieron en libertad. Entre ellos estuvo mi viejo camarada del Comité Local de La Granja-La Cisterna, en mi primera pasada por Santiago, Atilio Gaete. Y como ya me las daba de poeta, me salieron unos versos para la despedida: “Atilio compañero, amigo / de charlas, de alegrías y sufrimientos. / Yo, le canto a lo / hermoso de tu ida. / Yo, también contigo estoy contento”.

Muchos de los detenidos, entre ellos mis compañeros campesinos de Chillán y yo, no queríamos dejar Chile. Rechazamos todas las ofertas de gestiones de la Cruz Roja. Y siguieron pasando los meses y disminuyendo los números de los detenidos en Chacabuco, hasta que en los primeros meses del año 75, creo que por marzo o abril, nos llegó un nuevo destino. Fuimos trasladados al recinto de detención de Puchuncaví.

Las viejas dependencias abandonadas de las oficinas salitreras de Chacabuco habían sido declaradas Monumento Nacional por el gobierno de Salvador Allende y transformadas en un campo de concentración. En Puchuncaví, una localidad rural, relativamente cercana a Horcón, Maitencillo y la zona costera industrial de Ventana, el gobierno de Allende había instalado uno de sus centros

de vacaciones populares. Y los milicos también lo transformaron en un campo para albergar detenidos.

El recinto consistía en una agrupación de esas casas de madera que llamábamos casas A, por su forma, y en las que habían seis a ocho literas. Contaban con instalaciones comunes de baño, lavabo, cocina y comedor. Eran casas que permitían alojar cómodamente a familias que estaban de vacaciones, pero que ahora recibían a presos políticos y que, tal como en Chacabuco, habían sido cercadas con alambres de púas y torres de vigilancia. Una gran diferencia era que mientras Chacabuco dependía del Ejército, Puchuncaví dependía de la Armada. Con esa idea de que la Marina era la más derechista de todas las Fuerzas Armadas, pensé que la cosa iba ser dura, pero debo reconocer que, dentro de todo, los marinos se portaron bien con nosotros.

Otra diferencia agradable era que acá, al estar más cerca de grandes centros poblados, como Valparaíso-Viña y Santiago, se podían recibir más frecuentemente las visitas. Y una tercera, para nada grata, era que llegaban personas que habían sido detenidas y torturadas, no ya en los primeros días tras el golpe sino mucho más tarde.

En Puchuncaví me integraron a la dirección de la estructura partidaria que se formaba en todas partes. Aquí sí que había más trabajo de recopilar información de los detenidos y hacerla llegar a los organismos clandestinos del Partido. Nos llegaban a ver los familiares de verdad, y también viejas y viejos que inventaban (y documentaban) algunas relaciones de familia o de larga amistad, la cosa es que podíamos recibir información del Partido y también hacérsela llegar. La información que más nos golpeó fue la que entregó Jacinto Nazal, encargado agrario del Partido. Este nos contó que había pasado por las manos del “Comando Conjunto” en la AGA (Academia de Guerra Aérea) y le habían mostrado un organigrama completo de la estructura clandestina del Partido con todos sus regionales y los nombres de casi todos sus integrantes, la mayoría marcados con una cruz, lo que significaba que ya estaban detenidos o muertos, y algunos nombres con signos de interrogación, que eran los que seguían persiguiendo.

Recuerdo que convivíamos con un montón de cabros de la Jota que me impresionaron por su entrega, su valentía y la alegría con que enfrentaban el desafío que teníamos. De algún modo, consiguieron una radio a pilas (y la conseguían de nuevo, cada vez que los marinos lograban requisarla en algún

allanamiento), que nos prestaban para escuchar el programa “Escucha Chile” de Radio Moscú. “Escuchen no más, compañeros”, nos decían, “nosotros nos echamos la culpa”. En casas de madera se escucha todo, era imposible que los marinos no se dieran cuenta. Y cuando se daban cuenta y nos gritaban que apagáramos la radio, los cabros les respondían: “Vengan a apagarla ustedes, tales por cuales”. Con eso se armaba todo un operativo y se dirigían a la cabaña equivocada, dándonos tiempo, muchas veces, de fondear la radio en escondrijos muy bien estudiados que los marinos no encontraban. Y todo terminaba en castigos que los cabros asumían como un éxito.

El castigo más frecuente era correr una vuelta por el perímetro interno del cercado de alambres de púas con los perros, unos pastores alemanes que los perseguían ladrando y lanzando mordiscos. Al principio llegaban, casi siempre, con algunas mordeduras, pero después cada vez con menos. Y no fue porque hubieran desarrollado una tremenda velocidad que les permitiera arrancar de los perros, sino porque aprovechaban cada posibilidad que tenían durante el día y cada carrera obligada durante la noche para relacionarse con ellos y hacer amistad. Al final, los perros salían corriendo y ladrando junto con ellos, felices de tener con quien jugar y sin lanzarles mordiscos.

Yo había llegado relativamente bien de Chacabuco, pero al cabo de un tiempo en Puchuncaví empecé de nuevo a cagar y orinar sangre, sin haber mediado ningún “interrogatorio”. Al principio pensé que tal vez el cambio de comida o el clima eran los responsables. Ahora, con más años y experiencias a cuesta, creo que el término de “las vacaciones” de Chacabuco y la vuelta a las situaciones de tensión por el trabajo partidario debe haber gatillado algo. Les planteé a los marinos mi situación y me autorizaron a preparar mi propia comida.

Pero por más que comía cosas sanas seguí igual y entonces me internaron en el Hospital Van Büren de Valparaíso, y nada menos que en ginecología, con puras damas. Cada vez que quería ir al baño significaba todo un operativo para las pobres enfermeras que, después de asegurar que el territorio estaba libre, tenían que ir a buscar al marino que estaba a cargo mío para que me trasladara en la silla de ruedas. Estuve casi un mes, me hicieron distintos exámenes, me recetaron varios remedios y dietas especiales y, cuando me repuse, me fui de vuelta a Puchuncaví.

Al llegar me encontré con una noticia que había dado Radio Moscú que me puso los pelos de punta. Cuando me llevaron al hospital, los camaradas se las

ingeniaron para informar al Partido de la situación. Ellos, con sus contactos entre los trabajadores de la salud, trataron de ubicarme en distintos hospitales de la zona y se encontraron con que no estaba en ninguno, porque, obviamente, solo buscaron en las secciones para hombres. Entonces informaron la situación al Partido y este, que sabía que la denuncia pública de forma oportuna era muy importante para tratar de evitar nuevas “desapariciones”, se las arregló para que Radio Moscú lo publicara. Lo tremendo, para mí, fue que la información decía que el “secretario político” de los comunistas en Puchuncaví había sido sacado en tal fecha del campo con el pretexto de llevarlo a un hospital y que desde esa fecha se desconocía su paradero. Las intenciones fueron buenas, pero me marcaban como dirigente político activo ante los organismos de la dictadura, cuando lo único que quería yo era que se olvidaran de mi existencia.

La Cruz Roja también llegó a Puchuncaví ofreciendo tramitar los asilos y salidas del país. Al igual que en Chacabuco algunos aceptaron, pero fuimos muchos los que no quisimos dejar Chile. Y así pasó algún tiempo más, hasta que de repente nos avisaron que seríamos trasladados al centro de detención Tres Álamos, en Santiago. Y con la incertidumbre de lo que nos significaría ese nuevo destino, nos preparamos para partir a la capital.

Capítulo VIII

1975-1976: de Humberto el comerciante a Santiago en la clandestinidad

Cuando llegamos a Tres Álamos me encontré con varios conocidos. Entre ellos estaba Guillermo Teillier, que después de haber integrado el Comité Regional de Valdivia en los años 69 y 70, había asumido otras responsabilidades y estaba preso desde el 74; Samuel Riquelme, que había sido subdirector de Investigaciones y a quien habían torturado ferozmente; el doctor Ipinza, a quien habían enviado directamente desde Chacabuco. Y muchos más.

Ahí en Tres Álamos me volvieron a interrogar, pero esta vez sin torturas (la verdad es que, detenido desde el 13 de septiembre del 73, no tenía ninguna información que les pudiera interesar, porque ya estábamos bien avanzados en el año 75). Al final me dijeron: “Bueno, tú ya no vas a cambiar. Así que no queda otra que dejarte preso toda la vida. Cosa tuya no más”. Y otras vez me plantearon la posibilidad de salir como exiliado y otra vez me negué.

Estela también me fue a ver a Tres Álamos. En una ocasión, cuando se retiraba del local, un camarada detenido, encargado sindical del Comité Central la llamó y le dijo que si se presentaba en un organismo que funcionaba en las instalaciones del antiguo Congreso Nacional (creo que era Acnur) y entregaba una solicitud para el asilo y la firmaba, la iban a tramitar y se la iban a otorgar sin importar lo que yo pensara. Él creía que, sobre todo por los niños, era mucho mejor que saliéramos de Chile. Estela me volvió a visitar al día siguiente y me contó de esta conversa. Me indigné. Después encaré al camarada y le enrostré su actitud, le dije que si él quería irse, que se fuera, pero que no se metiera conmigo ni con mi familia.

No recuerdo cuánto tiempo estuve allí, pueden haber sido unos tres o cuatro meses. La cosa es que después me enviaron de nuevo a la cárcel de Chillán. Viajé junto a los compañeros campesinos y su saco de herramientas, aunque ellos iban, por fin, libres. Allí fui condenado a un año de arresto domiciliario por un fiscal militar de apellido Romero. Y entonces llegué a nuestras mediaguas

que seguían sin luz ni agua. Durante el día no se veía ninguna vigilancia evidente, pero en las noches siempre había un carabinero de punto fijo. Y así empezaron a pasar mis días de “arrestado” en Chillán, en mi propia casa.

La solidaridad fue tremenda. Me visitó mucha gente de diversas ideas políticas, partiendo por el amigo empresario que me salvó la vida, Ricardo Asfura. Recuerdo que llegaban frecuentemente compañeros con “los engaños para el estómago”, pero hubo alguien al que se le pasó la mano y trajo un chanco entero, muerto, que procesamos y pudimos disfrutar durante meses. Esa solidaridad no le gustó nada al fiscal Romero. A los quince días me mandó a buscar y me dijo que si recibía tantas visitas eso tenía una connotación política y si seguía “te va a llegar”.

Pero las visitas y la solidaridad siguieron llegando. Un abogado demócratacristiano que había trabajado conmigo en Corhabit me hizo los trámites y me ayudó a vender la casa que teníamos en Concepción. Con esos recursos pudimos instalar la luz y el agua en nuestra mediagua. Y Asfura de nuevo se “paleteó”: nos regaló los postes de madera que necesitábamos para el tendido eléctrico. Otros conocidos nos ayudaron a conseguir el permiso de obras sanitarias para hacer los trabajos necesarios y ligarnos al alcantarillado. Yo trabajé personalmente en ello y contraté a un trabajador de la construcción para que me ayudara a hacer las instalaciones.

Entre las tantas visitas también llegaban algunos camaradas del Partido, incluso con mensajes de la Dirección. Con algunas de las compañeras inventamos una especie de taller en el que tejían y cosían para producir cosas que después vendían para ayudar a “parar la olla”. Pero junto con trabajar, conversábamos y yo les trasmitía lo que había aprendido en la Escuela de la Juventud en la RDA sobre “estrategia y táctica”, y en las experiencias del trabajo orgánico del movimiento comunista internacional, en especial, el clandestino. El taller fue una especie de “escuela de cuadros” para algunas de las camaradas de Chillán. El trabajador de la construcción que me ayudaba en las instalaciones sanitarias para las mediaguas era un hombre joven, bajito, de origen campesino y que, sin llamar para nada la atención, era el nuevo secretario regional clandestino del Partido en Ñuble. Obviamente, mientras trabajábamos, conversábamos sobre los temas de nuestro interés, así que podría decirse que él tuvo una escuela de cuadros “personalizada”.

Este activo centro de trabajo que funcionaba en nuestras mediaguas no les gustó

nada a los elementos más fascistas de Chillán. Como a los cinco meses recibí un aviso que tomé en serio. Resulta que el carabinero que me vigilaba durante la noche arrendaba una pieza en la casa de una señora que quedaba al frente. Esta señora tenía un hijo de unos 14 años que algunas veces nos ayudó en nuestros trabajos de instalación y creó una buena relación conmigo. Él me avisó que por las noches estaban llegando algunos amigos del “paco” y que él los había escuchado conversar. Los amigos le decían que para qué tanto vigilar a ese comunista tal por cual, que por qué no lo mataban. El carabinero les respondió que seguramente pronto lo iban a matar, pero que estaban estudiando la forma para no cargar al gobierno con la responsabilidad. Entonces los amigos le dijeron que ellos podían hacerlo, a lo que el paco respondió que sería bueno, pero que primero tenía que conversar con el fiscal para que le levantara la vigilancia, porque si lo mataban teniendo él esa tarea, al final sería él el que tendría “pagar el pato”.

Aprovechando los enlaces que se daban con el Partido planteé la situación que vivía y mi decisión de pasar a la clandestinidad. Esta tenía que ser fuera de Chillán, de Valdivia y de Concepción, lugares en los que era demasiado conocido. De vuelta me pidieron que entregara una dirección, en Santiago, donde pudiera alguien reunirse conmigo cuando decidieran integrarme al trabajo clandestino del Partido. Después de consultarlo, les envié la de la casa de una hermana de Estela.

Entonces pedí una entrevista con el obispo de Chillán, Cox, y las autorizaciones para salir de mi arresto domiciliario. Sostuvimos una reunión muy larga, como de cuatro o cinco horas. Partí pidiéndole que intercediera por mi libertad porque quería trabajar y sostener mi propio hogar. A pesar de saber que era uno de los curas reaccionarios, su respuesta me sorprendió: “¿Quiere que pida la libertad de quien puede ser mi propio asesino?”.

Y empezó un alegato contra los comunistas, perseguidores de la Iglesia en Polonia, en China y en todos los países socialistas, que acompañaba con ejemplos, mucha fuerza y hasta gritoneándome su poco. Entonces “me le fui en collera”. Y también con fuerza le dije que una cosa eran las ideas y otras eran los errores que cometían algunos hombres. Le eché en cara que también en la Iglesia se habían cometido errores, le pregunté qué me decía de la Inquisición o de que Pío XII hubiera bendecido las armas de los fascistas de Mussolini y de Hitler. Y así estuvimos, alegato contra alegato, aunque yo traté de hacer que me entendiera: yo le estaba hablando como una persona, en ese momento y en Chile,

que quería la libertad para trabajar y mantener a su familia. Después de otra diatriba contra los comunistas y el marxismo, finalmente me dijo que me conseguiría la libertad, siempre y cuando me fuera del país.

Lo pensé un poco y acepté (de la boca para afuera, porque en mi corazón estaba firme la resolución de no irme de Chile). Le planteé que eso significaba que también consiguiera sacar el pasaporte y el carné, cuestión en la que estuvo de acuerdo. Así que coordinó todo y yo obtuve mis documentos. Cuando le mostré los papeles se fue a conversar con el fiscal Romero y logró que me dejara en libertad para poder viajar a Santiago y hacer los trámites necesarios para salir del país.

Al llegar a Santiago me alojé en la casa de un amigo de mi hermano Pancho. Era la casa de un viejo mueblista y tapicero en la Avenida Central de la población Caro, que me recibió muy fraternal. Conversando me contó que él tenía un montón de sábanas nuevas y me sugirió salir a venderlas en ciudades y pueblos relativamente cercanos a Santiago, a fin de conseguir algunos ingresos. Así, con mi pasaporte y cédula de identidad en la mano inicié mis nuevas tareas como vendedor de sábanas.

Yo sabía de un compañero del Partido en Chillán que después del golpe había regresado a su lugar de origen, La Calera, y se había dedicado al comercio y le iba bien. Así que me fui para allá, lo encontré, le pregunté sobre su actividad comercial y le pedí sus consejos. Me contó su historia. En los primeros meses después del golpe había encontrado a algunos amigos comerciantes de la familia que tenían acaparado aceite desde los tiempos de la Unidad Popular y que le pidieron que saliera a venderlo en poblados vecinos a los que aún no llegaba. Él arrendó un vehículo y se puso en campaña de vender el aceite en La Ligua, Petorca, Cabildo, Valle Hermoso y otras localidades cercanas. Le fue muy bien, tanto, que expandió su negocio. Se compró una camioneta y viajaba a Santiago para abastecerse de diversos productos que no llegaban a esos pueblos a los que regresaba para venderlos. Entonces me ofreció llevarme en sus viajes para que yo vendiera mis sábanas, que a él le parecía un artículo que podía salir.

Acepté y me instalé en su casa como si fuera un centro de operaciones. Estaba ubicada en una población obrera, y yo andaba vestido con la ropa que me quedaba de los tiempos de funcionario público que Estela me había arreglado. Alcancé a operar tres días y una tarde me detuvieron unos policías de Investigaciones. Por suerte, andaba con mi pasaporte recién sacado, se los

mostré y les dije que estaba vendiendo sábanas para reunir algún dinero y poder viajar a Argentina. Revisaron la casa de mi amigo, comprobaron que era cierto lo de las sábanas y me dejaron libre. La verdad es que ellos no andaban detrás de actividades políticas, solo habían sospechado, por el desacuerdo entre mis ropas y la población, que podría ser alguien ligado al narcotráfico. Por precaución me fui de La Calera y no volví nunca más.

Me puse de acuerdo con mi amigo, nos juntábamos en Santiago cuando él iba a proveerse, y yo, con mis sábanas, lo acompañaba a los poblados que él recorría. Así fui conociendo y estableciendo contactos con comerciantes conocidos de mi amigo y el negocio empezó a funcionar. Yo sabía que el abogado Hermosilla, el de la parcela de Chillán, estaba relegado en La Ligua y un día, de pura casualidad, me lo encontré. Grande fue nuestra alegría y, por supuesto, me invitó a su casa.

Daba una felicidad enorme encontrarse con alguien que había estado en las mismas situaciones que uno y que había mantenido sus convicciones y entereza a pesar de una condena a muerte. Hermosilla tenía dos hijas, una también abogada y la otra que no recuerdo su profesión. A veces iban a verlo con sus maridos, dos jóvenes abogados, socialistas en ese entonces, Pedro Morales y Eduardo Loyola (años más tarde, cuando volví a las actividades sindicales, me los reencontré como abogados laboristas). Pero cuando coincidíamos en las visitas a su casa, Hermosilla no tenía nada que ver con hijas y yernos, los echaba de donde estábamos y se encerraba a conversar conmigo, su compañero de cárcel y tormentos. Él me sugirió que ampliara mi giro de negocios y comprara chombas para vender en Santiago. Con las relaciones locales que ya había establecido, me consiguió un muestrario de productos de La Ligua que me llevé a Santiago.

Yo me iba con el muestrario y me instalaba con él en las escuelas, los liceos y los centros de salud. La gente miraba, de repente se entusiasmaba con algo y yo anotaba para traérselo el día del pago. Al entregárselo, me tenían que pagar la mitad al contado y la otra mitad al mes siguiente. Las compradoras, la mayoría, eran mujeres muy responsables, nunca me fallaron y siempre pude cobrar la segunda mitad sin problemas. El negocio iba viento en popa. Entre las cosas raras que me pasaron en este andar de comerciante, fue que de repente, en el Norte Chico, donde llueve tarde, mal y nunca, me encargaron paraguas. Los llevé y también los vendí todos.

Me fue tan bien que pude dejar al amigo tapicero y arrendar una casa de dos pisos en la calle Brasil, en la comuna de La Cisterna. Ahí llevé a Estela y a los seis niños. Y junto con mis viajes al Norte Chico para vender algunas cosas y proveerme de los tejidos de La Ligua, se nos ocurrió instalar un almacén en el primer piso de la casa. Le pusimos “Las seis estrellitas”, y su atención estaba a cargo de Estela. Yo era el encargado de aprovisionamiento y, gracias a los datos de mi amigo de La Calera, conseguía todos los productos necesarios a buen precio. Y el almacén también empezó a ir bien. Parecía que estábamos hechos para alcanzar éxitos en la actividad comercial. Pero no era así, solo parecía.

De repente un día llegó a nuestra casa un sobrino vinculado a la Comisión Agraria del Partido y a los viejos de “la Ranquil” (la más numerosa de las confederaciones en que se agruparon los sindicatos campesinos, la Confederación Campesina e Indígena Ranquil). Ya había dejado de operar la Ley de Sindicalización Campesina y no tenían ningún tipo de financiamiento. Seguían trabajando, visitando a los campesinos de las zonas cercanas a Santiago, pero su situación económica era muy mala. Y el sobrino, primero, y algunos viejos de la Ranquil después, nos empezaron a pedir fiado. Lo que pedían era para “parar la olla” y aunque uno sabía que no podrían pagar, era imposible negarse. En el fondo, éramos más “compañeros” que comerciantes. Y en el almacén empezamos a perder plata, casi toda la plata que ganaba con mis negocios en el Norte Chico.

En eso estábamos, cuando mi cuñada me avisó que había pasado un caballero por su casa y le había pedido que me avisara que iría a verme tal día y a tal hora. Llegaba el contacto para la clandestinidad.

Me fui a su casa en la fecha señalada, un poco antes de la hora, para saludar a los sobrinos, a ella, y esperar al visitante. Llegó puntualmente y resultó ser el camarada Vivanco, a quien había conocido años atrás cuando iba a Valdivia como cobrador de nuestro periódico El Siglo.

Conversamos largo, desde las diez hasta cerca del mediodía. Me dijo que debido a la caída de la dirección del Partido yo tenía que hacerme cargo. No me especificó de qué, pero recuerdo claramente sus palabras: “tú te haces cargo”. Me dio dos contactos y las instrucciones de verlos por separado. De ellos recibiría las notas con datos para relacionarme con las personas con las que tendría que trabajar. Después de recibidas esas notas, debía olvidarme para siempre de esos contactos y no verlos nunca más. Me dio muchas

recomendaciones, así como: con los compañeros conversar largo, preguntarles sobre lo que han hecho en este tiempo y prescindir de cualquiera que hubiera tenido algún contacto con los compañeros caídos o desaparecidos de la Dirección. También me aconsejó que intentara trabajar sin enlaces, con muy pocos contactos directos y que hiciera desaparecer el nombre de Humberto Arcos y tomara un nuevo nombre, que debía usar siempre, en todas mis actividades de la orgánica clandestina interior. Durante ese tiempo, me dijo, lo más importante que había aprendido era que no había que confiar ni confiarse. Una vez dadas las instrucciones, se marchó, después de un largo abrazo y de desearme éxito en las nuevas tareas, “porque el pueblo necesita del Partido y hay que evitar que la dictadura lo siga golpeando”.

Yo me quedé un rato más departiendo sobre cosas de la familia y después de una media o tres cuartos de hora también me fui. Empezaba mi vida clandestina partidaria: tendría que dejar de ser Humberto y pasar a ser Santiago. No me había alejado tres cuadas de la casa de mi cuñada cuando sentí la voz de mi sobrino de 12 años, gritando “Tío, tío”.

Me detuve. Venía corriendo y llegó a mi lado en un dos por tres. “Tío”, me dijo, “apenas usted se marchó llegaron unos tipos en un auto a la casa. Yo estaba jugando afuera con los cabros del barrio y ellos me avisaron que unos hombres armados, que debían ser de la DINA, habían entrado a mi casa. Por si acaso no quise ni entrar, me vine al tiro a avisarle”.

Le agradecí al sobrino y le pedí que después le dijera a la mamá que yo me perdería de la casa por largo tiempo para que no tuviera problemas por mi culpa. Me dirigí a nuestra casa en La Cisterna y le avisé a Estela que tenía tareas del Partido que me obligaban a ausentarme y solo vendría tarde mal y nunca, si las condiciones de seguridad me lo permitían. Partí de inmediato para no dar tiempo a escenas de despedida o a preguntas que no podía contestar¹¹.

El aviso casi providencial del sobrino me empujó a moverme rápido. Todo mostraba que la vida de Santiago no iba a ser sencilla.

¹¹ [Mi sospecha es que al camarada Vivanco, que es un detenido desaparecido, lo tomaron muy poco después de que se fuera de la casa de mi cuñada y probablemente le encontraron algún papel que solo traía la dirección, porque los agentes de la DINA que llegaron a la casa con armas desenfundadas registraron](#)

todo, pero no preguntaron por nadie en particular sino solamente por los datos de las personas que vivían ahí.

Segunda parte

De Santiago a Humberto

Capítulo IX

1976-1978: reorganización de equipos clandestinos. El primer emisario al exterior

La verdad es que no fui solo Santiago. Cuando tuve que regresar ocasionalmente a nuestra casa-almacén “Las seis estrellitas”, volvía a ser Humberto. Cuando alojaba en una casa de seguridad de La Reina era Javier; en la de El Salto, Jaime; en la de Puente Alto, Antonio, y, aunque no sé si cuadraba muy bien con el barrio, cuando me tocaba alojar en la casa de un compañero médico en Las Condes me llamaba Erasmo. Pero Santiago era el nombre del “encargado” del Partido en “el interior”. Y yo adopté la política de no presentarme nunca como Santiago y –ya fuera bajo el nombre de Javier, Jaime, Erasmo o cualquier otro– actuar como un contacto o un mensajero suyo.

Cuando dejé la casa-almacén de nuestra familia volví a la del viejo tapicero de “La Caro”, al que nadie relacionaba conmigo o con el Partido clandestino y donde yo seguía siendo Humberto. Desde ahí partí a reunirme con los dos contactos que me había dado el camarada Vivanco en los días, horas y lugares que me indicó y que repetí hasta que estuve seguro de que los había aprendido de memoria.

Al primero, recuerdo, tenía que ubicarlo en las dos cuadras que están al inicio de la Séptima Avenida, en La Cisterna, a las siete de la tarde. Estaba oscureciendo y encontré a un hombre más o menos joven, de alrededor de 35 años, macizo y que correspondía a lo que me habían dicho, así que después de intercambiar las palabras de presentación, me entregó un listado que contenía cuatro o cinco nombres de hombres y mujeres, con días, horas y lugares para contactarlos. Al otro día, en Avenida Departamental, a la hora indicada, me reuní con mi otro contacto (algo mayor que el anterior, de 45 o 50 años, delgado) y repetimos el procedimiento: palabras de presentación y entrega de un listado. Nunca más en mi vida volví a ver a esos dos hombres ni nunca supe (ni quise, ni quiero saber) sus nombres ni sus “chapas”.

Siempre utilizando como centro de operaciones la casa del viejo tapicero, me

puse en campaña para encontrarme con las y los camaradas del listado. Y siguiendo las instrucciones recibidas, conversar largo, interiorizarme de su trabajo, averiguar si habían tenido contacto con las personas de las direcciones anteriores del Partido que habían caído, y decidir, según mi criterio, si mantenía el vínculo o trataba de formar otro equipo con gente que pareciera más lejos de la DINA (en ese tiempo hablábamos solo de la DINA, tal como después solo de la CNI, pero con ello implicábamos a todo el aparato represivo de la dictadura, incluyendo por cierto al “Comando Conjunto”).

El primer contacto que me tocó fue una compañera que trabajaba en un equipo encargado de todo lo que tuviera relación con los presos políticos y detenidos desaparecidos. Tenía alrededor de 50 años y su presencia inspiraba respeto. Mostraba un conocimiento cabal del trabajo que se desplegaba en su frente: las acciones de los familiares de los presos, la recolección de la información que traían y el fortalecimiento de los vínculos con la Vicaría de la Solidaridad, el FASIC y las diferentes formas de solidaridad internacional que se daban en ese entonces. Era una mujer con una gran fuerza interna, muy atinada en sus juicios y propuestas. Me pareció magnífica desde el principio y por supuesto mantuve el contacto con ella para el trabajo en ese frente. Siendo mi línea no tratar de conocer nada personal sobre los camaradas con los que me correspondía trabajar, tiempo después, por circunstancias casuales, me enteré de que venía del Regional del Partido en Antofagasta. Y su origen fortaleció mi confianza en que iba a ser difícil que fuera detectada en Santiago.

El segundo contacto también fue con una mujer, “la Tita”. Más joven, de unos 35 años, elegante y buenamoza, llamaba bastante la atención. Yo tenía más o menos su edad y como andaba “con las antenas paradas para todas partes” sentía las miradas envidiosas de los hombres que nos veían caminar juntos y conversando. Bueno, ella estaba a cargo del trabajo del aparato femenino del Partido. Trataban de organizar esa comisión en todos los comités regionales del Partido con miras a impulsar la participación de las mujeres en todos los frentes de masas, en especial el sindical, de pobladores, de colegios profesionales, en fin. También me causó confianza por su entereza y dominio del trabajo, así que la mantuve como contacto para el trabajo femenino.

El tercero fue un hombre, “el Manchado”, que trabajaba en el equipo sindical. Ese equipo orientaba y recibía la información de los dirigentes sindicales públicos que el Partido tenía y que eran hartos. El “Loco” Cueva en la Construcción; Ricardo Lecaros en los metalúrgicos; Bobadilla en los textiles;

Caro en los gastronómicos; Alamiro Guzmán en la Confederación Minera; además de compañeros de los que no recuerdo sus nombres en Chilectra, Telefónica, en fin. Desde ese tiempo se trabajaba hacia la unificación del movimiento sindical y se daban los primeros pasos para la formación de la Coordinadora Nacional Sindical. Si bien había buenas relaciones con socialistas, radicales y algunos demócratacristianos como Manuel Bustos y Vega, había una corriente, “el grupo de los diez”, que le hacía el juego a la dictadura y se oponía. Entre ellos estaban Hernol Flores y Tucapel Jiménez, este último asesinado por agentes del propio gobierno militar años más tarde, cuando se había decidido a trabajar por la unidad del sindicalismo y de la oposición. Los dirigentes sindicales públicos del Partido eran los voceros informales de los comunistas, un frente muy importante no solo por su influencia en el sindicalismo (y en los trabajadores), sino también porque llegaban a la opinión pública en general.

El cuarto contacto resultó ser una mujer, de unos 35 o 40 años, que desde la primera conversación mostró su gran experiencia y enorme entrega. Ella trabajaba en el aparato de propaganda y siguió siendo mi contacto para ese frente, inicialmente. Durante esos años sacaban una publicación quincenal, Unidad Antifascista, que se publicaba a mimeógrafo. Incluíamos, además de los análisis sobre lo que vivíamos y la información de las acciones de los distintos frentes, denuncias que recogían los camaradas de las más diversas fuentes. Recuerdo que nos llegó una que denunciaba que el hijo mayor de Pinochet estaba regentando un prostíbulo elegante en el barrio Las Condes. Lo publicamos porque nos llegó hasta el documento notarial del arriendo del local, firmado por don Augusto Pinochet Hiriart, conocido más tarde por otros escándalos famosos, incluido el de los “pinocheques”.

Pero este aparato de propaganda tenía además a su cargo una especie de subcomisión que fue vital para el trabajo del Partido. Esa subcomisión se encargaba de conseguir los documentos de identidad y pasaportes falsos que nos permitieron enviar a muchos camaradas al exterior (solo supe de un caso donde el compañero fue detectado y no por culpa de los documentos, sino porque no cumplió con las indicaciones que se le habían dado respecto a su presentación personal).

El quinto contacto fue un hombre joven, de unos 35 años, elegante y que siempre usaba corbata. A poco de conversar se notaba que era un hombre culto. Trabajaba en una comisión que entremezclaba tres líneas de acciones. Una era el trabajo hacia los sectores medios, intelectuales, abogados, médicos y artistas.

Sobre esa base trabajaba la segunda línea, que eran las relaciones políticas y en especial las relaciones con el Partido Radical y la Democracia Cristiana (recuerdo que era Erick Campaña, de la DC, quien llevaba las conversaciones con nosotros). Y la última línea, también basada en los, digamos, camaradas intelectuales, era la de las relaciones internacionales. Eran años en que había una gran solidaridad internacional con el pueblo de Chile y se mantenían muy buenas relaciones con gente de las embajadas de Italia, de Francia, de Venezuela, por nombrar solo algunas. Estas relaciones también nos fueron de mucha utilidad para obtener visas cuando necesitábamos mandar a algún camarada al exterior. Ese contacto también conquistó mi confianza (tanto que cuando yo salí al exterior lo dejé reemplazándome) y él siguió con la comisión que desempeñaba la triple tarea durante todo el periodo. Años más tarde me enteré de que era un empleado bancario.

Hasta ese momento no conocía a ninguno de los cinco contactos que había hecho.

El sexto trabajaba en la Comisión Campesina. Era un viejo muy noble, muy sereno. Lo conocí como miembro del Departamento Campesino y del Comité Central en los años de la UP. Se llamaba Enrique Avendaño. Yo tenía, y desde antes, plena confianza en él por sus participaciones en los plenos del Comité Central. El único problema era cuán detectado podía estar por los aparatos de la dictadura a causa de su pasado como dirigente de la Ranquil y el Comité Central, pero después de una larga conversación quedó en claro que el riesgo era mínimo; lo tenían como uno de estos viejos dirigentes sindicales semipúblicos, no lo imaginaban metido en cosas más clandestinas. Así que siguió siendo mi contacto con la Comisión Campesina, donde trabajaban para tratar de rearmar algo de ese movimiento que había sido terriblemente golpeado apenas producido el golpe. Pero otro trabajo que Avendaño orientaba era mantener contacto con algunos camaradas que estaban clandestinos y aislados en sectores rurales, prácticamente escondidos, porque resultaba muy peligroso ponerlos en circulación. Entre ellos estaba el exdiputado comunista por Cautín, Rosendo Huenuman, al que visitábamos para mantenerlo informado, evitarle el desaliento y preparar las condiciones para sacarlo del país, cosa que finalmente logramos hacer.

Hubo un contacto que no llegó al encuentro. Se suponía que era el que me iba a vincular con el trabajo partidario en el frente de pobladores.

Y el octavo contacto era el hombre encargado de relacionarme con el aparato de

finanzas. Conversé un poco con él y me informó sobre la caída de un hombre clave del aparato, el que recibía los dineros del exterior. En vista de eso y de que habían trabajado juntos, quedó liberado de esas responsabilidades al menos por un buen tiempo.

En medio de esos ajetreos, a principios de 1977 supe de la detención de Fernando Ortiz, que había ocurrido en diciembre del año anterior. Yo sabía que era un académico universitario, miembro del Comité Central del Partido. Las informaciones decían que había sido quien asumió la dirección clandestina del Partido tras la caída de Víctor Díaz y Mario Zamorano. Nunca lo puse en duda ni me preocupé mayormente de ello, sino que seguí con la tarea que me había encomendado el camarada Vivanco y organizando los equipos de trabajo¹².

Y la desarticulación del aparato de finanzas nos causó un gran problema por varios meses. Cuando yo hablaba con mis contactos para transmitirles orientaciones o información, lo hacía a nombre de Santiago, el “encargado del Partido”, del cual yo (Javier, Jaime, Antonio, Erasmo, y hasta Humberto, según fuera el caso) era un mero recadero. Y de esa manera me tocó informarles que no tendríamos los recursos habituales por un buen tiempo, que no podríamos financiar a los funcionarios del Partido y que había que hacer un esfuerzo en cada una de las comisiones no solo para que se autofinanciaran, sino también a fin de tratar de aportar recursos y ayudar a las situaciones más urgentes que se dieran en el trabajo del Partido.

La respuesta fue extraordinaria. Teníamos un Partido lleno de viejas y viejos (como les decimos a todos en el ámbito sindical, sin referirnos a las edades) puro corazón, pura entrega, con una confianza infinita en lo justo de nuestra lucha por el bienestar del pueblo de Chile y dispuestos a hacer los sacrificios que fueran necesarios para alcanzar el triunfo. Los compañeros caídos, los detenidos desaparecidos, los que aparecían muertos en circunstancias raras (como la camarada Marta Ugarte) no nos amedrentaban, sino que nos comprometían aún más. Los que traicionaron nos despertaban desprecio y voluntad para no ser como ellos. Aunque había que tratar de “parar la olla” como fuera, nadie se restó al trabajo partidario. Se pasó hambre, se pasó mal, no solo los camaradas sino también sus familias, y eso nos dolía, pero no nos rendía.

Las comisiones encargadas del trabajo con presos políticos y detenidos desaparecidos, la sindical y la orientada a los sectores medios y relaciones no solo mantuvieron y autofinanciaron su trabajo, sino que además canalizaron

algunos recursos para el trabajo del resto del Partido. Por ejemplo, una de las tareas centrales que me habían encomendado era comprar y leer toda la prensa y las revistas para hacer análisis políticos globales incorporando toda la información que llegaba de las distintas comisiones a fin de orientar el trabajo. Y a pesar de los tremendos problemas económicos que vivíamos, nunca dejé de contar con los recursos para cumplir esa tarea.

Había muchos camaradas que se sacaban la mugre y trataban de ayudar a distintos compañeros y personas con un sentido solidario inmenso. En lo personal, recuerdo a un viejo que hacía dulces y los vendía en distintos sectores de Santiago. No sacaba mucha plata, pero siempre hacía un recorte para darle a Estela y ayudar a alimentar a mi familia.

Para reemplazar al aparato de finanzas, aunque pudiera parecer un riesgo mezclar personas de distintas comisiones, les pedí a mis contactos del aparato de propaganda (años después supe que se llamaba Lupe Cerda) y de presos políticos que nominaran a personas de su confianza. Así armamos el nuevo equipo de finanzas. Y este equipo, además de “administrar las miserias”, armó una propuesta para rehacer canales por los cuales el Partido recibiera los recursos de la solidaridad internacional. Pero volveremos a eso más adelante.

Poco después me enteré de que el encargado de pobladores era un compañero que había perdido la visión de un ojo y estaba perdiendo la del otro, por lo que no era posible contar con él (tiempo después supe que se trataba de Sergio Ovalle, miembro del Comité Central del Partido, a quien finalmente tuvimos que obligar a salir del país –él no quería– para tratar su enfermedad y evitar la ceguera total). Para armar un equipo que trabajara en el frente de pobladores, le envié como contacto a un exdirigente del Comité Central de la Jota, que visitaba regiones mostrando mucha capacidad y había pasado sin problemas esos dos años. Pongámosle el Flaco Vargas. Nos juntamos en esas canchas de fútbol que hay en Pudahuel, en la Avenida general Bonilla. Me sorprendió que llegara con su hija, pero después me sorprendió más cuando no quiso integrarse al trabajo clandestino del Partido. “No puedo”, me dijo. “Estoy trabajando en función de mi familia”. Antes le tenía mucho respeto, pero después de eso cambié de opinión.

Aunque, como dice un dicho, no hay bien que por mal no venga y finalmente contacté a otro ex-CC de la Jota que había pasado al Partido, Guido Díaz, y le pedí a la compañera de propaganda que dejara ese frente y se pusiera a trabajar

con él en pobladores. Entre ambos armaron un muy buen equipo y se contactaron con dirigentes de muchas poblaciones: La Victoria, La Legua, José María Caro, San Rafael, en fin. Hubo una gran acción en ese frente y de allí salieron muchos dirigentes; entre ellos, la actual alcaldesa de la comuna de Pedro Aguirre Cerda, Claudina Núñez. Recuerdo que tenían muchas discusiones, y a veces acaloradas, según me contaba mi contacto. Yo siempre le decía que las orientaciones de Santiago se dirigían a enfatizar la unidad contra la dictadura, que teníamos que ser flexibles y no olvidar nunca lo más importante: nuestro deber era sumar fuerzas para derrotar a la dictadura. Años después me enteré de que uno de los cabros de ese equipo hoy es abogado y me alegré mucho. Un cabro modesto, consecuente, de pelea y hoy un profesional. Es para alegrarse.

Al principio vivía cambiándome de casa constantemente. Además de las que ya he mencionado, recuerdo una en Puente Alto, facilitada por alguno/a de mis contactos y, en cuya cuadra, me enteré años después, vivíamos tres clandestinos. Otra estaba en la calle Serrano y pertenecía a la exsecretaria de la Cámara de Diputados, cuyo marido comercializaba vinos al por mayor. Y varias más que me consiguió un amigo fontanero, esos colocadores de techos de casas y bodegas, al que llamábamos “Guariznaque” y que sumaba dos cualidades: era muy simpático, capaz de abrir relaciones con medio mundo, y tenía mucho criterio. Yo le tenía plena confianza, a pesar de que nunca había sido militante del Partido, siempre había sido cercano, lo que, a mi juicio y en esos tiempos, lo hacía más valioso. Así que esa era como su tercera cualidad (aunque acabo de recordar una cuarta: era muy bueno para el ajedrez). Como les contaba, ocasionalmente y en cierto modo contraviniendo las normas de seguridad, me aparecía en la casa-almacén donde vivía Estela y mi familia. En una de esas visitas me reencontré con un camarada que me había ido a ver. Con él había trabajado en Valdivia, había estado en Tres Álamos y acababa de quedar en libertad: Guillermo Teillier. Hablamos un poco y le propuse que se incorporara como funcionario al trabajo clandestino en una comisión, no recuerdo cual, advirtiéndole de las dificultades que enfrentábamos con las finanzas. Y, sin darle mayor importancia, aceptó con mucho entusiasmo.

La “casa-almacén” había sido conocida por demasiados camaradas y si caía alguno y hablaba, podía abrirse un canal para encontrar a Humberto Arcos (que para la DINA estaba solo dedicado a los negocios). Por otro lado, a pesar de mi entrega casi total al Partido, y digo –casi–, porque necesitaba –tal vez como un condicionante mental para esa entrega– seguir teniendo la oportunidad de ver a mi familia, aunque fuera bien de tarde en tarde. Entonces me planteé la

necesidad de buscar otra casa. Guariznaque me ayudó a encontrarla . Era una casa de madera, con dos habitaciones, baño y cocina (no creo que tuviera mucho más que 25 metros cuadrados), en Pudahuel. Era de un carpintero, funcionario de Carabineros, amigo suyo, que necesitaba venderla y, con los pocos compradores que había en ese entonces para esos barrios, era muy barata. Las comisiones sindical y finanzas buscaron la plata para el pie, firmé un compromiso de venta en una notaría con el carpintero-paco amigo de Guariznaque y cambié de casa. Se acabó el arriendo de la casa-almacén “Las seis estrellitas” y mi familia pasó de La Cisterna a Pudahuel. Yo seguía viviendo en muchas casas y con distintos nombres, pero cuando iba a ver a mi familia en Pudahuel sentía que arriesgaba mucho menos al Partido.

Además mi familia era un apoyo fundamental cuando me venía alguna crisis por las secuelas que dejaron en mi cuerpo las sesiones de torturas en Chillán. Tenía dolores de cabeza y también problemas con la columna que en ocasiones se ponían críticos. Los resolvía por dos vías. Una fue proporcionada por un camarada médico que afortunadamente encontré en alguna de mis andanzas. Le conté de mis achaques y él de algún modo me incorporó en el sistema del Hospital Sótero del Río, donde trabajaba. Allí me atendía gratuitamente, me proporcionaba remedios y me ponía en las manos de un amigo suyo, un masajista ciego. La segunda vía era el Centro Integral de Salud, que quedaba a una cuadra de Pedro de Valdivia con Providencia, y donde trabajaban varios doctores comunistas y socialistas que eran muy solidarios. Entre ellos estaba un compañero de prisión en Chacabuco y Tres Álamos, el doctor Ipinza. Muchas veces tuve que llegar a estos centros sostenido por Estela de un brazo y por mi hija, la Tato, del otro.

Me sentía, en cierta medida, muy feliz por el trabajo partidario. Ese trabajo se ampliaba, se manifestaba en todos los frentes, ganábamos presencia ante la opinión pública y, sobre todo, no había caído ninguna estructura más. Después de los duros golpes y la caída de dos direcciones en el 76, haber pasado más de un semestre, ese año 77, trabajando y sin recibir ningún golpe, me (nos) daba tremenda confianza y optimismo. Pero seguía el problema de los recursos, que no era un problema solamente de pesos, insisto, era un problema de hambre, HAMBRE, para muchos camaradas, y sobre todo para muchos de los niños de nuestros camaradas. Eso nos dolía.

Decidí mandar “al exterior” a uno de los compañeros que trabajaban en la Comisión Sindical. El camarada viajó a Argentina con documentos que le

consiguió la Subcomisión de Propaganda. Allí fue a la Embajada francesa, donde tenía visas aseguradas por nuestros compañeros responsables de las relaciones internacionales. En Francia se relacionó con nuestros camaradas del PC de Chile y ellos le consiguieron la visa y los pasajes para Moscú. Allí se reunió con los dirigentes del PC en el exterior.

Tenía dos temas que plantear. Uno era el de los recursos para el funcionamiento del Partido, y el otro, la crítica política a algunos documentos de la dirección del Partido en el exterior que habíamos conocido a través de las ondas de Radio Moscú. Era un camarada con un compromiso absoluto, incluso “extremista”. Cuando llegó a Moscú lo llevaron a una tienda para comprarle ropa más apropiada para el clima local. Y él no solo se negó, sino que hasta increpó a los pobres camaradas del exilio que suponían estar haciendo algo perfectamente normal y “buena onda”. “¡Cómo!”, les dijo, “comprarme trajes y abrigos a mí cuando en Chile los camaradas y sus familias están pasando hambre. Mejor guarden esa plata y mándenla a Chile”. Y no aceptó que le compraran absolutamente nada.

En la reunión con los compañeros de la Dirección en el exterior, en cuanto al problema de los recursos, le informaron que esa había sido una de sus principales preocupaciones, que habían tratado de conseguir la colaboración del PC de Rumania para entrar recursos a través de su embajada en Chile; sin embargo, sus representantes se habían negado. En vista de eso, habían enviado a un compañero del Comité Central a Argentina para armar una nueva red y hacerles llegar el dinero, pero lo habían detenido y estaba desaparecido. No sabían todavía cómo resolver el problema. Y allí nuestro camarada les propuso la solución que había elaborado el nuevo aparato de finanzas: hacerles llegar los recursos a unos contactos que nos había dado del PC argentino (que a pesar de chico y clandestino era muy eficiente) y nosotros nos las arreglaríamos para retirarlos. Así lo acordamos y así lo hicimos.

La crítica política a los documentos de la dirección del Partido en el exterior era la opinión del “compañero Santiago”, el encargado en Chile del trabajo partidario. El camarada Santiago mandaba a exponer su desacuerdo con que los camaradas en el exterior hablaran de la posibilidad de insurrección armada de masas cuando no sabían cuál era la situación real en Chile. Que además de irreales en las condiciones actuales, con esos planteamientos se arriesgaba aún más la posibilidad de recuperar con vida a algunos de los camaradas “desaparecidos”, como Víctor Díaz, Mario Zamorano y otros. Nos habían

llegado noticias de compañeros a los que habían visto, a muy mal traer pero con vida, en los centros de detención y torturas. Si querían hablar de lo que había que hacer en Chile, lo primero era que estuvieran en Chile, vieran las condiciones reales que había, y hablaran con fundamentos. La respuesta a la crítica política fue que esa era la opinión muy respetable del camarada Santiago, pero que la dirección del Partido era colectiva, la mayoría de esa dirección estaba por el momento (subrayado lo de “por el momento”) en el exterior y la opinión mayoritaria de la dirección del Partido era la que se había leído por Radio Moscú. Sin embargo, le pidieron que le transmitiera al compañero Santiago que tendrían en cuenta su opinión.

El camarada de la Comisión Sindical regresó bastante pronto y con las buenas nuevas respecto a la aceptación de nuestra propuesta para finanzas y la confianza en que podíamos operar a partir de tal fecha. Así lo hicimos. Creo que más o menos en las dos primeras semanas de noviembre viajaron cuatro compañeras a los contactos en Argentina (separadas y en distintas fechas por supuesto) y llegaron con un “matute” –como llamábamos en ese entonces al contrabando– nada menos que de dólares. También, tiempo después, me enteré de una anécdota de esos traslados de dinero que creo que vale la pena contar, porque muestra el espíritu de la gente. La compañera Lupe Cerda (que estuvo relacionada con el armado de este equipo de finanzas de emergencia) le pidió nada menos que a su madre que viajara a Argentina y trajera recursos para el Partido. Esta señora, que jamás había sido militante, por su amor de madre y por apoyar a su hija, aceptó el encargo que, por supuesto, comportaba un riesgo evidente. Lupe la fue a buscar a su regreso y encontró que su madre estaba indignada. Lupe se preocupó al verla tan enojada, pero resulta que el “matute” de los dólares había pasado sin ningún problema, la indignación era porque en Buenos Aires había aprovechado de comprarse unas colonias y en la aduana se las habían requisado.

Después de su llegada me contactaron para entregarme los dólares y, a pesar de la terrible situación por la que pasaba la mayoría de nuestra gente, doy fe de que no se perdió un solo dólar, ni en el trayecto ni después en todas las operaciones en pesos que tuvimos que hacer. Cuando recibí los dólares, que eran hartos –imagínense que eran ocho meses de funcionamiento sin recursos–, no me quedó otra que esconderlos en los colchones de las literas de mis hijos en la casa de Pudahuel. De ahí contactamos a la Comisión de Finanzas para hacerle las entregas “parceladas”, según nos pidieron, de dólares a fin de cambiarlos a pesos chilenos sin despertar sospechas. Después ellos armaban sobres con los dineros

adeudados a los funcionarios del partido de las diferentes comisiones y regionales. Fueron centenares de idas y venidas, de pasadas de sobres con dólares primero, con pesos después y, al final de 1977, el Partido contaba, por fin, con recursos para su funcionar (cuestión que nunca dejó de hacer pese a la ausencia de recursos).

Y, lo que me causaba una tremenda alegría, todos los camaradas funcionarios del Partido recibieron el pago de los ocho meses que se les adeudaba. Llegábamos a bromear con que en esa Navidad los únicos que iban a tener algo de felicidad, además de los grandes empresarios y los milicos, iban a ser los funcionarios clandestinos del Partido Comunista. Pero en verdad, lo que se les pagaba era mínimo respecto a lo que realmente merecían por su entrega y sacrificio, por la lucha que encarnaban y que aspiraba a lograr el bienestar y la felicidad de las grandes mayorías de nuestra patria.

[12 Cuando me puse a escribir estos recuerdos busqué contactarme con camaradas de esos tiempos de clandestinidad. Con ellas y ellos estamos llegando a la hipótesis de que en el Partido se formaron dos estructuras paralelas de dirección, una centrada en la estructura interna de la organización partidaria y los contactos con regionales, y otra orientada hacia el trabajo en frentes de masas, que sería la que me tocó organizar a mí.](#)

Capítulo X

1979-1980: segundo emisario y viaje de Santiago

Terminamos el año con dos sentimientos encontrados en relación con la dirección del Partido que operaba en el exterior. Por una parte, sentimos alegría porque resolvimos los angustiosos problemas de finanzas gracias al trabajo concordado con ella y gratitud por su cumplimiento tan cabal. Pero, por otra, experimentamos un nuevo desacuerdo con una de sus directrices políticas difundidas a través de Radio Moscú, que no compartimos ni acatamos y más bien, contradijimos abiertamente en nuestro accionar clandestino. Se trataba de la forma de enfrentar el llamado a “consulta nacional” que hizo la dictadura para los primeros días de 1978. La Dirección en el exterior llamó a la “abstención activa”. Nosotros llamamos a votar que NO.

A nadie se le escapaba la verdadera farsa que era esa llamada, solo se trataba de una maniobra de la dictadura para tratar de presentarse con un “respaldo popular” frente a las condenas internacionales por sus violaciones a los derechos humanos. Era una verdadera estafa: no había registros electorales, estaba prohibida la acción de los partidos políticos, los encargados de las mesas electoras eran designados por las autoridades y la consulta equivalía a preguntarle al votante si estaba con Chile o contra Chile: en el voto, al lado del Sí salía la bandera chilena, y junto al NO, una bandera negra. En fin, por donde se le mirara el resultado a favor de Pinochet estaba asegurado.

¿Cómo se controlaba la votación si no había registros electorales? El presidente de cada mesa receptora de sufragios iba a cortar una esquina del carné de cada persona que votara y a ponerle un plástico para evitar que lo hiciera dos veces. Esta fue la razón que dio Pinochet. Pero en realidad se trataba de una forma de saber quiénes no habían votado para tenerlos controlados.

Yo siempre preguntaba en mis contactos con los enlaces de los distintos aparatos, en mis tareas y en mis acciones, cómo se veía el estado de ánimo de la gente. Y la verdad es que “el terrorismo de Estado” de la dictadura había hecho efecto y en Chile había temor. Llamar a abstenerse era pedirle a la gente, a la

gente común y corriente, que corriera un riesgo –quedar identificado en su cédula de identidad como opositor a la dictadura–, para lo cual la gran mayoría no estaba preparada. Además, llamarlos a la abstención era también una manera de diferenciarnos –a los comunistas– del resto de la gente que estaba en contra de la dictadura. Por una parte hablábamos de la necesidad de la unidad de todos los que estábamos en contra de la dictadura, y por otra llamábamos a diferenciarnos en el voto... como que no concordaba. Llamar a votar NO nos permitía hacer la misma discusión política contra la dictadura y denunciar el tipo de votación que estaba implementando, pero les evitaba a quienes estuvieran dispuestos a hacerlo quedar registrados abiertamente como opositores, fortaleciendo un llamado común a todos los opositores. El atreverse a votar NO era un paso en la pérdida del temor y nos obligaba a abrir la discusión política, hacer propaganda y ganar voluntades.

Así que, gracias a ese ir y venir de información y orientaciones, todos los aparatos del Partido en Chile empezaron a trabajar para llamar a votar NO en la consulta nacional, desoyendo la instrucción de “abstención activa” que, a través de Radio Moscú, había dado la dirección del Partido en el exterior. Los resultados, como se esperaba, le dieron el triunfo a la dictadura con alrededor de cuatro millones de votos, pero más de un millón de personas se atrevió a votar que NO. También hubo algo más de doscientos votos nulos y blancos, gran parte de los cuales atribuimos a gente que se orientaba por el programa “Escucha Chile”, de Radio Moscú, y que no tenía contacto con nosotros. Eso nos mostraba la enorme tarea de organización que todavía teníamos por delante.

Para discutir estas diferencias, un segundo hombre del interior viajó a conversar con los dirigentes del exterior. El contacto del aparato sindical me lo propuso y resultó ser un compañero, más cercano a los 50 que a los 40 años, muy, pero muy bueno. Conversamos y su misión –obviamente encomendada por Santiago–, en síntesis, era: dar cuenta de los avances en los distintos frentes del trabajo partidario en este último año; criticar orientaciones del exterior que al no tener en cuenta la situación real en Chile solo causaban confusión, y hacer notar que, mientras él era el segundo hombre que salía del país para conversar con la Dirección, todavía no llegaba nadie de afuera para integrarse al trabajo clandestino en Chile. Yo no lo conocía de antes ni quise saber mayores datos. Pero al poco tiempo de conversar, se captaba que era un hombre de peso, con formación política; dominaba bien la situación general e iba a ser capaz de presentar bien las orientaciones y actividades del Partido en Chile. Y así lo hizo.

Entonces la Dirección en el exterior nos informó que estaba preparando gente para retornar y nos planteó la tarea de crear condiciones para recibirla, fundamentalmente consiguiendo casas más seguras de las que se tuvieron después del golpe. Y esa fue una tarea que se les planteó a todos los equipos y se fue cumpliendo con bastante éxito. El tiempo que el Partido operó sin nuevas caídas importantes se debía, principalmente, a que habíamos mejorado mucho nuestros métodos de trabajo clandestino, lo que ayudaba a vencer el temor y a conseguir casas de seguridad mucho más firmes.

El aparato internacional dio los contactos y unos meses después llegó el primer compañero. Se le tenía todo preparado. Lo dejamos aislado un par de meses para que se habituara a la situación del país y consolidara su “chapa” y su “historia”. Después le pedimos que diera un lugar de contacto y elementos de identificación. Al poco tiempo nos llegó la información de que había ido una compañera al lugar indicado, había visto e identificado al camarada, pero no había podido establecer el contacto porque él debía tomar la iniciativa y ella no había podido conseguir el elemento de identificación que él había solicitado. Claramente este compañero todavía no se habituaba lo suficiente a la nueva realidad: había pedido como elemento de identificación un sobre con “mejorales”, píldoras que ya no existían pues habían sido reemplazadas por las aspirinas. Para no atrasar más su incorporación y en vista de que sería cambiado de domicilio, rompimos las normas y se le fue a buscar a su casa de seguridad para conectarlo con su nueva vida.

Ese año 1978 se amplió enormemente el trabajo del Partido y empezó a notarse en actividades que podríamos llamar de “masas” o que lograban un impacto tal que llegaban a ser conocidas por la opinión pública.

La comisión que trabajaba el tema de los detenidos y desaparecidos, y que el año anterior había organizado la primera huelga de hambre con sus familiares, logró que varias compañeras viajaran al exterior a promover la solidaridad internacional. Recuerdo que estuvieron en Francia, supongo que en otros países europeos y también en Estados Unidos, con gestiones bien exitosas que repercutieron en el país. A raíz de esos viajes, una compañera hizo llegar la acusación de que “fulana de tal, señora de un desaparecido, se había metido con mengano en una ciudad y se había ido a un hotel”. Conversé con el contacto de esa comisión sobre la orientación que había dado el compañero Santiago: si la acción no era escandalosa, las compañeras eran suficientemente grandes para decidir lo que hacían, era necesario tener confianza y comprensión con ellas, y la

preocupación debía centrarse en plantear bien las denuncias contra la dictadura y aprovechar bien los recursos de la solidaridad para que no hubiera ni malgasto ni desvíos de recursos. Eso era lo importante y no los asuntos personales. Y aunque esta opinión iba un poco a contrapelo de la tradición “mojigata” del Partido, fue bien recibida.

A mitad de ese año, las compañeras organizaron la toma de la sede de UNICEF y de varias iglesias donde nuevamente reanudaron huelgas de hambre que reactivaron el problema de los desaparecidos en la opinión pública nacional e internacional.

Todas las comisiones, trabajando cada una por su cuenta, la comisión femenina, la de los familiares de los presos y detenidos desaparecidos, la de propaganda, la de los intelectuales, la sindical, la de los pobladores, aunaron sus fuerzas para que el 8 de marzo de 1978 se celebrara el Día Internacional de la Mujer por primera vez en dictadura, con un acto en el Teatro Caupolicán.

Ese mismo año 78, la Comisión Sindical también se anotó grandes logros en su actividad. No es que todo lo hiciera ella, pero su orientación y coordinación de los numerosos dirigentes sindicales comunistas activos fue clave para una serie de hechos. De partida, los esfuerzos unitarios que se venían haciendo en el movimiento sindical se plasmaron en la primera actividad pública de la Coordinadora Nacional Sindical: se celebró el 1º de mayo en las calles, unitariamente, desafiando las prohibiciones de la dictadura que llamaba a los dirigentes sindicales a celebrarlo en un acto en el Edificio Diego Portales, donde funcionaba la Junta Militar. Y millares de trabajadores se juntaron en la Plaza Pedro Aguirre Cerda, frente a la Plaza Almagro y en las afueras y dentro de la Iglesia San Francisco. Hubo seiscientos detenidos, pero dimos una clara señal de que se iba perdiendo el temor y se avanzaba en la unidad. Ese año se creó formalmente la Coordinadora Nacional Sindical, bajo la presidencia del dirigente textil DC, Manuel Bustos, y con la secretaría general ejercida por el dirigente minero y camarada Alamiro Guzmán.

También desafiando prohibiciones de la dictadura se celebró en un teatro el día del minero, con Alamiro Guzmán a la cabeza. Hubo muchas actividades de distintas organizaciones, cada vez más abiertas, que no pudieron ser ignoradas ni por la prensa de la dictadura. La más comentada llegó más tarde ese mismo año, la llamada “presión de las viandas” en Codelco. Pese a la represión que desató, también fue una señal: los tiempos de los “Guillermo Medina”¹³ en el cobre

estaban terminando y venían nuevos liderazgos para los trabajadores de esta empresa, tan clave para Chile.

En verdad, el año 78 fue un gran año para nosotros: veíamos el crecimiento de las expresiones públicas de descontento contra la dictadura, por una parte, y por otra, crecía la actividad de los comunistas sin que hubiéramos experimentado ninguna caída de estructuras partidarias.

El crecimiento de las acciones del movimiento sindical y la respuesta represiva de la dictadura, además de incrementar la solidaridad del movimiento sindical mundial, tuvo un efecto en la organización internacional sindical que dirigían los sindicatos norteamericanos, la AFL-CIO. Ellos, hacia fines del 78, llamaron a discutir un boicot internacional en contra de la economía chilena, que se resolvería en una reunión en enero del 79. Pinochet respondió “arrancando pa’ delante” (como decía un amigo). A fines de diciembre nombró a José Piñera como ministro del Trabajo y anunció que para junio del 79 estarían vigentes las nuevas leyes del trabajo (el “Plan laboral”) con “plena libertad” para la actividad sindical; en los primeros días de enero de ese año, el ministro del Interior, Sergio Fernández, suspendió la exigencia de solicitar permiso antes de realizar asambleas sindicales; en febrero, salieron dos decretos del Ministerio del Trabajo sobre la libertad de reuniones sindicales y sobre cotización y recaudación de las cuotas sindicales.

Con esas concesiones y dialogando con el “grupo de los diez” la dictadura logró que la resolución sobre el boicot de la AFL-CIO se postergara hasta junio del 79. Sabíamos que la dictadura seguía firme en su objetivo de debilitar y dividir el movimiento sindical, ese era el objetivo central del Plan laboral, pero entendíamos que esas concesiones se habían logrado gracias a las luchas y por ello debíamos prepararnos para intentar aprovechar cada espacio ganado a fin de fortalecer las organizaciones y sus luchas.

En esos pasos andábamos, cuando nos informamos de la realización de un segundo pleno del Comité Central en Moscú, en febrero de 1979. De partida, no nos parecía bien que siguieran realizando plenos sin considerar la opinión de los que dábamos la pelea en Chile y que nos informaran de ellos después de realizarlos. Pero, además, se hizo pública la lista de todos los miembros del Comité Central muertos o desaparecidos tras el golpe y de todos los que participaron en el pleno. Para los organismos represivos de la dictadura era cosa de comparar esos listados con la nómina total de los miembros del Comité

Central (en documentos públicos del congreso del PC) y obtendrían los nombres de todos los miembros del Comité que aún permanecían en Chile. Y aquí había compañeros del Comité sin actividad partidaria, pero también había otros trabajando en la clandestinidad. Eso me pareció un error muy serio.

Entonces me decidí a viajar personalmente para conversar con la gente de la Dirección. Saldría como Humberto Arcos, con mis documentos reales. El compañero encargado de las relaciones internacionales me consiguió una entrevista con el embajador de Venezuela para el trámite de mi visa. Recuerdo que me dio una charla con expresiones muy originales sobre la experiencia de la lucha de su pueblo para el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez y con algunas enseñanzas que me quedaron dando vueltas en la cabeza. “Lo central”, me insistió, “fue que logramos constituir un frente unido, logramos la unidad de todas las fuerzas que estaban contra el dictador. Y nos pusimos de acuerdo en que solo después de que lo botáramos cada cual iba a tragar la saliva que quisiera y que pudiera, de acuerdo a lo que le cupiera en su boca”. Me contó que de esa experiencia salieron fortalecidos los partidos Acción Democrática (socialdemócrata) y COPEI (demócrata cristiano), porque se habían mantenido unidos; en cambio los comunistas se habían dividido y eso había debilitado enormemente su influencia en la sociedad y en la política venezolana.

Hacia la mitad del año salí del país. Cuando llegué a Venezuela estaba como encargado del Partido José Cademartori¹⁴. Me tenían alojamiento en la casa de un camarada que había sido profesor en la Universidad de Concepción, de apellido Benavente. Me invitaron a dar una charla sobre la situación del país a los militantes comunistas chilenos que estaban viviendo en Venezuela y acepté. Hablé como “un camarada del interior” y les conté cómo nos habíamos sobrepuesto a la caída de dos direcciones y lo que estábamos haciendo. Después fui un poco provocativo. “Esto es lo que estamos haciendo nosotros, enfrentando a la dictadura y arriesgando nuestras vidas día a día”, les dije, y después seguí: “¿Y qué es lo que están haciendo ustedes? ¿Cuál es la solidaridad que entregan? ¿Tienen presente la situación de los compañeros en Chile y entregan de verdad lo más que pueden? Todos ustedes, comunistas, debieran sentirse tan combatientes antifascistas como nosotros. ¿Y por qué no hay acciones combatientes? ¿A nadie se le ocurrió, por ejemplo, secuestrar a algunos de los militares de la embajada y plantear su canje por Víctor Díaz, Mario Zamorano o algún otro de los tantos compañeros detenidos y que la dictadura no reconoce?”.

La verdad es que creo que los golpeé, que les di elementos para repensar sus

aportes a nuestra lucha. Recuerdo que el compañero Benavente, que me alojaba, me dijo: “Ustedes son otros. Nosotros seguimos igual que antes, tranquilos, pero ustedes son otros. Tienen una fuerza, una mística, que tenemos que tratar de lograr también nosotros”. Antes de viajar a Italia, mi próxima escala, fui invitado por Cademartori a un pleno del Comité Central del Partido Comunista de Venezuela para dar una charla sobre la situación en Chile, por lo que supuse que le había gustado mi exposición (al menos en la parte descriptiva del trabajo). Después de eso tenía que dirigirme al aeropuerto.

Cuando llegué a Roma tuve un percance: no me encontré con los compañeros que me estaban esperando. Resulta que yo llevaba todas mis cosas en un maletín de mano, bajé del avión y seguí al piloto y los tripulantes, que tampoco llevaban maletas, y salí por una puerta, mientras los compañeros esperaban por otra salida donde iban todos los pasajeros. Sin contactos, en una ciudad extraña, con una lengua distinta, lo mejor que se me ocurrió fue tomar un taxi y pedirle que me llevara al Comité Central del Partido Comunista Italiano (que todavía era muy grande en ese entonces). Llegué ahí y chapurreando dije que venía de Chile y me llevaron a la Comisión de Relaciones Internacionales del PCI. Allí, como pude, le expliqué al encargado que necesitaba contactarme con dirigentes del PC de Chile en Italia. Él me dijo que no había problemas, que un poco más tarde me pondría en contacto con el reemplazante de Guastavino (el jefe del Partido en Italia que estaba fuera del país), pero antes me invitaba a almorzar. Me llevó a un restaurante donde, junto con un rico almuerzo, pudimos aprovechar la similitud de nuestros idiomas para conversar un poco.

El segundo de Guastavino era un compañero al que yo había conocido antes de la dictadura como secretario regional del Partido en Osorno. Esa noche tuvimos una conversación con seis camaradas de la dirección del Partido en Italia y al otro día volé a Berlín (oriental), a la República Democrática Alemana, la Alemania comunista como la llamaban en Chile. Allí me recibieron con una consideración muy especial. Normalmente a los dirigentes de partidos políticos amigos del PSUA (Partido Socialista Unificado Alemán) los alojaban en la Gueste House, pero a mí me llevaron a un hotel que reservaban para recibir a los ministros de Estado de los países amigos. Eso fue una muestra de la importancia que le daban al trabajo que habíamos desarrollado los comunistas que permanecimos en Chile.

La tarde-noche siguiente tuve una reunión para hablar de la situación en Chile con unos veinte a veinticinco camaradas del Partido y también con la presencia

de algunos alemanes del Comité de Solidaridad con Chile. Entre ellos estaba la compañera Kony, presidenta de dicho comité, que dirigía la reunión y me hizo tomar asiento a su lado. Después de unas breves palabras de presentación y de valorar la lucha del pueblo chileno, me dio la palabra. Recuerdo que entre los presentes estaban Santiago Concha, Norma Hidalgo, Rodrigo Rojas y un joven comunista, sociólogo, que me habían asignado como “seguridad”. Yo creo que este acompañante tenía una doble misión: ver que no me perdiera o me metiera en dificultades por el desconocimiento de la ciudad y del idioma e informar al CC de nuestro Partido de todas mis andanzas. Ese compañero, que después supe que trabajó en un reducido equipo joven y multipartidario, que hacía análisis políticos directamente para el presidente Allende, se llamaba Manuel Contreras (¿cómo olvidar ese nombre, el mismo nombre del “Mamo”¹⁵?).

Conté lo mismo que había dicho en Venezuela e Italia y después respondí preguntas. Esto de poder hablar libremente ante grupos de compañeros era un cambio del cielo a la tierra si lo comparaba con esos contactos personales en que, con tiempos muy acotados, había que hablar en voz más o menos baja y con las “antenas permanentemente paradas” para detectar cualquier situación extraña. Y además todos estaban muy pendientes, ansiosos de saber lo que pasaba en nuestra patria. Entonces, naturalmente regresé al viejo estilo de oratoria que había desarrollado en mis primeros años, gracias a la participación en los sindicatos. Creo que eso fue lo que hizo que mis intervenciones fueran muy combativas y yo diría, modestia aparte, bastante buenas en general.

Cuando estaba terminando mis respuestas a la ronda de preguntas, de repente, bajo la mesa, sentí que me acariciaban una pierna. Controlándome para tratar de entender qué pasaba, miré disimuladamente y descubrí que era la mano de la compañera presidenta de la Solidaridad con Chile. La miré fijamente y recibí una sonrisa cómplice. La verdad es que la compañera era bastante buenamoza y me sentí muy halagado. Cuando terminó la ronda de respuestas, se acercaron muchos compañeros a despedirse y finalmente llegó mi acompañante: “Yo lo llevo al hotel, camarada”. Le respondí, mirando a la compañera Kony: “Me parece que hay otra persona que quiere llevarme”, y le pregunté directamente a ella: “¿No es así?” Y ella, que hablaba español (y “chileno”, pues había estado en la embajada de la RDA en Chile durante el gobierno de Allende), le dijo a mi acompañante que no se preocupara, que ella se haría cargo de mí. Y se hizo cargo durante los cinco días que me tuvieron en la RDA, antes de embarcarme para Moscú.

En esos días compartimos la asistencia a reuniones, las conversaciones políticas e hicimos el amor varias veces y con gran placer para ambos (el mío lo garantizo, el de ella lo creo, porque en el fondo nunca he dejado de ser un optimista). Pero después, cuando me planteó que quería regresar conmigo e integrarse al trabajo clandestino en Chile, me hizo pensar mucho. Primero, por lo poco razonable de la proposición y, segundo, por mi mentalidad machista, simplemente concluí “esta mujer se volvió loca”. Pero después, dándole vueltas, me pareció que ella no “se había vuelto loca” por mí, sino por una o la posibilidad que tenía para arriesgar su vida en una lucha que sentía muy profundamente. No descarto que haya habido algunos militantes del PSUA que solo querían usufructuar del poder, pero la gran mayoría de los que yo conocí (y desde los tiempos de mi participación en la escuela Wilhem Pieck) tenían un compromiso internacionalista muy sentido y muy auténtico. Sin ninguna duda lo tenía la compañera Kony, y creo que veía en mí, más que a mí mismo, una oportunidad para integrarse de una manera más activa (o más riesgosa o más “heroica”) a la lucha por el triunfo de los “proletarios del mundo”.

Viajé a Moscú en avión y cuando llegué, en el aeropuerto me estaban esperando los camaradas Luis Corvalán, Américo Zorrilla y Orlando Millas. Yo los conocía, casi, desde siempre. Ellos me recordaban por algunas intervenciones que hice en los plenos del Comité Central en Chile. Nos saludamos fraternalmente y me fueron a dejar a un hotel que el PCUS tenía para sus invitados clandestinos. Y concordamos en que al día siguiente me pasarían a ver ahí para empezar nuestras reuniones.

Aunque ellos todavía no lo sabían, pues me conocían como Humberto Arcos, el camarada Santiago, de la Dirección clandestina en el interior, que ya había enviado a dos compañeros con cierta posición crítica al trabajo que hacía la dirección del Partido en el exterior, iba por fin a reunirse con ellos y plantearseles directamente.

[¹³ Guillermo Medina fue un dirigente sindical que encabezó la marcha hacia Santiago, dominada por los empleados de El Teniente, contra el gobierno del presidente Allende. Pinochet lo distinguió como consejero de Estado.](#)

[¹⁴ Economista, integrante del Comité Central desde 1961, exdiputado y exministro de Economía durante el gobierno del presidente Allende.](#)

¹⁵ “Mamo”, apodo de Manuel Contreras Sepúlveda, designado por Pinochet como jefe de la DINA, encabezó la represión, torturas y asesinatos durante los primeros años de la dictadura. En la actualidad cumple condena por crímenes de lesa humanidad.

Capítulo XI

Las reuniones en el exterior con la dirección del Partido

Yo había llegado el domingo a Moscú y el lunes tuvimos nuestra primera reunión. Llegaron al hotel como diez camaradas. Además de Luis Corvalán, Américo Zorrilla y Orlando Millas, recuerdo que estuvieron Mireya Baltra, Jorge Insunza y Rodrigo Rojas (estos dos últimos habían viajado desde la RDA). Nos reunimos en un salón del mismo hotel y me pidieron que, como “hombre del interior”, les informara cómo veía el Partido la situación en Chile. Básicamente repetí lo que había hablado en Venezuela y en la RDA, y planteé nuestra crítica a que se realizara un pleno del Comité Central sin invitar a nadie del interior y nuestros reparos frente a la divulgación del listado con los nombres de los miembros del Comité Central muertos y actuales. Les expliqué que algunos de ellos estaban en Chile descolgados¹⁶, aunque nosotros los tratábamos de ayudar, y otros que habían estado trabajando en estructuras partidarias. También critiqué el documento del Partido en el exterior en el que se planteaban posiciones “izquierdistas” en las palabras, pero que no cuadraban con la realidad que vivíamos adentro ni con la práctica de los que estaban afuera. Los camaradas también hicieron numerosas preguntas, así que nuestra reunión se extendió por toda la mañana.

A la hora de almuerzo me avisaron que vendrían unos compañeros de Relaciones Internacionales del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) que querían saber de la situación chilena. Así que tuve un almuerzo de trabajo con tres de ellos, encabezados por uno que se presentó como Igor Rivalki. De nuevo les di mis impresiones de cómo estaban las cosas en Chile y respondí a sus preguntas. Después me ofrecieron un panorama cultural para cada tarde y pusieron a mi disposición un traductor (que además sería como mi guardaespaldas). Me presentaron las alternativas que había en Moscú, seleccioné algunas, y durante las semanas que estuve ahí me anduve paseando por la cultura: pude ver ballet, ópera (recuerdo que vi Carmen y La Traviata), asistir a conciertos y visitar algunos museos.

Y así se fue la primera semana. En la mañana, reuniones con los compañeros de la Comisión Política; al almuerzo, conversaciones con gente del PCUS, y en las tardes, actividades culturales. Desde el segundo día nos empezamos a enfocar más en el detalle del funcionamiento de los distintos equipos: el trabajo de solidaridad, el sindical, el de mujeres, de pobladores, de relaciones políticas, en fin. Y todos los días salían preguntas en relación con el compañero Santiago y, sobre todo, cuestionamientos. Querían saber más de él y, aunque nunca me lo preguntaron directamente, me daba la impresión de que trataban de juntar datos para adivinar quién era.

A los comunistas chilenos que estaban en Moscú les parecía que Santiago era altanero y prepotente por los mensajes que habían traído los dos compañeros venidos desde el interior (Humberto Arcos era el tercero e, igual que los otros, transmitía sus instrucciones). Según ellos, nosotros no habíamos llegado con una actitud abierta al diálogo, sino predispuestos en contra de los camaradas de la Dirección. Y Santiago se sentía con el derecho de cuestionar las opiniones del Comité Central y la Comisión Política por el solo hecho de dirigir el Partido en el interior.

Yo traté de explicarles que las diferencias que se habían dado con ellos (nuestra discrepancia a su llamado a abstenerse en el plebiscito en lugar de votar que no y la publicación del listado de miembros del Comité Central fallecidos y exiliados, que en nuestra opinión le facilitaba la tarea a la dictadura para perseguir a los que estaban en la patria) no eran puntos de vista exclusivos de Santiago, sino de la inmensa mayoría de los que seguíamos trabajando en Chile. Yo sentía que había menosprecio y también desconfianza hacia lo que pudiéramos aportar nosotros. Los mejores cuadros del Partido estaban muertos o en el exilio. Los del interior eran, en el mejor de los casos, funcionarios. Pero el Partido que murió era un partido de intelectuales. Y el Partido de la clase obrera no era tomado en cuenta. Nosotros éramos el partido de los funcionarios, el partido de los sirvientes. Así nos decían. Y a los dos enviados de Santiago que me habían precedido los habían tratado como a viejos sin ningún peso, emisarios de un dirigente sin ningún peso, pero que se atrevía a discutir sus directrices y, por eso, los tenía preocupados. Entonces me hacían preguntas y me decían que Santiago actuaba según sus propios deseos y no según los deseos del Partido Comunista, que debía obrar de acuerdo al “centralismo democrático”. A mí eso me llevaba a argumentar con más fuerza la necesidad de una dirección partidaria única e integradora. Y la verdad es que, durante los primeros cuatro días, los miembros de la Dirección me escuchaban sin disentir demasiado: más bien intentaban

averiguar quién creía podía ser ese hombre y expresaban críticas que tenían más que ver con su personalidad que con sus ideas.

El viernes empezamos la reunión y pedí la palabra. “Camaradas”, les dije, “antes de que sigamos viendo los problemas de la Dirección, quiero informarles que yo soy Santiago”. Quedaron silenciosos y visiblemente sorprendidos. Les conté cómo y quién me entregó la responsabilidad, los contactos para los equipos y la forma en que se había organizado el trabajo en todos los frentes. Después planteé que debíamos ver el problema de la conducción del Partido, tanto interior como exterior, para lograr formar una dirección única. “En esta reunión han estado participando camaradas de la Comisión Política y del Comité Central. ¿Y yo quién soy?”. Luis Corvalán respondió: “A usted lo consideramos miembro permanente del Comité Central, por eso lo fuimos a recibir con Américo Zorrilla y Orlando Millas”. Entonces dije que me sentía autorizado para criticar algunos de los nombres que se habían entregado como nuevos miembros del Comité Central después del pleno de febrero, porque causaban dudas y no correspondían a la realidad política que teníamos que enfrentar en Chile. Luis Corvalán, entonces, dijo que esto era más delicado de lo que había supuesto y pidió suspender la reunión para analizar el asunto en un grupo más reducido. El sábado quedaron en pasarme a buscar al hotel para llevarme a la reunión en la casa de don Américo.

En esa reunión participamos solamente Corvalán, don Américo y yo (Mireya Baltra también estaba en la casa, pero se dedicó exclusivamente a preparar un rico almuerzo). Yo insistí en la necesidad de tener una dirección única para el interior y el exterior, y de buscar mecanismos para discutir y sacar resoluciones conjuntas que tuvieran a los comunistas chilenos con una sola posición. Me dijeron que estaban de acuerdo y me preguntaron a quiénes proponía del interior para integrar el Comité Central. Les dije que no podía hacer propuestas, primero, porque no conocía a ninguno de mis contactos por su nombre verdadero y, segundo, porque me parecía que esas proposiciones había que trabajarlas con los equipos que estaban funcionando. Quedamos de acuerdo en la idea. La implementación de ella se haría más tarde, después de mi regreso y de la integración a los equipos del interior de algunos dirigentes del Comité Central que regresarían clandestinamente.

Desde el día siguiente, domingo, y hasta el jueves, salimos todas las mañanas solos, Luis Corvalán y yo, a caminar por unos parques cercanos al hotel y a conversar sobre diferentes temas de la situación política en Chile. Eran

conversaciones muy tranquilas, apacibles, como entre dos viejos amigos conversando de sus familias. La verdad es que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, pero en distintos planos. Luis Corvalán era senador de la República por Concepción cuando yo era solo secretario regional de la Juventud Comunista de la zona. Con ese reconocimiento que me habían hecho en la reunión como miembro permanente del Comité Central, me sentí con la autoridad para manifestarle con plena confianza, aunque respetuosamente, todas mis impresiones. Conversamos de todo.

Además de la situación política general, le hablé de las situaciones particulares de algunos compañeros que estaban decaídos, se habían “descolgado”, habían dado muestras de debilidad que afectaban el ánimo de los otros camaradas. Le conté lo que había planteado en Venezuela y cómo adentro pensábamos que había algunas iniciativas que se podían impulsar desde afuera para mejorar el ánimo de lucha. También le dije que en muchas partes habíamos creído la promesa que habíamos hecho de defender el gobierno de Allende aunque fuera con las piedras y que nos habíamos quedado esperando una orden que nunca llegó. Seguí diciéndole que a muchos militantes les dolió que lo hubieran capturado en un departamento y que la dictadura hubiese publicitado en todas partes que lo habían tenido que sacar de debajo de una cama. Y también le dije que su canje por Bukovsky¹⁷ le sirvió a la máquina propagandística de la dictadura y que muchos hubiéramos preferido que estuviera en prisión y sirviendo de referente motivador para la continuidad de nuestras luchas (como lo hizo Nelson Mandela en Sudáfrica).

Debo decir que don Luis jamás se mostró molesto con mis observaciones; ni siquiera intentó discutir las o refutarlas. Recuerdo incluso que reconoció como un error serio haber permanecido en el departamento donde fue detenido. Era un diálogo tranquilo en las formas, y él parecía acoger todas mis opiniones críticas. Pero al recapitular lo que le dije, me doy cuenta de que debo haberlo ofendido tremendamente y eso me permite entender una reacción que tuvo muchos años más tarde. Mal que mal él era secretario general del Partido, había sido recibido prácticamente como un héroe por el PCUS, incluso se le dio una condecoración, el premio Lenin de la Paz (cuyos recursos monetarios asociados donó a la causa de los familiares de los detenidos desaparecidos). Y me atrevía a criticarlo yo, que era hartito más joven, con menos años de lucha y menos experiencia y conocimientos políticos. Tal vez tenían razón, Santiago era altanero y prepotente. En mi descargo solo puedo decir que todo lo que le dije fue siempre en un tono respetuoso y fraternal. Eran mis opiniones sobre temas políticos y yo las ponía

en discusión porque las creía válidas para mejorar nuestro quehacer, pero jamás para desmerecer o menoscabar ni a Luis Corvalán ni a nadie.

La reacción de años más tarde se relaciona con un par de camaradas amigos y dirigentes sindicales que fueron invitados a una celebración del cumpleaños de don Luis Corvalán, en un septiembre de la década de los 90. Cuando me contaron que iban a participar en el cumpleaños les pedí que le transmitieran mis saludos y felicitaciones. Ellos le transmitieron los saludos de un viejo camarada, al que estimaban mucho porque había sido su profesor, Humberto Arcos Vera. Pero apenas mencionaron mi nombre, don Luis se puso furibundo y les dijo que si eran amigos míos tenían que retirarse de su casa. Cuando me contaron quedé sorprendido, pero ahora, al recordar esos diálogos, lo puedo entender, aunque hubiera preferido que me lo hubiera planteado directamente y en su momento.

En las tardes no solo tenía las actividades culturales. Me mandaron a chequeos médicos porque con los viajes se me agudizaron los problemas en los oídos, la cabeza y la columna que me gané gracias a mis interrogadores de Chillán. Esto se prolongó por varias semanas. Además de toda clase de chequeos y exámenes, todos los viernes iba al consultorio para que me colocaran una “raqúidea”. Yo pensaba que con eso deshacían la hernia, pero después me enteré de que no: parece que era solo para disminuir el dolor y, a través de ejercicios y kinesiología, evitarme la operación. En todo caso era terrible. Me hacía recordar la tortura, salvo porque aquí el dolor lo provocaban unas doctoras (o enfermeras) rusas preciosas. Así que, recurriendo a todo nuestro machismo, inyectado desde los primeros años, yo solo apretaba los dientes al máximo para impedir que saliera alguno de los gritos o gemidos que me venían desde adentro.

De repente, creo que en la tercera semana, me visitó en el hotel Alamiro Guzmán. Había aprovechado alguna actividad sindical en el exterior para vincularse con los dirigentes del Partido y ellos hicieron el contacto. Nos conocíamos de vista por nuestras actividades políticas y sindicales de los tiempos de la democracia. Me preguntó: “¿Usted es Santiago?”. “Sí”, le respondí. “Había oído hablar de usted”, me dijo. “Claro que sí. Hartos recados que te he mandado”. Y nos pusimos a conversar de las actividades en el frente sindical. Una conversa llana, abierta, de cosas que compartíamos, agradable. Yo creo que nos quedamos contentos, “tirando pa’ arriba”, como se dice. Esa reunión y conversación es uno de los recuerdos lindos (que son muchos) que me quedan de ese tiempo.

Después, cuando percibieron que mis tratamientos médicos iban a durar algo más de lo previsto, me trasladaron a un departamento. Quedaba cerca del Kremlin y, a poco andar, me di cuenta de que debía ser de la KGB (Comité para la Seguridad del Estado de la URSS). Allí no podía recibir visitas. Solo una vez me fue a ver Luis Corvalán para presentarme a Román, el encargado de cuadros del Partido y mi contacto durante la estadía en Moscú. De ahí en adelante, Román fue el único chileno que me visitó en el departamento. No fueron solo visitas formales, fuimos vinculándonos, estableciendo relaciones personales, contándonos la vida más allá de los temas políticos. Supe que tenía una pareja y que habían tenido un niño “mongólico” (como les decíamos en esos tiempos; ahora los llamamos síndrome de Down). Varias veces fuimos juntos a verlo al “hogar” (internado) donde vivía. Y a través de Román tuve contactos con su amigo Alejandro Yáñez, el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, al que conocía del Comité Central de la Jota. Me caía muy bien y en algunas oportunidades salimos juntos con Román y su compañera.

En el departamento donde vivía, después de las atenciones médicas, recibía instrucción para el trabajo clandestino que iba a seguir desarrollando cuando volviera a Chile. Algo aprendí de métodos para disimular mensajes, aunque no fueran propiamente “criptografía” que requiriera de algún tipo de herramientas o máquinas. Solamente requería de acuerdos previos para que, por ejemplo, cuando mandáramos una nota que dijera “nos juntamos el miércoles a las doce”, el que la recibía supiera que eso significaba que la reunión era el domingo a las nueve y cuarto. Aprendí también de “chequeo y contrachequeo”, de fotografía, de armas y de explosivos. De cómo pasar mensajes a “paso rápido”, de dónde dejarlos (previo acuerdo) bajo una piedra, en ladrillos, en lugares que permitan adosarlos a un imán, etc. Pero todo esto se cortó cuando viajé a Alemania y se retomó cuando regresé. Porque, en diciembre, por decisiones médicas, tuve que viajar a la RDA. Allí, me dijeron, tenían mejores especialistas para analizar los dolores que tenía permanentemente en “mi cabeza” (así los definía yo, aunque a esa altura no estaba seguro de tener cabeza).

En el viaje a Berlín, por avión, me tocaron de compañeros de asientos Orlando Millas y su señora. Hubo dos cosas que me impactaron. La primera fue que Millas –que tenía la imagen del hombre seguro, con convencimientos teóricos, que imponía sus opiniones– estuviera tan preocupado de lo que pudieran pensar los “militantes del interior” (y eso por la pregunta muy concreta que me hizo). Yo le dije que no podía darle la opinión a nombre de todos “los militantes del

interior”, pero que, para mí, había sido una tremenda suerte que se hubiera podido asilar, porque él era muy odiado: si hubiera estado adentro, lo habrían matado. Y la segunda cosa que me impactó fueron las opiniones que expresó su señora acerca de los comunistas: “Ustedes (los comunistas) no tienen vuelta. Son unos perdonavidas. Gabriel González Videla los traicionó. Pero no fue solo él, fueron los radicales y todos los que apoyaron la ley maldita. Y ustedes después, ¿qué? Buscando alianzas, olvidándose de lo que les hicieron. Y no solo sufrieron los camaradas que fueron presos. Más sufrieron sus familias. Si mañana logran vencer a la dictadura, seguro que van a perdonar a Pinochet”. Yo creo que precisamente ese sufrimiento de toda la familia, asumido plena y totalmente por las mujeres, es lo que las hace ser, en general, mucho más duras que los hombres.

En Berlín nos recibió Santiago Concha, que estaba a cargo del Partido en la RDA. Me llevó al mismo hotel donde había estado antes, me puso al mismo acompañante-traductor (Contreras) y me dio los contactos para el tratamiento médico. Pero, además, me pidió que antes de cualquier cosa me reuniera con Jorge Insunza, pues quería hablar conmigo en privado. Nos reunimos al día siguiente y discutimos largamente sobre el documento que había sido aprobado en el pleno del Comité Central. Ambos fuimos bastante duros: yo mantenía la crítica que había hecho en Moscú y que, en síntesis, era una crítica, por un lado, a la “izquierdización” en las palabras, que ni conocía ni intentaba conocer la situación chilena y, por otro, a la práctica de la acción política de los camaradas del exterior que no concordaba en lo absoluto con esa izquierdización. Insunza, por su parte, defendía el documento y la necesidad de corregir las debilidades en la línea política del Partido que el golpe militar había desnudado. Él, con muchos más conocimientos teóricos, y yo, con muchos más conocimientos concretos no llegamos a ningún acuerdo. Los dos éramos muy porfiados y ninguno logró convencer al otro. Lo que valoro es que fue el único, de todos los compañeros de la Dirección con los que estuve, que discutió y rebatió lo que yo sostenía. Todos los demás se comportaron como si lo aceptaran, estuvieran de acuerdo o no, o les diera igual lo que decía.

Poco después llegó el Año Nuevo. Lo pasé con Kony en la casa de Santiago Concha, junto a su señora, Norma Hidalgo, y su hija Tania, en ese entonces una adolescente y hoy concejala en Coronel. Después de las fiestas me enviaron al hospital de la Universidad de Humboldt. Estuve como tres días hospitalizado, me sometieron a todo tipo de exámenes y me dieron cualquier cantidad de calmantes diferentes. Pero los dolores seguían. Entonces me trasladaron a Berlín

Buch, una ciudad hospital, en un sanatorio, donde estuve veinticinco días. Fuera de los continuos controles, tenía que someterme a una gran cantidad de ejercicios, estiramientos, kinesioterapia, en fin. Lo más bueno era que tenía que ir a la piscina y allí, además de algunos ejercicios, podía nadar y acordarme de mi niñez en el río Calle-Calle. La otra cosa buena era que en el sanatorio había dirigentes de Partidos amigos del PSUA de diferentes países. Siempre salían cosas interesantes en las conversaciones, aprendía de distintas experiencias o impresiones y me iba enriqueciendo (no en pesos, obviamente, sino en amplitud para comprender la vida).

El resultado de todos los exámenes y tratamientos no fue muy bueno. Llegó un equipo médico a conversar conmigo y a “contarme la firme”. Tenía muchos coágulos de sangre en el cerebro, no podían eliminarlos y corría el riesgo de morir en cualquier momento. Todas las pastillas trataban de disminuir ese peligro y seguramente lo atenuaban, pero no podían garantizarme nada. Más aún, me dijeron que con suerte podría vivir algo más allá de los 40 años (y yo acababa de cumplir 38) salvo que se desarrollaran nuevos conocimientos y medicinas para enfrentar mi problema.

Hice mi propio balance. De verdad, yo debería haber muerto en el 73 (y había estado dispuesto; incluso lo había deseado con tal de librarme de mis “interrogadores” chillanejos). No había muerto y ya empezábamos el 80. Había podido servir a mi partido y a mi pueblo en esos años, había conocido a otros compañeros y compañeras en distintas circunstancias, y en diferentes países; la vida había sido generosa conmigo. ¿Para qué echarse a morir? Lo que tuviera que venir... vendría. Mientras tanto, había que seguir en la lucha de mis padres, de mi familia, por mi pueblo... y no olvidarse de cruzar los dedos para ayudar a que vinieran esos nuevos conocimientos y medicinas que esperaban los doctores. Y con ese ánimo, ya hacia fines de enero, regresé a Moscú para recibir las últimas instrucciones y contactos y regresar a Chile.

¹⁶ [Sin contactos con el Partido clandestino.](#)

¹⁷ [Vladimir Bukovsky, disidente soviético que fue intercambiado por Luis Corvalán, en diciembre de 1976, en el aeropuerto de Zurich.](#)

Capítulo XII

1980: regreso a Chile

En Moscú me recibió Román, el encargado de Cuadros que había quedado como mi contacto, y me llevó al mismo departamento en el que había estado antes. Y allí siguieron las instrucciones a cargo de los hombres de la KGB.

Con ellos, ya desde el periodo anterior, habíamos establecido una relación de amistad. Después de las clases, a veces, me invitaban a alguno de sus departamentos y hacíamos competencias de ajedrez en equipos. Nunca había jugado antes de esa manera y tampoco lo hice después. Éramos tres por equipo. Antes de mover, cada equipo se ponía de acuerdo, discutiendo delante de los integrantes del otro equipo, que así se enteraban de todas las consideraciones que teníamos para hacer un movimiento. Y ellos también hacían su análisis a viva voz delante de nosotros. Todos dominaban el castellano, con distintos acentos nacionales (unos más españoles, otros más latinoamericanos o caribeños), así que el juego y los análisis se hacían en nuestro idioma. La gracia era sorprender al equipo rival con los ataques posibles que quedaban ocultos, tras las intenciones que se manifestaban en el diálogo del equipo propio. Los partidos a veces terminaban en tablas, pero la mayoría de las veces había un equipo ganador. Y siempre había muchas risas. Realmente disfruté de esos partidos de ajedrez en equipos. Trataba de gozar “a concho” cada instante de esa vida que tenía y que se podía ir de repente y sin avisarme.

A veces, se daban conversaciones sobre la situación del Partido en Chile, no en grupos grandes, sino cuando estaba con uno o dos de estos compañeros de la KGB. Recuerdo que una vez uno de ellos me preguntó: “¿Quién fue el de la idea de esa consigna de ‘No a la guerra civil?’”. Le dije que no me acordaba, y pregunté a mi vez por qué le interesaba. Su respuesta me golpeó y no he podido sacármela de la cabeza. “Porque era una consigna tan errónea para la situación que vivían que perfectamente se le habría podido ocurrir a un agente de la CIA. Está claro que ustedes no querían la guerra civil, por algo tenían al presidente que tenían y estaban impulsando grandes transformaciones. Los que querían la guerra civil eran los que se oponían a los cambios. Y por lo tanto ustedes tenían

que buscar lemas que llamaran al pueblo a la lucha para defender al gobierno y no consignas desmovilizadoras. Para lo único que sirvió ese ‘no a la guerra civil’ fue para facilitar el trabajo de los golpistas”.

En otra oportunidad alguno me preguntó: “Cuando vuelvan los dirigentes del Comité Central a Chile, en tu opinión, ¿quién debería ser el encargado del Partido en el interior?”. Respondí que, a mi juicio, tenía que ser gente más joven que los viejos dirigentes más conocidos, como Manuel Cantero, que era miembro de la Comisión Política y había sido secretario general de la Juventud Comunista cuando el Partido era perseguido por el gobierno de González Videla. Ese compañero me sorprendió por su comentario. Dijo: “Pero para los comunistas chilenos de aquí, Manuel Cantero es un borracho. Para nosotros no, porque toma más o menos igual que cualquier ruso, pero es muy difícil que lo acepten si piensan que es borracho”. “No tenía idea de esa opinión”, dije, “pero si es así, podría ser Gladys Marín. Ella fue secretaria general de la Jota durante el gobierno de Allende y tiene experiencia de dirección”. Este compañero me dijo: “Pero por algo mencionaste a Cantero primero. Así, bien en confianza, ¿por qué no se te ocurrió Gladys primero?”. Le dije que la había conocido cuando yo era integrante del Comité Central de la Juventud, que ella lo dirigía y que había una cosa que no me gustaba de su estilo: cuando armaba los equipos tendía a dar más importancia a sus ideas que a las cualidades y aptitudes de los compañeros para las tareas que iban a enfrentar. Él me manifestó que por lo que había conocido de ella mientras se preparaba para regresar a Chile, creía que yo tenía razón, era demasiado amiga de las lealtades personales, cuando lo más importante, según nosotros, era la eficacia en el trabajo. Y sin más comentarios pasamos a discutir otros temas de la actualidad internacional.

Pero más que a conversaciones, el grueso de mis actividades diarias estaba orientado a seguir mi preparación para el regreso. Un día salimos a hacer ejercicios prácticos para ver mi capacidad de detectar a la gente que me seguía. Me fue bastante bien. Cuando volví al departamento, cené y me acosté, todo normal. Pero en la mañana, al despertarme, empecé a sentir una tremenda angustia y unas ganas enormes de ir a la ventana y lanzarme por ella para acabar con mi vida. Era una cosa tan rara la que sentía, primera vez que me ocurría algo así, ni siquiera se me había pasado por la cabeza cuando los médicos alemanes me dijeron que podía morir en cualquier momento. Resistiéndome al deseo de lanzarme por la ventana, llamé por teléfono a Román, le conté que estaba mal y le pedí que me recibiera en su casa.

Salí, tomé el metro y toqué a su puerta sintiendo cada vez más fuerte esa angustia atroz. Apenas abrió, me dijo que me veía mal y me agarró de un brazo. Tomamos un taxi y nos dirigimos a un consultorio del Comité Central del PCUS. Allí me atendió una doctora, me sacaron sangre para algunos exámenes y me dieron un medicamento que me hizo vomitar “hasta el alma”. Después me dieron pastillas tranquilizantes y la doctora me dijo: “Tuvo mucha suerte. Agradézcale a su amigo. Si hubiera llegado diez minutos más tarde no habría sobrevivido”. Me mandaron de vuelta a mi departamento, esta vez, acompañado de una enfermera y un maletín lleno de frascos y aparatos para controlar cómo seguía el proceso.

Ya en el departamento, Román me ayudó a quitarme la ropa y a acostarme. La enfermera me dio el sedante que me habían recomendado y me dormí, según creo recordar, “al tiro”. Desperté, todavía estaban ahí Román y la enfermera, y de nuevo empezó la angustia y las ganas de saltar por la ventana. Mientras Román me sujetaba, la enfermera me puso otra inyección, después llamó a su jefa, y decidieron trasladarme de inmediato en una ambulancia no ya al consultorio, sino al hospital del Comité Central. Allí tuve un largo tratamiento, y siguiendo sus protocolos pasé otros veinticinco días entre tratamiento y recuperación. De los camaradas chilenos solo vi a Román y a Alejandro Yáñez, que me visitaron en algunas oportunidades. No hallaba las horas de que todo terminara para estar seguro de que podría regresar alguna vez a Chile.

Me atormentaba una gran duda. Por lo que había dicho la doctora, estaba claro que mi estado de salud no era casual. Yo había sufrido el efecto de algún tipo de droga que me pusieron en la comida o en las bebidas. ¿Quién lo habría hecho y por qué? Los únicos con los que me había relacionado durante esos días eran mis “amigos” de la KGB, de manera que tenía que haber sido uno de ellos. Pero ¿por qué? ¿Quién lo había decidido? Le daba y le daba vueltas en mi cabeza y no encontraba ninguna respuesta que me satisficiera.

Cuando salí del hospital, Román me informó que ya estaban arreglando las cosas para mi regreso y que sería a lo más en un par de semanas. Mientras tanto, seguiría viviendo en el departamento y recibiendo las últimas clases y ejercicios con los “amigos” de la KGB (después de las sospechas y dudas generadas por mis extrañas ansias de suicidarme, pasaron a ser “amigos” entre comillas, aunque sentía que algunos lo eran de verdad).

Un par de días antes de viajar, uno de ellos, con el que creía haber establecido una gran amistad, me pidió conversar en privado, así que lo invité al

departamento. Cuando llegó me dijo que era más agradable caminar por un parque cercano y conversar en la caminata. Así lo hicimos.

“Camarada”, me dijo, “en este tiempo que hemos estado trabajando juntos, lo he ido conociendo y se ha ganado todo mi respeto. Respeto, no solo por haber asumido la responsabilidad de dirección clandestina del Partido, después de las caídas de dos direcciones anteriores, sino también respeto por la actitud con que enfrenta las tareas que se vienen por delante. Hemos formado a muchos camaradas chilenos para el retorno a la clandestinidad en su país, pero hay algunos que dan pena. Mire aquí traje un par de cartas de dos de ellos donde se despiden de sus familias”. Y se puso a leer algunos párrafos. “¿Ve? Es la despedida llorosa de alguien que se siente condenado a muerte. No es la de un revolucionario que va feliz a enfrentar una tarea, sabiendo que hay riesgos, pero tiene fe en su aporte a la victoria de su pueblo y a la derrota de la dictadura de Pinochet. En cambio a usted lo veo ansioso por irse, siempre optimista, siempre ganoso. Por eso quiero informarle que cuando regrese a Chile se va a encontrar con una nueva Dirección clandestina que, en un futuro cercano va a encabezar Gladys Marín. Además quiero decirle que si hay problemas, por nuevos golpes de la dictadura o por peleas internas, y usted quiere reasumir la dirección clandestina interior, puede contar con todo mi apoyo”. Me dio un contacto en Argentina para que, en caso de necesidad, organizáramos ese apoyo. Le agradecí su ofrecimiento, pero le dije que eso no se podía programar desde acá, pues había que ver cómo se daban las cosas en Chile, pero que si era necesario, no dudaría en utilizar su contacto.

Sus palabras me dejaron muy impresionado por varias razones. La primera era que a dos días de regresar a Chile, los dirigentes de mi Partido no tenían la confianza suficiente en mí para informarme de las cosas que habían decidido y que ya se estaban implementando en el interior. Me dolió haberme enterado por un militante de un partido amigo. La segunda razón fue la oferta que me hizo. Él era capaz de crear contactos para apoyar a la gente en Chile, independientemente de lo que decidiera la dirección del Partido Comunista (eso quedaba en el aire: lo de “las peleas internas” sugería que él podía, incluso, operar en contra de la dirección del Partido). Me sentía muy halagado por su confianza, pero ese tipo de decisiones no tenían nada que ver con el centralismo democrático que tanto se nos había inculcado en todos los años de militancia. Ese centralismo era, precisamente, lo que nos permitía mantener una democracia interna y tener un accionar disciplinado de todos –cualesquiera que hubieran sido nuestras opiniones individuales en el debate–, tras los acuerdos alcanzados. La tercera

razón me dio las bases para formular una hipótesis más convincente respecto a quién y por qué me había dado las “drogas del suicidio”. El quién, para mí, seguía estando entre mis “amigos” de la KGB. Mis dudas previas se debían a que si la decisión hubiera sido de la KGB, era evidente que yo no habría sobrevivido. Lo del consultorio o lo del hospital no habría funcionado o yo podría haber tenido otra recaída que ya me tendría muerto. Pero la oferta de mi amigo KGB me mostró que ellos, sus agentes, se involucraban tan personalmente con sus alumnos que eran capaces de saltarse las reglas y usar sus capacidades operativas al margen de las decisiones orgánicas para apoyarlos. Entonces concluí que, tal como este amigo me ofrecía apoyo a mí de esa forma, podía haber otro (u otros) tan comprometidos de corazón con don Luis Corvalán (a quien sin quererlo podía haber ofendido mucho) o con la misma Gladys (sobre quien había expresado opiniones críticas) y que podía(n) pensar que era mejor para el PC y su lucha en Chile que Santiago no siguiera molestando. Con esa idea me quedé; la idea de que, a veces, los hombres de los aparatos de seguridad se sienten tan “arriba de la pelota” –como dicen las nuevas generaciones– que son capaces de usar sus capacidades por su cuenta, en base a sus decisiones personales (y cuando recuerdo esto, muchos años después, al escribir estas líneas, pienso que tal vez en ese fenómeno ya se manifestaban los indicios de descomposición del aparato estatal soviético que en ese tiempo yo no pude o no quise ver).

Pasaron los dos días y por fin pude viajar. Con un pasaporte falso me subí a un avión que me llevó desde Moscú hasta Buenos Aires. No recuerdo bien, debe haber sido a fines de febrero o principios de marzo. Me tocó de compañera de vuelo la camarada María Maluenda, actriz y exdiputada del Partido, a quien le pedí que llevara a Chile parte de la enorme cantidad de medicamentos que me habían dado los doctores alemanes. Después, con mis papeles auténticos, tomé otro vuelo desde Buenos Aires a Santiago. Mi ausencia de Chile, que, inicialmente, yo creía que iba a durar un mes, se había prolongado por más de siete meses.

Me fui derecho desde el aeropuerto a la casa de Pudahuel a ver a mi familia. Habían estado bien, no habían tenido mayores problemas, los compañeros del Partido se habían encargado de entregarles mi sueldo como habíamos acordado, solo estaban con alguna preocupación por mi ausencia tan larga. Decidí tomarme un par de días de descanso con la familia antes de retomar los contactos con los encargados de los diferentes equipos y enterarme de lo que había pasado para reanudar mis actividades partidarias. Pero al segundo día de estar en la casa,

llegó un compañero a informarme de la reestructuración en el trabajo de la dirección del Partido (cosa que por supuesto yo suponía en base a la información de mi amigo de la KGB). A mí me correspondía trabajar en el Regional Cordillera como encargado sindical, mi “chapa” sería Javier, y tenía un nuevo contacto en La Reina para reintegrarme al trabajo.

En el Regional nos reuníamos solo con la participación de tres compañeros. Yo había decidido acatar las decisiones partidarias y no hacer problemas ni cuestionar esta “degradación” tan abrupta y sin ninguna explicación. Recordaba lo que me había contado el embajador de Venezuela sobre las consecuencias de la división de los comunistas en su país y no estaba dispuesto a debilitar esa herramienta, tan valiosa para el pueblo, que era el Partido Comunista. Y también pesaba en mis decisiones ese peligro latente de “irme cortado” en cualquier momento, como me habían advertido los doctores de la RDA. Así que fui tremendamente disciplinado. Pero siempre tuve la impresión de que me estaban vigilando, que los habían advertido y estaban esperando una reacción en contra o disidente de mi parte. Pero esa reacción no llegó, pues me puse a trabajar en el área sindical del Regional Cordillera. Allí estuve durante tres meses. Recuerdo que se armó un grupo importante de dirigentes y nos vinculamos con unos curas que nos facilitaban un local para nuestras reuniones más allá de la Villa Los Copihues. Incluso en una oportunidad, con la cobertura de una reunión de dirigentes sindicales, organizamos una reunión del Comité Regional Cordillera y participamos alrededor de quince camaradas. Al cabo de los tres meses, recibí la instrucción de “legalizarme”. Esto significaba que tenía que tratar de formar un sindicato y ser un dirigente legal, por supuesto con mi nombre verdadero.

Recurriendo a mis viejos conocimientos como soldador y a contactos con camaradas, me incorporé a la empresa Pyemet, una industria metalúrgica que en ese entonces quedaba en Borja. Trabajaban en ella varios camaradas y no fue difícil armar el sindicato, porque el Plan laboral, para fomentar el paralelismo sindical, reducía las exigencias en cuanto al número de participantes. Me eligieron presidente. La tarea que se venía por delante era organizar, junto con otros compañeros, la Confederación de Sindicatos de Trabajadores Metalúrgicos. Y de este modo desaparecieron de las actividades clandestinas Santiago y Javier, y retornó a la vida pública Humberto Arcos Vera.

Tercera parte

De vuelta en el sindicalismo (1980 – 1990)

Capítulo XIII

1981-1982: la “legalización” del movimiento sindical bajo el “Plan laboral”

Los dueños de la industria Pyemet (Proyectos y Estructuras Metalúrgicas) eran unos ingenieros que habían trabajado en la ENAP y habían sido despedidos por la dictadura por ser partidarios del gobierno de Salvador Allende. En vez de echarse a morir, aprovechando sus conocimientos, formaron su propia empresa. Y con esa trayectoria de simpatías políticas no tuvieron el menor problema en aceptar el sindicato e incluso lo aceptaron respetando las viejas garantías que había conquistado el movimiento sindical en sus largas décadas de lucha.

Ejercía como gerente Mario Delgado, muy buena gente pero terriblemente deslenguado, garabatero hasta decir basta. Con él conversé y le planteé que mi objetivo no era formar solo el sindicato en la empresa y limitarnos a las negociaciones de nuestras condiciones de trabajo con ellos, sino que, además, quería ayudar a juntar los distintos sindicatos del ramo y tratar de formar una confederación de trabajadores metalúrgicos. Y que, cuando tuviéramos la confederación, tampoco nos íbamos a quedar luchando solo por las demandas de los metalúrgicos, sino que pretendíamos trabajar junto a las otras federaciones y confederaciones para, como en la vieja y proscrita CUT (Central Única de Trabajadores), luchar en contra de todas las leyes que afectaban los derechos de los trabajadores y, en definitiva, por recuperar la democracia.

Y Mario Delgado, en muy buena onda, me respondió: “Estoy de acuerdo con todos tus objetivos, huevón. Ni un problema para que vos, culiado, tengas permisos como dirigente sindical para ir a hacer todas tus reuniones con quienes quieras. Pero no te imaginís, concha de tu madre, que te vamos a pagar si no trabajai. Así que el muy huevoncito sale cuando quiera, avisando sí, pero con permisos sin sueldo. Lo único que te vamos a mantener siempre, por consideración a tu señora y a tus seis hijos, son las asignaciones familiares”. Yo quedé feliz con el trato, porque la verdad de las cosas era que, cuando el Partido me mandó a legalizarme, me mantuvo como funcionario rentado y con la misión de cumplir precisamente esas tareas que yo le había explicado a Mario Delgado.

Pero, antes de seguir con mi vuelta al sindicalismo, quisiera contar un par de anécdotas que me ocurrieron con este campeón del garabato. Unos tres años después de la conversación que acabo de relatar, estaba por casarse la Tato, mi hija mayor. Queríamos celebrar y hacerle una fiesta de matrimonio decente y que, como se estila, siempre les toca financiar a los padres de la novia. Como era bastante frecuente en nuestras vidas, no teníamos mucho dinero, así que reuní valor y fui a hablar con Mario Delgado. Le conté la situación derechamente y le pedí que me prestara veinte lucas (que en ese tiempo era plata). Su respuesta, muy acorde con sus modos, a los que ya nos habíamos habituado, fue: “¿Qué te creís, concha de tu madre, que estamos pa’ regalarte la plata a vos?”. Yo le expliqué que no le estaba pidiendo que me regalara plata, sino solo que me hiciera un préstamo que yo le iba a devolver. En eso me acordé de las asignaciones familiares que nunca había cobrado y le dije que a lo mejor había algo de plata ahí que me estaban adeudando. “¿Qué te vamos a deber a vos, tal por cual!”, y llamó a su señora, que llevaba la contabilidad de la empresa, para pedirle que me aclarara la situación de las asignaciones familiares. La señora se puso a revisar los libros, y volvió con ellos y con un papel con todos los datos. En resumen, su señora le explicó que eran siete cargas familiares durante tres años, de manera que me debían casi ciento cincuenta lucas (no me acuerdo exactamente, pero era de ese orden). Delgado explotó y la trató con unos garabatos aún peores de los que me había dedicado a mí. Yo, sorprendido, la miré esperando su reacción. Pero parece que ella ya estaba muy acostumbrada a su estilo porque ni lo pescó, le mostró los libros mes a mes y le ratificó los datos. Y hay que reconocerlo, Delgado no hizo más escándalo y dio la orden de que me cancelaran todo el monto de las asignaciones pendientes. Así que tuvimos una buena fiesta para el matrimonio de la Tato sin quedar endeudados.

La otra anécdota que quiero contar sucedió cuando le hicimos una huelga a la empresa, alrededor del año 1985. El sindicato había crecido y ya tenía más de veinticinco socios y tres dirigentes (habíamos empezado con poco más de diez socios y un dirigente). Un viernes la empresa no nos pagó nuestros salarios y los tres dirigentes fuimos a reclamar. Entonces Mario Delgado, a garabato limpio, nos dijo que no podía pagar porque no tenía fondos ya que a la empresa no le habían pagado los trabajos. Le dijimos que ese no era problema nuestro, nosotros habíamos trabajado toda la semana (y cumplido horas extras) y él tenía que cancelarnos nuestros salarios. Lo más que podíamos hacer era esperarlo hasta el lunes. Después nos fuimos a una asamblea con el resto de los socios del sindicato. Allí acordamos que si el lunes no nos pagaban dejaríamos de trabajar. Vendríamos a la empresa pero no trabajaríamos: haríamos una huelga de brazos

caídos. Y el lunes no nos pagaron y cumplimos nuestra palabra. Los gritos, garabatos, amenazas y hasta las súplicas de Delgado no le sirvieron de nada: todos seguimos sin trabajar. Se fue furioso a su oficina. Al rato me mandó a llamar y me dijo: “Maricón culiado, toma tus cosas que te vas conmigo a Rancagua a hablar con los gerentes de El Teniente para que veai que son ellos los que no han cumplido”. Nos instalamos en su camioneta y partimos. En Rancagua nos estaba esperando un gerente de Codelco. De partida Delgado le dijo: “Aquí le traigo a este huevón, que es el presidente del sindicato que me tiene parada la empresa. Están en huelga porque no les he podido pagar sus salarios debido a que ustedes se han atrasado en el pago, y si no trabajan no voy a poder cumplirles en los plazos de entrega”. El gerente que estaba a cargo de los procesos productivos se preocupó y mandó llamar al gerente de finanzas. Ahí, entre dimes y diretes y varias llamadas telefónicas, por fin dijeron que pagarían y extendieron un cheque. Pero a todo esto, ya eran más de las dos de la tarde y los bancos estaban cerrados. Delgado les dijo que el acuerdo de esos tales por cuales (nosotros) era no trabajar hasta que les pagaran y entre que cambiaran el cheque y cancelaran los salarios iban a perder otra mañana de trabajo. Entonces le preguntó que por qué no aprovechaba sus influencias y le pedía al banco en Rancagua que le cambiara el cheque esa misma tarde. El gerente de finanzas llamó a alguien del banco, le dijo el monto del cheque y partimos a buscar la plata. Antes de salir de Rancagua llamó a su señora y le pidió que tuviera listos los papeles para cancelar el salario de cada uno de los trabajadores. En el camino, entre garabato y garabato me comentó que todavía los sindicatos servían para algo, ya que el nuestro había conseguido que Codelco les pagara. Llegamos a la empresa, nos pagaron y se acabó la huelga de brazos caídos.

Bueno, pero volvamos a 1980. Como presidente de mi sindicato y con libertad para moverme, empecé a reunirme con viejos dirigentes metalúrgicos (entre los sindicalistas, ‘viejo’ tiene que ver con la antigüedad, no con los años). Varios de ellos habían sido dirigentes en la Federación Metalúrgica en los tiempos de la democracia, pero también había algunos nuevos. Recuerdo a Ricardo Lecaros, presidente en una empresa chica; a José Ortiz, que en ese entonces trabajaba en Galpones Chacabuco; a Víctor Honorato, presidente de un sindicato interempresas; a Humberto Capello, de Maestranza Yoma; al presidente de Goren, Claudio Gallardo, al que apodábamos “el Cabeza de Lata”; y a otros de Técnica Harsen, Aceros Quinta Normal, Junkers, Indugas (los que fabricaban los medidores), Gerdau Aza, en fin. En general, unos compañeros muy buenos, comprometidos a fondo con los trabajadores, capaces de entregar su tiempo y correr riesgos para defender sus intereses. Empezamos estos contactos en agosto

de 1980 y para fines de noviembre ya teníamos más de los veinte sindicatos necesarios para formar una confederación. Dejamos pasar la fiesta de Navidad y el 29 de diciembre de 1980 constituimos legalmente la Confederación de Sindicatos de Trabajadores Metalúrgicos (Constramet). Como presidente fue elegido Ricardo Lecaros; como vicepresidente, Claudio Gallardo, y a mí me correspondió hacerme cargo de las relaciones internacionales.

Ese año, 1980, en la Coordinadora Nacional Sindical ya se había empezado a hablar de presentar un pliego nacional. Así que aprovechamos las reuniones que hacíamos en los sindicatos para formar la Constramet a fin de ir también agitando la idea ante los trabajadores metalúrgicos y sus dirigentes. Además, las utilizamos para explicar todos los perjuicios que nos traía el “Plan laboral”. Es cierto que este “facilitaba” la formación de sindicatos, pero para debilitarlos y fomentar el paralelismo sindical. Antes, para formar un sindicato se necesitaba el acuerdo del 51% de los trabajadores de la empresa, pero una vez formado, todos eran parte del sindicato, cotizaban y respetaban sus acuerdos. Con el Plan laboral la afiliación al sindicato era voluntaria, la cotización sindical y sus acuerdos solo regían para los que formaban parte; peor aún, en las empresas con muchos trabajadores bastaba con un 10% del total para formar un sindicato (siempre que fueran a lo menos doscientas cincuenta personas). O sea, era clara la intención de la ley: facilitar la coexistencia de sindicatos paralelos y estimular la no afiliación; en definitiva, debilitar al movimiento sindical.

Otro tema que empezamos a tratar en las reuniones de los sindicatos de la Constramet y que absorbió buena parte de nuestros esfuerzos durante el año 1981, fue el de la reforma previsional. En noviembre de 1980 la dictadura emitió el Decreto Ley 3.500, que estableció las AFP. En síntesis, significaba que los ahorros para la previsión de los trabajadores (obligatoriamente 10% de sus salarios como mínimo), que antes manejaba el Estado con un sistema de reparto, pasaran a ser manejados por Sociedades Anónimas en un sistema de capitalización individual. Por supuesto los trabajadores no tienen ningún derecho a opinar sobre dónde se invierten sus ahorros: los grandes grupos económicos que controlan las AFP son los que deciden todo.

Como organización de los trabajadores metalúrgicos nos planteamos reunirnos con nuestra contraparte, los dueños de las empresas, que estaban organizados en la Asociación de Industriales Metalúrgicos (Asimet). Así se dio el encuentro entre los dirigentes de la Constramet y los de Asimet, presidida por Ángel Fantuzi, que años más tarde sería diputado del Partido Renovación Nacional y

resultó, en ese entonces, ser bastante flexible y dialogante. Con la vieja estrategia del “tejo pasado”, partimos hablando de la posibilidad de hacer una negociación colectiva “por rama”, o sea, para todos los metalúrgicos. Como lo esperábamos, recibimos una respuesta negativa, aduciendo que las situaciones de cada empresa eran distintas y que establecer un tarifado único para determinadas tareas iba a significar la quiebra para muchas, y eso redundaría en mayor cesantía. Sin embargo, concordamos en hacer una declaración conjunta pidiendo al gobierno modificaciones de su política económica para defender la industria nacional y también establecer un contacto directo entre los dirigentes de nuestras organizaciones, Constramet y Asimet, para abordar problemas que fueran surgiendo en algunas empresas.

Esta relación con la Asimet nos sirvió para detener algunos despidos y negociar otros, con sus indemnizaciones, porque se vinieron los años de la gran crisis económica. Todo esto lo hacíamos cara a cara con los trabajadores afectados, en reuniones con sus sindicatos y no en negociaciones por “arriba”, entre cuatro paredes. Esta política fue fortaleciendo el prestigio de la Constramet, la que llegó a tener más de ciento cincuenta sindicatos afiliados.

A propósito de la crisis de la economía, una digresión al respecto. El precio del dólar era fijo, a \$39, esto condujo a que Chile se llenara de productos importados y se debilitara la industria nacional. También llevó a que la banca se endeudara en el exterior y, en Chile, prestara a diestra y siniestra (aunque privilegiando a sus empresas relacionadas). Y, como dicen ahora, “la burbuja” explotó. El Gobierno tuvo que intervenir varios bancos y financieras, y se puso con los recursos para evitar el colapso del sistema bancario. La cesantía, que ya era alta, aumentó aún más, hasta alcanzar niveles de un 30%. Las remuneraciones cayeron y se redujeron los recursos destinados a los servicios de salud y educación atendidos por el Estado. También entonces se inventó la “municipalización” de la educación para reducir los sueldos de los docentes. Y para pagar este rescate a la banca, se empezaron a vender las empresas del Estado, como la CAP, Chilectra, la Compañía de Teléfonos, etc. ¿No encuentran similitudes entre esa historia nuestra y lo que se lee o escucha sobre lo sucedido recientemente en EE.UU., Islandia, Irlanda, Portugal, lo que está pasando ahora en Grecia, y lo que está amenazando a España, Italia y Francia? Podríamos llegar a decir que, gracias a los Chicago boys, nos anticipamos al resto del mundo en treinta años (y como soy un optimista impenitente no puedo dejar de tener la esperanza de que, tal como la situación económica del 82-83 nos dio un empujón para impulsar las luchas que nos permitieron derrotar a la dictadura de

Pinochet, la situación económica actual en EE.UU. y Europa nos ayudará a impulsar las luchas que permitan derrotar la dictadura del capital y que nos lleven al triunfo de lo humano y la humanidad).

Pero volvamos al sindicalismo del 81. Con la crítica al Plan laboral, al sistema de las AFP, al debilitamiento de la industria nacional, a ese “éxito económico de Chile” que no llegaba a los trabajadores, la agitación en el sindicalismo era grande. Se lograron reunir dos mil firmas de dirigentes de quinientas organizaciones sindicales para presentarle a Pinochet el Pliego Nacional. Este se presentó a fines de junio de 1981 y la respuesta de la dictadura fue prisión para diez dirigentes de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) a comienzos de julio. Lo teníamos previsto, así que se constituyó un comité ejecutivo subrogante, en el que Miguel Vega, de la Confederación Textil, reemplazó a Manuel Bustos como presidente, y yo tuve el honor de reemplazar a Alamiro Guzmán en la secretaría general de la CNS. La dictadura también empezó a presionar a los dirigentes sindicales para que retiraran su adhesión al pliego. Pero la verdad es que “les salió el tiro por la culata”.

La detención de los dirigentes de la CNS motivó gran solidaridad, tanto en Chile como en el exterior. En Chile visitaron a los detenidos dirigentes que habían estado en distintas posiciones, como Federico Mujica, Tucapel Jiménez, Humberto Soto, y emitieron declaraciones de apoyo al Frente Unitario de Trabajadores, la Unión Democrática de Trabajadores y la Confederación de Empleados Particulares de Chile. O sea, la represión sirvió para acelerar el acercamiento que se estaba produciendo entre las distintas organizaciones, lo que más tarde se reflejaría en la formación del Comando Nacional de Trabajadores. Y si bien con las presiones lograron que algunos dirigentes se desligaran del Pliego Nacional, fueron muchos más los nuevos sindicatos que se adhirieron a este.

Ocho de los diez dirigentes detenidos fueron liberados por la justicia rápidamente, pero Bustos y Alamiro tuvieron que permanecer varios meses en “cana”. Lo que me significó varios meses ejerciendo como secretario general de la CNS. Los visitábamos en la cárcel y los manteníamos al día sobre todo lo que se hacía en nuestras organizaciones. Como también los visitaban dirigentes de otras organizaciones, Bustos y Alamiro siguieron impulsando las tendencias unitarias en el movimiento sindical, la idea del Pliego Nacional y su consecuencia natural: el paro nacional.

En eso teníamos avances, pero también grandes retrocesos en otros aspectos, que no medimos en su real dimensión. Primero, objetivamente el Plan laboral sirvió para ir debilitando al movimiento sindical; si bien constituimos hartos sindicatos, estos ya no tenían la fuerza de antes. Por eso en la Junta Militar, que hacía de poder legislativo, no tuvieron problemas para sacar la Ley 18.018 que terminó con todas las conquistas sectoriales que se habían logrado durante largos años de lucha. No solo los metalúrgicos, también los portuarios, los gastronómicos, los de la salud, todos perdimos lo que habíamos logrado plasmar en las leyes que se promulgaron en los tiempos de la democracia.

Y segundo, muchas veces los propios dirigentes sindicales sirvieron para ayudar a la propagación del sistema de las AFP. Llegaban sus promotores y pedían reuniones con los dirigentes. Les ofrecían financiar las fiestas de aniversario del sindicato, las fiestas patrias y navidades, sin compromisos de afiliarse a un número de socios, sino “solo” pidiendo que al inicio de cada celebración los dejaran hacer una presentación y entregar sus tarjetas para que, después de la fiesta, los que quisieran afiliarse a las AFP lo pudieran hacer. Y la verdad es que “vendían la pomada” súper bien. Los dirigentes, apremiados por la debilidad financiera de los sindicatos, creían conseguir gratis esas fiestas para sus socios, pero a la larga no hubo nada de gratis en ellas. Y muchos dirigentes, estando en contra del sistema de AFP, sin darse cuenta, ayudaron a su propagación.

De vez en cuando, entre tanto quehacer en la CNS y en Constramet y a pesar de los remedios que me traje de la RDA, me volvían los dolores de cabeza y me sentía tan mal que iba, siempre con Estela y la Tato, a ver médicos. Uno de ellos tuvo una idea que, a la larga, fue providencial para mí. Me dijo: “En todo lo que andas metido con el movimiento sindical, de repente te pueden tomar preso. Si por estar preso no tomas tus remedios, lo más probable es que se cumpla aquello que te advirtieron los doctores alemanes y fallezcas. Por eso te recomiendo que, además de llevar siempre una bolsita con una buena cantidad de tus medicinas, lleves un papel que señale que en caso de ser detenido se aseguren de suministrarte tus medicinas”. Y me dio un escrito con esas indicaciones.

A mí me pareció bien esa nota, pero Estela fue más “avispada” que yo. Tomó ese papel más el informe que había traído de la RDA y se fue a la Vicaría de la Solidaridad. Allí consiguió una nota, con timbres y firmas de la Vicaría, en la que se describía el conjunto de lesiones que tenía yo, señalando expresamente que ellas eran “producto de las torturas a que fue sometido después de septiembre de 1973”, y hacía responsable de mi eventual fallecimiento a quienes

suspendieran el acceso a mis medicinas. De ahí en adelante siempre andaba, donde quiera que fuese, con mi bolsita de medicamentos y la nota de la Vicaría.

Al finalizar el año llegó a la CNS una invitación para participar en un congreso de la Federación Sindical Mundial (FSM) que se realizaría desde fines de febrero hasta principios de marzo de 1982 en La Habana, Cuba. Como CNS no estábamos afiliados a ninguna de las organizaciones internacionales de trabajadores, pero manteníamos relaciones con todas. Cuando habían invitaciones de la CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, de tendencia social demócrata) o de la CMT (Confederación Mundial del Trabajo, de orientación cristiana) se enviaban como delegados a dirigentes vinculados al PR o a la DC. En el caso de la FSM, donde estaban las organizaciones sindicales del campo socialista y las de tendencias de izquierda del resto del mundo, los delegados éramos comunistas, socialistas o de otros partidos de izquierda. Como yo era el encargado de relaciones internacionales de la Constramet, fui uno de los designados para viajar. Antes de salir conversé con los compañeros de la CNS y de la Constramet para que me permitieran aprovechar el viaje y pasar a la RDA a realizarme un nuevo chequeo médico.

La FSM nos dio cinco pasajes Santiago-París y desde allí volamos a Cuba. Para nuestra estadía en París, la FSM nos asignó un viático a cada uno de nosotros que un camarada del Partido, residente en París, nos entregó. En La Habana nos enteramos de que lo que recibimos correspondía solo a la tercera parte del viático asignado. ¿Se lo guardaría para él? ¿Se lo entregaría al Partido? ¿Por qué no nos consultó o al menos informó? ¡Quién lo sabe! Pero como dice el viejo dicho “en todas partes se cuecen habas”. Del congreso mismo no me acuerdo de nada en especial, salvo de la inmensa solidaridad y manifestaciones de cariño que recibíamos de todas partes y que siempre nos emocionaba. Durante su desarrollo, como encargado de relaciones internacionales de la Constramet, tomé contacto con la Organización Internacional de los Metalúrgicos y fui integrado a su comité ejecutivo.

Cuando los otros cuatro delegados llegaron a Santiago (yo viajé a la RDA) se encontraron con una sorpresa que después me contaron. Se había publicado el listado de los cinco dirigentes que participamos en el congreso de la FSM con detalles de nuestro traslado de París a La Habana, y nada menos que en el vespertino de la cadena de El Mercurio, el diario La Segunda. Habíamos tratado que todo se hiciera con discreción y pidiendo reserva en todos los lados, pero en Chile conocían todos nuestros pasos. Nos rompimos hartos la cabeza pensando en

quién o quiénes se podrían haber “ido de lengua”, pero no llegamos a ninguna conclusión concreta en cuanto a nombres y nos quedamos con la sospecha de estar infiltrados o de tener algún soplón entre nosotros.

Años más tarde, el 2009, supimos de un dirigente de la CNS que reconoció ante la justicia haber sido informante de la CNI desde 1981. Se llama Víctor Hugo Gac y recibía \$40.000 mensuales. Era “militante socialista” y se le tenía tanta confianza que durante el gobierno de Patricio Aylwin fue agregado laboral de la Embajada de Chile en Argentina. Pero no fue el único. También ese año 2009 se supo que en la misma lista de informantes aparecía el dirigente del cobre Manuel Berríos. Parece que a la CNI le interesaba más la información de la Confederación del Cobre que la de la CNS. A Berríos le pagaban \$60.000 al mes¹⁸.

Anexo

Algunos datos de la Serie de indicadores económico sociales

Berta Teitelboim G. Programa de Economía del Trabajo

Academia de Humanismo Cristiano

■

	Producto Geográfico Bruto	Ingreso Nacional Bruto	Desocupados (Miles
	Nacional (mill\$ 1977)	Per-Cápita (\$ 1977)	Nacional (mill\$ 1977)
1970	283.097	30.308	313.034
1972	304.707	31.422	331.337
1975	253.043	24.817	252.853
1981	383.551	33.960	364.240
1982	329.523	29.225	295.164
1983	327.180	28.006	297.097

■

■

Distribución del consumo por quintiles de hogares	Distribución de los ingresos
Quintil	1969
I	7,6
II	11,8
III	15,6
IV	20,5
V	44,5

-
-

Sistema de Previsión		
Índice Real de Remuneraciones (Base 1970 = 100)	Antiguo (N° imponentes)	A
1970	100	2.
1972	126,6	2.
1975	62,0	2.
1981	96,4	1.
1982	96,1	5.
1983	85,8	4.

■

[18 Para poder tener una idea de lo que esas cantidades significaban, algunos datos estadísticos en pesos de cada año: ingreso mínimo legal en 1982: \\$5.185,71; 1986: \\$7.794,83.](#)

Monto subsidio PEM (Programa de Empleo Mínimo) 1982: \$ 1.650; 1986: \$3.000.

Recordar también que el sueldo mínimo en 1990 era de \$18.000 y los profesores primarios ganaban \$ 28.000 por mes. Y aprovechando que un amigo me prestó una publicación, Serie de Indicadores Económico Sociales, del Programa de Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano, incluyo un anexo con algunos datos para que los viejos recordemos y los jóvenes puedan hacerse una visión de lo que implicó la crisis económica de aquellos años.

Capítulo XIV

1983- 1984: cohesionando al movimiento social contra la dictadura

Después del Congreso de la Federación Sindical Mundial en Cuba, mientras los otros compañeros regresaban a Chile, yo viajé a la RDA.

Allí me enteré del asesinato de Tucapel Jiménez. Aunque se presentaba casi como un crimen común derivado de un asalto a un taxista, no nos cupo la menor duda de que detrás estaba la mano de la dictadura. Tucapel había sido uno de los dirigentes que inicialmente habían justificado el golpe, incluso fue a Ginebra a una reunión de la OIT para hacerlo. Después, viendo lo que pasaba realmente con los trabajadores y sus conquistas, fue recapacitando. No solo había solidarizado con los dirigentes detenidos de la CNS, sino que trabajaba por la reunificación del movimiento sindical y por el paro nacional que queríamos convocar. Recordé un par de encuentros personales que tuve con él. Cuando un grupo de trabajadores del cobre despedidos marcharon a Santiago a seguir su lucha y se alojaron en el local del sindicato de CIC, yo me había juntado con él, a la salida de algunas de las asambleas, a conversar un vasito de vino. Y pese a todas las diferencias que teníamos y seguíamos teniendo respecto al pasado, éramos capaces de ponernos de acuerdo en lo que debíamos hacer para luchar por un futuro mejor para los trabajadores de nuestra patria.

Pero si la dictadura fue cruel e inhumana con Tucapel, más injustificable aún fue lo que hizo para tratar de encubrir su crimen. Asesinó a un pobre carpintero alcohólico que no tenía nada que ver y lo presentó como un suicidio: escribió una carta en la que decía que él había asesinado a Tucapel Jiménez y se mataba por arrepentimiento. Nos trataron de hacer “tragar esa rueda de carreta” durante largos años, hasta que apareció el verdadero culpable: un mayor de Ejército, ya en retiro, Carlos Herrera Jiménez. La recolección de la información para planificar el asesinato estuvo a cargo de la “Secretaría de los Gremios” de la dictadura, que dependía del entonces ministro, y hoy senador de la Unión “Demócrata” Independiente, Jovino Novoa.

Pero volviendo a la RDA, resulta que me vi de nuevo en el sanatorio: exámenes, masajes, kinesioterapia e, incluso, acupuntura con unas agujas delgadas pero bastante largas. Estuve casi un mes. Y, de nuevo, antes de partir me entregaron mucha medicina para que me trajera. Pero además de las medicinas me enseñaron dos cosas nuevas para enfrentar los dolores. Una fue una técnica para dormir: cuando los dolores llegaban a la hora del sueño, yo tenía que extenderme en la cama, tensar los músculos de las piernas, doblar las puntas de los pies hacia arriba y los brazos hacia abajo lo que más pudiera en dirección a los pies y después relajarme y hablarme a mí mismo en una especie de cantinela en la que repetía, lentamente, algo así como: “Nada puede impactar mi mente, los pensamientos vienen y se van, la sangre fluye por mis venas hasta la punta de los dedos de mis pies, la sangre fluye por mis venas hasta la punta de los dedos de mis manos, y viene con ella el calor que entibia mis pies, y viene con ella el calor que entibia mis manos...”. Y verdaderamente empezaba a sentir calor en el cuerpo, me olvidaba de los dolores y podía dormirme plácidamente. La otra era una técnica de autocontrol para cuando me sintiera muy agotado o con muchos dolores durante el día. Tenía que sentarme, cerrar los ojos, relajarme y pensar para mí una cantinela parecida a la anterior, a fin de que el dolor no fluyera, yo me tranquilizara, el agotamiento se fuera y pudiera ponerme a funcionar nuevamente. Y también me resultaba¹⁹ (a raíz del uso de estas técnicas y la enorme cantidad de medicinas que tomaba regularmente, los compañeros de la CNS me apodaron después “el Robocop”).

Durante la estadía en la RDA tuve un contacto que fue importante para mi quehacer futuro. Me relacioné con la encargada internacional de la FDGB (la Central Sindical de la RDA), a quien ya había visto en el congreso de la FSM, en La Habana. Con ella concordamos un mecanismo para enviar dirigentes sindicales desde Chile a los cursos internacionales de sindicalismo que ellos organizaban regularmente. Yo debía enviar una lista con los nombres de los dirigentes y de las organizaciones sindicales que representaban, y ellos pondrían los pasajes, siempre vía París, para que pudieran participar de los cursos. Y gracias a este contacto que establecimos, varios dirigentes en aquellos años duros pudieron viajar, adquirir nuevos conocimientos y compartir con obreros de otros países.

De regreso en Chile me volqué de lleno en el trabajo de la Constramet y, en menor medida, en el de la CNS. Se empezaba a sentir la crisis que se veía venir y el fortalecimiento de nuestra confederación se daba junto a la lucha contra los despidos. Para ello nos sirvió mucho la relación establecida con Ángel Fantuzzi

y la Asimet, pero de todos modos se vio una reducción de la producción industrial (15%) y un aumento del desempleo. Desde el año 1975, a raíz del crecimiento de la cesantía, se habían inventado el PEM (Programa de Empleo Mínimo), en el que se daban tareas a cambio de una remuneración aún más miserable de la que se conseguía en “el mercado”. Ese año 1982 inventaron el POJH (Programa de Ocupación para Jefes de Hogar), en el que los salarios eran todavía peores. Terminamos ese año con casi 750.000 desempleados y casi otros 250.000 con la cesantía encubierta del PEM y el POJH. Considerando a estos últimos, la tasa de desempleo subió de un 17% del año anterior a casi un 31%. La situación era realmente difícil para muchos de nuestros compatriotas.

Y a pesar de que en esas condiciones crecía el temor al despido y muchos “les hacían el quite” a las actividades sindicales, la Constramet seguía creciendo en sindicatos afiliados. Y también crecían nuestros vínculos con las regiones. Recuerdo que el 1º de mayo de 1983 me correspondió ir al mineral de El Salvador en representación de la CNS. Por supuesto que aproveché el acto para, en mi discurso, hablar del Pliego Nacional, de la perspectiva de un paro nacional y de la protesta ciudadana que estábamos organizando para mediados de mes. La recepción de la asamblea, con harta convocatoria, fue muy buena. Pero cuando salimos, los dirigentes del mineral me dijeron: “Compañero, súbase rápido a ese minibús que baja a Pueblo Hundido (así se llamaba lo que hoy es Diego de Almagro) y vamos a ir todos los que quepamos con usted. El lugar donde hicimos el acto queda frente al retén de carabineros. Seguro que estaban tomado notas de lo que decía y no sería nada de raro que lo manden a detener. Así que vamos rápido y, por último, nosotros lo defendemos y hacemos un escándalo”. Afortunadamente no pasó nada y en Pueblo Hundido tomé el bus a Santiago lo antes que pude. Pero esa disposición a proteger a un dirigente, aún con riesgo de meterse ellos mismos en problemas, esa solidaridad de los mineros de El Salvador, se me quedó grabada para siempre y todavía siento gratitud.

El 11 de mayo se realizó la primera protesta ciudadana. Fue convocada, inicialmente, por los dirigentes de los trabajadores, pero se dirigía a todo el mundo, por eso hablamos de protesta ciudadana. La hicieron suya dirigentes estudiantiles, de pobladores, de colegios profesionales y de asociaciones gremiales. Sabíamos que había mucho temor a perder el trabajo y por eso llamamos a movilizarse en los centros de trabajo evitando caer en causales de despido. Convocamos a que no paralizaran, pero que, en la hora de colación, leyeran un comunicado donde se explicaban las razones de la protesta y llamaran a golpear los cubiertos para manifestar su respaldo. Y por la noche, en sus casas,

los invitamos a que tocaran las cacerolas (en esto les copiamos a los “momios”²⁰). Resultó un tremendo éxito.

Pocos días después de la protesta iba caminando con otro dirigente de la Constramet, José Ortiz, por la calle del local de la ANEF (Asociación Nacional de Empleados Fiscales), que en ese entonces se llamaba Manuel Rodríguez y hoy lleva el nombre de Tucapel Jiménez. De repente se pararon dos vehículos, uno algo más adelante que nosotros y otro al costado y se bajaron seis individuos amenazándonos con sus armas. “Hasta cuando huevean, conchas de su madre”, y otra sarta de garabatos por el estilo, “esta es la última advertencia, la próxima vez los vamos a matar sin asco”. No nos preguntaron nada ni por nadie. Solo profirieron amenazas y garabatos durante unos cinco minutos, a la vista de varios transeúntes que miraban atónitos, con más susto que nosotros mismos (que, la verdad, también estábamos hartos asustados). El éxito de la protesta tenía la contrapartida de las acciones rabiosas de la dictadura.

Al mes siguiente, convocamos a otra protesta, la que fue aún más exitosa. Allí se sumaron los bocinazos de vehículos, particulares y de transporte público, con el ritmo de “Y va a caer, y va a caer”. Ese día se produjeron cortes de tendidos eléctricos en algunos sectores y surgieron las primeras barricadas. Y así seguimos, mes a mes.

En los primeros días de julio fui al local de la Coordinadora Nacional Sindical, en Abdón Cifuentes y, al cruzar la mampara me encontré con una ametralladora punto treinta, instalada, apuntando hacia el interior, donde había una serie de compañeras y compañeros detenidos, algunos con sus ojos vendados. Apenas me asomé uno gritó: “Aquí llegó el Arcos Vera”. Y salieron otros desde adentro echando improperios contra “el desgraciado del Arcos Vera” y diciendo que “hasta aquí no más te va a llegar la cuerda”. Me pararon con las manos en alto y antes de que me pusieran la venda pude ubicar a otro dirigente de la Constramet, Víctor Honorato, y me instalé a su lado. Allí me vendaron y sacaron todas mis pertenencias. Y siguieron con los garabatos amenazantes dirigidos a todos, pero algunos dedicados solamente a una persona, a mí. Cuando subían de tono los improperios, pensaba que podían pasar a acciones mayores, y como una reacción natural, no intencionada, tendía a acercarme a Honorato. Este también, de manera natural, tendía a alejarse de mí como quien se aleja del peligro (en días posteriores, una vez pasada la tensión, fue motivo de bromas mutuas).

No hubo realmente interrogatorios, primaban las amenazas y afirmaciones para

demostrarnos que sabían en lo que andábamos, obviamente vinculadas a las convocatorias de las protestas. En la tarde empezaron a decirle a alguno que se fuera con la recomendación de que “no se metiera más en huevadas, porque si no lo iba a pagar muy caro”. Como estábamos vendados no sabíamos a quiénes habían dejado ir. Yo solo me di cuenta de que uno de ellos fue mi vecino, el de la Constramet, y la verdad es que –a pesar de que se corría cada vez que me acercaba– me sentí más solo.

Como a las once de la noche se me acercó uno de los tipos de la CNI, me sacó la venda, me devolvió todas mis cosas y me dijo: “Vos, huevón concha de tu madre, ándate también y ándate con mucho cuidado tal por cual”. Yo no entendía nada. Después de toda esa recepción identificando al “Arcos Vera”, de todas las amenazas dirigidas especialmente a mí, ¿me iban a dejar libre? Todavía quedaban varias compañeras y compañeros que mantenían con la vista vendada. No lo creía. Pensé que me dejaban ir para matarme en la calle. Pero no quedaba otra que obedecer. Salí esperando que en cualquier momento me dispararan. A poco andar, no más de quince metros, divisé un taxi. Le hice señas y corrí para tomarlo. Le pedí que me llevara al centro por la Alameda. Empecé a desconfiar. ¿Sería pura casualidad que pasara el taxi justo cuando me soltaban o sería uno más de los de la CNI? Revisé la billetera y me la habían entregado con todo el dinero que andaba trayendo. Así que me bajé frente a la Universidad de Chile y esperé un bus. De paso utilizaba las técnicas de contrachequeo aprendidas en Moscú para asegurarme de que no me estaban siguiendo. Tomé un bus, después otro bus, otro taxi y después otro más. Finalmente di la dirección de una de las casas que me habían acogido en los tiempos de clandestinidad, les conté a sus dueños lo que me acababa de pasar y les pedí que me alojaran por unos días. Rompiendo las normas, me acogieron. Estuve casi una semana sin salir ni a la esquina. Hasta hoy se los agradezco.

Dos días más tarde, me trajeron un diario y me mostraron una noticia. El gobierno había presentado un requerimiento contra cinco personas que habían sido detenidas en el local de la CNS por infracciones a la Ley de Seguridad del Estado. Y a reglón seguido se informaba que se había presentado un recurso de amparo en la Corte de Apelaciones a favor de esas mismas cinco personas y además en favor del dirigente de la Constramet, Humberto Arcos Vera, de quien se dijo que también fue detenido en la misma oportunidad. Muchos pensaron que iba a engrosar la lista de detenidos desaparecidos, incluso llegaron cables de organizaciones sindicales internacionales exigiendo mi libertad. Pero la verdad es que yo solo estaba escondido, esperando que se me pasara el temor de ser

asesinado por la CNI (francamente, tuve mucho más miedo en el tiempo de mis actuaciones como dirigente sindical “legalizado” que en los tiempos clandestinos en que era “Santiago” del PC) ¿Por qué me soltaron? Me rompí la cabeza con esa interrogante y no encontré explicación cierta. La única razón posible que se me ocurrió es que con la cantidad de remedios que andaba y la nota de la Vicaría, los agentes hayan tenido miedo de que me “despachara” ahí mismo, delante de los otros detenidos y con la perspectiva de otro escándalo que llegara a la opinión pública. Pero no lo sé, quizá haya sido por eso o para matarme en la calle o por cualquier otro motivo, lo concreto es que salí. Después de una semana, cuando ya había habido bastante revuelo en relación a mi detención, me atreví a aparecer de nuevo en mis actividades sindicales. Justo unos días antes de la protesta ciudadana convocada para julio.

Estas movilizaciones de las protestas, tan exitosas, y la tendencia a la unidad en la acción de las fuerzas opositoras, en medio de una situación económica que seguía deteriorándose, preocuparon a la dictadura que se vio obligada a hacer un cambio en su política. En el Ministerio del Interior colocaron al antiguo político de derecha Sergio Onofre Jarpa y, para el cambio en la política económica, pusieron como ministro a Luis Escobar Cerda. Pero las protestas siguieron igual. Y la represión también. Para las protestas de septiembre el nuevo ministro “político” sacó a las calles de Santiago a dieciocho mil integrantes de las FF.AA. que dejaron como saldo alrededor de ochenta muertos en las poblaciones.

En el mundo sindical seguíamos trabajando, tratando de unir y sumar fuerzas para convocar a un paro nacional. En diciembre logramos constituir una organización de hecho, el Comando Metropolitano de Trabajadores (CMT), con la participación de 304 sindicatos. Eligieron una directiva en la cual quedé como presidente y se acordó pedir una organización única de los asalariados y realizar una asamblea de dirigentes sindicales a nivel nacional para implementar el paro nacional. Nos reuníamos en el local del sindicato de Madeco, que es harto grande, y siempre llegaban tantos dirigentes que casi lo llenábamos. Además de los sindicatos se incorporaron otros gremios, como algunas organizaciones de taxistas.

El único sector de los trabajadores que crecía, además de los desempleados (que ya se acercaban al millón), eran los otros desempleados, los que se disfrazaban de empleados a través del PEM y del POJH, que llegaron a superar los quinientos mil trabajadores. Entonces se nos ocurrió tratar de organizar sindicatos del PEM y POJH. Nos planteamos trabajar por comunas y los

dirigentes poblacionales ayudaron muchísimo. Al principio, con el temor a la cesantía costó, pero poco a poco se fueron organizando y en algunas comunas fueron muy fuertes.

A inicios del 84 formamos una Mesa de Concertación Social y Política en la que participábamos el CMT, los dirigentes de las organizaciones poblacionales, las agrupaciones de familiares de las víctimas de la dictadura e invitamos a las grandes agrupaciones políticas opositoras, la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular (MDP). La Alianza Democrática, integrada por la Democracia Cristiana, el Partido Radical y algunas de las organizaciones en que se había dividido el Partido Socialista, la verdad, no nos “pescó”. En cambio el MDP, básicamente comunistas y socialistas (que reconocían como secretario general al excanciller de Allende, Clodomiro Almeyda) se incorporaron con dirigentes reconocidos. Por mi calidad de presidente de la CMT me nombraron presidente también de esta instancia. En el equipo directivo, además de varias y varios dirigentes poblacionales, recuerdo a Fabiola Letelier y Fanny Pollarolo, que fueron un gran aporte en la conducción y en las acciones de protesta que impulsamos.

En marzo se convocó a una nueva protesta y el Gobierno respondió como siempre: un decreto exento que ordenaba el arresto de Manuel Bustos, Alamiro Guzmán y otros cuarenta y siete dirigentes, entre los cuales también estaba yo. Por supuesto que, como muchos otros, nos “fondeamos” al tiro. Pero el ministro Jarpa, paralelamente, había establecido mesas de diálogo político con la oposición (fundamentalmente con miras a acentuar la división entre la AD y el MDP) y en ese “juego de piernas” se vio obligado a mostrarse como si estuviera haciendo algunas concesiones. Creo que un poco por eso a los pocos días, a comienzos de abril, salió otro decreto derogando la orden de arresto. La verdad es que, si bien llegaron hasta mi casa, donde por cierto yo no estaba, a mí ni siquiera me tomaron preso en esa oportunidad.

Después de muchos esfuerzos, a fines de abril del 84, logramos la realización de una asamblea de confederaciones, federaciones y sindicatos en el Teatro Cariola. En ella se constituyó, por fin, una instancia unitaria más allá de la CNS, el Comando Nacional de Trabajadores (CNT). En la CNT, además de los de la CNS, participaban dirigentes del llamado “grupo de los diez”, del FUT y, lo que era muy importante por su peso en la economía nacional, los de la Confederación de Trabajadores del Cobre y de la Federación del Petróleo. Además de constituir el CNT y de elegir como presidente a Rodolfo Seguel, del

Cobre, se acordó que en los próximos meses se debería trabajar para convocar a una nueva asamblea de las organizaciones de los trabajadores, ojalá más amplia, para que en ella se fijara la fecha del Paro Nacional.

Anexo

Autoconcentración

Ya ahora estoy tranquilo para lograr nuevas fuerzas.

Comienzo a cerrar mis ojos, totalmente; coloco todos los músculos del cuerpo en relajo.

Todos los ruidos o molestias que se escuchen no pueden afectarme; mi pensamiento es fuerte, yo tengo tranquilidad en mí.

Yo estoy tranquilo, relajado, para lograr nuevas fuerzas.

El peso de los brazos lo dejo caer, descansar; los brazos están muy pesados.

Las piernas están pesadas, las piernas están tan pesadas como si hubiera hecho un largo camino; el peso de mis piernas lo dejo caer, mis piernas están muy pesadas.

Brazos y piernas están pesados, los músculos están sueltos.

Una agradable corriente de calor recorre mis brazos hasta la punta de los dedos.

Una corriente de agradable calor está en los brazos, un agradable calor, un pesado calor.

La corriente calurosa está en las piernas, hasta la punta de mis pies; está la corriente agradable de calor en las piernas, un agradable calor, pesadas, calurosas, pesadas y agradablemente calurosas.

El calor recorre a través de la corriente de la sangre todo el cuerpo.

Todo está en descanso y tomando nuevas fuerzas, todas las fuerzas son transportadas a través de la sangre.

Todos los órganos trabajan armónicamente y en tranquilidad; la respiración fluye tranquila a través de todo el cuerpo.

La cabeza está nuevamente clara y libre; los pensamientos vienen y se van; ningún pensamiento queda firme, los pensamientos vienen y se van; se van.

Los órganos trabajan armónicamente sin mi pensamiento.

Mi espíritu se ha fortalecido; he recobrado nuevas fuerzas, un agradable descanso tienen mis músculos.

La cabeza está nuevamente clara; los pensamientos están claros, estiro mi cuerpo y respiro profundo.

Abro los ojos; mi cabeza está clara y libre; yo me alegro de estar mejor.

SIEMPRE MANTÉN UN BUEN RITMO CON TU RESPIRACIÓN.

NO OLVIDES RESPIRAR PROFUNDO.

[19 Después de haber escrito esto, revisando viejos papeles me encontré con una de las hojas con las instrucciones que por escrito me pasó el traductor en la RDA. Como a mí me sirvió y todavía me sirve, y mucho, decidí colocarla como anexo al final de este capítulo por si le puede servir a alguien más.](#)

[20 “Momios” era el nombre con que llamábamos a los derechistas en los tiempos de la Unidad Popular. Ellos llamaron a sus mujeres a hacer una marcha golpeando cacerolas para protestar por el “desabastecimiento” originado por el acaparamiento de productos de primera necesidad que habían causado ellos mismos. Nuestro golpe de cacerolas no era en protesta por el acaparamiento de productos, sino porque con la enorme cesantía y con los salarios miserables no había cómo “parar la olla”.](#)

Capítulo XV

1985: los asesinatos del dictador no frenan las protestas

En el Teatro Cariola se había realizado la asamblea donde se entregó un mandato claro para los dirigentes: convocar a una nueva asamblea nacional de dirigentes de confederaciones, federaciones y sindicatos para fijar la fecha del paro nacional. Pero empezaron a pasar los días y no había tal convocatoria. Así que en junio, como Comité Ejecutivo del Comando Metropolitano de Trabajadores llamamos a una conferencia de prensa donde denunciábamos que se estaba burlando el acuerdo del 28 de abril: se había dejado pasar más de un mes, eludiendo convocar la asamblea que debía fijar la fecha del paro. Aprovechamos también para hacer un llamado a sumarse a la marcha convocada por los trabajadores de la construcción para el 14 de junio y para solidarizar con los huelguistas de varias empresas de Santiago entre las que, recuerdo, estaban Socometal y el Matadero lo Valledor.

Al día siguiente salieron en la prensa declaraciones de Hernol Flores, que era el presidente subrogante del CNT, bajo un titular que decía: “Políticos intentan destruir el CNT”. Flores desconocía mi calidad de dirigente sindical, cuestionaba si representaba a alguien y decía (lo copio textualmente del diario): “Si el señor Arcos está convencido de que debe haber un paro nacional, debiera decretarlo ya. No debiera esperar que otros hagan lo que él cree que hay que hacer. Que asuma la responsabilidad como corresponde y no pretenda sacar las castañas del fuego con la mano del gato”. Y terminaba diciendo “desconozco a este señor e ignoro cuál es su representatividad, pero no me cabe la menor duda de que está motivado por intereses partidistas”. Con estas declaraciones se saltaba olímpicamente los acuerdos por unanimidad de la asamblea que se realizó en el Cariola y transformaba la demanda del paro nacional en un problema del “señor Arcos” y de sus “intereses partidistas”.

También por esos días, en un acto de la Confederación Bancaria en el teatro Gran Palace, su presidente, Ricardo Hormazábal, planteaba que si bien ellos querían actuar en conjunto con otros trabajadores chilenos, en especial con el

CNT, no estaban en condiciones de participar en un paro nacional porque su preocupación central era por la estabilidad laboral. A esas alturas, solo los trabajadores de los bancos Concepción y Osorno habían acordado adherirse al paro, mientras que los sindicatos más numerosos estaban en duda.

Me permito una digresión más, a raíz de la mención de Ricardo Hormazábal. Este dirigente sindical bancario, más tarde senador de la DC, jugó un gran papel en el logro de financiamiento para las actividades sindicales. Nosotros funcionábamos con las cotizaciones de los afiliados y también con aportes que nos llegaban de la solidaridad de organizaciones sindicales internacionales. Pero a veces se producían desfases entre las fechas de las entradas de los dineros y las necesidades de gasto de acciones programadas. Y Hormazábal, tanto a la CNS como a la Constramet (en lo que me consta, no dudo de que también pudo haber ayudado a otras organizaciones) nos consiguió préstamos bancarios sin que tuviéramos bienes como para ponerlos de avales al préstamo. Él jugaba su prestigio personal para ello y lo hacía con generosidad y amplitud. Si bien la CNS la presidía Manuel Bustos, camarada suyo en la DC, para nadie era un secreto que Lecaros y yo, de la Constramet, éramos comunistas, pero él nos avalaba pensando en el valor de las acciones del sindicalismo y sin importarle para nada nuestras afiliaciones políticas.

Las discrepancias públicas con Hernol Flores le cayeron como anillo al dedo a la CNI. En algunas manifestaciones se repartieron panfletos que decían: “Compañeros: Hernol Flores es un cobarde, embaucador profesional, vendido a la dictadura. Le temblaron los pantalones para fijarle fecha al paro nacional. Títere de la CNI para destruir el movimiento obrero chileno”. Flores “agarró papa” y salió haciendo declaraciones en las que acusaba al CMT (remarcando que estaba dirigido por sindicalistas militantes del PC) de ser los autores de los panfletos. Nosotros no los habíamos hecho y no tuvimos duda de que los autores reales fueron los servicios de inteligencia de la dictadura que querían echar más leña al fuego de las discrepancias. Así que a principios de julio, como CMT, sacamos una declaración donde aclaramos que no teníamos nada que ver con esos panfletos y decíamos: “Se puede tener diferentes opiniones frente al quehacer sindical, pero consideramos que es necesario, hoy más que nunca, la unidad para la acción, y para ello se necesita de todas las fuerzas”. Y agregábamos: “Lo único que ayudará realmente a unirnos es dar cumplimiento a los 21 puntos que salieron del Teatro Cariola el 28 de abril. Hacer la reunión de Confederaciones, Federaciones y Sindicatos Nacionales lo más pronto posible, para dar cumplimiento a lo que los trabajadores anhelan, y fijarle fecha al paro

nacional”.

Mientras seguíamos en veremos con lo del paro nacional, las “mesas de concertación social y política” avanzaban en las comunas. Además de la de San Miguel ya estaban funcionando en Quinta Normal, Pudahuel y en el sector oriente, en las comunas de Ñuñoa, Macul y Peñalolén. Incluso en Pudahuel y San Miguel se habían organizado paros comunales relativamente exitosos. Ello nos movió a no hacer solo un llamado a participar en el acto que la CNT había programado para ese 30 de agosto en el Caupolicán, sino también a participar en las protestas del 4 y 5 de septiembre y a paralizar las actividades laborales a partir de las dos de la tarde del día 4.

No hubo acto en el Caupolicán porque la dictadura no lo autorizó. Pero las protestas del 4 y 5 de septiembre fueron tremendas. Y fueron tremendas no solo por lo masivas y exitosas, sino también porque le significaron la muerte al sacerdote francés André Jarlan, más conocido como “Andrés de la Victoria”. Yo no lo conocí personalmente, pero los dirigentes poblacionales de ese sector que participaban en las reuniones de las “mesas de concertación” siempre hablaban muy elogiosamente de él y de otro cura francés, Pierre Dubois. Y nos contaban cómo salían a pararse, en el medio de la calle, arriesgando su integridad, para intentar inhibir el paso de los “zorrillos” y de otros vehículos policiales que invadían la población durante los días de protestas.

Su funeral fue la manifestación más grande que se vio en Santiago desde el golpe militar. Dirigentes sindicales y poblacionales trasladamos su féretro en hombros, turnándonos, porque era pesado y la caminata larga, desde la población La Victoria hasta la Catedral de Santiago. La multitud que encontrábamos en las calles del recorrido era inmensa y mostraba un recogimiento muy profundo. Los que podían hacerlo se sumaban a la marcha, creo que solo se restaban los más ancianos, inválidos o quienes tenían a su cargo niños. Era una marcha que iba creciendo cuadra a cuadra y que transformaba las calles por las que pasaba en un inmenso río de personas que recibía nuevos afluentes de cuadra en cuadra. Se caminaba en un silencio dolido y enrabiado que solo era interrumpido de cuando en cuando por un viejo grito con una nueva víctima: “André Jarlan. Presente. Ahora y siempre”. Y la verdad es que sigue presente en el recuerdo de mucha gente que se sigue emocionando con su compromiso hacia el pueblo de un país distinto al que lo vio nacer y al que se dio como poca gente, cristiana o no cristiana, logra hacerlo. Y por eso mismo fue tan querido.

Y a propósito de este funeral, me viene otro a la memoria, que se realizó después de poco más de un año. El de un gran dirigente sindical comunista, el presidente de la Federación de la Construcción, Héctor “el Loco” Cueva. Luchador, dio la cara siempre, jamás “bajó el moño” ante los agentes de la represión, ni siquiera cuando lo expulsaron del país (tuvieron que llevarlo engrillado y a la fuerza para subirlo al avión). Gran orador, usaba nuestro lenguaje popular, con nuestras formas de decir y combinando su coraje personal con la claridad de sus planteamientos en la política sindical y con picardía y humor. Era muy querido. A él no lo mató directamente la dictadura, falleció de cáncer. Pero, dirigente obrero y comunista, no le permitieron un funeral tranquilo. Se juntó gran cantidad de gente en el local de la “Constru” y en sus afueras. Intentamos hacer lo mismo que hicimos con Jarlan, cargar su féretro en nuestros hombros para llevarlo al Cementerio General. Pero a las pocas cuerdas aparecieron fuerzas de carabineros, con zorrillos y guanacos, para disolver a la gente que participábamos del funeral. Hasta trataron de robar el féretro. Y recuerdo a las “viejas” (nada que ver con la edad, es en el sentido de los sindicalistas, como siempre aclaro) agarrando las coronas de flores y enchufándoselas en el cuello a algunos de los carabineros. Finalmente, algún compañero cargó la urna en una camioneta, se la llevó, y la mayoría, de algún modo u otro, nos trasladamos al Cementerio. Allí siguió “la mocha”. Carabineros tirando gases y disparando en pleno cementerio, tratando de impedir nuestro homenaje a este dirigente tan querido y consecuente.

Cuando me “legalicé” como dirigente sindical, me encontré con un equipo muy potente de dirigentes sindicales comunistas. El “Loco” Cueva era uno de ellos. Pero además estaban Caro, de los gastronómicos; Bobadilla, de los textiles; Alamiro, de la Federación Minera; Lecaros y yo mismo, de la Constramet. Todos teníamos alguna trayectoria en el sindicalismo desde antes del golpe y nos entendíamos muy bien. Para todos nosotros estaba claro que para que los sindicatos lograran impulsar determinadas acciones había que escuchar, argumentar, discutir y convencer, nunca imponer. Para nosotros estaba claro que en eso estaba la clave para conseguir acciones masivas, unitarias, que nos fortalecieran y no se transformaran en acciones de grupos pequeños.

A veces teníamos reuniones con los contactos sindicales de la Dirección clandestina y se fue generando un distanciamiento con algunos de ellos. Teníamos una diferencia de estilos. Ellos (no todos) llegaban a darnos las instrucciones del Partido y lo que querían que hiciera el movimiento sindical. Y nosotros les decíamos que (generalmente) estábamos de acuerdo como militantes

comunistas y que intentaríamos impulsar lo que quería el Partido. Pero no era cosa de dar órdenes a los sindicatos para que hicieran esto o lo otro, teníamos que convencerlos, demostrarles la vinculación que había entre sus problemas concretos y las acciones que pretendíamos impulsar. Tenían que considerar que en los sindicatos no habían solo militantes comunistas, habían también de otros partidos y, sobre todo, muchos sin militancia. Entonces la tarea de convencer no era sencilla, implicaba mucho trabajo con la gente y, además, estaba siempre presente el tema del temor, que actuaba como un freno a la acción. Y temor no solo a la represión de la dictadura, sino, más grande todavía, a la cesantía, a la pérdida del empleo, a dejar a la familia sin el sustento mínimo. Muchos de esos contactos con la dirección no nos creían, no compartían nuestra visión, pensaban que la cosa era más sencilla, “solo había que tener la voluntad política” para hacerlo. No tomaban en cuenta para nada nuestras informaciones sobre el estado de ánimo de la gente, y la verdad es que muchas veces lo que planteaban no cuadraba con la vida real. Solo recuerdo a dos dirigentes clandestinos que participaron con nosotros en estas reuniones y que tuvieron una actitud distinta, de recoger, de preguntar, de enriquecerse con toda la información que les entregábamos del mundo sindical en ese momento: uno fue Manuel Cantero y el otro, Luis Barría.

Pero volviendo a 1984, no recuerdo si a fines de octubre o principios de noviembre, se hizo por fin el paro nacional. Aunque tuvo un impacto nacional y lo respaldaron muchas organizaciones, pesó el temor a la cesantía, y siendo exitoso, fue menor de lo que esperábamos. En la noche, como luego de todas las protestas, hubo barricadas y enfrentamientos con las fuerzas represivas en las poblaciones.

Pocos días después, concretamente el 11 de noviembre, varios dirigentes comunistas estábamos citados en el local de la Ranquil para recibir unos aportes llegados de la Federación Sindical Mundial. Recuerdo que Enrique Avendaño tenía el dinero y estaba por repartirlo cuando nos llegó un grito de aviso: “Vienen los de la CNI”. Venían subiendo por la escalera al segundo piso, donde estaba el local, y un dirigente campesino, grandote, el “negro” Peña, se tiró contra ellos y armó tremenda trifulca. En medio de la pelea Avendaño aprovechó, antes de que nos llevaran a todos presos, para meter el dinero en un guardapolvo que estaba suelto, pero fue evidente, por suerte, que no sabían para qué estábamos reunidos. Después de que nos soltaron, Avendaño recuperó todo el dinero y lo repartió a nuestras organizaciones sin que se hubiera perdido un peso. La verdad es que solo estaban haciendo una redada para detener a

dirigentes sindicales comunistas. Tal como fueron a la Ranquil, fueron a la “Constru”, a la Minera y a varias más. Nos tomaron presos y nos llevaron al cuartel de Borgoño, cerca del río Mapocho.

No sé si fue porque ya sabían de antes o porque me veía muy mal, pero a mí lo primero que me hicieron fue un examen. Me tomaron la presión y, como andaba con mi bolsa de pastillas, me sacaron la venda de los ojos y me preguntaron “¿Cuál de esas es para la presión?”. Yo la saqué y me dijeron: “Tómate una o dos, porque tenís la presión muy alta, tal por cual”. Y me dejaron solo en una celda.

Me dejaron tranquilo, sin interrogarme ni golpearme. Pero en una celda, al lado de la mía, llevaban a los compañeros –no sé si por casualidad o para amedrentarme– y los interrogaban en medio de terribles golpizas. Yo sentía los interrogatorios, los golpes, sus quejidos y sufría casi tanto como ellos. Reconocía por las voces a algunos de los torturados. Recuerdo que me impresionó –para mal, debo decirlo, aunque pudo haberlo hecho solo para reducir la golpiza– cuando reconocí la voz de Moisés Labraña, dirigente de la Minera, respondiendo a su interrogatorio. Básicamente dijo que él no era comunista, que era del Mapu, que solo se había cambiado al PC porque le habían ofrecido mejores condiciones durante el gobierno de Allende. Después que salimos informé al Partido lo que había escuchado, pero “no me pescaron”. Más tarde fue promovido e incluso lo respaldaron para que desplazara al camarada Alamiro Guzmán de la presidencia de la Confederación Minera. Muchos años después, cuando ya estábamos de vuelta en la “democracia”, supe por qué “no me pescaron”; me enteré de que Labraña era parte del equipo de dirección que formó Gladys Marín.

Pasé como dos o tres días “tranquilo” (si se pudiera estar realmente tranquilo cuando uno está detenido y escucha las golpizas y los gritos de dolor de camaradas en la celda de al lado). En las noches, para pasar el frío, hacía gimnasia. Pero no me pasaba nada, nadie me interrogaba, solo me daban las comidas y hasta se aseguraban de que tomara mis pastillas. Y de repente llegó alguien, como me dijo, no a interrogarme sino a conversar conmigo, de igual a igual. Yo le respondí que no creía que íbamos a conversar de igual a igual, porque a mí me tenían vendado y preso, mientras él no estaba ni vendado ni preso, pero que podíamos conversar aunque no fuera de igual a igual. Y partimos. No fue realmente un interrogatorio, fue una conversación en la que el interrogador trataba de entender qué nos movía, cuáles eran las razones de que siguiéramos luchando contra la dictadura a pesar de todos los golpes que nos

daban. Partió preguntándome qué pretendíamos lograr con el movimiento sindical. “Democracia”, le respondí, y feliz, “en mi salsa”, me puse a hablar de la situación de descontento de nuestro pueblo, di ejemplos muy concretos de vidas arrastradas a la miseria a raíz de las políticas de la dictadura, de cómo nos habían arrebatado las conquistas que los trabajadores fuimos logrando tras décadas de luchas, y cómo todo lo que estaban haciendo solo servía para el enriquecimiento de unos pocos y de las grandes empresas extranjeras. Él escuchaba, a veces replicaba, y yo le contrarreplicaba. Conversamos largo, al menos dos o tres horas, y después me dejaron tranquilo. Cuando llegó, yo sentí que no venía solo, pero como estaba vendado nunca supe cuántos eran sus acompañantes. Pero en uno de los escasos diálogos que mantuvieron entre ellos, a uno se le escapó un “mi mayor”, que no sé si fue un lapsus o algo para desorientarme. Pero sí me quedó clarísimo que no era uno de los interrogadores habituales que yo sentía en la pieza vecina.

De nuevo me dejaron tranquilo hasta el día anterior al que nos libraron. Ahí llegó otro tipo, de tremendo vozarrón (yo no lo veía pero me lo imaginaba inmenso) a amenazarme. No me preguntó nada ni me golpeó. Solo se limitó a echarme garabatos y a decirme que si no cortaba de andar metido “hueveando contra mi general Pinochet” no me iban a detener más, sino que, sencillamente, me iban a matar. Las amenazas me sirvieron para saber que estaban pensando dejarnos en libertad, así que en el fondo fueron buenas noticias.

Al día siguiente dos de los guardias me agarraron, vendado, y me subieron a un auto. Sin siquiera preguntarme por la dirección se dirigieron hacia mi casa y, a la altura de donde está hoy la estación del metro San Pablo, me sacaron la venda. Pude ver la última parte del viaje, pero tampoco me preguntaron por la menor indicación. Cuando llegamos a la casa me dijeron: “Te venimos a dejar para que después no salgan con historias de que estás desaparecido, como la vez anterior”. Y yo, “agarré patas” y los invité a entrar y a tomar un té. Aceptaron, los presenté a Estela y mientras ella preparaba el té les dije: “¿Qué les parece cómo vivimos los dirigentes sindicales comunistas y cómo usufructuamos del ‘oro de Moscú’ del que tanto hablan? ¿No creen que vivimos en la misma miseria que la mayoría de nuestro pueblo? ¿Ustedes creen que todo esto que pasamos lo hacemos por ‘el oro de Moscú’ o porque estamos comprometidos de corazón con nuestro pueblo y sus trabajadores?”. Los de la CNI no se esperaban algo de este tipo, se miraron desconcertados y después se limitaban a decir que ellos no se metían en política, que solo obedecían órdenes. Se tomaron el té y se fueron. Y yo también.

Me preparé una muda de ropas y, cuando me despedía de Estela, ella me contó que había estado en la Vicaría de la Solidaridad y que allí nuevamente habían hecho una carta sobre mi estado de salud, el 12 de noviembre, que hicieron llegar a la CNI y en la que terminaban diciendo “Por todo esto creemos que la vida de Humberto Arcos Vera se encuentra en grave peligro”. Probablemente gracias a la Vicaría tuve el trato que tuve durante la detención. Pero como “más vale prevenir que curar” y por la necesidad de establecer contactos para hacer llegar a la dirección del Partido la información con los detalles de mi arresto, opté por irme a otras casas durante algunos días.

(Vale la pena hacer un paréntesis y destacar lo tremendamente solidaria que fue Estela conmigo. De hecho, ya no éramos pareja desde hacía algún tiempo. Solo compartíamos la casa y teníamos como único tema común a nuestros hijos. El centro de mi vida, que era la lucha de nuestro pueblo, y que yo veía ligado a mis actividades sindicales y con el Partido Comunista, a ella no le llegaba. Y sin embargo, me apoyaba en los momentos difíciles, como cuando caía preso o tenía recaídas de mis muchos achaques).

Recién entrando en el año 85, a fines de marzo, se produjo el “caso de los degollados”. No conocí a Nattino, pero igual duele saber de un camarada asesinado de esa manera. Tampoco conocí a Parada, pero sabía que era hijo de Roberto Parada, ese gran actor y locutor de nuestras antiguas concentraciones, y de María Maluenda, actriz y diputada, con quien, en una oportunidad, había viajado de regreso de Moscú. Pero al que sí conocí fue a Manuel Guerrero, el dirigente de la Jota. Era un cabro brillante, estudioso y tremendamente consecuente al que le tenía mucha admiración. Pero junto con el sentimiento de dolor, este crimen también me reafirmó la necesidad de seguir luchando para que esas muertes no fueran en vano.

Y seguimos, a través de nuestro trabajo en los comandos de coordinación social y política y en el frente sindical.

En los comandos de coordinación social y política –a los que soñábamos como embriones de los que serían nuestros futuros “soviets”, los centros de decisión democrática de trabajadores y pobladores– trabajábamos principalmente en cuestiones relacionadas con las protestas. Un día, al llegar a una reunión que habíamos programado en el local de mandos medios de la Confederación de Trabajadores de la Construcción, me encontré con que adentro estaban unos agentes de la CNI con varios de los participantes, diez o doce, ya detenidos. Por

las interceptaciones de algunos teléfonos sabían de la reunión y de mi rol directivo en ella. Por eso, apenas llegué revisaron lo que andaba trayendo (además de mi bolsita de remedios recuerdo que llevaba, no se por qué, mi libreta del Seguro Social), me lo devolvieron y empezaron a interrogarnos. Básicamente sobre la protesta que estábamos organizando, dónde íbamos a levantar barricadas y cosas por el estilo. Les decíamos que nosotros solo convocábamos, que queríamos convocar en todas las poblaciones y que las barricadas no se planificaban, sino que eran respuestas espontáneas de la gente para tratar de impedir el paso de los vehículos policiales o militares que iban a reprimirlos. Después de un buen rato, viendo que no iban a sacar mucha más información, dijeron que iban a “revisar” el local. La verdad es que la palabra “revisión” era para ellos sinónimo de destrucción, de hacer el mayor daño posible, no solo a máquinas y archivos, y para qué decir papeles, sino también al inmueble, rompiendo paredes por todas partes, sacando tablas del piso, en fin.

Cuando terminaron con la “revisión-destrucción”, uno de ellos se me acercó, sacó un corvo y empezó a rajarme la ropa sistemáticamente. Chaqueta, camisa, pantalones y hasta los calzoncillos quedaron como lonjas de telas que apenas se mantenían sobre mi cuerpo. A los demás, mujeres y hombres, los hicieron desvestirse, tenderse en el suelo y, sobre sus cuerpos desnudos, vertieron tinta de mimeógrafo. Y después, riendo, se fueron llevando la ropa de todos. Era invierno y era tarde. Una compañera, muerta de frío, sugirió que yo, el único con algo de ropa que me cubría, fuera a avisar a la Comisión de Derechos Humanos. Salí, tomé un taxi y llegué a contarle que pasaba. De ahí empezaron a llamar a otras personas, diciéndoles que necesitaban ropas y vehículos para trasladar a los que habían sido detenidos. Las compañeras y compañeros, antes de vestirse con las nuevas ropas que, por cierto, no eran a la medida, pasaron por otro tormento: tuvieron que bañarse con agua fría (no había caliente) para sacarse la tinta de mimeógrafo. Pero todos nos quedamos con un cierto alivio, pues la situación podría haber sido mucho peor.

Pero de toda la ropa, la menos a la medida fue la que me tocó a mí. Cuando el compañero que estaba en la Comisión de Derechos Humanos de turno terminó sus llamados, le mostré mi ropa hecha tiras y se me ocurrió preguntarle si él tendría algo para prestarme. Él, súper “buena onda”, me dijo que sí, que claro, pero que tenía que devolvérsela pronto porque la necesitaba para su trabajo. Fue a otras dependencias y llegó con un traje y un par de zapatos. Era un traje de payaso con un par de zapatos inmensos. No me fui a mi casa sino a una de “seguridad”, donde los dueños se murieron de la risa cuando llegué. Pero se

contactaron con otros amigos que me facilitaron ropa de verdad y, al día siguiente, pude devolverle su ropa de trabajo al compañero de derechos humanos.

Seguí trabajando en el frente sindical, y ya no solo como dirigente de la Constramet y de la Coordinadora, sino también como educador sindical. Un compañero, dirigente de la Construcción y de la CNS, Luis Fuentealba, me invitó a integrarme en un trabajo que se hacía en el CES (Centro de Estudios Sociales). Allí, encabezado por una socióloga, Helia Henríquez, y financiado por una organización inglesa, OXFAM, se desarrollaba un programa de “capacitación de capacitadores sindicales”. Se planteaban algunas ideas con las que coincidí de inmediato. Una, amplitud política: no trabajar con personas de un solo partido ni solo con la vieja alianza de socialistas y comunistas, sino tratar de integrar a gente de los distintos partidos y a los independientes. Dos, colocar el aprendizaje como el centro: yo había estado en muchas charlas donde los profesionales valoraban lo que ellos entregaban a los sindicalistas (lo que es válido), pero sin tomar en cuenta lo que estos captaban, lo que la gente realmente aprendía de su charla. Entonces no hacían esfuerzos para traducir sus contenidos a nuestro lenguaje, para que lográramos entenderlos. Por ello, esta preocupación por el aprendizaje la entendía y compartía totalmente. Tres, “aprender haciendo”: si iban a ser capacitadores sindicales tenían no solo que aprender a organizar un plan de clase, sino también practicarlo, hacer las clases. Muchas de las sesiones que se hacían en esa verdadera escuela, que fue el CES, las hacían los propios alumnos, asesorados y apoyados por los profesores del CES, pero las hacían ellos. Me integré a ese equipo para apoyar en el área de la historia del movimiento obrero. Los miércoles en la tarde-noche, después de la salida del trabajo, y los sábados, todo el día, se realizaban las actividades con los alumnos. Algunos fines de semana organizábamos unos seminarios con internado, generalmente en locales conseguidos con instituciones religiosas. Pero además, otros días nos coordinábamos para las tareas de preparación de materiales y apoyo. Recibía un honorario, más bien modesto, por el que daba una boleta.

Entre Constramet, la Coordinadora y CES, iba poco, mal y nunca a trabajar a Pyeme, pero siempre estaba en contacto e iba a conversar con los viejos. En una de mis idas a la Constramet, estaba llegando al local de Av. Brasil 53, cuando en plena calle, con sus armas a la vista, me detuvieron tres fulanos. Me garabatearon y amenazaron de muerte durante un tiempo que a mí me pareció eterno, pero que no pudo haber sido más de tres minutos, porque ni siquiera se dieron el trabajo de subir al local que queda en un segundo piso. Seguro que ese

día había tomado mis pastillas para la presión, porque no me pasó nada, pero algo desencajado debí haber quedado, porque se me acercaron un par de comerciantes de las cercanías a preguntarme si me sentía bien. Los tranquilicé, pasé mi “mensajito” (les dije que ese era el riesgo de ser dirigente sindical en estos tiempos) y subí a la Constramet para seguir en la pelea.

Ese mismo año, no recuerdo si antes o después de lo relatado, Allanaron la Constramet por unos volantes, impresos en nuestro mimeógrafo que sacaba “la Jota” en contra de la dictadura. Tomaron preso a Lecaros y se lo llevaron a los cuarteles de la CNI. Allí lo interrogaron y él contó la firme: no eran volantes de la Confederación, eran de la Jota y los habían impreso durante la noche, porque un cabro de la Juventud hacía el aseo y tenía las llaves del local. Cuando salió de la cárcel habló con su contacto del aparato clandestino del Partido, contó lo que había pasado, lo que había dicho, y se quejó de la decisión de la Jota de hacer cosas sin consultar y con grave riesgo para el trabajo sindical legal del Partido. El contacto se indignó con Lecaros, se fueron de alegato y pasó un mes y otro y otro y Lecaros nunca más recibió su remuneración como funcionario del Partido (ni aviso de despido). Él no tenía calificación y, además, gracias a la famita que se había hecho por dirigir la Constramet, nadie le daba pega. Su situación era bien desesperada y, sin consultar con el Partido, recurrí a una amiga del Fasic para que consiguiera que fuera aceptado como exiliado en Suecia.

El 4 de septiembre de ese año 1985 se llamó a una nueva paralización de actividades que desató la represión de la dictadura: mataron a diez personas que participaban en las manifestaciones. Después, la historia de siempre: los responsables de las muertes no son los que disparan sino los que llaman a paralizar. El Gobierno hizo un requerimiento contra quince dirigentes (entre los que estaba yo y por lo cual de nuevo tuve que pasar algún tiempo escondido). Cuando un juez rechazó el requerimiento, las autoridades apelaron hasta llegar a una corte proclive que emitió una orden de prisión contra Rodolfo Seguel (Cobre y CNT) y Manuel Bustos (CNS y CNT). Pero además, el requerimiento lo ampliaron en contra de otros ochenta dirigentes, incluyendo también a dirigentes estudiantiles, de los profesores y de líderes políticos no clandestinos (como el doctor Manuel Almeyda, Fanny Pollarolo, Patricio Hales, Germán Correa y hasta el sacerdote Rafael Maroto). El abogado del Ministerio del Interior señaló, feliz: “Se ha restablecido el imperio del derecho”.

Y así nos fuimos aproximando a 1986, el “año decisivo”.

Capítulo XVI

1986: el “año decisivo” no decisivo

De verdad teníamos la esperanza de que el año 1986 pudiera ser “el año decisivo”. En el 85 habíamos visto que la gente estaba más decidida, con más fuerza, se la jugaba más en las protestas y en las calles. También levantaban la “moral combativa” los grandes apagones que en muchos sectores y en varias ocasiones logró hacer el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Y a propósito del Frente, este contaba con una amplia simpatía en la mayoría de la gente antipinochetista, militantes de partidos e independientes, salvo quizás en algunos DC. Me encontré con muchos camaradas comunistas, socialistas y miristas que, a la vez, militaban en el FPMR o que, al menos, le colaboraban. De hecho, en un par de ocasiones en que tuve que ocultarme por la persecución a sindicalistas, no recuerdo si el 87 o el 88, en una de “mis casas de seguridad” me encontré con un dirigente del Frente. Era un cabro con mucha decisión, convencido de lo justo de la causa, dispuesto a jugarse la vida, como lo demostró, y muy simpático. Al poco de conocernos, por mi calva incipiente, me apodó Gorbachov, pero lo hacía de tal manera que uno no solo no se molestaba sino que no podía dejar de reírse con él. Era Raúl Pellegrin, torturado y asesinado en octubre de 1988, y después lanzado al río Tinguiririca. Tenía 30 años.

Pero ese año 1986, además de seguir trabajando en el programa de “capacitación de capacitadores sindicales”, entré a trabajar en otro programa, también en el CES. Este era de asesoría a sindicatos en la negociación colectiva y lo dirigía un economista retornado de Inglaterra, Agustín Quevedo. Entre decenas de asesorías que hicimos (no solo ese año, sino a lo largo de la última etapa de la dictadura y el primer año de “democracia”) recuerdo especialmente las de Coresa, Cormecánica de Los Andes, Forestal Valparaíso y la Universidad Católica. Para variar, otra digresión.

Coresa era una industria que quedaba en San Antonio y pertenecía a los “turcos”²¹ Abumohor. Algunos de los dirigentes de su sindicato habían

participado en capacitación en el CES. Eran muy buenos como dirigentes y también como trabajadores (siempre tratábamos de inculcarles a los dirigentes que tenían que ganarse el respeto de sus compañeros, y hasta de sus jefes, por ser buenos trabajadores. Trabajar bien, les decíamos, es distinto a ser “chupamedias” o “amarillo”. No se lucha contra la explotación sacando la vuelta en el trabajo, sino enfrentándola a través de la acción sindical, peleando por mejorar los sueldos y, en general, las condiciones laborales). Habíamos preparado muy bien la negociación, teníamos todos los datos de la empresa y sabíamos que estábamos en condiciones de que aceptaran nuestras peticiones. Pero la respuesta inicial fue la de siempre: “Si accedemos, ponemos en riesgo la empresa y ustedes tal vez pierdan su fuente laboral”.

El sindicato se vio obligado a ir huelga. Y en eso estaban cuando, un sábado, fui a la asamblea en que acordaron que el lunes siguiente se juntarían en la entrada de la empresa para marchar desde ahí hacia el centro de San Antonio, a fin de hacer más conocido su movimiento. Y mientras comentaba el lunes en el CES la asamblea del sábado, alguien, creo que el Lucho Fuentealba, abrió la puerta de nuestra oficina para decirnos que acababan de informar en la radio que habían detenido a varios trabajadores de Coresa en San Antonio. Pero los viejos no aflojaron.

Siguió la huelga y la empresa decidió reabrir las conversaciones. Además de los dirigentes sindicales, estaban sus asesores, Agustín, el economista; Julio Jofré, abogado laboralista, y yo. Por la empresa, además de sus gerentes, llegó nada menos que René Abumohor, el dueño real de la empresa, a pesar de que lo disimulaba con la figura de “sociedad anónima”. Y empezaron los argumentos por lado y lado. El presidente del sindicato, Nibaldo Bustos, hizo una exposición brillante con todos los datos que manejábamos. Los gerentes replicaron con otros argumentos y con otros datos. Íbamos a meternos nosotros, los asesores, cuando un dirigente joven, muy bueno (no recuerdo su nombre porque siempre le decíamos “el Conejito”), interrumpió. “Más allá de estas u otras cifras, yo quisiera que entendieran la situación real que vivimos los trabajadores de Coresa. Voy a dar el caso mío. Ustedes saben, trabajamos en sistema de turnos, yo no falté nunca y tomo todas las horas extraordinarias que me ofrecen. Estas son mis liquidaciones de sueldos de los últimos tres meses. Saco tanto (no me acuerdo de los montos). Soy casado y tengo dos niños chicos. Con esa plata y con tales precios, del pan, de la leche, de las papas, etc. (se había preparado muy bien y sin contarle a nadie), y la cuenta del agua y de la luz, ustedes entenderán que apenas alcanza para malcomer. Vivimos en una mediagua de madera de

dieciocho metros cuadrados. Cuando me toca turno de noche y el tiempo está malo, los niños no pueden estar afuera y yo no puedo ni dormir. ¿Y de dónde voy a poder sacar plata para ampliar nuestra mediagua con una pieza más? ¿Creen que se puede vivir en estas condiciones?”. Todos nos quedamos callados y vimos que el “turco” Abumohor se conmovía. Habló en voz baja con sus gerentes y, acto seguido, accedieron a todo el petitorio, incluyendo el mes de sueldo extra por año de servicio (que sabíamos que era lo más duro de conseguir). El Conejito fue el héroe de esa jornada.

Al sindicato de Cormecánica de Los Andes (que producía las cajas de cambio de los vehículos Peugeot que se llevaban a Francia en avión) lo asesoramos en dos negociaciones. En la primera, trabajamos con el sindicato de los obreros; los empleados y profesionales tenían otro sindicato y presentaron sus propias peticiones. La empresa se puso dura y se votó ir a la huelga. Cuando empezaron a pasar los días y los trabajadores no aflojaban, la empresa se puso aún más dura y mandó traer trabajadores de la Peugeot de Argentina (que allá se llamaba IATA). Y en la empresa empezaron a ocurrir “accidentes” que, a pesar de contar con los trabajadores argentinos, les impedían retomar la producción. Mandaron a llamar a la directiva del sindicato y nosotros los acompañamos. Nos acusaron de estar haciendo sabotaje a la producción, que tales y cuales máquinas habían sido dañadas, y que una mañana se habían encontrado con un sector de la empresa inundado porque alguien había abierto un grifo en horas de la noche. Nosotros, aunque sabíamos que algo de verdad había en las acusaciones, solo “mirábamos para el techo” y les decíamos que tal vez era por tener trabajando a gente que no conocía bien la empresa y sus instalaciones. Y cuantificando las pérdidas que estaban teniendo por la paralización de la producción y los daños en las maquinarias, les mostrábamos que sería mucho mejor negocio acceder al pliego de peticiones que seguir prolongando el movimiento. Al final ganamos (también allí había unos dirigentes extraordinarios. A su presidente, del que para variar no recuerdo el nombre –cosas de los años y de la fatiga de material– lo encontré no hace mucho en el terminal de buses. Ahora tiene su propio taller mecánico en Los Andes con maquinaria de última generación).

La segunda negociación que asesoramos en Cormecánica fue con los dos sindicatos unidos. Hubo un solo pliego para obreros, empleados y hasta ingenieros. También lo ganamos.

En Forestal Valparaíso, ubicada en Placilla, propiedad de los Matte, también tenían unos dirigentes sindicales muy buenos, en especial el presidente. Hubo

que ir a huelga. Sin embargo, como tenían madera cortada de antes y apilada, la empresa la empezó a sacarla sin y ver afectados sus ingresos. Entonces se “cayeron” algunos puentes de los caminos interiores y los camiones no podían entrar a retirar la madera. La empresa lo denunció, reparó los puentes y consiguió vigilancia policial. Pero entonces empezaron a “dañarse” los neumáticos de los camiones que llegaban a tratar de retirar la madera. Al final los camioneros no querían aceptar pegas de la Forestal Valparaíso. Y cuando la empresa empezó a ver afectados sus ingresos, aflojó. Y se ganó el pliego. Una vez más, vimos en la práctica las viejas recomendaciones: en los conflictos laborales no se negocia solo en la mesa de negociación; a empresas duras, acciones sindicales aún más duras. Y para eso se necesitan trabajadores unidos, convencidos de lo justo de sus peticiones y resueltos a luchar por ellas.

En estos dos casos vimos acciones de ese “sabotaje incruento” que nos pedían los contactos de la dirección del Partido para las protestas. Pero las circunstancias eran distintas: primero, ya había pasado lo peor de la crisis y la cesantía estaba disminuyendo, y segundo, aquí no se producía una suerte de alianza entre empresario y los trabajadores para mantener funcionando la empresa, sino que los gerentes (dependientes de una transnacional y de uno de los grandes grupos económicos chilenos) trataban de que los efectos de la recuperación económica fueran solo a engrosar las utilidades del capital y nada el salario de los trabajadores. Aquí las acciones de sabotaje incruento habían surgido espontáneamente de los propios trabajadores cuando analizaban las formas en que podían seguir dando la lucha.

Me acuerdo de la asesoría a los sindicatos de la Universidad Católica porque se logró presentar un pliego respaldado por siete sindicatos, de las sedes de Talcahuano, Talca y Santiago. Los únicos que antes habían participado en una negociación eran los del Hospital de la UC. En total eran 5.500 trabajadores. También tuvieron que llegar a la huelga y también ganaron. La base del triunfo fueron los trabajadores del hospital, que fueron muy generosos. Para ellos el pliego significó solo una mejora del 1% en sus remuneraciones reales, pero para el resto que no había negociado, nivelarse con ellos significó una mejoría sustancial. Mi digresión ya está demasiado larga, así que vuelvo al año 86.

Ese 1º de mayo, como el de todos los años, teníamos programado un acto por el Día del Trabajo. Nos juntamos los dirigentes y harta gente más a la salida de la estación de metro Los Héroes para ir marchando por la vereda, sin ni siquiera interrumpir el tránsito, hacia la Estación Central. No alcanzamos a llegar a la

Avenida Brasil, cuando ya las fuerzas especiales de carabineros habían llegado, apaleado y detenido a muchos compañeros. Cuando llegaron a mí les grité: “Péguenme, pero no en la cabeza porque estoy muy enfermo”. Y me pegaron lumazos, patadas, combos, de todo, pero no en la cabeza. Cuando me subieron al bus, hubo uno que me dijo, con sorna: “Vio, no le pegamos nada en la cabeza”. Y era cierto, pero casi no había otro lugar del cuerpo en el que no me hubieran pegado. Nos llevaron a la comisaría ubicada en San Martín, donde antes del golpe había estado el Comité Central del Partido Socialista, que habían demolido y refaccionado. Nos tuvieron todo el día y, después de mucho escándalo y hasta reclamos internacionales, nos largaron esa misma noche.

Pero con la complicidad de la prensa que manejaban sus amigos, la dictadura logró su objetivo: en vez de informar sobre una gran manifestación masiva y pacífica de los trabajadores por sus reivindicaciones y por la democracia, informaron sobre una serie de “hechos policiales”, “disturbios de grupos extremistas” y cosas por el estilo.

A nivel de directivas políticas nacionales seguían las diferencias entre la Alianza Democrática (DC, PR, socialistas “renovados” y algunos líderes de derecha antidictatoriales), que no aceptaba trabajar en conjunto con los comunistas ni con el Movimiento Democrático Popular, donde se habían agrupado los socialistas (almeystas), el MIR, la Izquierda Cristiana y el PC. Pero en el movimiento sindical y en esas Mesas de Concertación Social y Política que habíamos impulsado desde la CNS y el CMT en distintas comunas, trabajábamos todos juntos, sin importarnos de qué partido veníamos. Esa forma de trabajo tuvo un correlato a nivel nacional en la llamada Asamblea de la Civilidad, que se constituyó en marzo del 86. En ella estuvieron representadas las organizaciones sindicales, los colegios profesionales, las federaciones de estudiantes, las agrupaciones de defensa de los derechos humanos, las organizaciones de pobladores, los artistas e intelectuales, en fin. Y por cierto, a nadie se le ocurría preguntarle a otro qué militancia tenía o si estaba con la AD o el MDP (por lo demás nos conocíamos y sabíamos que ahí estábamos todos con todos). Lo único que nos importaba era ver qué acciones se podían impulsar para debilitar a la dictadura y acercarnos a su derrota y a la reconquista de la democracia.

Y pasado ese 1º de mayo, no tan exitoso como pretendíamos, se convocó a través de la Asamblea de la Civilidad a un paro y protesta nacional para los días 2 y 3 de julio. Así que mayo y junio nos dedicamos a trabajar en la preparación de esa actividad. Y fue todo un éxito: grandes movilizaciones, cacerolazos, bocinazos y

hasta un apagón general que se extendió desde Atacama hasta la región del Biobío. Pero con los costos en vidas humanas que la dictadura siempre nos impuso. Murieron ocho pobladores, hubo más de cincuenta heridos y el terrible caso de dos jóvenes, Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas, a quienes una patrulla militar roció con bencina y prendió fuego. Esto nos dolía, pero no paraba la lucha. Nos parecía que eran muestras de la desesperación de la dictadura, que estaba cada vez más aislada. Así que el ánimo combativo seguía en alto y nosotros nos disponíamos para las nuevas acciones.

Por esos días, me relacioné de nuevo con uno de los contactos de la dirección clandestina del Partido que llegó al local de la Constramet y siguió machacando con la misma cantinela, que teníamos que hacer tales y cuales cosas en los sindicatos. Yo lo conocía porque había sido uno de los compañeros de la Jota con los que estuve en la Escuela Wilhem Pieck en la RDA, la cosa es que me agarró de “malas”. Lo tomé de la chaqueta, lo empujé contra una pared y lo increpé a garabatos. “Qué te creís, tal por cual. Nosotros somos los que ponemos la cara por el Partido. A nosotros nos detienen y amenazan a cada rato. Y seguimos poniendo la cara y hablando con los trabajadores y los pobladores en todas partes. Tú venís ahora a dar órdenes, pero cuando cayeron las direcciones y hubo que reconstruir el Partido no te vi por ninguna parte. Y yo sí estaba en eso. No tenís moral para pretender darme órdenes y además no tenís la menor idea de qué piensa la gente en los sindicatos. Así que ándate a la cresta, tal por cual” (el “tal por cual” es porque me avergüenza reproducir la cantidad de garabatos que le eché)²². Me dijo algo así como que iba a informar de mi actitud a la dirección del Partido y se fue. Me pasó lo mismo que a Lecaros. Sin ninguna otra discusión, ni ningún tipo de aviso, dejaron de pagarme la remuneración que me entregaban como funcionario del Partido.

Pero la verdad es que no me importó, seguí haciendo mi pega en las organizaciones (Constramet, CNS, CMT y las Mesas de Concertación Social y Política) igual que siempre. No me importó, porque trabajando en esos dos programas del CES (que se compatibilizaban con mis tareas sindicales) tenía algún ingreso y, además, un dirigente de la Constramet, Humberto Capello, me ayudó a conseguir otros. Él trabajaba en Maestranzas Yoma y le propuso a sus jefes que me tomaran para unas pegas extras que salían en las noches. Primero se rieron de él, le dijeron “qué va a saber de soldar ese Humberto Arcos, si es solo un activista del Partido Comunista”. Capello los desafió a que me probaran, total no perdían nada. Así que una tarde fui citado a Maestranzas Yoma y me dieron una tarea de soldadura con la que estaban atrasados y que pagaban por piezas. Al

ritmo normal de otros soldadores que contrataban, esa pega debería haberme durado para toda esa noche. Pero como a las tres de la mañana ya estaba lista. Y cuando llegaron los jefes a chequear, se dieron cuenta de que mi trabajo estaba impecable y me ofrecieron llamarme cada vez que tuvieran pegas extras. Y entonces les planteé mi acuerdo: que me dieran más trabajo para aprovechar bien toda la noche. Quedé como rey. Me llamaban dos o tres veces al mes y sacaba unos buenos pesos (porque, modestia aparte, yo hacía como entre dos y tres veces las tareas que sacaban otros compañeros con menos experiencia y formación que yo).

Y de repente llegaron las noticias del descubrimiento de armas en Carrizal Bajo que culpaban al FPMR y a los comunistas. Siempre que había alguna escandalera los hombres públicos del Partido cambiábamos de alojamientos, reforzábamos el hábito del chequeo y contrachequeo, conseguíamos acompañantes para que avisaran en caso de detención y tratábamos de mantener nuestras actividades habituales (aunque debo reconocer que lo hacíamos con hartito “julepe”). Y el efecto de Carrizal, además de la preocupación en nuestros camaradas, alentó a los democratacristianos que se negaban a actuar junto a la izquierda. En la Coordinadora no teníamos mayores problemas, ya teníamos años de trabajo conjunto y con Manuel Bustos nos teníamos confianza y hasta amistad. Pero se anduvieron resintiendo los esfuerzos por ampliar y fortalecer las acciones unitarias en otros frentes.

Más o menos un mes más tarde se dio el atentado a Pinochet. Yo supuse de inmediato que era obra de los cabros del FPMR, porque sabía que tenían la capacidad y la decisión como para hacerlo. Pero muchos compañeros pensaron que se trataba un autoatentado, una maniobra de la dictadura para justificar la represión e intentar desmovilizar las protestas de septiembre. Después, cuando se fue generalizando la idea de que había sido obra del Frente, la gente de los sindicatos empezó a mostrar una mezcla de dos sentimientos. Uno de admiración por el valor y la capacidad operativa del FPMR, y otro de duda que se reflejaba en las interrogantes que se debatían: “¿Qué hubiera pasado si Pinochet hubiera muerto? ¿Bastaba la muerte de Pinochet para que se derrumbara la dictadura y su política o algún otro hubiera tomado su papel incluso con más represión?”. Nosotros insistíamos en que había que seguir luchando, tratando de unir a la inmensa mayoría que era perjudicada por las políticas de la dictadura para que algún día termináramos con ella y volviéramos a una democracia donde los trabajadores pudieran recuperar las conquistas de tantos años de lucha que les habían arrebatado. Pero la verdad es que el ánimo se anduvo cayendo un poco.

Ya no era el mismo con que enfrentamos y salimos del paro y de la protesta de los primeros días de julio. El “año decisivo” no fue muy decisivo.

²¹ “Turcos” les llamábamos antes a todos los árabes que llegaron a Chile provenientes del Imperio Otomano. Después aprendimos que realmente no eran turcos, sino mayoritariamente palestinos y sirios.

²² Tal vez por esos sentimientos retomé las pretensiones de “poeta popular” que había desarrollado en Chacabuco y escribí una poesía que titulé Repudio. Dice: Camino al infierno / los que luchábamos / para que el mundo fuera bueno. // Los que usurparon el poder / decían que eran los buenos / hablaban de libertad / para esclavizar al pueblo. // Quienes no se levantaron / para salir adelante / fueron gusanos / y hoy se sienten militantes / hay traidores por todas partes / que dan ganas de escupir / tienen la maldad por dentro / y solo quieren subir. // Los que estuvimos en las luchas / peleamos de verdad / nunca flaqueamos en la vida / y luchamos por la libertad.

Capítulo XVII

1988-1990: la constitución de la Central Unitaria de Trabajadores y el triunfo del NO

Todos los años había una reunión del Secretariado de la Unión Internacional de los Metalúrgicos, en la cual yo participaba. Normalmente se realizaba en Moscú, en su sede, y yo aprovechaba para viajar a la RDA y realizarme los controles médicos. Pero ese año 1987 programaron realizar la reunión en Bogotá, Colombia. Y previo a ella, para aprovechar el viaje me habían programado una serie de actividades en Venezuela. No solo estuve en Caracas, sino también en Valencia y Maracaibo. Además de las actividades con los sindicatos metalúrgicos tuve muchas reuniones en universidades, principalmente motivadas por actividades de solidaridad con la lucha que daba nuestro pueblo en contra de la dictadura. Después de la reunión de la UIS del metal en Bogotá, viajé nuevamente a Berlín para el chequeo médico. Estuve casi dos meses fuera del país y me perdí la visita del papa Juan Pablo II a Chile.

Pero poco después de haber llegado, me hice la idea de que su visita fue muy buena para la lucha contra la dictadura. Cuando salí de Chile seguía el ánimo “bajoneado” con el que terminamos el año 86. Pero al regreso la situación era distinta, había otro ánimo, más fuerza, nuevas esperanzas. Me comentaron mucho sobre el acto con el Papa en la población La Bandera, el hecho de que hubiera estado en uno de los sectores proletarios de Santiago, de que escuchara lo que tenía que decir la gente humilde de este país (se alababa en especial el discurso de la dirigente de los pobladores, Luisa Riveros). Una frase del Papa quedó grabada; me la repitieron mucho en todas partes: “Los pobres no pueden esperar”.

La otra novedad que me encontré al regreso es que se había realizado la Octava Asamblea de la Coordinadora Nacional Sindical y que habían acordado su autodisolución. Pero no era para terminar sino para crecer, para trabajar hacia la formación de la Central Unitaria de Trabajadores, que se lograría un año más tarde.

El Partido Comunista tenía dudas acerca del camino a seguir y sus dirigentes discutían si había que participar en el plebiscito que iba a organizar y controlar la dictadura o si llamaban a la abstención (me recordó una vieja discusión). Para los viejos sindicalistas comunistas la cuestión era clara: había que sumar y sumar fuerzas contra la dictadura y ser capaces de movilizar y hacer actuar esas fuerzas. Para sumarlas era necesario llamar a inscribirse en los registros electorales para votar por el No a Pinochet.

Los viejos sindicalistas influíamos mucho menos que antes. Habíamos perdido al Loco Cueva y, además, tal como a Lecaros y a mí por no acatar a los que mandan y discutir sus decisiones, a varios dirigentes de los antiguos los habían dado de baja como funcionarios del Partido y reemplazado en sus cargos directivos: a Bobadilla, de los textiles; a Caro, de los gastronómicos; a Alamiro Guzmán, de la minera, entre los que recuerdo. Pero no nos importaba ser funcionarios y seguíamos trabajando igual que antes por lo que creíamos. Y además se dio que, en general, con muy pocas excepciones, hubo buenos reemplazos, con dirigentes comprometidos sinceramente con los trabajadores y la posición por la unidad en la lucha. Troncoso, que reemplazó al Loco Cueva, era muy buen dirigente; al igual que el otro “negro”, “el Negro Ahumada”, de los gastronómicos y Gallardo, “el Cabeza de lata”, de la industria Goren, que presidió nuestra Constramet. También Patricia Coñomán, reemplazante de Bobadilla en los textiles era una gran dirigente. Y tal como todos lo entendíamos, el fortalecimiento real de la unidad de los trabajadores pasaba por la manera en que se realizaba. Las decisiones de políticas había que tomarlas no solo por lo que a uno se le pasaba por la cabeza o por lo que había leído en tal o cual libro, sino, fundamentalmente en diálogo con la gente, escuchando, tratando de convencer, nunca imponiendo. La verdad es que los viejos y los nuevos dirigentes sindicales comunistas teníamos posiciones políticas bastante homogéneas.

Poco a poco en el Partido fue predominando la idea de que había que llamar a inscribirse en el Registro Electoral y a votar por el No a Pinochet. Pero a algunos esto equivalía a traicionar el pronunciamiento del Comité Central que llamaba a usar “todas las formas de lucha” y a no inscribirse. Para mí la cosa era muy clara. Seguía (y sigue) siendo válido eso de todas las formas de lucha. Pero aplicando una cuestión básica del marxismo (y yo creo que de cualquier pensamiento lógico) esas formas de lucha hay que definir las “haciendo el análisis concreto de la situación concreta”. Y si mirábamos la realidad, en esa situación concreta que vivíamos, lo que nuestro pueblo anhelaba y lo que estaba

dispuesto a hacer (y no lo que a algunos de nosotros, en nuestras cabecitas y en nuestros corazoncitos, nos hubiera gustado que pasara), era obvio que había que meterse en el plebiscito.

Algunos decían que en vez de “vanguardia de la clase obrera” parecíamos “furgón de cola de los partidos burgueses”, porque estos partidos fueron los que habían llamado primero a inscribirse y rechazaban las acciones violentas. “¿Y qué importa?”, replicaba yo. “Lo que importa es derrotar a Pinochet y analizar cómo la mayoría de nuestro pueblo está dispuesta a luchar para ganarle al dictador”. Para cualquiera era claro que la mayoría quería derrotarlo en el plebiscito (incluso los que temían lo que podría pasar si lo lográbamos derrotarlo). Como estaba, y me mostraba, tan seguro de esta posición, la dirección clandestina del Partido me pidió viajar a Talcahuano para conversar con los camaradas de la zona. Ya hacía tiempo que no era funcionario del Partido, pero me importaba un comino, lo importante era contribuir al éxito de la lucha contra el dictador. Así que acepté de inmediato con una condición que aceptaron: que me pagaran los pasajes.

En Talcahuano también había camaradas de Penco, Tomé, Lota, Coronel y Concepción. A algunos los conocía de antes, de los tiempos de la vieja democracia, así que nos saludamos con grandes abrazos y alegría de vernos. Eso influyó en la recepción que me dieron los que no me conocían personalmente. Además, como salía bastante en los diarios, por ser dirigente de la Constramet, de la Coordinadora, del Comando Metropolitano de Trabajadores o por las detenciones (incluyendo la falsa desaparición) o por los innumerables procesos y órdenes de detención que varios ministros del Interior dictaron contra listas de sindicalistas en las cuales siempre me incluían, la verdad es que me acogieron como a todo un personaje. Resulta que yo no era una personalidad al margen, sino uno igual que ellos, que hablaba y razonaba como ellos, así que nos entendimos de maravillas. Todos los camaradas integrantes de las instancias de la dirección del Partido en la zona quedaron tan convencidos como yo de que había que jugárselas para ganar el plebiscito.

Paralelamente, en el ámbito sindical seguíamos tirando líneas para la conformación de la Central Unitaria de Trabajadores. Pero en los primeros meses del año 88 tuve que suspender mi trabajo. Margot Zelman, encargada de relaciones internacionales de la Central Obrera de la RDA, me envió los pasajes para viajar directamente a la RDA y ser sometido a una operación. Ya me habían advertido, en mi visita anterior, que habían logrado desarrollar nuevas técnicas y

que tal vez podrían eliminar los coágulos que yo tenía en el cerebro, que además de todas las molestias que ocasionaban, podían terminar con mi vida en cualquier momento. Así que partí lleno de esperanzas. Y la operación resultó un éxito. Se acabaron los dolores de cabeza y, según me dijeron, el peligro de la muerte inesperada. Lo único que se mantuvo, y se mantiene hasta hoy, es un ruido permanente.

En el hospital, mientras estaba en recuperación, aproveché de leer todo lo que había en español sobre la perestroika y la glasnost²³, además del semanario Novedades de Moscú. Y me empecé a “bajonear”. De partida, recordé una obra de teatro que había visto algunos años antes, en uno de mis viajes para las reuniones de la UIS del metal en Moscú, que se llamaba Los gnomos. En ella, básicamente, se mostraba a unos gnomos que producían cosas sin importarles si lo hacían bien o no, si lo que hacían era de utilidad para la gente o no. Vivían y trabajaban sin vincularse, sin interesarse por el resto. Estaban como encerrados cada uno en su burbuja, haciendo cosas, cuyo sentido no les importaba. Esa obra me inquietó y recuerdo que el traductor me explicó que el objetivo de su creador había sido alertar contra el desarrollo de esa actitud que se estaba dando en algunos lugares.

Todo lo que se destapaba con la glasnost y las informaciones del Novedades de Moscú parecían mostrar que los gnomos se habían expandido y predominaban en la URSS. Pero, además, también mostraban que a muchos de los dirigentes de los distintos niveles del PCUS eso no les había preocupado, porque estaban centrados en disfrutar de las regalías del poder. Fue un terrible golpe para mí. Es cierto que mi imagen del “otro mundo posible” nació en los campos de Mantilhue, en Valdivia, pero después parecía encarnarse en la URSS, con su tremendo éxito en la recuperación de postguerra, con los avances espaciales, con su pretensión de superar económicamente a EE.UU., con su impulso a la coexistencia pacífica, en fin. En mis varias visitas a Moscú, desde que fui como Santiago hasta las que fui como integrante del secretariado de la UIS del metal, la verdad es que nunca había tenido contacto –entre otras razones por las barreras idiomáticas– con ciudadanos soviéticos comunes y corrientes. Solo me había vinculado con los funcionarios de los aparatos de relaciones internacionales del Partido y de los sindicatos, además de los de agentes de la KGB. Jamás tuve el menor indicio ni me imaginé que las cosas pudieran ser como se describían ahora. Se empezó a caer el “otro mundo posible” en el que creía.

Conversé el tema con compañeros del PSUA de la RDA y ellos estaban muy preocupados. Desde que había ido a la Escuela Internacionalista de la Juventud de la RDA, y en todas mis pasadas para las atenciones médicas, tuve contactos con muchos camaradas del PSUA de los que me hice (y mantengo) muy buena impresión. No solo eran internacionalistas muy consecuentes, sino que vivían preocupados del bienestar de su pueblo. No eran de los que querían el poder para usufructuar de él, sino que realmente aspiraban a construir una sociedad mejor. Y estaban en una tarea tremendamente difícil.

Su Estado, la RDA, se había construido bajo el poder de una potencia extranjera, después de la derrota del nazismo. Había resentimiento, tanto de los exnazis derrotados como de los nacionalistas espontáneos. La gente vivía bien, tenía educación, salud, bienes materiales de consumo, posibilidades de actividades culturales y deportivas, y el terrible problema habitacional que les dejó la guerra casi se estaba terminando de solucionar. Pero había un gran pero: no podían salir a Occidente, al west. Y como podían ver la televisión del west, empezaron a no satisfacerse con las cosas harto buenas que tenían y a aspirar a comprarse artículos “de marca”, de esos que salían en la propaganda televisiva. Además, muchos tenían parientes en el west y si bien los parientes podían visitarlos, ellos no podían viajar y retribuirlos con sus visitas. Y el descontento latente por estas cosas era fuerte.

Los camaradas del PSUA decían que no podían llegar y abrir las fronteras, básicamente por dos razones. Una, porque eso facilitaría toda la labor de espionaje y desestabilización que sistemáticamente habían sufrido a lo largo de toda su existencia, por parte de las tres potencias occidentales (EE.UU., Inglaterra y Francia) y de la RFA. La otra, porque los precios de los artículos de primera necesidad en la RDA eran fijos y muchísimo más bajos que los de la RFA y la apertura de las fronteras y el libre comercio entre los dos Estados simplemente iba a ser aprovechada para abastecer al west con esos artículos, generando escasez en el east y colapsando el funcionamiento de la RDA.

Ellos reconocían que la existencia de las bases militares soviéticas en su territorio, además de contrapesar la existencia de bases de las potencias occidentales en la RFA, era un factor que influía en que ese descontento latente no se expresara abiertamente. Y temían, con razón como lo demostró la vida, que si los soviéticos, con sus problemas, cerraban sus bases podría darse una situación que llevara a la desaparición de la RDA. En el fondo, los camaradas del PSUA me advirtieron de la posibilidad, casi inevitable a esas alturas, del

colapso del “campo socialista”. Se me terminó de caer “el otro mundo posible” en el que había creído todos esos años, el que me había dado fuerzas para seguir luchando sin que me importaran las circunstancias, harto duras, por las que me tocó pasar.

Regresé a Chile mejor de la cabeza y peor del alma, muy bajoneado.

Pero como “el que nace chicharra muere cantando”, apenas llegué a Santiago me vinculé con los compañeros de la Constramet y me integré a las tareas para constituir la Central Unitaria de Trabajadores. Lo que pasaba en Europa me dolía, pero más me dolía la situación que vivía nuestro pueblo, así que me enfoqué en seguir trabajando para ayudar a cambiar la situación.

Se fijó la fecha del congreso constituyente de la CUT para antes del plebiscito, en agosto de ese año 1988. La dirección clandestina del Partido me llamó a una reunión y me encargó que fuera el representante de los comunistas frente a las otras fuerzas político-sindicales para todas las conversaciones previas y las que se darían en el desarrollo de ese congreso.

Fue una reunión en la que participaron por la dirección del Partido Manuel Cantero, Jorge Insunza y (para mí, en ese entonces, el “cabro” y ahora diputado por el norte) Lautaro Carmona. Empezamos a conversar: ellos plantearon lo que pensaban y yo empecé a exponer lo que yo creía. Me interrumpió Lautaro Carmona y empezó a dar una lección básica sobre el rol del Partido como vanguardia de la clase obrera y el de los militantes que debían jugársela para llevar esas directrices a los trabajadores. Cantero e Insunza, primero con gestos y después directamente, lo pararon y posibilitaron que siguiera la conversación como un diálogo y no como un intento de imponer cosas. La verdad es que no trataron (y yo creo que realmente Manuel Cantero y Jorge Insunza no tenían la menor intención) de imponer nada. Estaban de acuerdo en que había que esforzarse por lograr una lista unitaria, era obvio que por su trayectoria y consecuencia el candidato a presidente debía ser Manuel Bustos (no Rodolfo Seguel, del cobre y también DC, cuyo nombre algunos habían echado a correr). También estaban de acuerdo en que los comunistas no querían determinados cargos y en que podíamos y debíamos ser flexibles. Pero sí nos importaba que la presencia comunista se reflejara en la dirección de la nueva CUT para demostrar que esta era realmente unitaria y que no aceptaba esa política que impulsaban algunos opositores a la dictadura, incluyendo muchos DC, que intentaban aislar y prescindir de los comunistas. En esas posiciones no hubo la menor

discrepancia entre los viejos sindicalistas y la dirección clandestina del Partido. Tampoco hubo el menor problema en los nombres de los dirigentes sindicales comunistas que podrían integrar la dirección de la CUT, entre los cuales el mío no figuraba. Yo, feliz, porque después de mi regreso de la RDA no me sentía en condiciones anímicas para asumir responsabilidades mayores por un periodo prolongado.

El Congreso se desarrolló el 20 y 21 de agosto en el recinto de la Iglesia en Punta de Tralca. Participaban delegados de las confederaciones, federaciones y sindicatos nacionales. Era un Congreso realmente representativo del sindicalismo chileno de ese año. Llegamos el día anterior y empezamos las reuniones con los dirigentes de mi partido y después con los representantes de cada uno de los sectores que tenían representación en el Congreso. Todos habíamos estado en la lucha contra la dictadura desde hacía tiempo y nos sentíamos hermanados, muchos habíamos estado presos juntos o nos habíamos visitado en la cárcel o en los lugares de relegación, y éramos amigos, más allá de las tiendas políticas en las que militáramos. Así que no tuvimos mayores problemas en llegar a acuerdos. La plataforma de lucha fue aprobada por unanimidad y se basó en la que había creado la Coordinadora Nacional Sindical. La directiva que propusimos conjuntamente a la asamblea del congreso también fue aprobada por unanimidad. Manuel Bustos a la cabeza y, como vicepresidente, Nicanor Araya, un dirigente socialista de Codelco (después, por su lejanía, ya que era de Chuqui, y por razones operativas fue reemplazado por el socialista de los gráficos Arturo Martínez). Los sindicalistas comunistas que integraron la primera directiva de la Central Unitaria fueron Sergio Aguirre, de los portuarios; Manuel Rodríguez de El Teniente; Moisés Labraña, de la Federación Minera (el único que no me gustaba realmente); Sergio Troncoso, de la construcción; Patricia Coñomán, de los textiles; Miguel Vera, creo que de los telefónicos; Miguel González, que había realizado grandes luchas con el Sindicato Nacional de Montaje Industrial, que agrupaba a los trabajadores de las empresas contratistas de las grandes mineras, y Jorge Pavez, un conocido y respetado dirigente de los profesores. Ya con la CUT conformada tan exitosamente, nos concentramos en el plebiscito que se nos venía encima.

Este espíritu unitario con el que se formó la CUT no era del todo ajeno al ánimo que se fue creando en la campaña por el NO. Grandes concentraciones, el mundo del arte y la cultura que se la “jugó”, y el gran éxito en la franja televisiva, todo nos tenía optimistas. Pero siempre desconfiando del puñal que el dictador podía sacar desde debajo la manga. Y vino el 5 de octubre, el día del plebiscito.

Fuimos a votar temprano y, de ahí, directamente a la casa para escuchar las informaciones de las radios y ver las de la televisión . La oposición tenía organizado un sistema paralelo de cómputos de la votación con equipos computacionales facilitados por la solidaridad internacional. Y empezaron a dar resultados favorables al NO más o menos con un 55% contra un 45%. Pero el Gobierno entregaba muy de tarde en tarde otros resultados, con muchas menos mesas de votación escrutadas, y en las que aparecía ganando estrechamente, pero ganando, Pinochet.

El ambiente era muy tenso en la población. Nadie circulaba por las calles, todos estaban pendientes de las radios y la tele. El temor a que el dictador desconociera los resultados crecía y con él, la interrogante sobre qué tendríamos que hacer. El primer suspiro de alivio llegó ya tarde en la noche, cuando el “momio” y exministro del Interior de Pinochet, Sergio Onofre Jarpa, reconoció que estaba ganando el NO. Pero el Gobierno seguía, a través del subsecretario del Interior y hoy diputado de RN Alberto Cardemil, entregando datos que los daban por ganadores. Más tarde, cuando los periodistas reportaban a los miembros de la Junta que llegaban a una reunión en La Moneda convocada por Pinochet y el representante de la FACH, general Matthei, dijo que estaba claro que iba ganando el NO, el alivio fue mayor. Y en la casa descorchamos una botellita para empezar a celebrar.

Por fin, después de la reunión de la Junta (y del rechazo a la pretensión de Pinochet de que le entregaran todo el poder), Cardemil, con la mayoría de la votación escrutada, dio el reconocimiento oficial que iba ganando el NO. Y ahí sí que empezó la gran celebración. Toda la gente de la población salió a la calle a darse abrazos y a compartir su alegría. Espontáneamente se organizó una marcha y nos fuimos caminando hasta la Alameda. Partí con mis hijos, la Tato, la Nani y el Chicho. También marcharon el José y el Delfín, pero ellos se fueron por su cuenta, con sus amigos. Y yo estaba tan contento que no me importó que se fueran con ellos, a pesar de que los tenía cuestionados. Resulta que una noche que llegué tarde a la casa me “cogotearon”. Uno de los asaltantes le dijo a otro, “no le peguís, mira que es el papá del Chicho y del Delfín”. Al otro día apareció la billetera en el patio de la casa, sin las pocas lucas que llevaba, pero con todos los documentos. Eso significó una seria conversación familiar respecto al tipo de amigos con los que se estaban juntando mis hijos. Pero en esta celebración ni siquiera quise acordarme del tema.

Pero volviendo a la marcha hacia el centro, resulta que en el camino se iban

incorporando columnas de gente que venía de otras poblaciones. Fue una celebración multitudinaria y sin el menor incidente. Los carabineros estaban tranquilos, sin hacer el menor gesto represivo. Incluso algunos de los manifestantes los abrazaron y les dijeron que ahora iban a ser amigos de nuevo. Fue una jornada memorable.

Pero la dictadura siguió siendo dictadura hasta el fin de sus días. A fines de ese mismo octubre asesinaron a Pellegrin y a Cecilia Magni. Como he contado, conocí a Pellegrin y su muerte me dolió mucho. Tengo la sospecha de que la dirección Clandestina del Partido trató a los combatientes del FPMR igual como trató a los viejos sindicalistas, con el método de “te ordeno y te mando” en lugar de conversar para convencer o ser convencido. Pellegrin era un joven abierto a dialogar, no cerrado, aunque con convicciones muy firmes. Tal vez se habría podido evitar esa escisión del Frente Autónomo y esos valiosos y valientes camaradas podrían estar vivos, aportando muchísimo a la política del Partido.

La dictadura mantuvo relegados a Manuel Bustos y a Arturo Martínez alrededor de un año y medio, hasta octubre del 89, cuando faltaban pocos días para la elección de Patricio Aylwin. Yo fui varias veces a Parral a ver a Manuel Bustos, a veces con otros dirigentes o también con compañeros de CES. Antes de viajar había que llamar y poco menos que pedir audiencia, por la cantidad de gente que iba a verlo. Es que Manuel fue un dirigente clasista, abierto, que colocaba los intereses de los trabajadores por encima de las divisiones partidistas: era unitario, valeroso y consecuente. Me siento orgulloso de haber trabajado y forjado una cierta amistad con él en esos años duros.

La dictadura aprovechó su último tiempo para seguir privatizando todo lo que quería privatizar. Solo se libró CODELCO porque, por la Ley Reservada del Cobre, entregaba un 10% de sus ventas a las Fuerzas Armadas. Y asimismo siguieron dictando leyes hasta el último día, para dejar todo “bien amarrado”, a fin de que los sucesores no pudieran hacer mucho.

La CUT siguió luchando por el fin de la relegación de sus dirigentes, por un salario mínimo decente y contra las privatizaciones, sin éxito, pero en medio de un ambiente de triunfo: pronto se iría el dictador. La CUT también hacía llamados a los partidos políticos a fin de que propusieran planes y programas para la transición y se enriquecieran con la opinión de los trabajadores. De nuevo nos sentíamos optimistas.

De repente, surgían apoyos que a algunos les sorprendían. Por ejemplo, el empresario que dirigía Asexma, la Asociación de Exportadores de Manufacturas, Gustavo Ramhdor, hizo declaraciones señalando que el Gobierno debería asegurar un sueldo mínimo que permitiera vivir a los trabajadores. Yo lo había conocido en las negociaciones colectivas de Indugas y no me sorprendió. Participaba en la Organización de Empresarios Cristianos y siempre había sido muy dialogante, tratando de buscar el entendimiento con los trabajadores. Como tampoco debería haber sorprendido a nadie (aunque la prensa mercurial puso el grito en el cielo) un llamado del presidente de la Conferencia Episcopal, el obispo Carlos González, a disolver la CNI y terminar con el exilio. Y a propósito de esto, ya hacía rato que algunas figuras políticas destacadas de los partidos populares lo estaban desafiando en los hechos. Habían regresado clandestinamente Clodomiro Almeyda y María Elena Carrera, socialistas, y nuestras camaradas Julieta Campusano y Mireya Baltra. Una vez llegados al país, hacían pública su presencia y le pasaban el lío a la Justicia que, dado el ambiente en el país y las presiones internacionales, empezaba a atreverse a hacer cosas sin el visto bueno de la dictadura.

En ese ambiente, donde la dictadura seguía siendo dictadura pero veía más cerca su final, se dieron negociaciones entre los dirigentes de la Alianza Democrática y el Gobierno para consensuar algunos cambios en la Constitución. Como Pinochet, cuando Jarpa era ministro, había dicho que no le cambiaría ni una letra a la Constitución, se realizó otro plebiscito, a mediados del 89 y la reforma se aprobó con más del 90% de la votación.

Un tema importante era la elección del candidato presidencial de la oposición. Obviamente iba a ser alguien de la DC, así que el que eligieran los demócratacristianos iba a ser el candidato de todos. Dos nombres sonaban fuerte: Patricio Aylwin y Gabriel Valdés. De Aylwin no podíamos olvidar que había sido presidente de la DC cuando boicoteó el diálogo que proponía Allende y que, junto con Frei padre, había respaldado el golpe. Valdés, aunque no se había pronunciado contra el golpe, como lo hicieron algunos dirigentes de la DC, como Bernardo Leighton, Renán Fuentealba y Belisario Velasco, al menos había defendido siempre la unidad de todas las fuerzas antidictatoriales. También lo habíamos visto en las calles participando en las manifestaciones y una vez frente a la Biblioteca Nacional, mojado hasta los huesos. Así que preferíamos a Valdés, pero la elección estaba en manos de los DC. Y trascendió que se metieron “manos moras” (las más publicitadas, las de Gutemberg Martínez) que cambiaron votos o algo por el estilo y ganó Aylwin. Daba rabia, pero el asunto

central era ganarle al candidato de los pinochetistas, su exministro Hernán Büchi. Para más remate salió otro candidato, que se autoproclamaba de “centro-centro”, “el Fra-fra”. Francisco Javier Errázuriz, un empresario, súper activo y súper demagogo que, entre otras cosas, iba a acabar con las UF en cinco minutos. Me recordaba el papel que jugó el cura de Catapilco en una de las elecciones donde participó Allende. Así que, dejando sentimientos, resentimientos y simpatías de lado, me concentré en trabajar por la candidatura presidencial de Patricio Aylwin, como cuestión central, y por las candidaturas parlamentarias del MDP, por otra parte. La DC se negó a integrar una lista unitaria de toda la oposición.

Y ganamos la elección presidencial. En las de parlamentarios también ganó la oposición, pero debido a la marginación del MDP y a las “virtudes” del sistema electoral binominal, eso no se reflejó en tener mayorías significativas que permitieran legislar después. Lo importante era que le habíamos ganado por lejos a Büchi y se prolongaba la alegría del triunfo en el plebiscito.

Cuando se empezó a discutir quiénes podrían ser los integrantes del gabinete de Aylwin y empezaron a trascender sus nombres, en el movimiento sindical nos sentimos felices. Alejandro Foxley, en Hacienda. Como economista de CIEPLAN, había participado en algunos seminarios con nosotros y era crítico, muy a fondo y con argumentos muy serios y profundos, del modelo económico que había impuesto la dictadura. René Cortazar, también de CIEPLAN, aparecía como el futuro ministro del Trabajo. Había participado con dirigentes sindicales en varios seminarios, algunos incluso organizados por el CES, y era un crítico muy preparado del Plan laboral que nos había impuesto la dictadura. El abogado Eduardo Loyola, socialista, había sido asesor nuestro en la Coordinadora Nacional Sindical y teníamos con él un trato de amistad.

El nuevo presidente hizo un acto en el Estadio Nacional y todo apuntaba a que se empezaba a construir un nuevo país. Le rindió homenaje a los que estuvieron presos en ese recinto y las mujeres de los desaparecidos bailaron la cueca solas. Don Patricio Aylwin se veía sinceramente emocionado. Sabía que no era lo mismo que cuando ganó Allende, pero este, que era también un triunfo del pueblo, me llegaba al corazón. Y como –creo que ya lo he dicho– soy un optimista sin remedio, no pensaba en las dificultades que se avizoraban y solo me dejaba embargar por la “alegría que ya había llegado”, como decía el canto del NO.

¿Cuánto duraría? Eso estaba por verse.

²³ Perestroika y glasnost son los nombres con que se conocen las políticas internas introducidas por Mijaíl Gorbachov en la segunda mitad de los 80. La primera tiene que ver con la reestructuración económica, y la segunda, con el incremento de la apertura y transparencia de las instituciones gubernamentales y la liberalización de la prensa.

Cuarta parte

La vuelta a la “democracia” y el renacimiento de la esperanza (1990-2010)

Capítulo XVIII

1992-2010: la vuelta a la “democracia” y el trabajo de capacitación

Con la “democracia” seguí trabajando en la Constramet, en el CES y en “pololitos” de soldadura cada vez que me llamaban de Maestranzas Yoma. A pesar de que Pinochet seguía de comandante en jefe del Ejército, y eso daba muy mala espina, en el movimiento sindical predominaba un ambiente de esperanzas. De hecho, en esos dos primeros años de “democracia” creció el número de sindicatos y de trabajadores sindicalizados. También aumentaron las negociaciones colectivas. Tuvimos cualquier pega en nuestras asesorías. Y hay que decir que en el sector patronal encontramos un mejor ambiente para acoger algunas de nuestras demandas. Influyó la mejor situación económica que se daba en el país, pero también el hecho de que ahora las autoridades políticas eran distintas. Con Pinochet sabían que tenían todas las de ganar; ahora no sabían bien el terreno que pisaban. Y entonces tenían una mayor disposición a negociar de verdad con los trabajadores y a hacer ciertas concesiones.

Con Asimet (Asociación de Industriales Metalúrgicos) durante la dictadura y con Fantuzzi como presidente, siempre habíamos tenido un diálogo abierto y respetuoso. Ahora las cosas estaban mejor, pero nunca tanto como para aceptar nuestro viejo anhelo de volver a la negociación por rama de la producción. La industria había cambiado muchísimo y nosotros no nos dábamos cuenta cabalmente. Durante el gobierno del presidente Allende hubo hasta 120.000 trabajadores metalúrgicos. La política económica de los Chicago boys, por una parte, y la represión a los trabajadores, por la otra, hicieron que a inicios de los 90 solo fueran 30.000 los metalúrgicos que quedaban en todo el país. La política económica hizo quebrar a muchas empresas. Y la represión hizo que muchos trabajadores se fueran a otros países donde les ofrecían buenos sueldos, porque estaban muy calificados. Cuando me tocó ir a Venezuela, en Puerto Ordaz, me encontré con gran cantidad de ellos, que se habían establecido con sus familias allá y que estaban muy bien como para pensar en volver sin certezas de encontrar trabajo. Y me contaron que había otra gran cantidad de los viejos metalúrgicos en otras partes de Venezuela, Argentina y México. La verdad es

que los obreros metalúrgicos en Chile ya no teníamos el peso que habíamos tenido antes.

Eran grandes los cambios que se habían operado en nuestra economía, de los que no habíamos tomado plena conciencia y los que frustraban nuestra aspiración de recuperar las conquistas del pasado, esas que nos había quitado la dictadura. Pero además se habían producido grandes cambios en el mundo. El tiempo en que los capitalistas hacían concesiones a los trabajadores para evitar que se entusiasmaran con el comunismo había terminado con el derrumbe del campo socialista, con el desplome de los “socialismos reales” y el de los socialismos “ideales”. Ahora los capitalistas estaban en condiciones, por su fortaleza y por nuestra debilidad (entre otras cosas porque ya no teníamos proyectos claros), de imponer los términos que más les convenían.

Pero estos son análisis a la distancia, en ese entonces seguía la lucha para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias, y nosotros ayudábamos asesorando en las negociaciones colectivas.

Y en lo personal, por esos días empecé a entablar una relación que dura hasta el presente. Resulta que yo me había hecho amigo del camarada González, dueño de una casa en la que me refugié en dos ocasiones durante la dictadura, y después lo seguí visitando de vez en cuando. Y en una de esas visitas me presentó a su hija Elena, bibliotecaria, que venía desde Victoria con sus dos hijos en plan de separación de un marido que la hacía objeto de maltrato físico y psicológico. En el CES teníamos cualquier cantidad de libros y publicaciones, pero en el más absoluto desorden, así que se me ocurrió proponerle a Agustín Quevedo, el economista del CES y jefe del programa de asesorías, que contratáramos en una jornada parcial a una bibliotecaria y ordenáramos nuestros materiales. Me derivó a Manuel Barrera, el jefe máximo del CES, y él estuvo de acuerdo. Así que pude conseguirle un trabajo a la hija de mi amigo. Y viéndola en el CES y en las visitas a la casa de su padre, me empecé a interesar en ella y, al parecer, ella en mí.

Entonces empezó a ser notorio que yo la visitaba a ella más que a su padre. Su madre comenzó a sentir un disgusto que no intentaba disimular y que era razonable desde su perspectiva. Yo, aunque ya no tuviera relaciones con mi señora, seguía siendo un hombre casado. Además, a lo largo de esos años de convivencia ocasional, ella me había conocido un par de parejas. Y para rematarla resulta que me consideraba demasiado viejo para su hija, que era

catorce años menor que yo. Pero, con los mismos antecedentes, nuestra perspectiva era totalmente diferente. Los sentimientos pesaban más y decidimos arrendar un departamento y vivir juntos definitivamente.

En el CES, además de las asesorías, teníamos la inquietud de hacer nuevas cosas. Fue así que a Agustín se le ocurrió aprovechar el impulso que se le estaba dando a la capacitación de los trabajadores y postular a algunos de los cursos que financiaba el Sence (Servicio Nacional de Capacitación y Empleo), organismo dependiente del Ministerio del Trabajo. Un gran número de estos cursos, que existían desde los últimos años de la dictadura, se habían orientado hacia los funcionarios de mayor jerarquía de las empresas. Ahora, respondiendo al cambio de gobierno, las capacitaciones del Sence empezaban a enfocarse hacia obreros y empleados. Aprovechando que teníamos conocidos entre las nuevas autoridades y funcionarios del Ministerio del Trabajo, nos conseguimos todos los antecedentes legales y reglamentarios para poder prepararnos y, finalmente, postulamos. Nuestro primer curso fue en el puerto de San Antonio. La Municipalidad le arrendaba un taller a una empresa metalúrgica pequeña y allí dimos un curso de soldadura al arco, en el cual yo era el profesor. Para cumplir con todos los requisitos legales, antes había tenido que dar un examen en Indura para obtener un certificado como soldador calificado que podía adiestrar a otros. Con todo lo aprendido en Immar, con lo que me enseñaron los canadienses en Nacimiento y la práctica esporádica que seguía haciendo en Maestranzas Yoma, no tuve la menor dificultad para pasar el examen. Así que de licenciado en enseñanza básica (cuando se llamaba preparatoria y duraba seis años), llegué a ser profesor en capacitación técnica profesional.

Me di cuenta de todas las potencialidades que podía tener meterse a fondo en la capacitación de los trabajadores y pedí hablar con el encargado sindical de la dirección del Partido. Concretamente, le propuse que el Partido formara una OTEC (Organismo Técnico de Capacitación) y trabajáramos combinando la capacitación profesional con las conversaciones sobre el movimiento sindical y sus luchas, a fin de, junto con capacitar trabajadores, ir fortaleciendo una conciencia clasista (no partidista: clasista y unitaria). Pero “no me pescaron”. Creo que estaban “en otra”. Por una parte, creo que no entendían bien el asunto, pero además pienso que sus preocupaciones parecían estar más enfocadas en el derrumbe del campo socialista, en cómo se iba dando nuestra “democracia pactada” y en los conflictos ideológicos y situaciones de poder que se empezaban a dar al interior del Partido.

La verdad es que era para preocuparse esta democracia pactada con la dictadura. De partida, y sin que nos percatáramos, ese segundo plebiscito, antes de la elección de Aylwin, que modificaba la Constitución del 80 y que aprobamos con más del 90% de los votos, prácticamente dejó amarradas de mano a las nuevas autoridades con el sistema electoral binominal, senadores designados y quórum especiales para las modificaciones de las leyes que más nos interesaban. Una demanda que nos unificó alguna vez como oposición, convocar a una Asamblea Constituyente para redactar una nueva Constitución, quedó olvidada. De verdad es que no era una democracia pactada, era una “democracia” con camisa de fuerza. Y por si alguien no se daba cuenta, Pinochet era capaz de acuartelar al Ejército como advertencia a “los señores políticos”, y después decir que solo se había tratado de un “ejercicio de enlace” (era diciembre del 90, antes de que el presidente Aylwin cumpliera un año de su mandato). Sin embargo, seguía cierta alegría en la población: la sensación de libertad, la falta de allanamientos nocturnos y la incipiente investigación de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en dictadura. Pero también había frustración por lo poco que se hizo en la modificación del Plan laboral, y la entrega de nuestras riquezas básicas a las grandes empresas transnacionales.

Pero volviendo a las inquietudes del trabajo concreto, como el Partido no se interesó en la formación de una OTEC que pudiera ayudar a fortalecer un movimiento clasista, con Lecaros, el expresidente de la Constramet (que retornó apenas ganamos el plebiscito, pero que seguía sin pega) optamos por hacerla por nuestra cuenta. Así que cuando se renovó la directiva de la Constramet, dejamos nuestros cargos y nos pusimos a trabajar para la formación de la OTEC. Con ella, pensábamos, podríamos seguir vinculados al mundo sindical, haciendo algo útil, y, lo que también era importante para nosotros, teniendo algunos ingresos que nos permitieran “parar la olla”. El único “detallito” que faltaba era que no teníamos el dinero necesario. Teníamos que buscar un socio con plata. Y para lograr que alguien con plata estuviera dispuesto a invertir en la OTEC, debíamos preparar el proyecto como un negocio que iba a dar ganancias. Así que lo hicimos de esa forma y empezamos a buscar quién podría ser el “inversionista”. Lucho Fuentealba, dirigente socialista de la construcción, de la CNS, de la CUT y compañero en el programa de educación del CES, nos dio un dato. Cuando él trabajaba en Obras Directas, en el Ministerio de la Vivienda, entre el 70 y el 73, habían tenido contratos con Luciano Armendáriz, uno de los socios de Maestranza Belga. Él pensaba que si este caballero estuvo abierto a trabajar con un Ministerio durante el gobierno de la UP, parecía que era un empresario más “pragmático” que “ideológico”.

Nosotros conocíamos a Armendáriz, pero desde otra perspectiva. Le habíamos formado el sindicato en Maestranza Belga en plena dictadura. Habíamos presentado un proyecto de contrato colectivo que rechazaron y que nos llevó a una huelga. Eran dos socios, uno, de apellido Herrero, que aparecía como el “blando”, y el otro, Armendáriz, que se mostraba tan prepotente que sus trabajadores le apodaban “el Martillo”. Incluso durante la huelga tuve problemas con él, pues una vez intentó retenerme y llamar a la CNI. Obviamente no me quedé, salí cascando y al otro día regresé con nuestro abogado, Laureano León, para recuperar mi carnet que había quedado en la empresa. Pero, como en ese tiempo había tantos cambios de actitudes, decidimos confiar en lo que nos dijo Fuentealba y fuimos a hablar con el Martillo.

Nos preparamos bien y le hicimos una buena presentación. Nos hizo un montón de preguntas y nuestras respuestas sirvieron para mostrar que entendíamos del asunto y que nuestro proyecto, además de mejorar la calificación de los trabajadores (cosa que a él le interesaba a lo menos para los de su empresa) permitía obtener algunos beneficios. Así que aceptó nuestra propuesta y se transformó en el “socio capitalista” y representante legal de la OTEC que formamos, a la que llamamos, sin pretender ser muy originales, Catec (Centro de Capacitación y Formación Técnica).

Los primeros cursos los hicimos en la propia Maestranza Belga y para sus trabajadores. Pero paralelamente, con Lecaros, nos juntábamos con otros dirigentes sindicales conocidos y les planteábamos la posibilidad de hacer estos cursos en otras empresas. La oferta era bien atractiva, los cursos no solo no les costaban nada, sino que además recibían una especie de bono (que financiaba el Sence) cuando aprobaban la calificación. Y además la calificación les significaba mayor seguridad en el trabajo, la posibilidad de ascender en la empresa o mejores perspectivas para encontrar un puesto en otro lugar. Alumnos no nos faltaron. Nosotros, vinculándonos a través del mundo sindical y también entusiasmando a los empresarios de Asimet para que aceptaran las propuestas de calificación, en verdad hicimos una buena promoción.

Una experiencia muy valiosa se dio cuando empezamos a trabajar en el sistema dual. Primero calificamos a unos monitores de distintas empresas metalúrgicas. Estos monitores iban a tener la misión de supervisar después a los trabajadores que calificáramos y señalarnos los aspectos débiles que fueran encontrando en su trabajo. De esta manera podíamos dar una educación casi personalizada, atendiendo a esas debilidades de los trabajadores y también a las necesidades de

calificación específicas de las distintas empresas. Los trabajadores seguían en su pega normalmente, recibían la capacitación fuera de sus horas laborales y recibían un bono por asistir a ella.

En el intertanto, también empezamos a estudiar los concursos que convocaba el Sence. Y encontramos que llamaban a un sinnúmero de cursos en distintos lugares del país. Estos cursos iban desde el término de la enseñanza básica o media hasta la repostería, pasando por la gasfitería, el manejo de bodega, computación, en fin. Y se nos ocurrió que si encontrábamos profesores adecuados para los distintos temas, podíamos ampliarnos y no quedar limitados a los cursos de soldadura y estructuras metálicas que impartíamos. Así que nos pusimos en campaña y, preguntando a dirigentes sindicales y a camaradas del Partido, fuimos comprometiendo un equipo de gente calificada de distintas especialidades que estaba dispuesta a meterse en este empeño, que por lo demás solo significaba un trabajo de tiempo parcial. Y empezamos a postular a los concursos del Sence y a ganar algunos de ellos.

(Como me había acostumbrado a ver a Elena en el trabajo del CES, también la invité a sumarse a nuestro proyecto. Ella no solo aceptó ser profesora para los cursos de bibliotecarias –que también había– sino que se metió a sacar un título de profesora de enseñanza básica en un curso que la Universidad de Los Lagos daba los sábados, y se transformó en una estupenda educadora).

Los concursos del Sence no eran solo para Santiago, había muchos para otras regiones. Entonces empecé a viajar para ver las posibilidades de armar equipos locales de capacitadores, arriendo de locales, equipos disponibles, etc. Y nos extendimos a provincias. Hicimos cursos de capacitación en Talcahuano, Concepción, Penco, Parral, Rancagua, Valdivia, Castro y otras localidades, además de Santiago. Y, junto con nuestras especialidades, atendimos cursos de Seguridad Industrial (y nada menos que para la mina El Teniente), computación, repostería, bibliotecología, educación básica, educación media, manipulación de alimentos y otros cuantos. Llegamos a dar cincuenta cursos distintos, a cargo de profesionales buenos, a los que podíamos pagarles bien y además obtener ganancias. No solo capacitábamos a través de concursos del Sence, también les vendíamos cursos a empresas, generalmente grandes, que después podían deducir su costo del pago de impuestos (hasta el 1% de su planilla de sueldos).

Pero yo estaba agotado y encontraba que salía perjudicado en el sistema de trabajo que nos habíamos dado. Armendáriz era el representante legal y por sus

responsabilidades directivas en Maestranza Belga no podía hacer mucho más. Lecaros trabajaba solo en Santiago y estaba a cargo de la oficina (nos iba tan bien que hasta habíamos comprado un local en la calle Concón de la Estación Central). Y yo tenía que viajar a las distintas regiones, armar equipos, organizar los cursos y a veces darlos (cuando eran de mi especialidad). Cuando terminaba el mes, sacábamos las cuentas. Tantos ingresos, menos tanto que pagamos en arriendo de locales y maquinarias, menos tanto que pagamos a los profesores, menos tanto de traslados y viáticos, nos queda tanto de ganancia. Y esa ganancia la dividíamos por tres y nos íbamos con la misma plata cada uno de los socios. No me parecía justo, así que planteé lo que pensaba y pedí la disolución de la sociedad.

Armendáriz me halló razón, pero dijo que él no podía darle más atención a Catec, que realmente tenía que concentrarse en Maestranza Belga, donde estaba haciendo una gran inversión con maquinaria de última generación y que estaba de acuerdo en que disolviéramos la sociedad. Al que no le gustó la idea fue a Lecaros (francamente a mí tampoco me convencía mucho, porque era mi fuente de trabajo y de ingresos, más bien esperaba que propusieran el pago de mis horas de clase y organización de equipos y cursos). Nos pusimos a conversar y Lecaros estuvo de acuerdo en que debía tener un sueldo como trabajador de Catec antes de repartir las utilidades. Pero para Armendáriz esto era “un pelo de la cola” que lo distraía de lo principal, así que nos ofreció comprarnos la oficina que teníamos (nuestros dos tercios), que nos quedáramos sin costos con la marca de Catec y siguiéramos solos con la capacitación. Así nos quedamos sin el “socio capitalista” pero con un nombre, cierto prestigio y algunos recursos para instalar una oficina que le arrendamos al sindicato de Madeco, en el tercer piso de su local. Y seguimos trabajando como Catec hasta el año 2004, en que murió mi socio Ricardo Lecaros.

Fueron once años de harto trabajo, pero también de éxitos económicos. Yo había sacado una pensión de exonerado político a partir de 1994 (que no es gran cosa pero que ayuda: en la actualidad es de \$135.000, pero después de los descuentos recibo \$86.000). Ese ingreso regular más las ganancias de Catec me permitieron en esa década comprarme una casa propia, en la que vivimos con Elena; un terreno en Valdivia, pensando en una inversión con miras a necesidades del futuro, y hasta un auto. Endeudándome por supuesto, pero con situación que me permitía pagar.

Pero con la muerte de Lecaros enfrenté una situación crítica que llevó al término

de Catec. Estábamos tramitando la posesión efectiva de los bienes de Ricardo para su esposa y sus dos hijos, en el ánimo de seguir con la sociedad, cuando descubrimos que uno de ellos se había robado dos cheques de Catec, los había llenado, había falsificado la firma de su padre y la mía y los había cobrado (antes ese mismo hijo había transferido dineros desde la cuenta por internet, aprovechando un descuido de su padre con la tarjeta de la sociedad, y Lecaros lo enfrentó y consiguió reponer el dinero. Sin embargo, el cabro no aprendió y, ahora sin el padre, la hizo peor todavía). No contento con los cheques, en esos mismos días se robó toda la maquinaria de Catec –soldadoras, teodolitos, balanzas para medir densidad, en fin– que era cara y nos había costado mucho reunir y la vendió a un precio vil. Así que, junto a su hermano, hicimos la denuncia y presentamos una demanda contra él. Nunca hubo juicio porque nunca fue hallado el acusado. Por supuesto no recuperamos las máquinas, pero sacamos dos cosas buenas. Una fue que el banco se hizo responsable por haber aceptado cheques con firmas evidentemente falsas y repuso ese dinero en la cuenta. Y la segunda fue que los bienes de Lecaros, la mitad de lo que le quedó a Catec y su casa, quedó en manos de su señora y del hijo buena onda.

Pero yo ya no estaba de ánimo como para intentar revivir a Catec, así que decidí olvidarme de él. Lo que no estaba dispuesto a olvidar era lo que había aprendido; al revés, quería usar esos conocimientos, los equipos y contactos desarrollados y la enorme cantidad de proyectos y programas que habíamos ido juntando en el computador de Elena para trabajar en lo mismo. Después de averiguar por distintos lados, me acerqué a otro Centro de Capacitación de la Sociedad Educativa San José para hablar con sus encargados. A ellos, que tenían todos los requisitos legales pero poca actividad, les ofrecí que me dieran su nombre como “paraguas legal” para poder organizar cursos de los que se financiaban por el Sence o con el 1% de la planilla de las empresas. Yo me encargaría de todo: postular, preparar programas, contactar a los alumnos, armar los equipos de profesores, conseguir locales, desarrollar los cursos, obtener un nivel de rendimiento en los exámenes que asegurara el pago, etc. Además, me comprometía a rendir cuenta de todos los gastos del proceso; todo esto a cambio del uso del nombre de su sociedad y, sin que ellos tuviesen que realizar ningún trabajo, les pagaría el 25% de las utilidades. Aceptaron y yo volví a empezar bajo un nuevo alero.

Organizamos cursos con municipalidades (La Pintana, San Ramón, Lo Espejo, La Granja, San Miguel, Cerrillos, entre las que recuerdo) con Prodemu (Oficina de Promoción de la Mujer), con World Vision Chile y otras empresas, y entre

2005 y 2007 nos fue bastante bien. Tan bien que a los socios de la Sociedad Educativa San José se les abrió el apetito y un día, por septiembre u octubre del 2007, me citaron a una reunión para proponerme que siguiéramos en lo mismo, pero que desde el 2008 en adelante debía pagarles un 50% de las utilidades por el derecho a usar su nombre. Les respondí que lo pensaría, pero la verdad es que no me gustó para nada la propuesta. Así que –mientras lo pensaba– empecé a buscar otras alternativas en el mismo ámbito de trabajo, la capacitación de trabajadores.

Entonces surgió una posibilidad en la Universidad Católica Silva Henríquez. Su Centro de Extensión y Servicios quería trabajar en capacitación, pero no tenía experiencia. Me contrataron como supervisor del programa “Nivelación de estudios Chile Califica”, que se realizaría en las dependencias de la Universidad. Era un contrato a honorarios (\$280.000 mensuales, que no era mucho, pues no alcanzaba a doblar el sueldo mínimo de ese año). Inicialmente se extendería desde noviembre de 2007 hasta fines de mayo de 2008, con evaluaciones mensuales. ¡Las cosas que me han tocado en la vida! Aunque formalmente seguía siendo egresado de la enseñanza primaria, empecé a supervisar cursos que entregaba una Universidad.

Los cursos que me tocó supervisar eran entregados por profesionales jóvenes, con ganas, conocimientos y fuerza, pero que no sabían llegar a sus alumnos. Yo me reunía con estos para preguntarles cómo les iba, si estaban entendiendo, si aprendían. Y las respuestas eran negativas. Los alumnos eran gente que había dejado de estudiar hacía tiempo; que no tenía práctica ni de lectura ni menos de estudio; que tenía un lenguaje distinto al que empleaban los profesores, y un tipo de razonamiento nada de abstracto sino muy concreto. Conversé con la dirección del Centro y con el equipo de profesores. En la dirección parecieron entenderme, pero los profesores, jóvenes y con el mundo por delante, me escuchaban pero no me pescaban. Pienso que deben haberme visto como un viejo medio obsoleto que no cachaba lo que habían avanzado los conocimientos actuales. Y en verdad tenían razón, pero no apreciaban el valor de mi experiencia entre las personas del medio social en el que ellos tenían que enseñar y los resultados educativos de esos cursos fueron bastante pobres.

Como había planteado estos problemas a la dirección del Centro y había advertido de las dificultades que se estaban dando en el aprendizaje, mis bonos como supervisor subieron, se dieron cuenta que de verdad entendía algo de este asunto. Entonces aproveché para proponerles postular a un proyecto del Sence,

pero que me dejaran formar el equipo con gente que ya había trabajado conmigo antes. Los profesionales jóvenes de la Universidad podrían participar (como oyentes) y ver en la práctica las diferencias metodológicas y sus efectos en el aprendizaje. Aceptaron. Preparé el proyecto y toda la documentación, y lo discutí con su equipo de economistas y pedagogos, que lo aprobaron y hasta mostraron cierto respeto por su calidad. Inicialmente ganamos el proyecto, pero después nos llamaron desde el Sence para avisarnos que habíamos sido descalificados por un error en la presentación de la documentación. La Universidad había firmado los contratos a honorarios de los profesores propuestos por mí y los había presentado junto con todo lo demás, pero sin pasarlos por notaría. Así que nos perdimos un proyecto por ochocientos millones de pesos por una estupidez. Me indigné. Para decirlo en buen chileno, me emputecí, y hasta ahí no más llegaron mis relaciones con la “docencia universitaria”.

Volví a conversar con los socios de San José. Estaba dispuesto a pagarles el 50% de las utilidades, pero siempre que ellos trabajaran igual que yo. Como ya tenía los contactos, organizaría los cursos y conseguiría los locales y los alumnos. Pero me haría cargo solo de algunas comunas y ellos de otras. Y nos pusimos a trabajar. Pero, mientras que en las comunas que yo atendía teníamos egresos de más de veintidós y veinticuatro alumnos por curso, en las de ellos estuvimos muy por debajo de esas cifras, llegando a egresar solo a tres en un par de cursos. Y el Sence cancelaba un monto por cada alumno egresado. Y con esos números tuvimos muy limitados ingresos. Pero nosotros sí habíamos tenido que pagar los locales, los materiales y a los profesores. En resumen, “salimos para atrás” y perdimos plata. No tenía el menor interés en trabajar para endeudarme, así que decidí dejar a estos socios y retirarme a mis cuarteles de invierno.

En todo ese tiempo (desde el 92) seguí manteniendo vínculos con camaradas del Partido, pero ya no milité en ninguna célula. Siempre traté de darle pega a algunos camaradas que estaban muy dejados de la mano de Dios (sobre todo en provincia había muchos buenos compañeros muy botados). Yo seguía opinando de política, seguramente sin todos los antecedentes porque la verdad es que el trabajo de capacitación me absorbía mucho. Y en las conversaciones con los camaradas me enteraba de muchas peleas en el Partido, de mucha discordia, así que prefería seguir sintiéndome comunista, pero desde lejitos del Partido. Y sentirse comunista significa rebelarse contra una economía en que las transnacionales extranjeras y unos pocos chilenos se apropian de la mayor parte de las riquezas mientras que la gran mayoría apenas tiene para malvivir.

Y mi desencanto con la “democracia” que habíamos logrado iba creciendo con el tiempo. Cada gobierno de la Concertación tuvo algunas cosas rescatables, pero en general ninguno respondió a las expectativas que habían despertado en nuestro pueblo. Eso se fue mostrando de elección en elección. Tal vez el de Aylwin fue el menos criticado, con un periodo presidencial corto y con Pinochet de comandante en jefe del Ejército, manejando “el poder detrás del trono”. Al “ejercicio de enlace”, que mencioné antes, se sumó el llamado “boinazo” de 1993, en el que los militares, en tenida de combate, se acuartelaron para presionar al Gobierno para que no llevara a la justicia el escándalo de corrupción conocido como los “pinocheques” en que el principal responsable era el hijo del dictador, Augusto Pinochet Hiriart. Y no solo hubo concesiones durante el gobierno de Aylwin, peor aún, durante el gobierno de Frei, cuando se cerró el caso aduciendo “razones de Estado”. Pero pienso que si esto es vergonzoso para los políticos que aceptaron esas presiones, debería ser mucho más vergonzoso para los oficiales del Ejército que se prestaron para la defensa de un hecho de corrupción tan evidente. Aunque en ese tiempo había muchos oficiales que también mezclaban estas presiones con algo peor, la justificación de los delitos contra los derechos humanos.

Esta cierta decepción con la Concertación se mostró en la elección de Frei. Por un lado empezó a caer el porcentaje de los inscritos que votaban (el 89 votó casi un 95%; el 93, poco más de un 91%). Por otro, se descolgaron muchos de los que habían respaldado a Aylwin y si Frei ganó con un 58%, fue fundamentalmente gracias a la gente de derecha que votó por él. La derecha le perdió el miedo a la Concertación y había tenido problemas de liderazgo con el escándalo Sebastián Piñera-Evelyn Matthei.

Para la elección de Lagos la cosa fue peor. El 2005, en la primera vuelta votó menos del 90% de los inscritos. La izquierda llevó a Gladys Marín, que sacó algo más del 3% de los votos. Lagos tenía a su favor el hecho de ser socialista, como Allende, y el recuerdo popular de cuando se dirigió a Pinochet apuntándolo con el dedo en la campaña del plebiscito. Sin embargo no alcanzó el 46% de los votos y solo ganó en segunda vuelta. Hubo expectativas, anuncios, pero no hubo cambios significativos. Su ministro de Hacienda, Nicolás Eyzaguirre, que había sido de la Jota pero ahora era del PPD, había dicho que era necesaria una reforma tributaria que aumentara la carga de las empresas y de los más ricos. Pero no pasó nada y él siguió siendo un buen técnico que tenía en orden las finanzas públicas, recibía loas en los medios de comunicación (controlados por la derecha) y mantenía funcionando el modelo²⁴. Y ahora en vez

de asociar a Lagos contra el dedo acusador, lo asociamos a la entrega de carreteras en concesiones y al gran negociado que con ellas han hecho los capitales transnacionales a costa de los bolsillos de los chilenos.

En la elección del 2005 se mantuvo la misma tónica que se mostraba decepcionada de la política. Menos del 88% de los inscritos votaron, pero ahora fueron menos los votantes. La juventud de los sectores populares dejó de inscribirse en los registros electorales y el número de inscritos empezó a disminuir. Michelle Bachelet no alcanzó el 46% de los votos, la derecha, que llegaba disputando el liderazgo entre un RN (Piñera) y un UDI (Lavín) sumaba algo menos del 49% y la izquierda más los ecologistas del Juntos Podemos sacaron un poco más del 5%. En la segunda vuelta votaron menos que en la primera y ganó la Michelle con más del 53%. Parece que muchos UDI quedaron tan picados que se negaron a ir a votar por Piñera en esa ocasión.

Era un hecho histórico, la primera mujer presidenta de Chile. Y no cualquier mujer, la hija de un general de aviación que había colaborado con el gobierno de Allende y muerto en las prisiones de la dictadura. Ella misma había estado detenida junto a su madre en Villa Grimaldi y después había estado exiliada en la RDA. Había retornado durante la dictadura y ejercido la medicina en un hospital público y en una fundación que atendía a los hijos de víctimas de violaciones a los derechos humanos. No era una gran oradora, pero tenía una manera especial de comunicarse con la gente.

En su primer gabinete nombró a otras varias mujeres como ministras, lo que hacía que pareciera que corrían aires de cambio. Trató de integrar a las fuerzas de gobierno y de oposición e impulsó varias reformas: la gratuidad de la salud para la tercera edad; la reforma al sistema previsional; la reforma al sistema electoral binominal (que rápidamente fue boicoteada por la derecha), las leyes de fomento del uso de energías renovables y, sobre todo, entregó soluciones habitacionales y subsidios para el mejoramiento de las viviendas (de pasada, habría que destacar que Vivienda también estaba a cargo de una mujer, la ministra DC Patricia Poblete). Contra la opinión de muchos, ahorró gran parte de los excedentes que generaba el alto precio del cobre, lo que permitió enfrentar relativamente de buena forma la crisis que desató el gran capital financiero en EE.UU. y que impactó en todo el mundo. Y una cosa que por lo menos yo valoro fue su actitud frente al fallecimiento de Pinochet. Resistió todas las presiones para declarar un funeral de Estado y no asistió. Por todo esto y por su cercanía con la gente, la Michelle dejó el cargo con gran popularidad, pero con la

impresión de que una cosa era ella y otra muy distinta eran los políticos de la Concertación que la rodeaban. Y eso también se reflejó en la elección siguiente.

Siguió la merma de electores, la no inscripción de los jóvenes y en la primera vuelta ganó la derecha con Piñera y un 44% de los votos. Frei sacó un poco menos del 30% y la izquierda, con Arrate, algo más del 6%. Un tercer candidato, que había sido diputado socialista, Marco Enríquez Ominami, que reflejaba el hastío y la desconfianza con los políticos de la Concertación, sacó el otro 20%. Treinta más seis más veinte suman cincuenta y seis. Hubiera sido posible ganarle a la derecha, pero MEO –probablemente apostando a su liderazgo personal en el futuro– dejó en libertad de acción a sus partidarios para la segunda vuelta y muchos de ellos votaron por Piñera, que llegó a la presidencia con casi un 52% de los votos.

Cierto que la Concertación había logrado disminuir el porcentaje de pobres, pero había consolidado la desigualdad de los ingresos y una sociedad cada vez más clasista y menos integrada. Los elementos esenciales del modelo que impuso la dictadura se mantuvieron: la entrega de nuestras riquezas naturales; las garantías a las transnacionales; el lucro como motor de casi todas las actividades, desde la educación hasta la salud, pasando por la previsión, la tele, en fin; la sobreexplotación de los trabajadores, como asalariados y como consumidores sobreendeudados, y lo peor de todo: el aislamiento de la política del conjunto de la población, que se logró gracias a que todos los problemas se empezaron a resolver en componendas entre pequeños grupos obsesionados por su repartija de poder.

Y el movimiento sindical en estos años también había decaído. Hubo un entusiasmo inicial con la “democracia”, pero después, un enorme desencanto. Mientras estuvo Manuel Bustos, en base a su trayectoria y al respeto transversal que se había ganado por su consecuencia y espíritu unitario, todavía la CUT significaba algo. Pero desde que Bustos fue elegido diputado y, peor aún, después de que murió, la CUT solo aparece como otra de las instancias en que las pequeñas camarillas de dirigentes resuelven cosas al margen de las bases. Para qué hablar del desprestigio de Arturo Martínez entre los trabajadores y sus dirigentes. Es cierto que algunas organizaciones sindicales dieron buenas luchas. Recuerdo algunas de sindicatos de las mineras, de los contratistas, de los empleados del comercio. Pero eran luchas, que aunque tuviesen mucha fuerza, se quedaban limitadas a sus problemas concretos, generalmente salariales, sin enganchar con aspiraciones más grandes que pudieran involucrar a otros

trabajadores u otros sectores sociales. Estaban lejos de acercarse a la articulación que se había dado entre sindicatos, pobladores y otras organizaciones en la lucha contra la dictadura.

La única lucha que trascendió a sus protagonistas no fue sindical; fue la “revolución de los pingüinos”. Involucró no solo a los estudiantes, movió a los apoderados y profesores, tuvo respaldo de universitarios y algunos sindicatos, y logró poner al sistema político, Gobierno y Parlamento a trabajar en función de sus demandas. Y otra cosa interesante, a mi juicio, fue que a pesar de que era básicamente un movimiento de la educación pública, fue capaz de concitar la solidaridad de algunos establecimientos educacionales privados.

En lo personal, viendo líos en el Partido, desencantado de nuestra “democracia” (¿partidocracia?) y sin encontrar muchas expectativas en el movimiento sindical, la verdad es que veía todo bastante negro. Pero frente a un gobierno presidido por alguien de la derecha, decidí salirme de ese sentimiento de impotencia y tratar de volver a actuar. Aprovechando que había dejado de trabajar y pensando en que tal vez podría ayudar al trabajo del Partido en el ámbito sindical, pedí una reunión con Jorge Insunza. Conocía de mucho antes a Teillier pero con Insunza había conversado como Santiago en la RDA y fue el único que planteó sus discrepancias conmigo y por eso me tincaba.

En corto, tuvimos tres reuniones y en las tres me trató de “camarada Santiago”. En la primera pareció interesado en mis propuestas y me pidió una reseña breve de mi trabajo desde la Juventud hasta el presente. A la segunda reunión llegué con ese “currículo” (que contenía lo mismo que les he contado acá pero en tres páginas) y fotocopias de los artículos de los diarios en que figuraba por mis actividades sindicales durante la dictadura. Parecía seguir interesado. Me habló de tres ámbitos en los que podría trabajar, en Ñuñoa con Iván Ljubetic, en San Miguel con Patricia Coñomán, que presidía una organización que agrupaba a varias empresas textiles o en Quilicura, donde estaba la mayor concentración de industrias de Santiago. Quedamos de resolverlo en la próxima reunión, a la que llegaría con compañeros de la Comisión de Cuadros del Partido.

A la tercera reunión llegó sin los acompañantes anunciados y me dijo que la Comisión de Cuadros cuestionaba que yo hubiera ayudado a salir de Chile a Lecaros. Le expliqué la situación que atravesaba Lecaros en ese entonces y sus escasas posibilidades de sobrevivencia. Pero no estuvo de acuerdo. Creo apropiado recalcar que Lecaros llevaba seis años muerto y se su salida se había

producido en 1985, veinticinco años atrás. Si estaban tan aprisionados por pequeñas cosas del pasado era difícil que le pudieran apuntar bien al futuro. Insunza me planteó que el Partido no tenía recursos, así que podía trabajar pero financiándome por mi cuenta. La verdad es que yo no había esperado ni aspiraba a que me ofrecieran que volviera a ser funcionario. Pero al menos que me financiaran los gastos para movilizarme a los lugares que tendría que recorrer, ya que mis ingresos estaban limitados a mi pensión de exonerado. Saqué como conclusión que si bien Insunza puede haberse interesado en mi colaboración, en la Comisión de Cuadros le dijeron otra cosa.

Viejo, con poca plata, desencantado de nuestra “democracia”, de los partidos políticos, de mi propio Partido, sin mucha esperanza en el movimiento sindical, pero aún colaborando con sindicalistas amigos, sin que me importaran sus militancias: así estaba terminando mi supuesta vuelta a la democracia.

²⁴ [Fue tan buen técnico que después lo contrató nada menos que el Fondo Monetario Internacional y en la actualidad es director del Departamento del Hemisferio Occidental.](#)

Capítulo XIX

2011-...: renace la esperanza

Pero ese “bajoneo” con que terminé el 2010 empezó a desaparecer en la medida en que avanzaba el 2011. Ese año fue para mí el renacimiento de la esperanza.

Empezó con una movilización transversal de los magallánicos en contra de una decisión del Ministerio de Energía. Con ella se derogaba el subsidio especial que tenían en esa región para reducir el precio del gas. El ministro “técnico” se echó al bolsillo cuestiones históricas, el trato especial a las zonas extremas, la necesidad de dialogar con la ciudadanía, y tomó la decisión y declaró: “Se acabó la fiesta para los magallánicos”. Pero resultó al revés. Desde las organizaciones sindicales a las empresariales, desde los pobladores a los comerciantes, pasando por los transportistas, todos se unieron contra la medida, sin importar si eran gobiernistas u opositores. Salieron a las calles, levantaron barricadas, interrumpieron los caminos y obligaron al Gobierno a echar pie atrás. El conflicto les costó el cargo al ministro y a la intendenta de la región.

Esa lucha me levantó el ánimo. Me mostró que las movilizaciones amplias, unitarias, decididas, no eran solo cosas del pasado, de los tiempos de la vieja democracia o de la lucha contra la dictadura. Eran también posibles hoy en día y –tal como en el pasado– podían ir logrando triunfos. El objetivo era muy circunscrito a una demanda específica y muy acotada: el precio del gas para los magallánicos; pero igual les rompía el esquema a los que pensaban que para gobernar bien solo hacían falta unos buenos “técnicos”.

También en el 2011 se dieron grandes movilizaciones en contra del proyecto de Hidroaysén organizadas por “Patagonia sin represas”. No solo en Aysén, sino en varias otras ciudades, la gente salió a la calle en grandes concentraciones que llegaron a sumar alrededor de ochenta mil personas en Santiago. Organizaciones sindicales, gente del mundo de la cultura, organizaciones políticas, familias enteras, desde abuelos a nietos; era impresionante verlos, aunque yo los vi solo por la tele, porque no estaba en condiciones físicas de marchar con ellos, como hubiera sido mi deseo. Pero lo más importante era la amplitud social y

etaria de los participantes y el hecho de que todos ellos se movilaran por un problema que no los afectaba directamente en el corto plazo. Era un problema que tenía que ver con la Patagonia y con Chile. Era un problema político verdadero, entendiendo la política en el buen sentido, y no en ese sentido estrecho de las peleas de grupos o de personas por el poder con que se asocia la palabra por la experiencia de los últimos años (la “política” en el mal sentido). Esa capacidad de nuestro pueblo de preocuparse de problemas políticos verdaderos me mostraba que estaba equivocado en mi “bajoneo” y hacía que renaciera en mí la esperanza en que va a ser capaz de unirse para luchar a fin de construir una patria mejor.

Ese sentimiento se fortaleció aún más con la lucha de los estudiantes dirigida por la Confech y las innumerables movilizaciones y acciones que desarrollaron el 2011, su creatividad y la calidad de sus dirigentes. Cómo no entusiasmarse cuando los estudiantes no limitaron su lucha al precio de sus aranceles o a lo endeudados que estaban por sus estudios. Levantaron las consignas “Por una educación pública gratuita y de calidad” y “Fin al lucro con la educación”. Y consistentes con ellas demandaron una reforma tributaria, el término del negocio que hacían los bancos con los créditos con aval del Estado y una serie de reformas legales, hasta pedir la renacionalización del cobre y una Asamblea Constituyente para reformar la Constitución. El impacto de las movilizaciones fue enorme, y el respaldo detectado por las encuestas, impresionante.

El movimiento estudiantil, de apoderados y profesores tuvo respaldo también de organizaciones sindicales, organizaciones culturales, rectores, académicos y funcionarios de algunas universidades, incluso de algunas privadas. Puso al Gobierno a la defensiva y lo obligó a cosas antes impensadas, al menos para mí. Lo forzó a hacer un reajuste ministerial y a cambiar al ministro de Educación, Joaquín Lavín, y a empezar a hablar de la necesidad de una reforma tributaria para financiar la educación. Pero a la vez tomaba medidas para deslegitimar al movimiento. Nadie me quita de la cabeza que muchos de los encapuchados que empiezan las acciones violentas al término de las marchas pacíficas son infiltrados (no todos son infiltrados, por cierto, porque nunca han faltado los cabros que “agarran papa” ya sea por razones ideológicas –como algunos “anarcos”– o por mostrar que son “choros” o, como dicen ahora, para sentir cómo corre la adrenalina). Esas “acciones violentistas” que se dieron en las marchas convocadas por el movimiento estudiantil fueron utilizadas profusamente por las autoridades del Gobierno y los medios de comunicación para desviar la atención de sus propuestas.

Pero además de reprimir, el Gobierno aparentaba ser flexible, hacía “concesiones” muy genéricas o que se iban por la tangente, tratando de que se centrara allí el debate y no en lo que pedían los cabros. La mayor demagogia estuvo a cargo del presidente Piñera en su participación en la Asamblea de las Naciones Unidas. Allí tuvo la cara para decir: “En las últimas semanas han sido miles los jóvenes que han salido a las calles a manifestarse a favor de una causa noble, grande, hermosa y legítima como una educación de calidad para todos” (¿Y entonces por qué los reprimía?).

En algunas de estas movilizaciones masivas Miguel Salinas, un dirigente de la Constramet que fue alumno en el programa de capacitación del CES, se encontró con Gerardo Vidaurre, uno de los profesores. Y se les ocurrió organizar un reencuentro de algunos de los que vivimos esa experiencia. Se hizo un almuerzo en la casa de la familia de Miguel y compartimos allí con Luis Fuentealba y Gerardo. Recordamos experiencias del pasado y comentamos con entusiasmo las luchas que se estaban dando en el presente. En la conversación, Gerardo insistía en que nosotros, Luis y yo, teníamos el deber de contar nuestras experiencias. Y era un deber tanto para ayudar a construir la historia de esa época (nos hablaba del método de hacer historia del Premio Nacional de Historia Gabriel Salazar) como para que, si algo de nuestra experiencia servía, pudiera ser utilizado y adaptado a las realidades actuales por los luchadores de hoy.

Aceptamos el desafío. Lucho Fuentealba contó que había juntado gran cantidad de la documentación de la Coordinadora Nacional Sindical y que estaba en proceso de clasificación y ordenamiento. Dijo que cuando avanzara en eso le pediría ayuda a Gerardo y a Helia Henríquez (socióloga que fue jefa del programa de educación del CES) para preparar su publicación. Yo, en el camino de regreso a nuestras casas, le propuse a Gerardo que consiguiera a alguien de confianza que estuviera dispuesto a ir escribiendo lo que yo tenía que contar. y finalmente fue él mismo el que empezó a escribir estas páginas y se transformó en mí –lo que se llama “escritor fantasma”. Empezamos el trabajo en 2011, pero entre juntarnos, hablar, escribir, corregir y volver a escribir, el tiempo fue pasando y llegamos al 2012 todavía en dictadura.

Pero aunque tratábamos de avanzar en el relato de lo pasado no podíamos dejar de comentar el presente. Y el presente, en los inicios del 2012, estuvo marcado por el movimiento de los ayseninos. Ellos nos impactaron por muchas cosas. Su consigna “tu problema es mi problema”, que asumieron plenamente y les ayudó a forjar la gran unidad que mostraron; la amplitud social de su movimiento, que

agrupó a las organizaciones más diversas y de distintos sectores sociales; la decisión en la lucha sumada a una actitud de respeto, de apertura al diálogo, que sin embargo no les impedía reconquistar un puente tomado por el GOPE y darles vuelta un “guanaco”; el tipo de liderazgo colectivo; la capacidad de superar el resentimiento contra “los políticos” y ser capaces de poner a trabajar a senadores, diputados, alcaldes y concejales –sin importar partidos– tras los objetivos de su lucha. Realmente es un movimiento que tiene mucho que enseñarnos a todos y también a los estudiantes.

Los ayseninos sacaron a la luz a un dirigente, Iván Fuentes, con cuyo mensaje me identifiqué plenamente. Dice cosas que en esencia son las mismas que yo aprendí en los largos años de lucha que les he contado. Y quiero reproducir algunas de ellas sacadas de una entrevista que apareció en *Le Monde diplomatique*:

Cuando hablan de violencia olvidan que hay una violencia silenciosa. Existe la violencia cuando se enciende el neumático, pero esa gente no es violenta, es gente pacífica, que nunca había protestado, que nunca había tenido un sí ni un no con la autoridad. Son campesinos, pescadores artesanales, mujeres dueñas de casa, que encienden el primer neumático porque están hartos de la violencia silenciosa, de la miseria, de las promesas incumplidas, de las cartas sin respuesta, de las esperanzas frustradas. La violencia silenciosa es mucho más grave que la violencia del neumático encendido.

Este padre de todos los chilenos que es el Estado debe comenzar a saber repartir y a cumplir, el Estado debe ser protector y no represor. Decir y hacer, no como hasta ahora: dicen, luego te dan la espalda y no cumplen. Es un cambio profundo lo que necesitamos y como no vamos a vivir doscientos años, no podemos esperar.

Mi vecino, a pasos míos, vota por un partido, cualquiera sea, y pone su bandera de un color y yo pongo otra bandera, de otro color. Termina la campaña política y mi vecino sigue allí, igual no tenemos plata para irnos [...] Los diputados se pelean públicamente entre ellos, pero después se arreglan y nosotros, los

humildes, nos tomamos las cosas en serio y quedamos divididos.

Si queremos cambiar la sociedad entera, del campo hasta el mar, tenemos que luchar unidos. Hay muchas asociaciones en Chile, pero no puede tirar cada una solo para su lado. Hay que apoyarnos y no de la boca para afuera. Hay que luchar juntos, solidarizar en cuerpo y alma, compenetrados con lo que somos. La clase media y obrera somos más que las ocho familias que gobiernan Chile, que manejan lo político y lo económico. Como somos más, si nos juntamos, les haremos entender que deben ser más humanitarios.

En Santiago decidieron ponernos represas en la Patagonia, ¿se imaginan que nosotros en Aysén decidamos poner un basurero en Las Condes? ¿Por qué nos hacen a nosotros lo que no les gustaría que les hicieran a ellos?

Chile es un país demasiado centralizado. La Constitución fue impuesta y está envejecida, tiene demasiados dolores. Muchas leyes se han quedado detenidas en el tiempo. Tenemos leyes generales, como la ley general de pesca (bueno, en un tiempo todo era “general”), necesitamos una Constitución que sea más abierta, que dé más posibilidades, que no esté, como ahora, permitiendo que un par de partidos políticos se agrupen y listo y nosotros no podemos decidir.

También necesitamos un Chile que no privatice todo, que tenga visión estratégica. Un país que recupere lo nuestro. Lo único que tenemos hoy es una parte del cobre. ¿Por qué no somos dueños también del agua, de la electricidad? ¿Por qué Chile no tiene acciones en las carreteras? Las grandes lucas se las llevan los capitalistas e invierten en otra parte. Los bolivianos son dueños de sus recursos. ¿Por qué no nosotros? De allí parte todo, tendríamos presupuesto para la educación, la salud, tendríamos un país con un mejor desarrollo, más hermanable, más digno.

Nosotros luchamos con mucha fuerza, pero quiero hacer un homenaje a las canas, a los que lucharon antes, que arriesgaron más que nosotros, a muchos los torturaron y los mataron. Gracias esos luchadores mis hijos hoy pueden caminar libremente por las calles.

Pero no han sido solo los ayseninos, también en Huasco, en Coronel y en todas partes la gente empieza a luchar. Ojalá que los estudiantes y otros movimientos sociales tengan muy en cuenta la experiencia y las enseñanzas que pueden entregarles las palabras y la práctica de este hombre de origen campesino y hoy dirigente de los pescadores artesanales y del movimiento social de Aysén. Ese ánimo de lucha contra las injusticias que empieza a surgir en distintas partes es lo que lleva al renacimiento de la esperanza en mí de que va a ser posible construir un Chile distinto.

Este libro ha sido posible por el trabajo de

Comité Editorial Silvia Aguilera, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Santiago Santa Cruz edición Javiera Herrera Producción Editorial Guillermo Bustamante Proyectos Ignacio Aguilera área educación Mauricio Ahumada Diseño y Diagramación Editorial Leonardo Flores, Max Salinas Corrección de Pruebas Raúl Cáceres Comunidad de Lectores Francisco Miranda, Marcelo Reyes Ventas Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo, Olga Herrera Bodega Francisco Cerda, Pedro Morales, Carlos Villarroel Librerías Nora Carreño, Ernesto Córdova Comercial Gráfica LOM Juan Aguilera, Danilo Ramírez, Inés Altamirano, Eduardo Yáñez Servicio al Cliente Elizardo Aguilera, José Lizana, Ingrid Rivas Diseño y Diagramación Computacional Nacor Quiñones, Luis Ugalde, Jessica Ibaceta Edición electrónica Sergio Cruz Secretaria comercial Elioska Molina Producción Imprenta Carlos Aguilera, Gabriel Muñoz Secretaria Imprenta Jasmín Alfaro Impresión Digital William Tobar Impresión Offset Rodrigo Véliz Encuadernación Ana Escudero, Andrés Rivera, Edith Zapata, Pedro Villagra, Eduardo Tobar Despacho Matías Sepúlveda Mantención Jaime Arel Administración Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Andrea Veas, César Delgado.

LOM ediciones